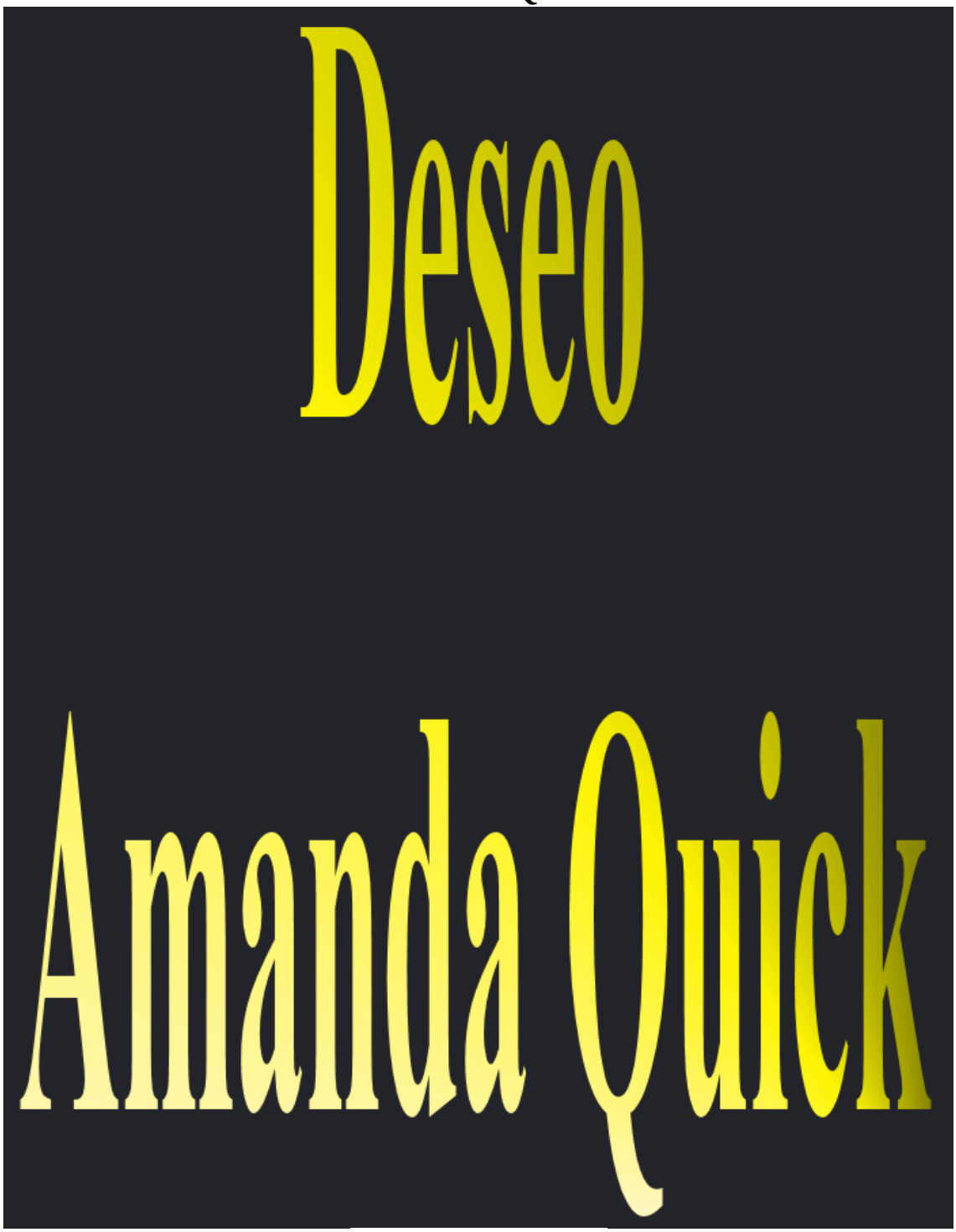
Deseo
Amanda Quick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dedicatoria de la autora

A Stella Cameron,
otra de las hermanas que nunca tuve.

PRÓLOGO

-Es sumamente difícil que la dueña de Deseo siga siendo virgen -aseguró Thurston de Landry-, pero dadas las circunstancias, estoy seguro de que pasarás por alto ese detalle.

Gareth miró a su padre sin inmutarse. Su reacción a la noticia de que su futura esposa había perdido la honra con otro hombre pasó prácticamente inadvertida para él, simplemente apretó con fuerza la copa de vino.

Como hijo bastardo obligado a abrirse camino en la vida con su espada, había pasado largos años ocultando sus sentimientos. Algo que había llegado a dominar tanto que la gente pensaba que carecía de ellos.

-¿Dijiste que era la heredera? -preguntó Gareth, que prefirió concentrarse en el aspecto más importante de la cuestión-. ¿Acaso es suya la hacienda?

-Pues sí...

-En ese caso, servirá como esposa -dijo Gareth disimulando su intensa satisfacción.

Su padre tenía razón. Mientras la mujer no estuviera embarazada del hijo de otro hombre, él podría pasar por alto el detalle de la integridad de su mujer, o su pérdida, con tal de tener sus propias tierras.

«Sus propias tierras», aquellas palabras sonaban prometedoras. Un lugar al que pertenecer; un lugar en el que no fuera simplemente un bastardo cuya presencia hay que aceptar; un lugar en el que fuera bien recibido y se sintiera necesario no solamente porque su habilidad con la espada lo convirtiera en algo temporalmente útil. Quería vivir en un lugar donde tuviera derecho a sentarse frente a su propia chimenea.

Gareth tenía treinta y un años y sabía que una oportunidad como aquélla no volvería a presentarse. Era un hombre que había aprendido a aprovechar cualquier opción que le ofreciera el destino. Una filosofía que le había sido muy provechosa.

-Ahora es la única dueña de isla Deseo -sentenció Thurston tomando un sorbo de su copa de plata finamente labrada y mirando pensativo el fuego-. Su padre, sir Humprey, prefería viajar y ocuparse en actividades intelectuales que trabajar la tierra. Me han contado que por desgracia murió hace unos meses mientras recorría España, asesinado por unos bandidos.

-¿No tenía herederos varones?

-No. Hace dos años, su único hijo, Edmund, se rompió la nuca en un torneo. Clare, su hermana, es el único familiar vivo. Heredará la hacienda.

-Y como señor feudal de sir Humprey tienes la tutela de su hija, ¿no? Se casará en cuanto se lo pidas.

Thurston apretó los labios.

-Eso aún está por ver.

Gareth observó que su padre reprimía una sonrisa y aquello le intranquilizó.

Como hombre de temperamento serio y reservado, Gareth no era propenso a la risa. Pocas veces respondía con moderación a las bromas y burlas a las que otros respondían con carcajadas.

Su adusta expresión era el complemento perfecto a su reputación de hombre despiadado con el que podía ser peligroso tropezarse, pero no era deliberada. No le molestaban las sonrisas y las risas, simplemente él no solía prodigarlas.

Esperó cautamente que su padre le contara qué era lo que le parecía tan divertido en un asunto tan sencillo.

Estudió el enjuto y elegante perfil que recortaban las llamas de la chimenea. Thurston tenía unos cincuenta y cinco años. Algunos mechones plateados cruzaban su espeso y oscuro pelo, pero seguía atrayendo la atención de toda mujer que se le acercara.

No era solamente el poder que ejercía como uno de los barones predilectos de Enrique II lo que lo convertía en objeto de deseo para el sexo femenino, Gareth lo sabía bien. Eran su hermoso rostro y su constitución lo que lo hacían atractivo a las mujeres.

La maestría de Thurston para la seducción, ejercida con toda libertad en su juventud, tanto antes como después de su matrimonio concertado, era legendaria. La madre de Gareth, la menor de una noble familia sureña, había sido una de sus conquistas. Que él supiera, era el único vástago ilegítimo en edad adulta. Si había tenido otros, ninguno vivió más allá de la infancia.

En opinión de Thurston y, a pesar del mal disimulado desagrado de su esposa, había hecho lo debido con su hijo bastardo, lo había reconocido.

Hasta que cumplió ocho años lo educó su madre. En aquel tiempo, Thurston era asiduo visitante de la tranquila casa solariega en la que vivían apartados Gareth y su madre. Pero después, al cumplir la edad en la que los hijos de los nobles comienzan su formación como caballeros, su madre le anunció que había decidido vestir los hábitos.

Hubo una acalorada discusión. Gareth aún recordaba la cólera que mostró su padre. Pero su madre se mantuvo firme y al final se salió con la suya. Thurston incluso le proporcionó la espléndida dote que consiguió que la comunidad del convento estuviera plenamente satisfecha de aceptarla como novicia.

Thurston se llevó a su hijo bastardo al castillo de Beckworth y puso el mismo cuidado y diligencia en su formación como caballero que en la educación de sus hijos legítimos y de su heredero, Simon.

Su esposa, lady Lorice, hermosa, fría y orgullosa, no tuvo más remedio que aceptar la situación. Como era de esperar, no hizo ningún esfuerzo por dar la bienvenida al joven Gareth.

Consciente de su condición de intruso y añorante del ambiente estudioso y meditativo de su casa materna, consumió todas sus energías en su adiestramiento con la lanza y la espada. Se ejercitó incansablemente, buscando en la perfección una satisfacción que no lograba alcanzar de otra manera.

Cuando no estaba poniendo a punto sus artes de lucha, buscaba la soledad de la biblioteca del vecino monasterio benedictino. Allí leía cualquier cosa que le diera el hermano Andrew, el bibliotecario.

A los diecisiete años estaba versado en multitud de temas. Había estudiado tratados de matemáticas y óptica, traducidos del griego y el árabe por Gerardo de Cremona. Había reflexionado sobre la teoría aristotélica de los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Le habían fascinado los escritos de Platón sobre astronomía, la luz y la materia.

El interés de Gareth por la erudición no le había servido de mucho, pero su destreza como caballero y comandante de tropas le había permitido forjarse una lucrativa carrera.

Había poderosos señores, incluido su propio padre, a los que un hombre que sabía cómo capturar ladrones y caballeros renegados, una constante amenaza para sus haciendas y alejados feudos, podía serles de gran utilidad.

El negocio de capturar forajidos era muy lucrativo y Gareth era un experto. Nunca se había sentido especialmente satisfecho de su profesión, pero gracias a su talento con la espada, había acabado por ser un hombre acaudalado. Con todo, seguía sin poder satisfacer su ardiente deseo de poseer tierras. Sólo su señor, su padre, podía concederle la heredad que lo convertiría en un hacendado.

Cuatro días antes había recibido el aviso de Thurston de que acudiera al castillo de Beckworth. Aquella noche había sabido que su mayor deseo iba a convertirse en realidad. Sólo tenía que aceptar a una dama de reputación mancillada.

Era un precio muy bajo por lo que más ansiaba en este mundo y estaba acostumbrado a pagar por lo que quería.

-¿Cuántos años tiene? -preguntó.

-Deja que lo piense. Creo que debe tener veintitrés -contestó Thurston.

Gareth frunció el entrecejo.

-¿Y todavía está soltera?

-Según me han dicho, no tiene mucho interés en casarse. Ya sabes, algunas mujeres no lo hacen. Por ejemplo, tu madre.

-Dudo mucho de que mi madre tuviera alguna oportunidad de hacerlo después de concebirme -dijo Gareth con tono neutral. Era un tema demasiado conocido y antiguo, y sabía bien cómo ocultar su resentimiento-. Tuvo suerte de encontrar un convento que la aceptara.

-Te equivocas -aseguró Thurston poniendo los codos en los labrados brazos de madera de la silla y cruzando sus largos dedos por debajo de la barbilla-. Puedes estar seguro de que con la dote que le di había un montón de conventos a su disposición. De hecho, los más importantes se peleaban por tenerla en su comunidad. -Su boca se curvó con ironía-. Por supuesto, ninguno sabía que el que la aceptara acabaría controlado por ella.

Gareth se encogió de hombros. No había visto muchas veces a su madre, pero mantenían una correspondencia regular y sabía que Thurston tenía razón. Su madre era una gran mujer, de hecho, tanto como su padre.

Volvió a concentrarse en el tema que estaban tratando.

-¿Tiene lady Clare algún tipo de deformidad?

-No, que yo sepa. No la he visto desde que era una niña, pero que yo recuerde tenía una constitución normal. No prometía ser muy hermosa, pero no me dio la impresión de ser fea ni deforme -arqueó una ceja-. ¿Tiene mucha importancia su aspecto?

-No -contestó Gareth mirando el fuego-. Lo único que me importan son sus tierras.

-Es lo que pensaba.

-Sólo intentaba encontrar alguna razón por la que no se haya casado todavía.

Thurston movió una mano con gesto despectivo. El exquisito bordado carmesí y dorado de la manga de su túnica brilló a la luz de la lumbre.

-Como te he dicho, por una razón u otra, algunas mujeres no muestran un especial deseo por compartir el lecho nupcial. Según dicen, lady Clare es una de ellas. Sólo ha aceptado hacerla porque sabe que lo necesita.

-¿Por sus propiedades?

-Sí, isla Deseo es un ave cebada, lista para que la desplumen. Necesita protección. Me ha escrito diciéndome que ha tenido problemas con su vecino, Nicholas de Seabern, y con unos piratas que hostigan sus barcos mercantes con destino a Londres.

-Así que necesita un marido que defienda su heredad y usted, señor, quiere que Deseo siga siendo lucrativa.

-Sí. La isla no es muy grande. Sus tierras producen algo de algodón y las cosechas son seguras, pero ésa no es su verdadera riqueza -aseguró Thurston cogiendo una pequeña bolsa finamente bordada que había en una mesa cercana-. Ésta es su fuente de ingresos -dijo arrojándosela a Gareth.

Éste la cogió. Olía a flores y hierbas. Se la acercó a la nariz y aspiró su exótico, intenso y sorprendentemente complejo aroma. Era una fragancia embriagadora que provocaba un extraño apetito sensual en su interior. Volvió a olerla.

-¿Perfumes?

-Sí, se trata de una isla rica en flores y hierbas, y comercia con perfumes y cremas de todo tipo.

Gareth observó la fragante bolsa que tenía en la mano.

-¿Tendré que hacerme jardinero?

Thurston sonrió.

-Será todo un cambio para el Lobo Sanguinario de Wyckmere.

-Así es. No sé mucho de jardinería, pero espero aprenderlo que sea necesario.

-Siempre lo has hecho, con todo tipo de temas.

Gareth no hizo caso del comentario.

-Así que la propietaria de Deseo quiere casarse con un hombre que proteja su jardín de flores y yo quiero tierras de mi propiedad. Creo que podemos hacer un trato justo.

-Espero.

Gareth entornó los ojos.

-¿Tiene deudas?

La sonrisa que había estado rondando por los labios de Thurston se convirtió en risa.

-Me temo que hay cierta competencia por el puesto.

-¿Qué tipo de competencia?

-Nicholas de Seabern, el vecino de Clare, que también me rinde vasallaje, hace tiempo que tiene los ojos puestos en Deseo. De hecho, es por lo que creo que la dama ya no es. virgen.

-¿La sedujo?

-Según me han contado mis informadores, la raptó el mes pasado y la retuvo en Seabern Keep durante cuatro días.

-¿Intentó que lo aceptara como marido?

-Pues sí, pero la dama lo rechazó.

Gareth levantó una ceja al oír esa noticia, que no le sorprendía. Raptar a una heredera sin desposar era una costumbre de lo más habitual. Con todo, le pareció raro que la dama no se hubiera casado después del incidente. Pocas mujeres hubieran tenido la temeridad de rehusar el matrimonio después de haber perdido la virginidad y la reputación a manos de un usurpador.

-Una mujer poco corriente.

-Sí. Parece que lady Clare espera que el hombre que sea su señor cumpla unos requisitos muy especiales -volvió a sonreír-. Me ha enviado las condiciones necesarias para ser su marido, quiere elegir a uno que se ajuste a sus especificaciones.

-¡Por todos los diablos! ¿Condiciones? ¿Qué locura es ésa? Estaba seguro de que me ocultaba algo.

-Las ha puesto por escrito con gran lujo de detalles. Míralas.

Thurston cogió una hoja de pergamino doblada que había en una mesa cercana y se la entregó a Gareth.

Éste miró el sello roto y se fijó en que tenía forma de rosa. Pasó la vista rápidamente por los saludos y el párrafo introductorio, escrito con hermosa caligrafía. Cuando llegó al párrafo en el que detallaba lo que exigía de un marido, su lectura se hizo más detenida.

Señor, he meditado mucho sobre sus deseos y las necesidades de mi pueblo, y acepto con pesar la necesidad de contraer matrimonio. Con ese propósito, he estudiado la cuestión con sumo cuidado. Como bien sabe, Deseo es un lugar remoto y no conozco a ningún hombre al que elegir como esposo, excepto sir Nicholas, al que nunca aceptaría.

Por ello, le ruego respetuosamente me envíe una selección de al menos tres o cuatro pretendientes. Elegiré marido entre ellos. Para ayudarle en la tarea de seleccionar a los candidatos al puesto, he preparado unas condiciones que especifican las cualidades que requiero.

Usted, mi señor, tiene intereses en estas tierras y entiendo que desee protegerlas, tanto como yo. Según usted, el futuro señor de Deseo debería ser un caballero honrado que sepa mandar un pequeño, pero eficaz grupo de guerreros. Le recuerdo que deberá venir con su propia tropa, ya que en esta isla no hay hombres de armas entrenados.

Además de este evidente requisito, hay otros tres que son personales. Me gustaría detallárselos para que los entienda con mayor facilidad. .

En primer lugar, respecto a sus cualidades físicas, el futuro señor de Deseo debe ser un hombre de estatura y proporciones normales. Me he fijado en que los hombres extremadamente corpulentos prefieren confiar en la fuerza bruta para conseguir sus fines en vez de en su ingenio y conocimientos. No me interesan los hombres que intentan impresionar con sus proezas físicas. Así pues, cuando haga su selección, tenga la corpulencia en cuenta.

En segundo lugar, mi futuro señor debe ser un hombre de semblante alegre y carácter educado y agradable. Estoy segura de que entenderá que no quiero atarme a un hombre melancólico o proclive a los arrebatos de cólera o de mal humor. Quiero que mi esposo tenga el don de la risa, que sea un hombre capaz de disfrutar con las humildes diversiones que nos proporciona la isla.

En tercer lugar, es absolutamente necesario que mi marido sea un hombre culto, al que le gusten la lectura y las conversaciones intelectuales. Deseo hablar mucho con él, en especial durante los fríos meses de invierno, cuando ambos nos veamos obligados a pasar mucho tiempo dentro de casa.

Creo que mis tres requisitos son sencillos y que mis condiciones están claras. No creo que tenga problemas para elegir varios candidatos entre sus conocidos.

Envíelos, por favor, cuando lo tenga a bien. Haré mi elección tan rápidamente como me sea posible y le informaré de mi decisión.

SEÑORÍO DE DESEO, 7 DE ABRIL.

Gareth volvió a doblar la carta, consciente de la tremenda diversión que reflejaban los ojos de su padre.

-Me pregunto de dónde sacaría la idea de poner condiciones para encontrar el perfecto señor y marido.

Thurston se echó a reír.

-Supongo que los elementos básicos provienen de alguna balada romántica de juglar. Ya las conoces. Normalmente tratan de un héroe caballeroso que mata magos malvados como pasatiempo y promete amor eterno a su dama.

-Una dama que normalmente pertenece a otro hombre -murmuró Gareth-. El señor feudal del héroe, por ejemplo. Sí, sé de qué canciones me hablas. No me interesan en absoluto. -A las mujeres les encantan.

Gareth se encogió de hombros.

-¿Cuántos candidatos va a enviar, señor?

-Creo firmemente en satisfacer a las mujeres hasta cierto punto. Permitiré que lady Clare elija entre dos competidores.

Gareth arqueó una ceja.

-¿No va a mandar tres o cuatro?

-No, sé por experiencia que uno solamente se busca problemas cuando le da a una mujer demasiadas cosas entre las que elegir.

-Entonces, dos candidatos. Otro más y yo.

-Sí.

-¿Contra quién voy a competir?

Thurston sonrió.

-Con sir Nicholas de Seabern. Buena suerte, hijo. Los requisitos de la dama son sencillos, ¿no te parece? Sus condiciones son que sea un hombre de mediana estatura, dado a la risa y que sepa leer.

Gareth le devolvió la carta a su padre.

-Es muy afortunada. Cumplo uno de los requisitos. Sé leer.

CAPÍTULO 1

Clare estaba en los jardines del convento con Margaret, priora de santa Hermione, cuando se enteró de que el primer candidato había llegado a la isla.

-Ha desembarcado un gran destacamento de hombres, lady Clare. Avanzan hacia el pueblo -la avisó William.

Clare interrumpió una pormenorizada discusión sobre la mejor manera de extraer aceite de las rosas.

-Disculpe -le pidió a la priora Margaret.

-Por supuesto -respondió ésta, una mujer de mediana edad, de constitución fuerte. La toca de su hábito benedictino enmarcaba unos ojos penetrantes y unos rasgos delicadamente redondeados-. Se trata de algo muy importante.

Cuando Clare se volvió, vio al joven William, que la saludaba con una bolsa de rojas grosellas, dando saltitos de entusiasmo cerca de la caseta del guarda del convento.

William era un joven regordete de pelo negro y ojos oscuros que hacía gala con simpatía de una alegre curiosidad y un incansable entusiasmo. Él y su madre, lady Joanna, llevaban tres años viviendo en isla Deseo. Clare les tenía mucho cariño y como su propia familia había ido menguando hasta quedarse en nada, dejándola sola en el mundo, se sentía muy unida a ellos.

-¿Quién ha venido, William? -preguntó preparándose para la respuesta. Todos los habitantes de Deseo, excepto ella, llevaban semanas esperando ese día con impaciencia. Ella era la única que no tenía gran interés en elegir al nuevo señor de la isla.

«Al menos, puedo elegir» -pensó. Era más de lo que podían esperar muchas mujeres en su misma situación.

-Es el primer aspirante enviado por lord Thurston -gritó William metiéndose un puñado de grosellas en la boca-. Dicen que es un poderoso caballero, lady Clare. Ha venido con un magnífico ejército. John Blacksmith dice que tuvieron que utilizar la mitad de los barcos de Seabern para meter todos los hombres, caballos y equipaje que venían de tierra firme.

Un curioso estremecimiento de desasosiego hizo que se le cortara la respiración. Se había prometido que cuando llegara el momento mantendría la calma y trataría el asunto con seriedad. Pero ahora que lo tenía encima estaba mucho más inquieta de lo que esperaba.

-¿Un magnífico ejército? -preguntó frunciendo el entrecejo.

-Sí -contestó William con rostro resplandeciente-. El brillo de sus cascos es tan fuerte que hace daño a los ojos -aseguró tragando dos puñados de grosellas-. Y los caballos son enormes. Dice John que hay uno, un gran semental gris, que hace temblar el suelo con sus cascos cuando pasa.

-Pero si no pedí que viniera con muchos caballeros ni soldados. Deseo sólo necesita un pequeño destacamento de hombres que protejan nuestros envíos por barco. ¿Qué vaya hacer con un montón de soldados? ¡Y, además, con caballos! ¡Con lo que comen tanto unos como otros!

-No te preocupes, Clare -la tranquilizó Margaret sonriendo-. Lo que el joven William entiende por un gran ejército difiere mucho de lo que realmente es para nosotras. Recuerda que el único grupo de hombres armados que ha visto en su vida es la guardia de sir Nicholas de Seabern.

-Tiene razón, señora -Clare levantó el fragante pomo que colgaba de una cadena de su cinturón e inhaló la relajante mezcla de rosas y hierbas. El aroma la tranquilizó, como siempre hacía-. De todas formas, alimentar y alojar a tanta gente y caballos será un fastidio. ¡Por santa Hermione que no me apetece agasajar a toda esa gente! ¡Y sólo es el primer candidato!

-Tranquila, Clare -le pidió Margaret-. Puede que la multitud que ha desembarcado en el puerto pertenezca a más de un pretendiente. A lo mejor han llegado a la vez los tres que solicitaste. Eso explicaría por qué hay tantos hombres y caballos.

Clare sonrió ante la idea.

-Eso debe de ser -dijo dejando caer el pomo, que volvió a colgar entre los pliegues de su vestido-. Todos los aspirantes han venido juntos. Han traído su séquito y por eso hay tanta gente.

-Sí.

Le asaltó un pensamiento que logró borrar su momentáneo alivio.

-Espero que no se queden mucho tiempo, alimentados me costaría una fortuna.

-Puedes permitírtelo, Clare.

-Ésa no es la cuestión. Al menos, no toda.

Los ojos de Margaret centellearon.

-Una vez que hayas elegido entre los candidatos, los otros, junto con sus hombres y criados, se irán.

-¡Por el dedo de santa Hermione! Tendré que decidirme pronto para no gastar más comida y heno del que sea necesario.

-Muy cabal-la alabó Margaret mirándola detenidamente-. ¿Estás muy nerviosa, mi niña?

-No, claro que no -mintió-. Sólo tengo ganas de que acabe todo. Hay mucho trabajo que hacer y no puedo perder el tiempo en elegir marido. Confío en que lord Thurston sólo haya enviado candidatos que cumplan mis requisitos.

-Seguro que lo ha hecho -murmuró Margaret-. Tus cartas lo especificaban claramente.

-Es cierto -suspiró Clare, que había pasado horas redactando las condiciones para el nuevo señor de Deseo.

Un tiempo que no era nada en comparación con el que había invertido en pensar docenas de razones de por qué no necesitaba un marido. Había empleado toda la habilidad retórica, lógica y discursiva que le había enseñado Margaret. Se había dado cuenta de que para eludir lo inevitable necesitaría darle a lord Thurston una buena excusa.

Clare había ensayado todos los argumentos, detalladamente razonados, primero con Joanna y después con la priora Margaret, antes de copiados en un pergamino. Comprensivas, las dos mujeres habían escuchado la retahíla de excusas hábilmente elaboradas una detrás de otra, y le habían ofrecido su crítica y consejo.

En los meses que siguieron a la muerte de su padre, Clare había desarrollado lo que confiaba sería un argumento irrefutable y lógico contra la necesidad del matrimonio, basándose en la segura situación de isla Deseo, cuando sobrevino el desastre.

Su vecino en tierra firme, sir Nicholas de Seabern, había hecho pedazos todos sus esfuerzos, raptándola mientras hacía una corta visita a Seabern.

Furiosa con él por habedo echado todo a perder al demostrar su vulnerabilidad, Clare había hecho que la vida en Seabern Keep fuera un infierno para él. Al final de su forzada estancia, Nicholas confesó alegrarse de veda partir.

Pero era demasiado tarde.

Tras varios ataques de los ladrones que infestaban la región, el rapto fue la gota que colmó el vaso. Clare sabía que tarde o temprano los rumores llegarían a oídos de lord Thurston. Éste pensaría que no era capaz de proteger Deseo y actuaría de inmediato para ocuparse personalmente deL asunto.

A pesar de estar ultrajada y frustrada por los acontecimientos, tuvo que admitir que no podía culpar a Thurston por tomar esa decisión. En su lugar, ella hubiera hecho lo mismo. El porcentaje de ingresos al que tenía derecho como señor feudal de isla Deseo era demasiado sustancioso como para correr riesgos.

Clare no podía poner en peligro las vidas de los hombres del pueblo que acompañaban los envíos de perfumes. Algún día, los piratas matarían a alguien en uno de sus ataques.

La verdad es que no tenía otra alternativa, y lo sabía. Tenía obligaciones con el pueblo de Deseo. Su madre, que había muerto cuando ella tenía doce años, le había enseñado desde su más tierna infancia que los deseos de la dueña de aquel feudo estaban por debajo de las necesidades de su pueblo y de las tierras que lo alimentaba.

Sabía muy bien que aunque fuera perfectamente capaz de hacer de Deseo una hacienda próspera y lucrativa, no era una buena guerrera.

En su isla no había guardia ni hombres de armas. Los pocos que habían vivido allí en otros tiempos habían acabado yéndose. Algunos habían acompañado a su hermano Edmund a los torneos y no habían regresado. Después de todo, Deseo tampoco era un lugar lleno de diversiones. No era el lugar adecuado para jóvenes caballeros y escuderos ansiosos de gloria y de las ganancias que podían conseguir compitiendo en las interminables rondas de torneos o yendo a las cruzadas.

Los dos últimos que habían vivido en la isla, habían viajado a España con su padre, sir Humprey. Fueron los que enviaron noticias de la muerte de éste, pero ellos tampoco habían regresado.

Al morir su señor quedaron libres de sus votos de lealtad y habían encontrado nuevos señores en las tierras del sur.

Clare no tenía ni idea de cómo conseguir un grupo de hombres armados que fuera de fiar, ni mucho menos cómo entrenarlos o controlados.

La primera carta de advertencia de Thurston había llegado hacía seis semanas. Estaba cortésmente redactada, con las condolencias por la muerte de sir Humprey, pero no había duda en lo que implicaban los encubiertos comentarios sobre la defensa de Deseo. La segunda carta dejaba bien claro que debía casarse. Para su gran disgusto, ella había llegado a la misma conclusión.

Sabiendo que el matrimonio era inevitable, había hecho lo que siempre hacía en cuestión de asuntos de honor. Había decidido estar a la altura de sus responsabilidades.

Sin embargo, como siempre, se había hecho cargo de la situación a su manera.

Si tenía que cargar con el estorbo de un marido, les dijo a Joanna y Margaret, estaba decidida a opinar sobre el hombre con el que se desposaría.

-Se acercan, lady Clare -gritó William desde la caseta.

Clare se limpió la negra tierra del jardín que ensuciaba sus manos.

-Le ruego me excuse, señora. Tengo que ir a la casa para cambiarme antes de que lleguen mis invitados. Seguro que estos elegantes caballeros del sur esperan que los reciba con cierta ceremonia.

-Por supuesto -contestó Margaret-. Sé que no te entusiasma la idea de este matrimonio, pero ¡ánimo!, mi niña. Recuerda que seguramente habrá tres candidatos, posiblemente cuatro. Harás una buena elección.

Clare lanzó una rápida e inquisitiva mirada a su amiga y maestra, y bajó la voz para que ni William ni la portera de la cercana caseta pudieran oírla.

-¿Y si no me gusta ninguno de los tres pretendientes que me envía lord Thurston?

-Entonces tendremos que averiguar si eres demasiado exigente, incluso excesivamente especial a la hora de elegir un señor para Deseo o si sólo estás buscando excusas para no tener que hacerla.

Clare hizo una mueca y obsequió a Margaret con una triste sonrisa.

-Es siempre tan directa y práctica, señora. Siempre sabe cómo llegar al quid de la cuestión.

-Sé por experiencia que una mujer práctica y honrada en su razonamiento, en especial cuando se debate consigo misma, consigue más que una que no lo es.

-Es lo que siempre me ha enseñado, señora -dijo Clare irguiendo los hombros-. Tendré presentes sus sabias palabras.

-Tu madre hubiera estado orgullosa de ti.

Clare advirtió que Margaret no había mencionado a su padre. No era necesario. Las dos sabían que a sir Humprey nunca le había interesado la gestión de sus tierras. Había dejado esas mundanas cuestiones a su esposa y después a su hija, mientras él continuaba sus estudios y experimentos.

En la calle, al otro lado del muro del convento se oyó un grito. Las voces crecían en asombro y entusiasmo conforme los habitantes del pueblo se reunían para contemplar a los recién llegados.

William guardó las rojas frambuesas en la bolsa que le colgaba del cinturón y fue corriendo hasta un banco que. había pegado al muro.

Clare se dio cuenta demasiado tarde de sus intenciones.

-¡No te subas! ¡Ya sabes lo que te ha dicho tu madre!

-No se preocupe, no me caeré. Sólo quiero ver los caballeros y sus enormes caballos

William se puso de pie en el banco y comenzó a subir su gordinflón cuerpo encima del muro de piedra.

Clare refunfuñó e intercambió una mirada resignada con Margaret. No cabía duda de que la excesivamente protectora madre de William se habría desmayado si hubiera estado presente. Joanna estaba convencida de que su hijo era muy delicado y no debía correr ningún riesgo.

-Lady Joanna no está aquí -dijo Margaret secamente, como si Clare hubiera hablado en voz alta-. Así que no te preocupes demasiado.

-Si William se cae, Joanna no me perdonará nunca.

-Un día de éstos tendrá que empezar a dejar de mimar al joven -aseguró Margaret encogiéndose de hombros-. Si sigue estando encima de él como una madre con su polluelo, acabará siendo un joven miedoso, angustiado y sumamente gordo.

-Ya lo sé, pero no puedo culpada por querer protegerlo -añadió Clare con voz queda-. Ha perdido a todos sus seres queridos, no puede arriesgarse a perder a su hijo también.

-¡Los veo! -gritó William pasando una pierna por encima del muro-. ¡Ya están en la calle! -Se hizo sombra en los ojos para protegerlos de la luz del sol de primavera-. ¡El caballo gigante de color gris va el primero y juro que el caballero que lo monta es tan grande como su montura!

Clare frunció el entrecejo.

-Pedí hombres de tamaño y corpulencia normal.

-Lleva un brillante yelmo y cota de malla -exclamó William-. Y un plateado escudo que reluce como un gran espejo al sol.

-¿Un gran espejo?

Intrigada, Clare avanzó rápidamente por el sendero del jardín para ver a los recién llegados.

-Es muy raro, señora. Todo en ese caballero es plateado o gris, incluso sus vestidos y los jaeces del caballo lo son. Es como si él y su escudero estuvieran hechos de plata y humo.

-¿Plata y humo? -preguntó Clare mirando a William-. ¡Qué imaginación tienes!

-Es verdad, lo juro -William parecía realmente impresionado por lo que veía.

La curiosidad de Clare aumentó.

-¿Cómo es de grande ese caballero de plata y humo?

-Es muy, muy grande -contestó William desde su elevada posición-. Y el caballero que va detrás de él es casi tan grande.

-¡No puede ser!

Clare se acercó a la puerta y miró hacia la calle, pero la multitud de entusiasmados aldeanos le tapó la vista.

Se había corrido la voz de que había llegado un ejército y prácticamente todo el mundo había salido a ver el espectáculo de los caballeros y sus monturas. John Blacksmith, Robert Cooper, Alice la tabernera y tres fornidos granjeros estaban delante. Todos eran más altos que ella.

-No te inquietes por el tamaño del caballero gris -dijo Margaret acercándose a Clare con mirada risueña-. Hay que tener en cuenta la limitada experiencia de William en cuestiones mundanas. Cualquier hombre subido a un caballo sería enorme para él. Es la armadura lo que les hace parecer tan grandes.

-Sí, lo sé. Con todo, me gustaría verlo -dijo Clare calculando la distancia desde el banco a lo alto del muro-. William, dame la mano.

William volvió la vista hacia ella.

-¿Quiere subir aquí conmigo, lady Clare?

-Sí. Si me quedo donde estoy seré la última persona en toda la isla en ver la invasión -aseguró levantándose las faldas de su vestido de talle largo y subió al banco.

Margaret lanzó un ligero gruñido de desaprobación.

-La verdad, Clare, me parece en extremo impropio. Piensa en la vergüenza que pasarás si uno de tus pretendientes te ve comportándote como un marimacho pueblerino ahí arriba. Puede que luego te reconozca en la casa.

-Nadie me verá. Por la algarabía que oigo, nuestros invitados están demasiado ocupados haciendo una gran demostración para el pueblo y quiero ver el espectáculo.

Clare agarró el borde del muro, encontró una grieta con la punta de sus suaves botas de piel e intentó ponerse al lado de William.

-Tenga cuidado, mi señora -William se inclinó para agarrarle el brazo.

-No te preocupes -jadeó mientras pasaba primero una pierna y luego la otra sobre el ancho muro de piedra-. Puede que sea una solterona de veintitrés años, pero todavía puedo trepar a un muro. -Sonrió a William mientras se enderezaba y se ajustaba las faldas-. ¿Has visto? Lo he conseguido. Ahora dime dónde está el caballero de plata y humo.

-Al final de la calle -dijo señalando hacia el puerto-. Escuche el estruendo de los cascos de los caballos. Es como si una enorme y huracanada tormenta viniera del mar.

-La verdad es que hacen ruido como para despertar a los muertos -aseguró Clare echándose hacia atrás la capucha del manto y volviéndose para mirar hacia la estrecha calle.

El estrépito de los cascos sonaba cada vez más cercano. Los aldeanos estaban inmóviles por la expectación.

De repente, Clare vio al caballero y al escudero vestidos de plata y humo. Contuvo el aliento y entendió por qué se había quedado impresionado William.

Hombres y caballos parecían estar hechos con todos los elementos de una furiosa tormenta: viento, lluvia y rayos. Sólo hacía falta echarles una mirada para saber que su sombrío y ceniciento furor, una vez despertado, sería capaz de destruir cualquier cosa que se interpusiera en su camino.

Por un momento, la visión del caballero de plata y humo dejó tan muda a Clare como lo estaban los aldeanos de la calle. Una desesperada sensación de desazón se agolpó en su estómago cuando se dio cuenta de que no cabía duda de que estaba contemplando uno de sus pretendientes.

«Muy grande -pensó-. Demasiado. Y muy peligroso. Decididamente, no es el hombre adecuado.»

El caballero gris cabalgó hasta ponerse delante de un grupo de siete hombres. Eran caballeros, hombres de armas y uno o dos criados. Clare miró con curiosidad a los guerreros que cabalgaban detrás de la gran máquina de guerra gris. Había visto muy pocos soldados en su vida, pero sabía lo suficiente como para darse cuenta de que la mayoría prefería los colores fuertes y brillantes en sus ropas.

Aquellos hombres imitaban la forma de vestir de su líder. Llevaban ropajes de tonos grises, marrones y negros aún más sombríos, que de alguna forma hacía-que parecieran más letales.

Los recién llegados estaban muy cerca. Llenaban la estrecha calle. Las banderas ondeaban al viento. Clare oyó el crujido y el roce del metal en el cuero. Los arreos y armaduras se movían al compás, con un ritmo bien acompasado.

Los pesadamente herrados caballos avanzaban como enormes máquinas de guerra. Caminaban con un paso lento e incesante que acentuaba su poder y aseguraba que todos los presentes tuvieran la oportunidad de presenciar el espectáculo.

Clare contemplaba aquella extraña visión con la misma sorpresa que todo el mundo. No prestaba mucha atención a los murmullos que subían y bajaban entre la multitud formando una ola que tenía su origen en una pequeña celda de piedra en la que habitaba la anacoreta del pueblo.

Fascinada por los hombres a caballo, Clare no hizo caso al principio, pero conforme los susurros iban creciendo en volumen, les prestó atención.

-¿Qué dicen, William?

-No lo sé, algo sobre un lobo, creo.

Clare miró por encima de su hombro hacia la celda, construida en el muro del convento. Beatrice, la anacoreta, vivía allí desde que hacía diez años había decidido convertirse en ermitaña. Según el dictado del camino religioso que había elegido, jamás salía de allí.

Se suponía que debía dedicarse a la oración y la meditación, pero la verdad es que se entregaba a los chismes del pueblo. Nunca le faltaban, porque durante el día prácticamente todo el pueblo pasaba delante de su ventana. Muchos se detenían para hablar con ella o pedirle consejo. Cuando alguien lo hacía, Beatrice lo trataba como un lechero a su vaca. Le sacaba hasta la última gota de información con la que poder chismorrear.

También desempeñaba las funciones de su vocación, que incluían dar consejo con gran fervor a todo el que se acercara a ella. No pocas veces se lo ofrecía hasta a los que no se lo habían pedido. Era partidaria de las predicciones de oscuros presagios y no tardaba en advertir sobre inminentes muertes y desastres.

A veces acertaba.

-¿Qué dicen? -le preguntó Margaret a Clare.

-No lo sé -contestó Clare esforzándose por oír la creciente marea de susurros-. William dice que es algo sobre un lobo. Creo que la anacoreta ha sido la que ha empezado el rumor.

-Entonces es mejor que no hagamos caso -aseguró Margaret.

-Escuchad -la interrumpió William-. Ahora se distinguen las palabras.

La cresta de los murmullos avanzaba por encima del mar de gente.

-...el lobo sanguinario.

-Dicen que era una bestia del infierno venida de algún lugar de las tierras del sur. No he entendido el nombre...

-¿El Lobo Sanguinario de Wyckmere?

-Eso es, Wyckmere. Así lo llaman, el Lobo Sanguinario de Wyckmere. Dicen que porta una espada enorme llamada la *Puerta del infierno*.

-¿Por qué la llama así?

-Porque suele ser lo último que ve un hombre antes de morir atravesado por ella.

Los ojos de William se abrieron de par en par. Se estremeció por la emoción de los murmullos y rápidamente buscó en la bolsa de su cinturón otro puñado de rojas frutas.

-¿Lo ha oído lady Clare? -preguntó con la boca llena de frambuesas-. ¡Lobo Sanguinario de Wyckmere!

-Sí -contestó ésta, que se había dado cuenta de que algunas personas se santiguaban cuando se enteraban de la noticia, sin que el brillo de atemorizado entusiasmo se borrara de la expresión de sus caras. Si acaso, los aldeanos parecían embelesados con el caballero que se aproximaba.

«Parece que mi pueblo es de lo más ambicioso», pensó Clare. No había duda del prestigio que recaería en ellos si conseguían un señor que tenía tan temible reputación.

«Una reputación que está muy bien, a menos que una esté obligada a casarse con él», reflexionó Clare.

-El Lobo Sanguinario de Wyckmere -articuló William con una reverencia que hubiera sido más adecuado reservar para una oración o una visión divina-. Debe de ser un gran caballero.

-Me gustaría saber dónde están los otros -exclamó Clare.

-¿Qué otros?

Clate frunció el entrecejo ante los jinetes que se aproximaban.

-Se supone que debían venir al menos otros tres caballeros entre los que tendría que elegir un marido. Todos esos hombres parecen cabalgar tras una sola bandera.

-Bueno, el Lobo Sanguinario de Wyckmere es casi tan grande como tres juntos -afirmó William con gran satisfacción-. No hace falta que vengan más.

Clare entornó los ojos. Aquel hombre no era tan grande, pero sí tenía un aspecto formidable. No era en absoluto la constitución física que había solicitado.

El caballero gris y su séquito estaban casi frente a ella. A pesar de todo, los recién llegados estaban proporcionando una maravillosa diversión a todos los presentes. Sería, interesante comprobar si el resto de pretendientes podían mejorar esa demostración de acero y poder.

Estaba tan ensimismada con los inusuales sonidos y vistas de aquel acontecimiento, que casi no se dio cuenta de otro murmullo que empezaba acorrer entre el pueblo. Creyó oír que mencionaban su nombre, pero no prestó atención. Como señora de isla Deseo estaba acostumbrada a que la gente hablara de ella. Era lo más normal.

-Clare, deberías ir inmediatamente a la casa. Si sigues en el muro no te dará tiempo de recibir a ese gran caballero como es debido -le indicó Margaret.

-Demasiado tarde, señora -contestó Clare alzando la voz sobre el estruendo de voces y el sonido seco de los cascos-. Tendré que esperar hasta que hayan pasado, antes de poder bajar a la calle. Estoy atrapada aquí hasta que se disperse la muchedumbre. Joanna y los criados tendrán que encargarse de recibir a nuestros visitantes.

-¿Qué estás diciendo? -la reprendió-. Joanna y los criados no pueden ofrecerles el tipo de bienvenida que espera el futuro señor de Deseo.

Clare volvió la cabeza y sonrió.

-Todavía no sabemos si el caballero gris será el futuro señor de Deseo, ¿no? De hecho, dudo mucho que lo sea. Por lo que he visto, no tiene el tamaño adecuado.

-El tamaño es lo de menos, mi niña -murmuró Margaret.

El ruido de los cascos y de los arneses cesó de pronto. Un grito de sorpresa de William y el repentino silencio de la multitud hicieron que Clare volviera la cabeza rápidamente.

Se asombró de que la formación de hombres a caballo que había avanzado lenta y majestuosamente a través del centro del pueblo se hubiera detenido en medio de la calle, directamente frente a donde estaba ella.

Tragó saliva con dificultad cuando se dio cuenta de que el caballero gris la estaba mirando. Su primera intención fue dejarse caer por el borde del muro y escaparse sin ser vista hacia el jardín. Pero era demasiado tarde para huir. Tendría que afrontar la situación.

De repente, se dio cuenta de lo sucio que estaba su vestido y lo alborotado que llevaba el pelo. Cuando se agarró al borde del muro de piedra, tibio por el sol, notó que tenía húmedas las palmas de las manos.

Seguro que no la estaba mirando.

No podía estar haciéndolo.

No había razón para haber llamado la atención del caballero gris. Era simplemente una mujer sentada en un muro, observando el espectáculo junto con el resto de aldeanos.

Pero sí la estaba mirando.

Una extraña quietud se apoderó de la situación mientras el caballero de plata y humo la miraba pensativo durante un interminable momento. Tuvo la impresión de que la misma brisa había cesado de soplar. Las hojas de los árboles del jardín del convento colgaban inmóviles. No se oía nada, ni siquiera el ondear de una bandera.

Clare vio unos ojos ensombrecidos e inescrutables, enmarcados por un yelmo de acero, y rezó por que el Lobo Sanguinario de Wyckmere la tomara por una campesina.

Obedeciendo una orden misteriosa, el gran semental moteado se dirigió hacia el muro del convento. Los que se hallaban ante el caballo se hicieron a un lado rápidamente para dejarle paso libre. Todos los ojos se posaron en ella.

-¡Viene hacia aquí, señora -chilló William-. A lo mejor la ha reconocido.

-Pero si no me ha visto nunca -le aclaró con los dedos clavados en la piedra-. No puede saber cómo soy.

William abrió la boca para decir algo más, pero la cerró súbitamente cuando el imponente caballo de guerra se detuvo justo delante de Clare. La mirada del caballero gris estaba a la misma altura que la de ella.

Clare miró fijamente unos ojos brillantes y adustos que tenían el color del cristal de roca empañado. Vio la fría y calculadora inteligencia que centelleaba en el interior de aquel cristal y se dio cuenta de inmediato de que el caballero gris sabía quién era ella.

Contuvo la respiración intentando desesperadamente pensar en alguna forma de salir de aquella situación. Jamás había pasado por una experiencia tan embarazosa.

-Busco a la dama de isla Deseo -dijo el caballero.

Un curioso estremecimiento la recorrió al oír su voz. No sabía por qué reaccionaba de una forma tan extraña, porque la verdad es que encajaba perfectamente con su aspecto. Era profunda y grave, y vibraba con un poder contenido.

Se agarró a la piedra para que le dejaran de temblar los dedos. Después levantó la barbilla e irguió los hombros. Era la señora de su feudo e intentó mantener un comportamiento que evidenciara su título, incluso si se encontraba frente al hombre de aspecto más formidable que había visto en su vida.

-Soy la persona que busca, señor. ¿Quién es usted?

-Gareth de Wyckmere.

Clare recordó los cuchicheos, «el Lobo Sanguinario de Wyckmere».

-He oído que lo llaman por otro nombre.

-Me llaman de muchas maneras, pero no respondo ante muchas de ellas.

En sus palabras había una clara advertencia. Clare lo entendió, decidió volver a la seguridad de la buena educación e inclinó la cabeza con cortesía.

-Le doy la bienvenida a isla Deseo, sir Gareth. Permítame que le dé las gracias en nombre de todo el pueblo por el magnífico espectáculo que nos ha ofrecido. Rara vez tenemos la fortuna de contemplar tan imponentes demostraciones en nuestra pequeña aldea.

-Me alegro de que le haya gustado lo que ha visto, señora. Espero que disfrute lo mismo con el resto de la representación.

Gareth soltó las riendas, levantó sus manos enguantadas con cota de malla y se quitó el yelmo.

No miró por encima de su hombro ni hizo ninguna señal que Clare pudiera advertir. Simplemente sujetó el reluciente casco en un lado e inmediatamente otro caballero cabalgó hasta él, cogió el yelmo de acero y regresó junto con el resto de soldados.

Clare estudió a Gareth con una curiosidad que no pudo disimular totalmente, ni siquiera por educación. Después de todo, era uno de los hombres que habían sido enviados para disputarse su mano. Le sorprendió descubrir que algo muy profundo en su interior estaba extrañamente satisfecho con su aspecto.

Realmente era muy grande, pero ese defecto no parecía tan alarmante ahora como cuando redactó los requisitos que debía cumplir su marido. La razón era obvia. A pesar de su tamaño y evidente fortaleza física, algo le decía que no se trataba de un hombre que solamente confiara en la fuerza bruta para conseguir lo que se proponía.

Gareth de Wyckmere era sin lugar a dudas un caballero ejercitado, versado en las sangrientas artes de la guerra, pero no era un bruto, lo veía en su cara.

La luz del sol brilló en su espesa melena hasta los hombros de pelo casi negro. Había algo en sus temibles y frías facciones que le recordó los acantilados que protegían su amada isla. A pesar de la inteligencia que reflejaban sus ojos, presintió que podía ser implacable e inflexible.

Era un hombre que había luchado por todo lo que quería en la vida.

Miró a Clare mientras le observaba. Parecía que no le molestaba el minucioso examen. Simplemente permaneció sentado, esperando tranquila y pacientemente un juicio, en una forma que sugería que el veredicto no le preocupaba. A Clare se le ocurrió que se había fijado unos objetivos y tenía intención de conseguidos sin importarle su decisión o conclusión.

Aquel pensamiento la horrorizó. No sería fácil rechazar al Lobo Sanguinario de Wyckmere una vez que éste se había fijado una meta.

Pero también ella podía mostrarse igual de firme en la consecución de sus propios objetivos. Prácticamente había estado al mando de la isla y de todo lo que había en ella desde los doce años.

-¿Y bien, señora? ¿Le satisface su nuevo señor? -preguntó Gareth.

«¿Su futuro señor?» Clare parpadeó sorprendida. No sabía si reírse o reconvenirle por su impresionante arrogancia y se decidió por una educada, pero fría sonrisa.

-No podría decido, aún no he visto al resto de aspirantes al puesto.

-Se equivoca, señora. Sólo somos dos, Nicholas de Seabern y yo.

Los labios de Clare se abrieron por el horror.

-Pero, eso no es posible. Solicité una selección de al menos tres o cuatro caballeros.

-No siempre tenemos lo que pedimos, ¿no es verdad?

-Aun así, usted no cumple ninguno de mis requisitos, señor -farfulló Clare-. No quiero ofenderle, pero no tiene la talla adecuada. Y da la impresión de ser más un hombre de guerra que de paz -le espetó mirándolo con el ceño fruncido-. Además, no parece ser un hombre de carácter alegre.

-Nada puedo hacer por mi corpulencia. Y es verdad que he sido bien entrenado en el arte de la guerra, pero le juro que busco una vida tranquila y pacífica. En cuanto a mi carácter, ¿qué decir? Un hombre puede cambiar, ¿no?

-No estoy tan segura -contestó cautelosamente.

-Sé leer.

-Bueno, al menos es algo. No obstante...

-Señora, por experiencia he aprendido que todos tenemos que arreglamos con lo que tenemos.

-Nadie lo sabe mejor que yo -dijo Clare con frialdad-. Señor, seré franca. Ha venido desde muy lejos y nos ha ofrecido un maravilloso espectáculo. No quisiera ofenderle, pero, a decir verdad, me temo que no tiene ninguna posibilidad de ser el señor de Deseo. Creo que sería mejor que usted y todos sus hombres se fueran en los mismos barcos en los que han venido.

-No, señora. He esperado mucho y recorrido un largo trecho. Estoy aquí para reclamar mi futuro. No tengo intención de irme.

-Pues debo insistir en...

Se oyó un suave y mortífero suspiro, y la espada de Gareth apareció en su mano como por arte de magia. El rápido y aterrador movimiento provocó un grito ahogado en la multitud. Clare se detuvo a mitad de frase con los ojos muy abiertos.

La luz del sol refulgió y destelló en el acero cuando Gareth esgrimió la espada.

De nuevo, todos y todo pareció quedarse inmóvil.

El joven William consiguió romper el hechizo.

-No debe herir a mi señora -le gritó a Gareth-. No lo permitiré.

La muchedumbre se quedó estupefacta ante la audacia de William, ya que éste se encontraba frente a una espada desenfundada.

-¡Calla, William! -le susurró Clare.

Gareth miró al joven.

-Eres muy valiente, chaval. Los hay que huyen espantados cuando ven la *Puerta del infierno*.

No cabía duda de que William estaba asustado, pero su expresión mostraba una obstinada determinación. Le devolvió la mirada.

-No le haga daño.

-No se lo haré -le aseguró Gareth-. De hecho, como su futuro señor estoy muy contento de que haya tenido un protector tan valiente hasta mi llegada. Estoy en deuda contigo, joven.

La cara de William adoptó una expresión de incertidumbre. Gareth le dio la vuelta a la espada con otro movimiento rápido como un rayo. Ofreció su empuñadura a Clare en un inequívoco gesto de homenaje y respeto. Esperó, al igual que todo el mundo, a que ella cogiera el arma.

Un murmullo de asombro y aprobación se elevó de la multitud. Clare lo oyó, sentía el entusiasmo apenas contenido de William, y la expectante tensión del ambiente era abrumadora.

Rechazar la espada era un acto que albergaba un gran riesgo. No había forma de saber cómo reaccionaría Gareth ni qué represalias tomarían sus soldados. En cuestión de minutos podían destruir el pueblo entero.

Sin embargo, aceptada era dar a Gareth todos los motivos para pensar que su petición sería bien recibida.

Era una trampa. Muy limpia, tuvo que admitir, pero una trampa al fin y al cabo. Era una encerrona con dos salidas, y ambas eran peligrosas. Había sido urdida con deliberación. Con todo, ella sabía que era un hombre que utilizaba el sentido común además de la fuerza para lograr sus propósitos.

Observó la empuñadura de aquel bruñido trozo de acero y se fijó en que el pomo estaba hecho con un gran pedazo de cristal de roca. La grisácea y empañada piedra parecía llena de humo plateado proveniente de un fuego invisible. De repente, comprendió de dónde había sacado su nombre. No hacía falta tener mucha imaginación para ver en el pomo de cristal una puerta al infierno.

Fijó su mirada en la de Gareth y pensó que el cristal lleno de humo combinaba muy bien con sus ojos.

Sabiendo que no había forma de salir de la trampa, eligió una de las dos opciones que tenía. Extendió la mano lentamente y cogió la empuñadura de la espada. Era tan pesada que tuvo que utilizar las dos manos para sujetada.

La muchedumbre profirió un grito de júbilo. William sonrió. Los vítores inundaron el ambiente y cuando los caballeros y hombres de armas enarbolaron sus lanzas y golpearon sus escudos, se oyó el entrechocar y resonar de armaduras.

Clare miró a Gareth y tuvo la sensación de haber caído de uno de los altos acantilados de Deseo.

Gareth extendió sus manos enguantadas en cota de malla, la cogió y la bajó del muro. El mundo giró a su alrededor y casi se le cae la espada.

Un instante después estaba sentada en la silla, delante del Lobo Sanguinario. La sujetaba un brazo cubierto de cota de malla del tamaño de un árbol. Levantó la vista y vio que los ojos de Gareth brillaban con satisfacción.

Clare se preguntó por qué sentía que seguía cayendo. Gareth levantó una mano para llamar a un caballero. Un guerrero de severa expresión se adelantó.

-¿Sí, sir Gareth?

-Ulrich -levantó la voz para que su hombre pudiera oírle por encima de los atronadores vítores de los aldeanos-. Escolta al noble protector de la dama, como corresponde a su excelente servicio.

-Sí.

Ulrich detuvo su montura cerca del muro y estiró un brazo para coger a William por la cintura. Lo levantó para bajado del muro y lo acomodó en el arzón de la silla de montar.

Clare se fijó en lo mucho que se abrían los ojos de William mientras pasaba entre la multitud a horcajadas en el enorme caballo de guerra. Se dio cuenta con irónico disgusto de que Gareth acababa de ganar un leal vasallo de por vida.

Oyó los exultantes gritos de su pueblo mientras el Lobo Sanguinario de Wyckmere avanzaba con su gris semental por la abarrotada calle. Volvió la vista por encima del hombro y vio a Margaret, que estaba de pie en la entrada de la caseta del portero.

La priora agitaba la mano alegremente.

Apretó con fuerza la *Puerta del infierno* y pensó, azorada, en la trampa perfectamente dispuesta en la que había caído.

CAPÍTULO 2

-Ofrecer la Puerta del infierno a la dama ha sido un bonito gesto -comentó Ulrich sonriendo mientras observaba cómo se enjabonaba Gareth en una enorme bañera-. Poco habitual en ti, si me permites decido.

-¿Me crees incapaz de hermosos gestos? -preguntó Gareth apartando el pelo mojado de los ojos y mirando a su amigo.

Ulrich estaba repantigado en el asiento lleno de cojines de la ventana. El sol brillaba en su calva cabeza. Ulrich, un aguerrido caballero unos seis años mayor que Gareth, era un hombre musculoso con una cara sorprendentemente agraciada.

Lord Thurston lo había contratado para que fuera el mentor de Gareth cuando éste cumplió dieciséis años. Aquel hombre mayor era un serio estratega y un experimentado soldado. Había estado presente el día que Gareth había ganado sus espuelas y el título de caballero que las acompañaba. Aquel acontecimiento se había celebrado después de un violento encuentro con una banda de caballeros renegados que habían estado aterrorizando a los habitantes de parte de las tierras de Thurston.

Ulrich y Gareth seguían juntos desde aquel día. Su asociación se basaba en la amistad, afianzada por la confianza y el respeto mutuo. Al principio, Gareth había aprendido mucho de Ulrich y aún seguía escuchando sus consejos. Pero llegó un momento en el que su relación cambió de mentor y estudiante a profesionales que se tratan como iguales.

Con todo, Gareth era el que daba las órdenes y el que había reunido a un grupo muy unido de hombres disciplinados y los había convertido en un arma formidable por cuyos servicios se pagaban grandes sumas de dinero.

Él era el que seleccionaba a sus potenciales patrones y decidía cómo y cuándo vended es los servicios de sus hombres.

Había asumido el papel de jefe no por su relación con Thurston de Landry, sino porque a todos les parecía lo más natural. En él, la capacidad de mando era innata, un impulso tan necesario como respirar.

Ulrich no tenía interés en ser el líder. Era independiente por naturaleza. Juraba lealtad a quien él elegía y el señor al que se la ofreciera podía estar seguro de que disfrutaría de un inquebrantable servicio. Hacía cuatro años, Ulrich había jurado lealtad al Lobo Sanguinario de Wyckmere.

Ulrich conocía a Gareth mejor que nadie, incluido Thurston. Sabía bien que Gareth jamás había ofrecido la *Puerta del infierno* a ningún hombre o mujer, señor o señora.

-He de admitir que los actos grandiosos e impresionantes se te dan bien -dijo Ulrich pasándose pensativo la mano por la barbilla-. Tus gestos siempre esconden trampas, pero éste ha sido excepcional, incluso para ti.

-La situación lo requería.

-Con todo, era solamente otra trampa, ¿no? No le dejaste otra alternativa a la dama que no fuera aceptar la *Puerta del infierno*.

Gareth se encogió de hombros.

-Habría sido muy violento si hubiera vuelto su hoja contra ti para intentar atravesarte las tripas.

-Había pocas posibilidades de que lo hiciera, pero el mayor riesgo era que no quisiera aceptada -dijo Gareth y se llevóel perfumado jabón a la nariz para alerto con cautela-. ¿No tienes la impresión de que todo en Deseo huele a flores?

-Toda la condenada isla huele como un jardín. Seguro que la acequia del pueblo está perfumada.

-Parece que está unida al mar a través de un canal-dijo Gareth frunciendo el ceño-. Seguro que la marea se lleva la basura. Los excusados de la casa desaguan en un sistema similar. Es muy interesante.

-Nunca he entendido tu curiosidad por los mecanismos ingeniosos. -Ulrich aspiró fuertemente e inhaló el perfume que penetraba por la ventana abierta a sus espaldas-. ¿Qué habrías hecho si la dama hubiera rechazado la espada?

-Eso ya no importa. La aceptó -y decidió su destino, ¿eso es lo que crees? Yo no estaría tan seguro, amigo mío. Tengo el presentimiento de que la dueña de Deseo es una, mujer con recursos. Según me has contado, es ella la que ha conseguido que las tierras sean tan prósperas y productivas.

-Sí, su madre le enseñó los secretos de la fabricación de perfumes. Al parecer, su hermano se pasaba la vida de torneo en torneo hasta que finalmente lo mataron. Su padre era un estudioso que no tenía interés en administrar las tierras. Prefería pasar el tiempo en España traduciendo tratados árabes.

Ulrich sonrió.

-Qué pena que no lo hayas conocido, seguro que los dos teníais mucho de qué hablar.

-Sí -Gareth sintió una repentina satisfacción. Una vez casado, dejaría de cazar bandidos y se dedicaría a su primer amor: buscar los tesoros ocultos en los libros y manuscritos, como los que había guardado el padre de Clare. Su corpulento cuerpo derramó parte del agua cuando se puso de pie y estiró el brazo para coger una toalla-. ¡Por las barbas del infierno! Huelo como una rosa.

-Puede que a tu nueva dama le guste el perfume. Dime, ¿cómo supiste que la moza que estaba en el muro era en realidad la señora de Deseo?

Gareth hizo un ligero y desdeñoso movimiento con una mano mientras se secaba el pelo con el paño.

-Tenía la edad adecuada y estaba mejor vestida que el resto de los aldeanos.

-Sí, pero aun así...

-Exhalaba aire de confianza y autoridad. Estaba seguro de que o era una habitante del convento que no había tomado el hábito todavía o la señora de la casa. Aposté por lo segundo.

Gareth se acordó de la primera visión de Clare. Montado en el semental, se había fijado en ella en cuanto subió al muro para sentarse en él, una figura ágil y graciosa que llevaba un vestido verde y una capa color azafrán. El cuello, el dobladillo y las mangas de la túnica estaban bordados en amarillo y naranja, al igual que el ancho cinturón. Éste permanecía bajo en las caderas para resaltar una estrecha cintura y el femenino ensanchamiento de los muslos.

Para Gareth, la mujer del muro era la encarnación de la misma primavera, tan fresca e intensa como los campos de rosas y lavanda que alfombraban la isla.

Su largo y oscuro pelo, recogido sin apretar por una estrecha diadema y un pedacito de lino, brillaba lustroso al sol. Pero fue su cara lo que llamó su atención. Sus hermosas facciones de huesos delicados estaban tan encendidas de curiosidad y entusiasmo como las del joven que estaba a su lado. Un refinado, pero inconfundible orgullo brillaba en la expresión de su cara, era el rostro de una mujer acostumbrada a mandar.

Sin embargo, sus grandes ojos verdes mostraban una gran cautela. Su penetrante mirada, ejercitada por años dedicados a la caza de bandidos y que no perdía detalle, se había fijado en esa expresión reservada. De hecho, le había proporcionado la clave final de su verdadera identidad.

La elegantemente vestida dama del muro tenía un interés muy personal en los caballeros que estaban invadiendo sus dominios.

Gareth sabía que cuando cabalgó hacia el muro para ponerse frente a ella corría un riesgo. Le preocupaba un poco que hubiera vuelto a meterse en el jardín del convento, pero no lo hizo. Como sospechaba, tenía demasiada arrogancia femenina como para retirarse.

Cuando se acercó a ella se fijó en la mancha de su vestido y pensó que era un buen presentimiento. A la señora de Deseo no le importaba mancharse las manos.

Gareth se apartó de sus recuerdos. Echó a un lado la perfumada toalla de lino y cogió una túnica gris limpia.

Mientras se vestía miró uno de los grandes tapices que cubrían las paredes de la habitación. Flores y hierbas, la fuente de beneficios de Deseo, parecían ser un tema muy habitual en la isla. Incluso los tapices hermosamente tejidos mostraban escenas de jardín.

Era una tierra de fragantes flores y exuberante follaje. «Quién iba a imaginar que el Lobo Sanguinario de Wyckmere iría a parar a un lugar tan hermoso y perfumado para reclamado como suyo», pensó.

Estaba satisfecho con isla Deseo. Sentía que tenía lo que había estado buscando.

Se abrochó el largo cinturón de cuero en las caderas y atravesó descalzo una de las estrechas ventanas cortadas en el muro de piedra. La cálida y perfumada brisa le recordó el pelo de Clare.

Se vio obligado a inhalar el olor de sus trenzas cuando la llevó con él por el pueblo y el camino que conducía a la casa.

El aroma de las flores se había mezclado, pero no había conseguido enmascarar el intrigante olor que era suyo nada más. Aquella fragancia había cautivado a Gareth. Olía como ninguna otra mujer que hubiera conocido.

El sutil y embriagador aroma, combinado con la sensación de sus suavemente redondeadas caderas apretadas contra su pierna, había provocado algo en su interior. Y le había despertado un feroz apetito.

Sus cejas se juntaron y apretó las mandíbulas al recordar la fuerza viva de aquel deseo. Tenía que asegurarse de que lo mantendría a raya. Si había logrado sobrevivir era porque jamás había dejado que le gobernaran sus emociones.

Ulrich lo miró a los ojos.

-¿Así que reconociste a la señora de Deseo en el acto? -preguntó sacudiendo su desnuda y reluciente cabeza con burlona admiración-. Te felicito, Gareth. Como de costumbre, cuadraste los datos y diste con la solución correcta.

-No fue difícil-aseguró Gareth sentándose en un taburete para ponerse las botas de fino cuero-. Basta ya de ese tema. Me interesaría que me contaras todo de lo que te hayas enterado del incidente del rapto.

-No hay mucho que decir. Como sabes, me tomé unas jarras de cerveza en la taberna de Seabern ayer por la noche. Lo más interesante que me contaron es que todos los implicados, es decir, sir Nicholas, sus criados y la misma señora, insisten en que no hubo rapto.

Gareth se encogió de hombros.

-Es lo que esperaba, está en juego la reputación de una dama.

-Es verdad. Dicen que hizo una visita inesperada a sir Nicholas que duró cuatro días.

-¿Y después le propuso matrimonio?

-Sí, pero la dama lo rechazó -se rió Ulrich-. Tendrás que admitir que se necesita valor, dadas las circunstancias.

-Por eso lo hizo. La mayoría de las mujeres hubieran cedido ante lo inevitable -aseguró Gareth lleno de admiración. Su futura esposa no cedía ante una flagrante intimidación. Admiraba esa valentía. Hasta cierto punto.

-Como excusa le dijo que su tutor, Thurston de Landry, había aceptado permitirle que escogiera marido.

-Entonces debió de ser cuando decidió escribir a mi padre para pedirle una selección de candidatos al puesto.

-Sin duda.

-Eso explica también que mi padre me ordenara no perder el tiempo en reclamada como esposa -Gareth reflexionó brevemente-. Sospecha que Nicholas intentará volver a poner sus manos en Deseo.

-No es fácil que un segundo rapto pase inadvertido. -Ulrich hizo una breve pausa-. Por curiosidad, ¿qué vas a hacer con Nicholas?

-Por ahora, nada. No espero que Clare lo acuse de rapto o violación, a pesar de que ahora ella esté a salvo.

-Tiene que pensar en su reputación. Al igual que tú, Gareth. La dama no te agradecerá que arrastres su honor por el barro.

-No, además, ahora tengo otras preocupaciones. Ya me encargaré de Nicholas más tarde.

Nicholas de Seabern pagaría por lo que había hecho, pero en el lugar y en el momento en que eligiera Gareth. A veces, el Lobo Sanguinario de Wyckmere se tomaba su tiempo antes de llevar a cabo su venganza, aunque tarde o temprano, siempre la cobraba.

Tenía una reputación que proteger.

Ulrich se puso de pie, se volvió hacia la ventana y apoyó las manos en el alféizar. Miró los campos de flores que se extendían más allá de la vieja muralla de madera que rodeaba la casona. Aspiró el limpio y perfumado aire.

-Una tierra poco corriente esta que has venido a reclamar, al igual que su señora. Por no decir nada de los criados.

-¿Qué es el chico respecto a lady Clare?

-¿William? -Ulrich sonrió-. Un joven fogoso, ¿verdad? Debería hacer algo de ejercicio, le gustan demasiado los pasteles y el pudín.

-Cierto.

-Él y su madre, lady Joanna, viven en esta casa. Lady Joanna es viuda.

Gareth miró a su amigo.

-¿El chico es lo único que le queda a lady Joanna?

-Al parecer, su marido vendió todo lo que tenía, incluidas sus tierras del norte, para conseguir dinero para financiar sus aventuras en Tierra Santa. Consiguió que lo mataran allí. William y Joanna se quedaron sin un céntimo.

-¿Así que lady Joanna vino a Deseo en busca de un lugar para los dos en esta casa?

-Así fue -Ulrich adoptó una expresión medita ti va-. Creo que tu dama es muy compasiva en esas cuestiones.

-¿Es eso cierto?

-Joanna y su hijo no son los únicos a los que ha dado cobijo. Su anciano guarda, que por su aspecto hace años que deberían de haberIo sustituido, y su antigua niñera también viven aquí. Al parecer no tienen dónde ir.

-¿Hay algún otro desamparado? Ulrich frunció levemente el entrecejo.

-William me dijo que hace un par de meses. apareció un juglar en las escaleras de la casa. Clare también lo hospedó. Seguramente nos divertirá esta noche. También me dijo que a Clare le gustan mucho las canciones de amor.

Gareth pensó en las condiciones que había puesto para aceptar marido.

-Me lo temía.

-Se llama Dallan. William me ha contado que el trovador adora a su nueva dama.

-Son todos iguales -murmuró Gareth-. Son unos pesados, con sus ridículas canciones de seducción e infidelidades.

-A las mujeres les encantan esas baladas.

-Aquí no se cantará ese tipo de canciones -afirmó Gareth en voz baja-. Ocúpate de que se lo comuniquen a Dallan, el trovador.

-Sí, señor.

Los labios de Ulrich esbozaron una sonrisa antes de que éste se volviera hacia la ventana.

Gareth no hizo caso de la risa mal disimulada de su amigo. Como siempre, no tenía intención de enterarse de lo que a Ulrich le parecía tan divertido. Lo único importante era que sabía que sus órdenes se ejecutarían.

Satisfecho por haberse lavado y llevar ropa limpia, Gareth se dirigió hacia la puerta de la habitación.

-Creo que ha llegado el momento de que me presente de nuevo ante mi futura esposa. Tenemos mucho de que hablar.

-Está en el jardín.

Gareth volvió la cabeza.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque la veo desde aquí -contestó Ulrich mirando por la abierta ventana, todavía sonriente-. Está hablando con los criados. Apuesto a que les está dando instrucciones de cómo defender la casa.

-¿De qué demonios estás hablando? Nadie está atacando.

-Eso, amigo mío, es cuestión de opiniones. A mí me da la impresión de que la dama se está preparando para resistir un asedio.

-¿Por mi parte?

-Sí.

Gareth se encogió de hombros.

-Está perdiendo el tiempo. La batalla está acabada y vencida.

-Yo no estaría tan seguro -dijo Ulrich con una sonrisa que se convirtió en risa y acabó siendo una carcajada.

Gareth no hizo ningún intento de averiguar qué era lo que encontraba tan divertido. Le aguardaban asuntos más importantes.

-¿Están todos los hombres y caballos debidamente acomodados? -preguntó Clare frunciendo el entrecejo mientras caminaba delante del personal de la casa.

Su improvisada familia, compuesta por gente que no tenía otro hogar, estaba de pie o sentada en el banco de piedra que había bajo un manzano.

William, cuya cara todavía brillaba después de haber montado por primera vez un caballo de guerra, estaba entre su madre, Joanna, y Dallan, el delgado e inquieto trovador.

Eadgar, el anciano guarda de la casa, estaba de pie a un lado del banco, con expresión preocupada. Tenía razones para estar intranquilo, como guarda estaba al cargo de las tareas domésticas de la casa. Tenía que asegurarse de que en las cocinas había la suficiente provisión de alimentos para dar de comer a los recién llegados. También tenía que velar por que los criados prepararan los baños, cosieran las ropas y limpiaran los escusados.

En opinión de Clare, todo un fastidio.

Estaba preocupada por su capacidad para ocuparse de tanta gente. A pesar de su lealtad y laboriosidad, tenía casi setenta años y la edad le había pasado factura en las articulaciones y el oído.

Cuando no contestaba a sus preguntas, suspiraba y se las repetía en voz más alta.

-¡He preguntado que si están bien acomodados todos los hombres y caballos!

-Sí, señora. Sin duda alguna -contestó irguiendo sus encorvados hombros y haciendo un esfuerzo por dar la impresión de que lo tenía todo controlado.

-Me sorprende que hayas encontrado sitio para tanta gente. Espero no encontrarme a ninguno de esos zoquetes durmiendo en las escaleras o en el solario.

-No, señora -le aseguró Eadgar fervientemente-. Había suficientes aposentos para las señorías y he puesto al resto en el piso de arriba. Los demás dormirán en jergones en el vestíbulo principal o en los establos. Esté segura de que todo se hará debidamente.

-Tranquilízate, Clare -le pidió Joanna levantando la vista de su labor y sonriéndole-. Todo está bajo control.

Joanna era cinco años mayor que Clare. Era una hermosa mujer, tenía el pelo rubio como el oro, unos dulces ojos azules y delicadas facciones.

Casada a los quince años con un hombre que tenía treinta mas que ella, enviudó al poco tiempo y se encontró sin dinero y con un hijo.

Desesperada, había llegado a la puerta de Clare hacía tres años pretextando una antigua relación, ya que su madre y la de Clare habían sido buenas amigas. Clare los aceptó a los dos en la casa.

Joanna comenzó a contribuir a los ingresos de Deseo con sus maravillosos bordados.

Clare se dio cuenta rápidamente de las posibilidades del talento de Joanna. Las ganancias por la venta de las flores secas y arreglos florales habían aumentado considerablemente desde que se vendían en bolsas y saquitos bordados con los diseños de Joanna.

La demanda era tal que Joanna había tenido que enseñar a bordar a mujeres del pueblo. Algunas de las monjas de Santa Hermione también trabajaban bajo su supervisión para crear elegantes bolsas para las fragantes mezclas de Clare.

-Eadgar, dile a la cocinera que no se le ocurra teñir la cena de esta noche de azul o carmesí -le pidió mientras caminaba por el camino de gravilla con las manos en la espalda-. Ya sabes cuánto le gusta dar color a las comidas especiales.

-Sí, señora. Dice que eso impresiona a los invitados.

-No creo que haya necesidad de desvivirse por impresionar a Gareth y sus hombres -murmuró Clare-. Y personalmente no me gusta mucho la comida azul o carmesí.

-El amarillo es un bonito color -intervino Joanna-. Cuando la abadesa Helen vino de visita el otoño pasado se quedó muy sorprendida cuando le sirvieron todo un banquete de color amarillo.

-Una cosa es agasajar a una abadesa y otra preocuparse por un atajo de corpulentos caballeros y sus soldados. ¡Por el santo sándalo de Hermione que no gastaré la cantidad de azafrán necesario para teñir de amarillo todo lo que se sirva esta noche! Es muy caro.

-Puedes permitírtelo, Clare -murmuró Joanna.

-Ésa no es la cuestión.

-Hablaré con la cocinera -aseguró Eadgar aclarándose la garganta.

Clare continuó paseando de arriba abajo. Normalmente, el jardín vallado era una fuente de placer y serenidad para ella. Los parterres de flores y hierbas se habían plantado con gran esmero para conseguir una compleja y provocadora mezcla de aromas.

Por lo general, un paseo por los senderos era como adentrarse en un invisible mundo de cautivadora y fascinante fragancia. El fino olfato de Clare disfrutaba mucho con aquella experiencia.

Sin embargo, en aquel momento, en lo único en lo que podía pensar era en lo poco parecido a las flores, desasosegador y masculino que era el olor de sir Gareth, el Lobo Sanguinario de Wyckmere.

Bajo los terrenos olores de sudor, cuero, caballo, lana, acero y polvo del camino que cubrían a Gareth, se escondía otro, el suyo. Durante la cabalgada desde el pueblo a la casa, Clare se había visto envuelta en esa esencia y sabía que no la olvidaría nunca.

Por una extraña razón que no sabía explicar, Gareth olía adecuadamente.

Al acordarse sintió un cosquilleo en la nariz. Ciertamente no había nada en él que tuviera un dulce olor, pero su reacción le recordó a la que tuvo cuando consiguió la mezcla correcta de hierbas, especias y flores para un nuevo perfume. Era una sensación de plenitud, de seguridad.

Caer en la cuenta hizo que sintiera un escalofrío. Ni siquiera Raymond de Coleville, el hombre que había amado, olía tan adecuadamente.

-¿Era la *Puerta del infierno* tremendamente pesada? -preguntó William con avidez-. Me fijé en que el Lobo Sanguinario le dejó llevada hasta las puertas de la casa. Sir Ulrich dijo que eso era algo extraordinario.

-¿De verdad lo dijo?

-Sir Ulrich me comentó que su señor jamás había ofrecido su espada a nadie en el mundo, y mucho menos había permitido que alguien la paseara delante de todo un pueblo.

-No me dejó que la llevara -protestó Clare-. Más o menos me obligó a hacerlo. Se negó a quitármela de las manos hasta que llegamos a casa. No podía tirar una cosa tan valiosa al barro.

Joanna arqueó una ceja, pero no levantó la vista de su labor.

-¿Por qué crees que no volvió a envainarla? -preguntó.

-Me dijo que no podía meterla en la funda estando yo sentada delante y se negó a que me sentara detrás. Dijo que no sería caballeroso. ¡Ja! Qué arrogancia hablar de cortesía cuando prácticamente me llevaba cautiva.

Joanna apretó los labios.

-Tengo la impresión de que a su señoría no le falta descaro.

-Sir Ulrich dice que el Lobo Sanguinario es un gran caballero que ha acabado con muchísimos ladrones y asesinos en las tierras del sur, y que la honró dejándola llevar la Puerta del infierno -afirmo William.

-Una honra de la que habría podido prescindir tranquilamente -le espetó Clare.

Sabía muy bien por qué Gareth no había querido guardar la espada hasta que llegaran a las puertas de su mansión. Quería asegurarse de que todo el mundo, desde pastores a lavanderas, veían a la señora de Deseo portar el arma del Lobo Sanguinario.

«No, no la había honrado -pensó-. Había sido un gesto muy calculado.»

-En mi opinión, no creo que quisiera concederle ningún honor, milady -intervino Dallan con apasionada vehemencia-. Todo lo contrario, se burló de usted.

Clare miró a su nuevo juglar. Era un joven enjuto que apenas tenía dieciséis años y a quien sobresaltaban fácilmente los ruidos inesperados o los gritos. Si alguien se acercaba a él sin que él lo advirtiera, daba un respingo o se quedaba inmóvil como una liebre aterrorizada.

Los únicos momentos en los que parecía mantener la serenidad era cuando cantaba sus baladas a sus demacradas facciones parecían haber engordado ligeramente desde su llegada a Deseo, pero Clare seguía viendo demasiados vestigios de la inquieta y atormentada mirada que había en sus ojos el primer día que llegó a la casa.

Dallan le había dicho que quería trabajar como juglar en la mansión. Clare lo miró y comprendió de inmediato que cualquiera que fuera su pasado, no había sido nada agradable. Lo aceptó en aquel mismo momento.

-No creo que quisiera burlarse precisamente -dijo corrigiendo la exaltada observación de Dallan.

-Yo opino que sí -continuó Dallan-. Parece un hombre cruel y sanguinario. Por algo lo llaman el Lobo Sanguinario de Wyckmere.

Clare se dio la vuelta exasperada.

-No deberíamos darle mucha importancia a un estúpido apodo.

-No creo que sea estúpido -aseguró William con entusiasmo-. Sir Ulrich dice que se lo pusieron debido a la gran cantidad de bandidos que había matado.

-Estoy segura de que exagera sus hazañas -protestó Clare.

-No te preocupes -le pidió Joanna-. Entiendo bien que estés intranquila ante la perspectiva del matrimonio, pero estoy segura de que lord Thurston no habría mandado un candidato que no cumpliera la mayoría de tus requisitos.

-Empiezo a dudarlo -concluyó Clare.

De repente, al notar una gran sombra en el sendero de gravilla justo frente a ella, dejó de andar.

Como invocado por un hechicero, apareció Gareth. Había llegado sin hacer ruido, bordeando el alto seto y sin dar muestras de su presencia hasta que había estado delante de ella.

Lo miró frunciendo el entrecejo. No podía creer que un hombre tan corpulento pudiera moverse tan silenciosamente.

-¡Por el dedo meñique de santa Hermione, me ha asustado, señor! Debería de haber dicho algo antes de aparecer de esa manera.

-Le ruego me disculpe y acepte mis saludos, señora --contestó tranquilamente-. Me han dicho que la encontraría aquí. -Miró el grupo que había cerca del manzano-. Ya conozco al joven William. ¿Me presentaría a la dama que hay sentada a su lado y al resto de miembros de su casa?

-Por supuesto -accedió Clare fríamente, e hizo las presentaciones de un tirón.

Joanna estudió a Gareth detenidamente.

-Bienvenido a Deseo, señor.

-Gracias, señora -saludó Gareth inclinando la cabeza-. Me alegra saber que soy bien recibido por alguna persona. Esté segura de que me esforzaré en cumplir tantos requisitos de mi señora como me sea posible.

Clare se ruborizó e indicó rápidamente con un gesto a Dallan, que mostraba una expresión reacia.

-Bienvenido a Deseo, señor -murmuró. Parecía molesto, pero moderó sabiamente sus palabras.

Gareth levantó una ceja.

-Gracias, maestro juglar. Estoy deseando escuchar sus canciones. Debo decide que tengo unos gustos muy concretos en música.

-¿Sí? -preguntó Dallan mudo de rabia.

-Así es, no me gustan las canciones sobre damas seducidas por caballeros que no sean sus maridos.

Dallan se enfureció.

-A lady Clare le encantan las canciones que tratan sobre los amoríos de las damas y sus abnegados caballeros, señor. Las encuentra muy excitantes.

-¿De verdad? -inquirió arqueando una ceja.

Clare sintió que enrojecía aún más. Sabía que su cara estaba adquiriendo un tono rosado oscuro.

-Me han dicho que esas baladas son muy populares en las cortes más refinadas de toda la cristiandad -argumentó Clare.

-Personalmente, pocas veces he creído necesario o conveniente seguir las modas -replicó Gareth lanzando una mirada fría y deliberada al grupo-. Estoy seguro de que nos excusarán a su señora y a mí. Desearíamos hablar en privado.

-Por supuesto -aseguró Joanna poniéndose de pie y sonriendo a Gareth-. Los veremos en la cena. Vamos, William. William saltó del banco y sonrió al caballero.

-¿Es muy pesada la *Puerta del infierno*, señor?

-Sí.

-¿Cree que la podría levantar si lo intentara?

Joanna frunció el entrecejo.

-Seguramente no, William. No sueñes con hacer algo así. Las espadas son muy peligrosas y muy pesadas. Eres muy frágil para jugar con esas armas.

William puso cara de pesar.

Gareth lo miró.

-Estoy seguro de que puedes levantar una espada, William -aseguró Gareth y éste sonrió-. ¿Por qué no le dices a sir Ulrich que te deje ver la suya? Es tan pesada como la *Puerta del infierno*.

-¿En serio? -William parecía intrigado por aquella afirmación-. Iré a pedírselo ahora mismo.

-No creo que eso sea apropiado -intervino Joanna horrorizada.

-Tranquilícese, lady Joanna. Sir Ulrich tiene mucha experiencia y no permitirá que su hijo se haga daño.

-¿Está seguro de que no corre ningún riesgo?

-Sí. Ahora, si no le importa, me gustaría hablar con lady Clare.

Joanna dudó, apurada. Después se dejó llevar por su buena educación.

-Perdone, señor. No quería ser maleducada -se excusó antes de salir detrás de su hijo.

Clare contuvo su enfado. No le pareció el mejor momento para decide a Gareth que Joanna no quería que se alentase su creciente interés por todo lo relacionado con la caballería. Impaciente, dio golpecitos con el pie mientras se iban los demás.

Dallan se rezagó y le lanzó una rápida y penetrante mirada. Parecía asustado, pero resuelto.

Clare frunció el entrecejo y denegó con la cabeza. Lo último que quería de Dallan era que intentara ser su paladín en esa extraña situación. El joven trovador no tenía nada que hacer frente al Lobo Sanguinario de Wyckmere.

Cuando se quedaron solos en el jardín, Clare se volvió para mirar de frente a Gareth. Ya no olía a sudor y acero, pero el jabón perfumado de rosas que acababa de usar no conseguía ocultar el otro olor que le había parecido tan adecuado.

No pudo evitar darse cuenta de que, a pesar de haberse quitado la cota de malla y el yelmo, no parecía más pequeño.

Se vio obligada a admitir que no era su tamaño físico, por intimidador que fuera, lo que le hacía parecer tan grande y formidable. Era algo más, algo relacionado con el aura de autodominio y lúcida inteligencia que irradiaba.

Era un hombre que podría ser peligroso como adversario o muy firme y leal amigo.

Pero ¿qué tipo de amante sería?

La pregunta, espontánea e inquietante, tuvo un efecto de moledor en ella.

Para disimular su extraña reacción, se sentó rápidamente en el banco de piedra.

-Espero que mis criados le hayan hecho sentir cómodo, señor.

-Mucho -contestó Gareth olfateando un par de veces como para inspeccionar el aire .-Parece que huelo a rosas, pero espero que el olor desaparezca pronto.

Clare sintió un escalofrío. No sabía si se estaba quejando, bromeando o simplemente haciendo un comentario sobre la fragancia.

-Los jabones con olor a rosas son uno de nuestros mas apreciados productos, señor. Yo misma inventé la fórmula. Vendemos grandes cantidades a los mercaderes de Londres que vienen a la feria de primavera de Seabern.

Gareth hizo una inclinación con la cabeza.

-Esa noticia aumenta mi agradecimiento por el baño.

-No lo dudo -aseguró, y se preparó mentalmente para formular una pregunta-: ¿Quería hablar de algo conmigo, señor?

-Sí, de nuestro matrimonio.

Clare se estremeció, pero no se cayó del banco. En aquellas circunstancias lo consideró un gran cumplido.

-Es muy directo en sus proposiciones, señor.

Gareth pareció sorprendido.

-No veo razón para ser de otra manera.

-Ni yo. Muy bien, permítame ser franca. A pesar de sus esfuerzos por hacerse pasar ante todos como el único pretendiente a mi mano, debo decide que sus esperanzas son poco realistas.

-No lo creo, señora -replicó en voz baja-. Las suyas sí a lo son. Leí la carta que le envió a lord Thurston. Es evidente que espera casarse con un fantasma, con un hombre que no existe. Me temo que tendrá que conformarse con alguien que no sea perfecto.

Clare levantó la barbilla.

-¿Cree que no hay ningún hombre que cumpla mis requisitos?

-Creo que ambos somos lo suficientemente adultos e inteligentes como para saber que un matrimonio es algo práctico. No tiene nada que ver con las pasiones a las que tanta importancia dan los trovadores en sus estúpidas baladas.

Clare juntó las manos con fuerza.

-Tenga la amabilidad de no sermonearme en el tema del matrimonio, señor. Sé muy bien que en mi caso se trata de un deber y no de un deseo. Pero en verdad, cuando redacté las condiciones para elegir marido, no creí que estuviera pidiendo tanto.

-Puede que en mí descubra suficientes cualidades para satisfacerla, señora.

Clare pestañeó.

-¿De verdad lo cree?

-Le pediría que estudiara con mayor detenimiento lo que puedo ofrecerle. Creo que puedo satisfacer bastantes de sus requisitos.

Clare lo miró de pies a cabeza.

-Evidentemente, no en cuestión de tamaño.

-En lo tocante a mi corpulencia, como le dije antes, no hay mucho que pueda hacer, pero le aseguro que no suelo utilizada para conseguir mis fines.

Clare soltó un resoplido de incredulidad propio de una dama.

-Es la verdad, prefiero utilizar mi inteligencia en vez de mis músculos siempre que es posible.

-Señor, le seré sincera. Quiero un hombre pacífico para esta isla. Deseo no ha conocido nunca la violencia y no quiero tener un marido al que le gusten las artes de la guerra.

Gareth la miró con expresión de sorpresa.

-No me gusta ni la violencia ni la guerra.

Clare arqueó las cejas.

-¿Intenta decirme que no le interesan? ¿Usted, que lleva una espada que tiene un horrible nombre? ¿Usted, que tiene reputación de exterminador de asesinos y ladrones?

-No he dicho que no me interesen. Después de todo, he utilizado mi habilidad como soldado para abrirme paso en la vida. Son las herramientas de mi trabajo, eso es todo.

-Un argumento muy sutil, señor.

-Pero válido. Estoy cansado de la violencia, señora. Sólo quiero una vida tranquila y pacífica.

Clare no intentó disimular su escepticismo.

-Una afirmación muy interesante, dada la profesión que eligió.

-No tuve mucha elección en cuestión de carrera. ¿Y usted?

-Tampoco, pero eso es...

-Pasemos al segundo de sus requisitos. Escribió que quería un hombre de semblante y temperamento alegres.

Clare lo miró atónita.

-¿Se considera un hombre de carácter alegre?

-No, he de admitir que me han dicho que no lo es, pero soy un hombre apacible.

-No lo creo en absoluto.

-Se lo aseguro, es la verdad. Puede preguntar a cualquiera que me conozca. Pregunte a sir Ulrich. Ha sido mi compañero durante muchos años. Él le dirá que soy la persona más apacible del mundo. No soy propenso a los arrebatos de rabia o de mal genio.

«Ni a los de alegría o risa tampoco», pensó mientras lo miraba a los ojos.

-Muy bien, acepto que sea apacible en cierto sentido, aunque eso no era lo que yo tenía en el pensamiento.

-¿Ve? Estamos progresando -dijo Gareth estirando la mano para coger una rama del manzano-. Ahora, prosigamos. En cuanto a su último requisito, le recuerdo otra vez que sé leer.

Clare intentó frenéticamente poner en práctica otra táctica.

-Ya basta, señor. Le concedo que cumple parte de mis requisitos, si se interpretan en líneas generales. Pero, ¿qué me dice de usted? Seguro que busca algo específico en una esposa.

-¿Mis requisitos? -Gareth pareció desconcertado por la pregunta-. Son muy simples, señora. Estoy seguro de que los cumplirá a la perfección.

-¿Porque poseo tierras y las fórmulas de un próspero negocio de perfumería? Piénselo dos veces antes de decidir si eso es suficiente para usted, señor. En Deseo llevamos una vida muy sencilla, en algunos aspectos muy aburrida. Sin duda usted es un hombre acostumbrado a las magníficas diversiones que hay en las casas de los grandes lores.

-Puedo pasar sin ellas, señora. No me atraen en absoluto.

-Evidentemente ha llevado una vida aventurera y fascinante. ¿Encontrará satisfacción en el negocio de cultivar flores y fabricar perfumes? -insistió Clare.

-Sí, señora -contestó con gran satisfacción.

-No es una profesión adecuada a un caballero de su reputación, señor.

-Esté segura de que espero encontrar en Deseo las cosas que me son más importantes.

Clare empezaba a perder la paciencia con tanta sensatez.

-¿Y cuáles son?

-Tierras, una casa propia y una mujer que me dé una familia -Gareth la levantó del suelo con tanta facilidad como si I fuera una pluma-. Puede darme todas esas cosas. Para mí es muy valiosa. No imagine que no la protegeré ni que la dejaré escapar a mi vigilancia.

-Pero...

Gareth puso su boca en la de ella y silenció su protesta.

CAPÍTULO 3

Gareth no tenía intención de besarla. Sin duda era demasiado pronto. Pero le pareció tan tentadora, sentada a la sombra de una rama, que por una vez no se detuvo a pensar en las con a secuencias de sus actos.

Así que hizo algo que rara vez se permitía. Sucumbió a sus impulsos y a la reciente avidez que había surgido de lo más profundo de su ser.

Pronto sería su esposa. Su deseo de conocerla había estado desgarrándolo en silencio desde que la había bajado del muro del convento. De repente, se sintió desesperado por saber si había alguna esperanza de encontrar calor en el lecho nupcial.

Seguramente era una locura buscar respuesta a esa pregunta. Para Clare el matrimonio era una cuestión de deber. Había abordado aquel asunto de la misma manera que sin duda fabricaba sus perfumes; había creado una fórmula ideal y después había intentado encontrar todos los ingredientes en un solo hombre.

Tarde o temprano se sentiría decepcionada al darse cuenta de que su alquímico brebaje había fracasado y lo suficientemente audaz para dar muestras de su desilusión.

Gareth pensó con lógica que, a pesar de lo intrigante de su titulo, no podía esperar una gran pasión en la dueña de Deseo. A pesar de todo, una parte profundamente oculta en él anhelaba ser bien recibido en aquella florida isla.

Los largos años que Clare y él pasarían juntos le parecieron una eternidad y esperaba no pasados en una cama fría.

Clare parecía sorprendida, pero no asustada por su beso. Gareth se sintió aliviado. Al menos, su experiencia con Nicholas de Seabern no había conseguido que sintiera miedo o repulsión por la pasión.

Puede que más bien Nicholas la sedujera en vez de raptada.

Puede que incluso sintiera cierto cariño por su vecino. Era posible que hubiera disfrutado de aquellos cuatro días, pero no hubiera querido casarse con él por alguna razón que no tenía nada que ver con la pasión.

Este último pensamiento no le gustó nada.

En un principio, Clare permaneció inmóvil en sus brazos, con la espalda rígida y la boca fuertemente cerrada. Una extraña sensación de desesperación brotó de su interior. Se preguntó si el aura de primavera que irradiaba la dama era falso. Si tenía hielo en las venas, estaba condenado a dormir en una cama glacial.

No debería preocuparle, pero lo hacía.

Entonces, Clare se estremeció ligeramente. Dejó escapar un tenue sonido y sus labios se hicieron más suaves bajo los suyos. Gareth descubrió lo que sus sentidos habían sospechado desde un principio. Besada era como besar los pétalos de una rosa. Tenía un sabor fresco y dulce.

Bajo esos pétalos había néctar escondido. Gareth lo encontró y lo bebió con ansiedad. Sns lenguas se tocaron. Clare se asustó, pero no la retiró. En vez de ello, se ladeó para acercarse más, aparentemente tan curiosa como él de saber lo que le deparaba el futuro.

Sus dedos se deslizaron por el cuello de él, debajo del pelo. Suspiró suavemente en su boca. Un suspiro entrecortado de pasión naciente.

Todo el cuerpo de Gareth reaccionó como si hubiera tomado un potente elixir.

Una creciente oleada de deseo lo recorrió. Le temblaron levemente las manos y la apretó con más fuerza. Su boca era suave, madura, provocadora.

Gareth se había prometido solamente un sorbo, pero la poción del corazón de las flores era demasiado embriagadora. El deseo de beberlo todo abrumó sus sentidos y amenazó acabar con su control de sí mismo.

Le cogió la cara entre las manos y pasó sus pulgares sobre la línea de su diminuta mandíbula. Estaba tan bien hecha como los exquisitos tapices que colgaban de las paredes de su casa.

Dejó que sus manos rozaran las curvas de su cuerpo. La promesa de una vida llena de vitalidad esperaba en la suave forma de sus pechos y en el contorno de sus caderas. Una dolorosa necesidad le sacudió las entrañas. Dobló los dedos en su cintura.

Las manos de Clare se movían como mariposas en la espalda de Gareth. Le puso la punta de la lengua tímidamente en el labio inferior. Gareth sentía sus senos, redondos y llenos como fruta de verano, apretados contra su pecho.

-Me dará unos hijos hermosos y fuertes -dijo en su boca.

Clare se echó hacia atrás frunciendo el ceño.

-¿Y una niña o dos?

En su voz había un tono tajante que le advirtió que la había ofendido.

-Sí. -Le acarició la columna vertebral con el tranquilizador movimiento que hubiera utilizado con su orgulloso y temperamental caballo de guerra-. Me parece bien tener un par de hijas tan bien hechas e inteligentes como su madre.

Clare lo miró con ojos perspicaces e inquisitivos, como si intentase mirar en su alma.

-No puedo garantizarle que tenga descendencia conmigo, señor, ni mucho menos que sean varones. Ninguna mujer puede hacer ese tipo de promesas.

-La única garantía que busco y que seguramente me dará es la promesa de que los hijos sean de mi sangre.

Sus ojos verde esmeralda se abrieron, en un principio por la sorpresa y después por la cólera. Dio un rápido paso hacia atrás soltándose de su abrazo.

-¿Cómo osa insinuar que le engañaría de esa forma? -le gritó con dureza.

Gareth la miró intentando leer la verdad en sus ojos, pero sólo alcanzó a distinguir una encendida indignación femenina. Había cometido un grave error. Eso estaba claro. Por otro lado, puede que hubiera llegado el momento de hablar a las claras.

-Exijo un juramento de lealtad a los hombres que me sirven y no espero menos de mi esposa. Quiero que esas cuestiones queden claras entre nosotros.

-No soy uno de sus vasallos, señor. Creo que me ha insultado gravemente.

-¿Insultado? ¿Porque quiero asegurarme de que mi mujer me será fiel?

-Sí. No tiene ningún derecho a dudar de mi honor. Le exijo que se disculpe.

-¿Que me disculpe? -Gareth la miró pensativo-. Le ruego me diga a cuál de sus devotos admiradores pedirá que vengue este grave insulto si no le pido disculpas. ¿Al joven William? ¿Al nuevo juglar? ¿O quizás al guarda, que parece tener problemas para levantar una jarra de cerveza y no digamos una espada?

-No me gustan sus bromas, señor.

-Nunca bromeo.

-Permita que lo dude. Creo que tiene un sentido del humor muy peligroso, que no me interesa en absoluto.

Gareth empezaba a aburrirse con aquel estúpido juego. Había dicho lo que tenía que decir. Había avisado a Clare y estaba acostumbrado a hacer una sola advertencia.

-Ya basta de tonterías. Tenemos otras cuestiones que discutir.

-En eso tiene razón, señor. No olvidaré su insulto, pero ciertamente tenemos otros asuntos que tratar. -La mirada de Clare adquirió un tinte especulativo-. He estado meditando la situación Y he llegado a algunas conclusiones.

-¿De verdad?

-Sí. Creo que Thurston de Landry es una persona amable y compasiva.

-¿Y qué demonios le ha dado esa impresión?

Clare no hizo caso a la interrupción.

-No puedo creer que insista en que me case con alguien que es tan poco caballeroso como para poner en duda mi honor antes de la boda.

-Lady Clare...

-Evidentemente, lord Thurston no conocía bien su verdadera naturaleza cuando lo seleccionó como uno de mis pretendientes. Sin duda se escandalizará al saber que ha cometido semejante error.

Por la expresión de sus ojos, Gareth supo que Clare estaba planteándose en serio evitar la boda por aquel motivo tan poco consistente. Sintió una extraña tirantez en la comisura de los labios. Uno de los lados incluso comenzó a esbozar algo que podría acabar siendo una sonrisa, pero hizo un esfuerzo por controlarse.

-Si está pensando en retrasar este asunto escribiendo a Thurston para quejarse de mi poco caballeroso comportamiento, le aconsejo que no pierda el tiempo. Es decir, Thurston no le dará las gracias -Gareth hizo una pausa para dar mayor peso a sus próximas palabras-. Ni yo tampoco.

-Así que... -Clare asintió una sola vez, con firmeza, como si hubiera confirmado una sospecha-. Ahora recibo amenazas de un caballero poco respetuoso. Esto se está pasando de castaño a oscuro. -Giró sobre sus talones y comenzó a andar con paso decidido por el sendero del jardín-. Cuanto más nos conocemos, señor, más me doy cuenta de que sencillamente no sería un buen marido.

-¡Qué curioso! -exclamó Gareth; puso las manos en la espalda y se puso a caminar junto a ella. Estaba empezando a divertirse-. A mí me parece todo lo contrario. Cuanto más profundizamos en nuestras relaciones, más seguro estoy de que será una esposa perfecta.

-Lo dudo mucho, señor -replicó Clare apretando los labios con pesar-. Lo dudo mucho. En cualquier caso, tengo que escribir a lord Thurston para aclarar algunos aspectos de esta situación, antes de que llegue más lejos.

-¿A qué se refiere?

-Para empezar, me preocupa que hasta el momento sea el único pretendiente que ha llegado a Deseo.

-Ya le he dicho que la elección se limita a Nicholas de Seabern y yo mismo. No hay más.

Clare frunció el entrecejo.

-Tiene que haber otros candidatos adecuados para el puesto. Probablemente usted sólo es el primero que ha llegado. Seguro que los demás están de camino en este mismo momento.

-Puede que me adelantara a los candidatos que venían hacia aquí y les convenciera de que no tenían nada que hacer.

-Sí, es una posibilidad.

-O que al no poder convencerlos de que abandonaran sus propósitos, simplemente me deshice de ellos -añadió amablemente.

-No es una cuestión para tomarse a broma, señor.

-Esto ya ha ido demasiado lejos -dijo Gareth y metió la mano por debajo de la túnica para sacar una hoja de pergamino doblada-. Antes de que siga adelante con sus planes, quizá sería mejor que leyera esta carta de Thurston de Landry, milady.

Clare miró la hoja con recelo antes de cogerla. Estudió el sello con de te ni miento y lo rompió lentamente. Conforme iba leyendo sus labios se apretaban cada vez más.

Gareth observó los cuidadosamente arreglados arriates de flores y los esmeradamente recortados parterres del jardín mientras esperaba a que Clare terminase de leer la carta. Conocía bien su contenido, su padre la había dictado en su presencia. Sería interesante ver cómo reaccionaba cuando hubiera acabado la lectura.

No tardó mucho. Evidentemente estaba acostumbrada a leer, igual que él.

-Me parece muy difícil de creer -murmuró al tiempo que examinaba con detenimiento el primer párrafo-. Lord Thurston asegura que usted es el mejor candidato que ha podido encontrar. Dice que es el único que se puede comparar con lord Nicholas.

-Es lo mismo que le dije.

-Si fuera usted, no presumiría de ello. Nicholas no es en absoluto un dechado de caballerosidad.

-He oído decir que es hábil con la espada y fiel a su señor. Ésas son las principales cuestiones que le preocupan a Thurston.

-A lord Thurston le es muy fácil contentarse con unos requisitos tan simples. Él no tiene que casarse con el próximo señor de Deseo.

-Eso lo admito.

Clare frunció el entrecejo y volvió la vista a la carta.

-Seguro que debe haber otros que... ¡Por el codo de santa Hermione, esto es imposible! -Clare levantó la vista, evidentemente atónita-. Lord Thurston dice que sois su hijo mayor.

-Sí.

-Eso no puede ser cierto. No espere que crea que Thurston de Landry querría que su heredero se casara con alguien como yo.

Gareth la miró de reojo.

-¿Qué tiene de malo?

-Nada, por supuesto. Pero se supone que el heredero de Thurston debería casarse con una rica heredera, con la hija de alguna familia cercana al rey Enrique. Una gran dama cuya dote incluyera una gran fortuna y extensas heredades. Yo sólo poseo una pequeña casa solariega y ya está ligada a lord Thurston.

-No lo entiende.

-Pues claro que lo entiendo -replicó Clare enojada-. Esta intentando engañarme, señor.

La acusación lo enfadó.

-No, señora, no intento estafada.

-No crea que me embaucará con facilidad. Si realmente fuera el heredero del barón, no escogería esta diminuta isla para usted.

-Señora...

-¿Y por qué quiere vivir en este remoto lugar cuando, como hijo y heredero de Thurston, podría elegir entre exquisitas propiedades y grandes castillos?

-Es verdad que soy el primogénito de Thurston de Landry -dijo Gareth apretando los dientes-, pero no soy su heredero.

-¿Y eso cómo es posible?

-Soy hijo natural, no legítimo -confesó mirándola, curioso y expectante por ver cómo reaccionaría cuando supiera la verdad-. Para decido sin tapujos, soy el hijo bastardo de Thurston.

Clare se quedó sin habla un momento.

-¡Oh!

Se dio cuenta de que la había sorprendido, pero no sabía si estaba impresionada, enfadada o escandalizada por descubrir que pronto estaría casada con un bastardo.

-Puede que ahora sí lo entienda.

-Sí, señor. En semejantes circunstancias, Deseo es sin duda todo lo que puede esperar como herencia, ¿no?

No le gustó el tono compasivo de su voz.

-Es suficiente, más de lo que esperaba.

Clare lo miró con el ceño fruncido y volvió a inclinar la cabeza hacia la carta.

-¡Esto es demasiado! Su padre dice que tengo que casarme inmediatamente y que espera que le escoja a usted, pero que si no lo hago, aceptará a Nicholas de Seabern como nuevo señor de Deseo.

-Ya le dije que Thurston está deseoso de ver zanjado el asunto. Se asustó cuando se enteró de que su feudo había estado sin señor durante un tiempo.

-¡Ah!

-Por alguna razón, no se enteró de la muerte de su padre hasta hace poco. Al parecer, la carta en la que le notificaba el triste acontecimiento tardó varios meses en llegar.

-Bueno, sí, hubo algún retraso -dijo Clare aclarándose la voz-. Estuve paralizada por el dolor durante un tiempo.

-Por supuesto.

-Más tarde, cuando finalmente me recuperé, me di cuenta de que había muchas cuestiones que debía resolver.

-Naturalmente.

-Y después, para cuando quise darme cuenta, ya era invierno -continuó alegremente-. Pensé que los caminos estarían intransitables por la nieve y el hielo, y decidí que sería mejor esperar hasta comienzos de la primavera para enviar un mensaje a Thurston.

Gareth casi sonrió.

-Y mientras esperaba a que se despejaran los caminos, buscó una forma de evitar el matrimonio

Clare lo miró contrariada.

-Merecía la pena intentarlo.

Gareth se encogió de hombros.

-Pero falló. Así que ahora tenemos que emprender un nuevo camino.

-¿Tenemos?

-Sí. No hay razón para que no pueda celebrarse el matrimonio mañana, ¿no?

-Imposible -exclamó Clare con desesperación en los ojos-. Totalmente imposible. Simplemente no puede celebrarse.

-Por supuesto que puede celebrarse y lo sabe bien. Loúnico que hace falta es llamar a un sacerdote...

-En Deseo no lo hay -le informó rápidamente.

-Estoy seguro de que podremos encontrar uno en Seabern. Haremos los votos frente a testigos y eso es todo.

-Pero hay muchas otras cosas que preparar -protestó Clare-. Debería organizarse una celebración adecuada. Mi guarda ya está bastante ocupado organizando a los sirvientes para acomodar a todos sus hombres. Necesitará semanas para preparar el banquete de bodas y una fiesta para el pueblo.

-Una vez que haga su elección todo podrá solucionarse sin demora. Como mucho, un día o dos.

-Habla como una persona que no ha organizado jamás un acontecimiento de ese tipo -lo acusó con altivo desdén-. Habrá que cocer gran cantidad de pan, pescar, desplumar pollos, preparar las salsas, comprar barriles de vino y cerveza. Habrá que enviar a alguien a Seabern a buscar parte de los víveres...

Gareth la interrumpió y se plantó frente a ella.

-Señora, he organizado batallas con menos tiempo, pero esperaré de buena gana.

-¿Cuánto?

-¿Hemos de regatear esa cuestión? Empiezo a darme cuenta de que me vaya casar con una mujer con mentalidad de negociante. Muy bien, mis condiciones son muy sencillas. Le doy un día para que se decida y haga los preparativos.

-¿Un día?

-Sí, un día entero. Todo el día de mañana. Me siento indulgente.

-¿A eso llama indulgencia?

-Así es. Nos casaremos pasado mañana, aunque sólo podamos servir cerveza mala y pan duro en el banquete. ¿Me ha entendido?

-Señor, no soy uno de sus caballeros como para que me dé órdenes con esos modales tan autoritarios.

-Y yo no soy uno de sus criados ni un servil juglar que se esmere en cumplir todos sus deseos -añadió Gareth con calma-. A no ser que haya decidido casarse con Nicholas de Seabern.

-De ninguna manera me casaré con ese repugnante zoquete.

-Entonces, muy pronto seré su señor y el de esta casa solariega. Será mejor que lo recuerde cuando quiera contradecirme.

-De lo que me acordaré es de que soy la señora de Deseo y espero que se me trate con el respeto que me es debido.

Gareth dio un paso adelante. Estaba contento de que Clare no cediera terreno, pero no quería que notara su satisfacción. Después de todo, era un hombre ejercitado en el arte de la guerra y sabía muy bien que no es aconsejable mostrar debilidad de ningún tipo.

-Esté segura de que tendrá mi respeto, señora, pero no puede eludir la realidad. Lord Thurston ha ordenado que se case lo antes posible.

Clare dio golpecito s con la carta en la palma de su mano y lo miró con los ojos entornados.

-¿Cómo sé que no adelantó al resto de mis pretendientes por el camino, les hizo algo horrible y después escribió esta carta usted mismo?

-Lleva el sello de Thurston de Landry, supongo que lo ha reconocido.

-Los sellos pueden ser robados o pueden duplicarse con intenciones fraudulentas -concluyó alegremente-. Sí, tendría que habérmelo imaginado. Enviaré una misiva a lord Thurston para asegurarme de que realmente escribió esta carta.

Gareth la miró con creciente asombro. Clare no se rendía fácilmente, ni siquiera ante lo inevitable.

-Señora...

-Sin duda tardaremos varios días, incluso semanas en recibir respuesta de su padre. Es una lástima, por supuesto, pero tendremos que aplazar la selección de marido hasta que me envíe un mensaje en el que certifique la autenticidad de esta carta.

-¡Por todos los infiernos!

Los ojos de Clare brillaron con falsa inocencia que no acabó de encubrir la astucia que subyacía en ellos.

-Piense en las complicaciones en las que nos veríamos envueltos si actuáramos con precipitación.

Gareth la cogió por la barbilla con la mano y se inclinó para rozar su boca con la de ella.

-Dése por vencida, señora -dijo suavemente-. La carta es auténtica. Su señor, mi padre, quiere verla bien casada lo antes posible. Vaya y ocúpese de los preparativos para el banquete de nuestra boda porque, a menos que quiera desposarse con Nicholas de Seabern...

-No tengo ninguna intención de hacerla.

-Entonces, pasado mañana será mi esposa.

Clare lo miró en silencio durante unos tensos segundos. Unrepentino crujido hizo que Gareth bajara la vista. Clare había estrujado la carta entre sus manos.

Sin decir una palabra, Clare se dio la vuelta y se alejó de él sin mirar hacia atrás mientras salía con paso airado del jardín.

Gareth no se movió hasta que desapareció. Después se dedicó a contemplar el bien cuidado jardín durante un buen rato, antes de ir a buscar a Ulrich.

Clare buscó refugio en la biblioteca. Era un lugar en el que normalmente se encontraba tan a gusto como en el jardín o en los talleres donde preparaba sus perfumes y pociones.

Las paredes de la soleada habitación estaban cubiertas con tapices hermosamente trabajados que mostraban escenas de jardinería. El ambiente estaba perfumado por urnas llenas de flores aplastadas y secas, mezcladas laboriosamente hasta conseguir complejas fragancias.

Los braseros de las esquinas, que calentaban la estancia en los días fríos, quemaban carbones perfumados que deleitaban el delicado olfato de Clare.

En los días que siguieron a la. muerte de su hermano Edmund, y más tarde, cuando se enteró de la muerte de su padre en España, Clare había encontrado solaz y consuelo en ese lugar.

Hacía unos meses, intentando alejar de su mente las muchas preocupaciones que la acuciaban, había empezado a escribir un libro. Estaba decidida a anotar la mayoría de sus complicadas fórmulas para perfumes.

La tarea le satisfacía enormemente.

Sin embargo, en aquel momento, no había forma de escapar a los problemas que la acosaban.

Tras tres desafortunados intentos se dio por vencida y dejó la pluma. Miró malhumorada por la ventana y notó el sabor de la boca de Gareth en la suya.

Aquel beso la había desconcertado más de lo que le gustaría admitir. No se parecía en absoluto a los húmedos y repugnantes besos a los que la había obligado Nicholas el mes anterior cuando se la llevó a Seabern Keep.

No le había gustado nada el abrazo de Nicholas. Cuando la aplastó contra su enorme cuerpo, había sentido repugnancia, no sólo por el abultamiento de su excitada hombría, sino por su propio olor.

Por supuesto, parte del problema se debía al innegable hecho de que no le gustaba bañarse. Pero no se trató simplemente a del olor a sudor y mugre lo que le dio asco, sino el olor personal de aquel hombre. Clare sabía que no lo olvidaría nunca y que jamás lo aceptaría en la misma cama con ella.

Se tocó los labios con la punta de los dedos y aspiró profundamente en busca de algún rastro del olor de Gareth.

-¿Clare? -la llamó Joanna con el gesto torcido desde la puerta-. ¿Estás bien?

-¿Qué? Ah, sí, estoy bien, Joanna. -sonrió para tranquilizada-. Estaba pensando.

-¿En sir Gareth, por casualidad?

-¿En quién si no? -dijo, y le indicó que se sentara en un taburete cercano a la ventana- ¿Sabías que es hijo de lord Thurston?

-Sí, acabo de enterarme -le informó mirándola con ojos inquisidores-. Para ser más precisos, es el hijo bastardo de lord Thurston.

-Pero hijo al fin y al cabo -dijo Clare jugueteando con la pluma-. Hay quien diría que me ha honrado.

-Hay quien diría que lord Thurston valora mucho este lugar -replicó Joanna secamente-. Evidentemente desea asegurarse que puede contar con la lealtad de su nuevo señor. ¿Qué mejor manera que verte casada con un hombre que tiene lazos de sangre con él?

-Cierto -Clare miró la carta que había encima del escritorio-. Asegura que no pudo encontrar ningún candidato que pudiera cumplir mis requisitos aparte de sir Nicholas y sir Gareth. -¿De verdad?

-Personalmente empiezo a dudar de que lo intentara realmente.

-Los hombres tienen tendencia a ser muy prácticos en esas cuestiones -murmuró Joanna-. Al menos, te ha dado a elegir.

-A decir verdad, no es que me haya concedido muchas alternativas.

-Más de las que tuve yo -se rió Joanna poco comprensiva.

Clare se estremeció. Sabía muy bien que a los quince años, Joanna no tuvo nada que decir en la elección de marido.

-¿Fuiste muy desgraciada en tu matrimonio?

-Lord Thomas no era ni mejor ni peor que la mayoría de los hombres -aseguró Joanna filosóficamente-. Jamás fue intencionadamente cruel conmigo ni con William.

-Supongo que eso ya es algo.

-Bastante -replicó Joanna.

-¿Llegaste a amado?

Joanna suspiró.

-No. Lo respeté como una esposa debe respetar a su marido, pero no pude amado.

Clare dio unos golpecitos suaves en el escritorio con la pluma.

-La abadesa Helen me decía en su última carta que un buen hombre consigue que su esposa se enamore de él después de la boda.

-Sin ánimo de ofender, Clare. ¿ Qué sabe la abadesa Helen del matrimonio?

-Tienes razón -concedió Clare mirando las estanterías en las que estaban sus preciados libros y tratados.

Dos de aquellos volúmenes habían pertenecido a su madre. Otros los había conseguido en su continua búsqueda de información relacionada con la fabricación de perfumes. El resto habían sido de su padre, que volvía de cada viaje cargado con nuevos libros, algunos de los cuales regalaba a la biblioteca del convento. El último, uno que había escrito él mismo y que era prácticamente indescifrable, le había sido enviado poco después de su muerte.

Uno de los más grandes y pesados, un trabajo dedicado al saber popular sobre las hierbas, estaba escrito por la abadesa Helen de Ainsley. Clare había comprado una buena copia, a un monasterio de las tierras del sur.

Había estudiado todas y cada una de las palabras del tratado de la abadesa. Aquel libro la había impresionado tanto que se atrevió a escribirle una carta. Para su sorpresa, ésta le contestó.

La correspondencia entre las dos mujeres, alimentada por su mutuo interés en las flores y hierbas, había aumentado durante el último año. El pasado otoño, Clare se había sentido halagada y honrada cuando la abadesa hizo una corta visita a Deseo.

Se quedó en la casa, en vez de en Santa Hermione y ella y Clare se quedaron despiertas hasta muy tarde todas las noches. Hablaron durante horas de todo tipo de temas.

Pero Joanna tenía razón. Por muy inteligente y cultivada que fuera, no podía negar que nunca había sido esposa. No podía saber mucho de la parte íntima del matrimonio.

Clare miró la punta de la pluma mientras intentaba encontrar una forma delicada de formular la siguiente pregunta.

-¿Tuviste algún sentimiento de, esto..., cariño por sir Thomas?

Joanna resopló.

-Pocas mujeres encuentran pasión en la cama del matrimonio, Clare. No deberían buscada. La pasión es algo frívolo. Una mujer se casa por otras razones más importantes.

-Sí, demasiado bien lo sé.

A pesar de todo, ella sí esperaba encontrar cariño en su lecho nupcial, y con el beso de Gareth quemándole todavía en los labios, tuvo la impresión de que era posible encontrar ese tipo de sentimientos en él.

¿Cómo era posible?, se preguntó Clare. A parte de saber leer, algo que Gareth aseguraba, no parecía poseer ninguno de los ingredientes que había especificado en sus instrucciones para un marido.

No entendía por qué había respondido tan incondicionalmente a su abrazo.

-Te seré franca -dijo Joanna-. Thomas tenía treinta años más que yo y poca paciencia con su nueva esposa. Nuestra noche de bodas fue muy desagradable, pero soportable, como lo es para muchas mujeres. Una vez pasada, ya está hecho. Después, me acostumbré a ello, al igual que harás tú.

Clare refunfuñó.

-Sé que estás intentando darme ánimo, Joanna, pero no lo estás consiguiendo.

-No es muy frecuente en ti quejarte de tus responsabilidades, Clare.

-No me quejo sin razón. Sir Gareth prácticamente me ha ordenado que la boda se celebre pasado mañana. La carta de Thurston le confiere autoridad para exigido.

-¿Y qué esperabas? -suspiró Joanna-. Supongo que no ha sido una sorpresa.

-No -Clare se puso de pie y se acercó a la ventana-. Me gustaría tener más tiempo. Es lo único que deseo en este momento, pagaría gustosa por tenerlo.

-¿Crees que el tiempo cambiará las cosas? Sir Nicholas se muestra cada vez más usurpador. Ya has perdido los dos últimos envíos de perfumes por culpa de los bandidos. Tú misma dijiste que Deseo necesitaba un señor que la protegiera.

-Sí, pero quiero un marido al que pueda tolerar en la cama y en la mesa durante el resto de mi vida.

Un extraño pánico se apoderó de ella. «El resto de mi vida», pensó.

-¿Por qué crees que te será imposible tolerar a sir Gareth?

-Ése es el problema -susurró Clare-. Simplemente no sé todavía si podremos llegar a algún tipo de acuerdo entre los dos. Acabo de conocerlo y todo lo que sé de él hasta ahora es que sólo cumple uno de mis requisitos. Al parecer, sabe leer.

-Eso es algo.

-Necesito más tiempo, Joanna.

-¿Y de qué te servirá? Sabes desde el principio que tenías pocas posibilidades de contraer un matrimonio que fuera por amor. Hay pocas mujeres en tu posición que tengan esa opción.

-Sí, pero tenía esperanzas de que se basara en amistad e intereses compartidos -dijo mordiéndose el labio inferior con aire pensativo-. Puede que fuera mucho pedir. Sin embargo, si tuviera un poco más de tiempo creo que podría...

-¿Que podrías qué? -preguntó Joanna mirándola con inquietud-. No me gusta la expresión de tu cara, Clare. Estás planeando algo, ¿verdad? Estás haciendo proyectos de la misma forma que elaboras tus perfumes. No te esfuerces. En esta ocasión me temo que no hay tiempo para ardides alquímicos.

-Es posible, pero estoy pensando que si convenzo a sir Gareth de que debe concederme más tiempo, a lo mejor puedo retrasar los acontecimientos.

Joanna la miró sorprendida. -¿Tiempo para qué?

-Para saber si será feliz o no como señor de Deseo -dijo recordando la cuidadosa actitud neutral de Gareth ante el jabón perfumado de rosas que había utilizado en el baño-. No creo que haya reflexionado mucho en lo que significa realmente ser el señor de una isla de flores.

-¿Esperas que un hombre que se ha ganado la vida luchando contra asesinos y bandidos llegue a la conclusión de que convertirse en jardinero es una perspectiva de lo más sosa?

-Es una posibilidad.

Joanna sacudió la cabeza.

-Lo dudo mucho. De momento, lo que sospecho es que en lo único que piensa sir Gareth es en convertirse en señor de sus propias y ricas tierras.

-Pero ¿qué pasará si lo convenzo de que necesita tiempo para reflexionado con más calma? -Clare se paseó por la habitación entusiasmada con su nueva idea-. Es un hombre inteligente, de los que piensan y planifican las cosas antes de actuar.

-¿Estás segura?

-Por supuesto -aseguró sin detenerse a pensar por qué estaba tan segura-. Si lo convenzo de que debería meditar un poco más este matrimonio, me aseguraré el tiempo que necesito.

-¿Y en qué lo usarás?

-En primer lugar en conocerlo mejor -le explicó-. Será muy útil si seguimos adelante con la idea del matrimonio. Al menos sabré algo más de mi marido antes de compartir dormitorio con él. En segundo lugar, si descubro que no puedo soportar la idea de atarme a sir Gareth de por vida, mi plan me dará la oportunidad de encontrar una forma de escapar de este problema.

-No funcionará, Clare. Por lo que sé, el Lobo Sanguinario está ansioso por casarse. Quiere reclamar su mujer y sus nuevas tierras inmediatamente.

-Pero es posible que consiga persuadido para que espere un poco, ¿no?

-¿Y cómo lo harás?

-Diciéndole que no buscaré más candidatos para el puesto de señor de Deseo mientras él medita sobre el tema.

-No sabes mucho de hombres, Clare. Créeme, tu plan no tiene ninguna posibilidad.

-No puedes estar tan segura -insistió Clare-. Por el momento, una buena parte de la impaciencia del Lobo Sanguinario se basa en la creencia de que estoy molesta por la escasa posibilidad de elección que me han ofrecido. Pero si lo convenzo de que no intentaré buscar otro candidato hasta que haya meditado bien la cuestión, puede que acepte posponer la boda.

-Es poco probable.

-¿Por qué ves las cosas con tanto pesimismo, Joanna? -Clare se calló al oír el sonido de cascos a lo lejos y se acercó a la ventana.

-¿Qué es eso? -preguntó Joanna.

-Un grupo de hombres se acerca desde el pueblo -Clare miró la nube de polvo y descubrió una bandera conocida-. ¡Oh, no!

-¿Clare?

-¡Por la túnica de santa Hermione! Jamás he visto un hombre que tenga menos don de la oportunidad. ¡Qué idiota!

-¿Quién es?

-Sir Nicholas.

-No, no puede ser -Joanna se levantó del taburete Y fue corriendo a la ventana. Apretó los labios cuando vio el grupo de hombres a caballo-. Presiento que vamos a presenciar una situación muy extraña.

-Eso es quedarse corta.

-¿Crees que sir Gareth sabe algo del rapto?

-¿Cómo iba a saberlo? -exclamó Clare frunciendo el ceño-. Silenciamos el asunto por completo. Le dejé bien claro á todo el mundo que fui huésped de Seabern Keep por voluntad propia y no mencioné el incidente en mi carta a lord Thurston. Sir Gareth no puede saberlo.

-Espero que tengas razón -dijo Joanna con seriedad-. Porque si el Lobo Sanguinario de Wyckmere se entera de que su novia fue raptada por otro hombre, me temo que le costará caro.

Un repentino pensamiento sacudió a Clare.

-¿Crees que retiraría su candidatura si supiera que fui raptada?

Joanna pareció alarmada.

-Bueno, Clare...

-Puede que una novia previamente raptada por otro hombre no sea del agrado de sir Gareth. Es un hombre muy orgulloso para ser hijo bastardo, o a lo mejor por eso mismo...

Joanna frunció el entrecejo.

-Ni lo pienses. No podemos imaginar lo que pasaría'si sir Gareth sospechara lo peor y, por una vez en la vida, no quiero enterarme.

-Mmm -exclamó Clare, y se volvió hacia la puerta.

-¿Qué vas a hacer?

-Vaya dar la bienvenida a nuestros visitantes, por supuesto. ¿Qué otra cosa podría hacer?

-Clare, te lo suplico, prométeme que no cometerás ninguna imprudencia.

-Te lo prometo, empiezas a parecerte a Beatrice la anacoreta con todas esas advertencias y nefastas profecías. -Clare le dirigió una rápida y tranquilizadora sonrisa-. No te preocupes, meditaré profundamente el siguiente movimiento de esta partida de ajedrez.

Salió a toda prisa por la puerta y el pasillo hacia las escaleras de piedra de la torre lateral. Bajó por ellas hacia el gran salón de la casa, en el que parecía reinar la confusión y la alarma.

Eadgar se acercó a ella con la cara arrugada por la preocupación.

-Es sir Nicholas y algunos caballeros de su guardia, milady. Ya han entrado en el patio. ¿Qué hago con ellos?

-En primer lugar tenemos que saber por qué han venido sin avisar. Después los invitaremos a cenar con nosotros y a pasar la noche aquí.

-¿Pasar la noche? -Eadgar dio la impresión de que se iba a desmayar al enterarse de la noticia-. Pero si la casa ya está llena de invitados. No hay sitio para nadie más.

-Estoy segura de que se podrán poner algunos jergones más en el salón.

Clare atravesó la sala y salió para quedarse de pie en las escaleras. En el patio había aún más actividad que en el interior de la casa. Los mozos salían de las cuadras para sujetar los caballos en cuanto desmontaban los recién llegados. Algunos de los hombres de Gareth acudieron allí. Los miraron atentamente con las manos cerca de las empuñaduras de sus espadas.

Una alta y familiar figura dio el casco a su escudero y bajó del caballo.

-Saludos, milady -sonó la voz de Nicholas en el patio.

Clare gruñó.

Nicholas de Seabern, que tenía el pelo rubio y los ojos azules, era un hombre bien parecido. Clare pensaba que sus facciones eran burdas, pero sabía que algunas mujeres encontraban atractivo su grueso cuello y su ancho pecho. Una vez oyó a una criada que le contaba a una amiga entre risas que el miembro masculino de Nicholas era tan musculoso como el resto de su cuerpo.

Clare no tenía ningún interés en comprobar la verdad de aquella afirmación.

-Bienvenido, sir Nicholas -lo saludó fríamente-. No le esperábamos.

-Me han contado que se ha abierto la veda. -Nicholas golpeó una mano contra la palma de la otra con gran entusiasmo-. Siempre me ha gustado la diversión que proporciona una estimulante cacería.

-¿Qué cacería? -preguntó mirándolo-. ¿De qué está hablando, señor?

-He oído decir que finalmente la han acorralado y la han obligado a elegir marido. Hace tiempo, en mi opinión.

-Nadie lo ha hecho.

-Y lo que es más, sé de buena fuente que ha llegado a Deseo un pretendiente a su mano -aseguró Nicholas riéndose-. No podía dejar el campo libre a un extraño.

-No se trata de una cacería, señor, y no soy un indefenso ciervo al que derribar y capturar. Tengo elección en esta cuestión.

-¿Y ya la ha hecho, señora?

-No, todavía no.

-Excelente. Entonces todavía no es demasiado tarde. Me uniré a la caza.

-Me temo que la dama está bromeando -dijo Gareth aterrizandose detrás de ella., Se quedó de pie, con arrogante tranquilidad en el último escalón, una mano ligeramente apoyada en la empuñadura de la *Puerta del infierno*-. La caza ha acabado.

-¿Quién es usted? -preguntó Nicholas.

-Gareth de Wyckmere.

-Al que llaman el Lobo Sanguinario -dijo Nicholas sonriendo-. He oído hablar de usted, señor.

-¿Ah, sí?

-Sí, tiene una reputación que honraría al mismísimo diablo. Así que ha venido a cortejar a la dama, ¿eh?

-Le hace gracia fingir que todavía no ha elegido marido. ¿Quién puede culpada por intentar alargar el ameno juego del noviazgo? Pero la verdad es que la cuestión está zanjada. Soy el único pretendiente que cumple todos sus requisitos.

-No necesariamente -murmuró Clare, enfadada por la altura de los dos hombres. Entre los dos habían conseguido tapar la luz del sol primaveral y se encontraba en la sombra.

Los ojos de Nicholas se entornaron al observar la estatura de Gareth.

-Sé bien que lady Clare ha puesto unas condiciones muy específicas para el que quiera ser su marido. No me gustaría que se conformara con menos de lo que desea.

-No tiene por qué preocuparse por ello -dijo Gareth.

-Insisto -Nicholas volvió su atención sobre Clare-. Hemos sido amigos y vecinos durante muchos años, ¿no es verdad, señora?

-Es cierto que hemos sido vecinos -afirmó Clare.

-Sí, y debido a esa cercana relación, siento que es mi deber asegurarme de que el marido que elija sabe exactamente lo que consigue -dijo Nicholas sonriendo con satisfacción-. Un hombre no debe llevarse sorpresas la noche de su boda.

Una profunda sensación de alarma se desató en el interior de Clare. Inspiró suavemente y notó la pesada y peligrosa tensión que flotaba en el aire entre Gareth y Nicholas.

Jamás había habido violencia de ningún tipo en su hermosa isla. No iba a permitir que estallara en ese momento.

De repente se dio cuenta de que tendría que abandonar sin dilaciones su medio concebido plan para volver la situación a su favor. Tenía frente a ella un problema de carácter mucho más urgente.

Tenía que encontrar la forma de evitar que Gareth y Nicholas arremetieran el uno contra el otro.

CAPÍTULO 4

La cena fue el peligroso espectáculo que había temido que sería. Sentada entre Gareth y Nicholas, se sintió como si fuera la acróbata que había visto el año pasado en la feria de verano. Con toda seguridad, el esfuerzo por mantener el equilibrio en una cuerda sujeta a dos postes no era más difícil que intentar mantener la paz en una sala llena de belicosos caballeros.

No es que se hubiera producido ningún altercado todavía, pero Clare sentía la creciente tensión que reinaba en la sala y que era un reflejo directo de la hostilidad que desprendían los dos hombres que se sentaban en la mesa principal.

En un intento de reducir la oportunidad de que los hombres de Gareth y los de Nicholas se provocaran, Clare había dispuesto que se sentaran en los lados opuestos de las largas mesas de caballetes. Esperaba que la corta distancia que separaba a los soldados fuera una útil barrera en caso de que se produjeran hostilidades.

Si se producía algún acto de violencia, comenzaría en el extremo de la mesa principal. Así que si conseguía dominar a Gareth y Nicholas tendría toda la sala bajo control.

Era una tarea abrumadora.

-No, no quiero más verdura -Nicholas miró con desconfianza la colección de platos que habían dejado entre las primaveras que había esparcidas por la mesa-. Me temo que en Deseo comen más hortalizas que las liebres y los ciervos de mis bosques.

-Nos gustan mucho las verduras frescas, señor -replicó Clare con una sonrisa deliberadamente alegre-. ¿Quizá preferiría ostras? Nuestra cocinera las prepara con almendras y jengibre. Estoy segura de que le encantarían.

Nicholas bajó las pestañas y la miró con ojos soñolientos. Sin duda aquella expresión estaba pensada para provocada, pero sólo consiguió dar la impresión de que se iba a quedar dormido encima de la mesa.

-Las disfrutaría más si me las ofreciera con sus delicados dedos, milady.

Clare apretó los dientes y esbozó una helada sonrisa. Ofrecer a un invitado especial un bocado excepcionalmente sabroso era algo normal, pero no tenía intención de agasajar a Nicholas de esa manera. En primer lugar no pensaba que fuera un invitado especial. De hecho era una auténtica pesadez. En segundo, no sabía cómo reaccionaría Gareth si creía que estaba tratando con favoritismo a Nicholas.

Eso era lo que había conseguido por intentar elegir marido. Con lo pacífica y sencilla que había sido su vida en Deseo.

-Personalmente no me apetecen nada las ostras, señor, pero tome tantas como quiera. Y no se olvide del potaje. La cocinera lo adereza con hinojo y coriandro, está delicioso.

-Gracias -Nicholas cogió un puñado de ostras y se las metió en la boca-. Siempre prepara unas comidas excelentes, señora y su presencia es el mejor plato de todos.

-Gracias -dijo Clare mirándolo con ojos represores, suplicándole en silencio que se comportara. Nicholas no dio muestras de haber notado aquella petición.

Clare pensó que tras haber bebido varias jarras de cerveza, hacia caso omiso a muchas cosas.

-Pero por muy bella que esté esta noche, sentada aquí en su propio salón -continuó, arrastrando las palabras con tono provocador-, prefiero el recuerdo de su

rostro cuando estaba a mi lado en Seabern Keep hace menos de un mes. -Hizo una pausa para tragar más ostras-. Creo que en aquella ocasión daba la impresión de que ése era su sitio.

Clare notó que Gareth se ponía tenso en la silla que había a su izquierda y durante un instante le entró un ataque de pánico. Su cuchara golpeó ruidosamente contra el borde de una fuente.

-Fue una visita muy agradable, señor, y usted un anfitrión muy cortés, pero mi lugar está en esta casa.

-Y aquí es donde va a quedarse -añadió Gareth con delicadeza

Clare lo miró de reojo con inquietud; no le gustaba la suavidad letal de su tono de voz. Parecía que cuanto más la insultaba y provocaba Nicholas, más suaves y educadas eran las respuestas de Gareth.

Aquella escalofriante educación le preocupaba cada vez más. Se preguntó si era la única en todo el salón que se había dado cuenta de lo peligrosa que era la situación. Tenía la impresión de que todos los presentes tenían que notar la amenaza que se cernía sobre ellos.

Evidentemente, el bruto de Nicholas no lo hacía. De hecho, parecía que el suave discurso de Gareth lo envalentonaba.

Cayó en la cuenta de que Gareth estaba haciéndole picar el anzuelo a Nicholas.

Gareth captó la mirada de Clare cuando ésta utilizó el cuchillo para cortar un trozo de pastel de carne. No sonrió, aquel hombre nunca lo hacía, pero había algo en su expresión que sugería que estaba disfrutando tanto como podía.

El Lobo Sanguinario de Wyckmere se estaba divirtiendo. A Clare le entraron ganas de vaciarle la fuente de potaje en la cabeza.

-Quizá les gustaría escuchar algo de música -dijo con firmeza. Miró a Dallan, que parecía malhumorado en un extremo de una de las largas mesas-. ¿Quieres cantarnos una canción alegre, Dallan?

Éste se puso de pie y le dedicó una gran reverencia.

-Como ordene mi señora.

Cogió su arpa y empezó a. tocar una conocida melodía.

Clare se relajó al reconocer una de sus canciones favoritas. Dallan la había compuesto para ella al poco de llegar a Deseo. Se llamaba La llave.

La sonrisa de mi señora brilla con tanta luz
como la de la luna y las estrellas en una noche de verano.
Sus ojos son esmeraldas, dulces y verdes.
Su rostro es tan puro como un arroyo puro y cristalino.
Esta noche cogeré la llave,
la llave que me dio.

-¡Eso, eso, la llave! -gritó Nicholas golpeando la mesa con la jarra-. Coge la llave.

Después eructó.

Clare sintió un escalofrío.

-¡Sí, la llave! -careó uno de los hombres, más borracho aún que su señor, golpeando con un cuchillo en la jarra-. ¿Qué vas a hacer con la llave, chaval?

Muchas más jarras sonaron cuando el resto de los hombres de Seabern empezaron a animar a Dallan. Clare se fijó en que Nicholas empezaba a sonreír, se tomaba otro trago de cerveza y buscaba su copa de vino.

Es la llave de su habitación la que me ha dado.

Me acogerá en ella con alegría.

-¡Con alegría, con alegría! -careó uno de los hombres entre carcajadas.

No es justo que su señor guarde escondido semejante tesoro.
Arriesgaré mi vida para escalar a su ventana esta noche.
Apartaré las cortinas de su cama y contemplaré la hermosa
[visión.

Nicholas golpeó en la mesa con el puño e hizo que temblaran copas y platos.

-¡Sí, muchacho, en la cama de la señora! ¡Merece la pena! -gritó mirando lascivamente a Clare.

Ésta volvió la vista, impotente, hacia Joanna, que a su vez miró inquieta a Ulrich. Éste observaba impasible a Gareth, como esperando una señal.

Sus muslos son columnas de alabastro, redondos y suaves.
Cuando esté entre ellos veré.
La puerta de oro que espera mi llave.

-¡La llave, la llave! -rugió Nicholas.

Con el rabillo del ojo, Clare observó que Gareth cogía una de las delicadas primaveras amarillas que decoraban la mesa. Los capullos parecían pequeños y extremadamente frágiles en sus grandes manos. Lentamente empezó a acariciar los pétalos.

Clare contuvo el aliento.

Se oyó otro grito de los hombres que había sentados lejos de la mesa principal. Clare apartó su fascinada mirada de la primavera que mecía Gareth entre sus manos.

Intentó haced e señas a Dallan para que dejara de cantar, pero éste hizo como si no la hubiera visto. Rasgueó el arpa conadusto desafío.

Nicholas se despatarró en la silla.

-Parece cansado, Lobo Sanguinario. ¿Qué le pasa? ¿No le gustan las canciones del juglar?

-No -contestó acariciando los pétalos de la flor, aparentemente intrigado por su delicadeza.

Clare se puso de pie y lanzó una penetrante mirada a Dallan.

-Maestro juglar, preferiría que cantases otra canción, si no te importa. Quizás aquella tan encantadora que escribiste sobre las flores de la primavera.

-Pero si La llave es una de sus favoritas, milady -protestó.

-Sí, pero esta noche preferiría oír otra de mis favoritas.

Por un instante pensó que Dallan se iba a negar, pero finalmente asintió con brusquedad y empezó a pulsar una tonada diferente, una que hablaba de flores.

Clare suspiró aliviada, se sentó y le hizo una rápida señal a Eadgar para que trajera más comida y cerveza.

El guarda salió con increíble presteza para un hombre al que le dolían las articulaciones. Estaba claro que también él había sentido el inminente desastre y estaba ansioso por hacer su parte para evitado.

Joanna se relajó. Clare vio que ésta le sonreía tímidamente a Ulrich, que galante le ofreció un bocado de su plato. Para sorpresa de Clare, Joanna se sonrojó graciosamente y aceptó el bocado que le brindaba.

La expresión de Nicholas se volvió huraña, más parecida a la de un niño empeñado en una travesura y al que han interrumpido antes de hacer la broma.

Gareth dejó a un lado la primavera y levantó lentamente su copa de vino, como si no hubiera pasado nada fuera de lo normal.

-Me encantaría oír la nueva canción de su juglar, señora.

-Me alegra oírlo, señor -dijo Clare sonriéndole irritada.

Su comportamiento empezaba a cansada. Estaba muy enfadada con Gareth, tanto como lo estaba con Nicholas, y no le importaba que se diera cuenta-. No me gustaría que ninguno de mis invitados se sintiera molesto con el espectáculo.

Nicholas golpeó con la jarra en la mesa.

-Pues a mí no me interesa mucho la nueva canción. Todas esas tonterías sobre las flores de primavera son sosas y muy aburridas.

-¿Eso le parece? -preguntó Gareth mirándolo despreocupadamente-. Puede que no tenga la inteligencia para disfrutar de los detalles más refinados de los versos.

Nicholas frunció el entrecejo.

-¿Está insinuando que no soy inteligente?

-Sí, sin duda es ésa la razón por la que lady Clare buscó otros pretendientes. Ha dejado bien claro que quiere un marido que sea inteligente y cultivado.

Nicholas se puso rojo de furia y una peligrosa luz se encendió en sus ojos.

-Apuesto a que lady Clare prefiere la otra canción. ¿No es así, señora?

Clare intentó pensar en una excusa para dar por finalizada la velada y enviar a todo el mundo a la cama. Deseaba que alguien le hiciera un favor y diera la alarma por fuego o asedio.

-Me gusta todo tipo de músicas. -desesperada, buscó algo con lo que distraerlo-. ¿Le importaría pasarme el cuenco de los higos, sir Nicholas?

-No faltaría más -contestó sonriendo-. Permítame que le escoja uno.

En vez de acercarle el cuenco, metió en él sus cortos y gruesos dedos y sacó uno. Lo untó con canela y miel y lo acercó a los labios de Clare.

Ésta miró la suciedad que había en las uñas de Nicholas e intentó pensar. Se dio cuenta de que Gareth estaba contemplando la escena con expresión neutra en los ojos.

Aquella situación era ridícula, pensó enojada. Era su salón y allí mandaba ella. Se negó a rendirse, ante ninguno de aquellos enormes y autoritarios hombres.

Sonrió fríamente a Nicholas, le quitó el higo de la mano y lo dejó en su plato sin probarlo.

-He cambiado de idea. Creo que ya he comido suficiente esta noche.

-Me decepciona, señora. Porque cuando estuvo en Seabern el mes pasado tenía mucho más apetito -hizo una pausa mirándola con lascivia-. Y no sólo por los higos.

Clare sintió un intenso frío.

-No lo recuerdo.

-Pero yo sí. ¿Cómo iba a olvidar esas tentadoras cenas que compartimos? Confieso que mis más apreciados recuerdos son de lo encantada que estaba cuando satisfacía sus extremadamente delicados apetitos. Estoy seguro de que no lo ha olvidado.

-Me está tomando el pelo, sir Nicholas -dijo Clare. Un negro e inquietante presentimiento se apoderó de ella. Empezaba a perder toda esperanza de evitar el desastre-. Me gustaría que dejara de hacerla de inmediato. No lo encuentro divertido.

-¿No? -Nicholas la miraba, pero estaba claro que realmente estaba prestando atención a Gareth. Sopesaba todas las provocadoras palabras que decía, yendo un poco más lejos cada vez, buscando herirla en lo más vivo-. Estoy desolado, señora. La

encontré muy entretenida. De hecho, estoy deseando que vuelva a Seabern para que podamos satisfacer juntos nuestros deseos.

Las implicaciones de las palabras de Nicholas eran evidentes para todo el mundo que las oyó. Joanna jugueteó nerviosamente con la cuchara. Ulrich miró a Gareth en un silencio glacial.

Gareth se comió un higo sin decir nada.

-Me gustaría hablar de otras cosas -dijo Clare dándose cuenta de que empezaba a elevar la voz.

-Pero yo prefiero recordar la comidas que compartimos -insistió Nicholas cogiendo el higo que Clare había dejado en su plato. Lo chupó e hizo ruidos como de besos-. Eran tan agradables.

Gareth se repantigó en la silla.

-Lady Clare le ha pedido que cambie de tema de conversación. No lo encuentra divertido y yo tampoco.

Nicholas se rió.

-¿Cree que me importa si le parece divertido o no? -Los deseos de la dama son los que me preocupan y a usted deberían preocuparle también.

A Clare se le heló la sangre en las venas. La situación empeoraba rápidamente. Puede que si consiguiera emborracharlos lo suficiente caerían en un sopor etílico.

-¿Quieren más vino?

Nicholas no le hizo caso. Mantuvo su entornada mirada en Gareth.

-¿Cree que puede agradar a la dama más que yo, Lobo Sanguinario?

-Así es.

-Lo dudo mucho. ¿Por qué iba a darle la llave de su habitación a un bastardo después de haber conocido las manos de un caballero bien nacido?

Un silencio sepulcral cayó sobre el salón como plomo derretido. Clare vio que Joanna abría los ojos de par en par, horrorizada por el insulto. Ulrich estaba sentado a su lado con serio semblante.

Dallan pulsó con torpeza las cuerdas del arpa. Dejó de tocar y se puso de pie. Miró furioso a su alrededor, como buscando un sitio donde esconderse.

Eadgar se detuvo en la puerta con una botella de vino en la mano y miró a Clare con gesto de impotencia.

-Ya basta, sir Nicholas, creo que ha bebido demasiado -dijo Clare cuando recuperó la voz.

-No tanto como para no saber lo que está diciendo -añadió Gareth tranquilamente.

-Estoy de acuerdo -apuntó Nicholas con ojos brillantes-. ¿Y tú, Lobo Sanguinario? ¿Te funcionan los cinco sentidos?

-Sí, y los mantengo despiertos siempre. Será mejor que no lo olvides.

-Lady Clare parece tener problemas a la hora de decidir quién de los dos será mejor marido -resonó la voz de Nicholas en todo el salón-. Propongo que resolvamos la cuestión por ella. Aquí y ahora.

-¿Cómo? -preguntó Gareth en voz baja-. ¿Jugamos una partida de ajedrez por la mano de la señora de Deseo? Muy bien, me parece una solución razonable.

Clare estaba tan escandalizada que por un momento se olvidó del inminente desastre.

-¿Una partida de ajedrez? ¿Por mi mano? ¿Cómo se atreve?

Nicholas sonrió con malevolencia.

-Sí, ¿Cómo te atreves, Lobo Sanguinario? No es nada caballeroso.

-Es verdad, supongo que no sería justo -reconoció Gareth-. El ajedrez es un juego que requiere ingenio e inteligencia. Sir Nicholas estaría en franca desventaja.

-¡Por todos los diablos! Ésta no es una cuestión de ingenio -gruñó Nicholas-. Ha insultado a la dama al sugerir que jugásemos una partida de ajedrez para conseguir su mano.

Clare cerró los ojos y rezó una frenética oración a santa Hermione.

-¿Qué juego propone, pues? -preguntó Gareth.

-Juicio por combate. Aquí y ahora.

-Acepto -dijo Gareth sin que pareciera que le daba más a importancia a esa sugerencia que a la anterior-. Elija las armas. Clare se puso de pie.

-¡Basta ya de tonterías!

Todas las miradas se dirigieron a ella.

Puso las manos sobre la mesa para evitar que le temblaran y miró furiosamente en todas direcciones.

-Oídme todos los que habéis comido y bebido en mi mesa esta noche. Sabed que estoy harta de la estúpida cuestión de elegir marido. Thurston de Landry me ha asegurado que soy libre para decidir, así que lo haré ahora y pondré fin a toda esta historia.

Una oleada de susurros y murmullos recorrió el salón.

-Mis audaces y nobles pretendientes quieren jugar -dijo Clare con mordacidad-. Pues tendrán que hacerlo, pero seré yo la que elija la modalidad y la única jugadora.

Los cristalinos ojos de Gareth no se apartaron de Clare. Nicholas sonrió satisfecho.

-Al parecer he de elegir entre sir Gareth de Wyckmere y sir Nicholas de Seabern -explicó Clare señalándolos por turno-. ¿Ha habido alguna mujer más afortunada con sus pretendientes?

Hubo un clamor de aprobación entre la gente que abarrotaba el salón. Nadie pareció notar el sarcasmo en la voz de Clare.

Cogió una de las primaveras amarillas y sostuvo el capullo frente a ella para que todos pudieran verlo.

-Iré deshojando los pétalos de esta flor y diré por turno los nombres de estos dos magníficos y caballerosos señores que desean ser mi esposo. Juro que me casaré con el hombre cuyo nombre pronuncie el último.

La sonrisa de Nicholas desapareció inmediatamente.

-¡Bendito sea Dios! No puede hacer una elección de semejante importancia dejándola en manos del azar.

-Esto no tiene nada de fortuito y es mucho menos sangriento que el juicio por combate que propuso usted, sir Nicholas.

-¡Por todos los infiernos! ¿Sabe lo que está haciendo, señora? -preguntó Gareth.

-Sí -aseguró, y no les dio tiempo de que volvieran a intervenir. Arrancó el primer pétalo-. Sir Gareth.

Una sacudida de agitación sacudió a todos los presentes y se cruzaron apuestas.

La mirada de Gareth se posó en la primavera. La estudió un instante y después volvió a sentarse en la silla con expresión satisfecha.

-Sir Nicholas -anunció Clare quitando otro pétalo y dejándolo revolotear hacia la mesa.

Nicholas miró la flor frunciendo el entrecejo.

-Es una estúpida forma de elegir marido.

-Cuando hay que escoger entre estúpidos, la forma de hacerlo es siempre estúpida -le explicó Clare sonriendo y arrancó otro pétalo-. Sir Gareth.

Sólo quedaban dos en la flor, Clare quitó el penúltimo.

-Sir Nicholas.

Los abucheos de consternación se mezclaron con los gritos de triunfo cuando la gente vio quién iba a ser el ganador. Clare levantó la primavera para mostrar el último pétalo. -Sir Gareth de Wyckmere.

Un ensordecedor estruendo se produjo en el salón cuando los comensales golpearon con sus jarras en la mesa.

La cara de Nicholas se contrajo en una expresión de furia.

-¡Condenación! ¿Qué cree que está haciendo?

-Elegir al nuevo señor de esta casa. -Clare se acercó a Gareth con gesto triunfal y le entregó la desnuda flor-. Bienvenido, mi señor. Estoy segura de que quedará satisfecho con lo que ha ganado.

Gareth cogió el tallo pelado y se puso de pie con elegancia y los ojos brillantes.

-Sí, mi señora. Ya lo estoy.

-¡Por las barbas de Cristo! -exclamó Nicholas levantándose-. Yo no estoy nada satisfecho, no puede elegir marido de esta forma.

-Ya está hecho. He elegido tal como me ordenó Thurston de Landry -dijo Clare apartándose de la mesa-. Y ahora, les ruego me excusen. Me retiro a mis aposentos. Estoy agotada por todo este alboroto.

-¡Dios santo! -gritó Nicholas-. No lo consentiré.

-No tiene nada más que decir en esta cuestión, señor -le cortó Clare levantando la barbilla-. Como es muy tarde para que regrese a Seabern, puede pasar la noche aquí. Está todo dispuesto.

Se levantó las faldas y empezó a caminar bordeando la mesa. Se daba cuenta de que todo el mundo la observaba mientras cruzaba el salón hacia las escaleras de la torre. Se detuvo en el primer escalón y volvió la vista hacia la mesa principal, en la que estaban Nicholas y Gareth.

-Antes de que me retire, señores. Tengo algo más que decir. -miró a Gareth a los ojos-. Sepa esto, mi futuro señor. En esta isla nunca ha habido violencia de ningún tipo. No toleraré que la haya esta noche. ¿Entendido?

-Sí, señora -contestó dulcemente Gareth. Si se derrama sangre en este salón antes de que llegue la mañana -continuó Clare con los dientes apretados-, juro que tomaré los hábitos en vez de casarme con usted o con ningún otro hombre.

La multitud volvió lanzar susurros de admiración y asombro. De repente, la cara de Nicholas adoptó una expresión maliciosa.

Clare lo miró con desdén y después volvió su atención a Gareth.

-Y para que ninguno de los dos decida que estaría mejor sin mí para poder pelearse, recuerden que si entro en un convento, no lo haré con las manos vacías. Me llevaré todas mis fórmulas secretas para elaborar perfumes. Será mi dote para las monjas.

En el salón volvió a reinar un silencio sepulcral cuando aquella declaración impactó en los presentes. No había una sola alma en la isla que no supiera que los ingresos de Deseo provenían de las fórmulas de Clare. Sin ellas, los campos de flores y hierbas no servían para nada.

Satisfecha por haber dejado claras las cosas, sonrió forzadamente a Gareth.

-Su primera tarea, sir Gareth, será mantener la paz en este salón. Si quiere disfrutar de las futuras ganancias de mis perfumes, tendrá que cumplir con su obligación sin derramar sangre. Buenas noches.

Cogió una lámpara de aceite que estaba en una mesita cercana, se dio la vuelta y subió rápidamente las estrechas y sinuosas escaleras. Joanna siguió sus pasos.

-¡Por todos los cielos! ¿Cómo has sido capaz de elegir de forma tan caprichosa? -jadeó Joanna mientras seguía la estela de Clare-. ¿Qué hubiera pasado si hubiera ganado

sir Nicholas? Después de lo que pasó hace un mes sólo merece tu desprecio. Dijiste que preferirías casarte con cualquier hombre antes que con él.

-Sir Nicholas no podía ganar. Sabía quién iba a ser el señor de Deseo antes de arrancar el primer pétalo de la flor. -Clare llegó al piso de arriba y se dirigió por el pasillo hacia su dormitorio-. Las primaveras sólo tienen cinco pétalos.

-Pero, ¿cómo supiste qué nombre sería el último? -Joanna arqueó una ceja-. Ah, ya veo. Contaste los pétalos y lo pensaste antes de empezar.

-Sí -dijo Clare abriendo la pesada puerta de madera de su habitación. Entró, dejó la lámpara en una mesa y se acercó a la ventana. Inspiró profunda y tranquilamente la perfumada oscuridad-. Sabía la respuesta. De hecho hacía horas que la sabía.

Joanna la miró atentamente.

-Entonces, ¿por qué hiciste esa maravillosa escena con la primavera?

Clare golpeó el alféizar con un dedo.

-Estaba furiosa con los dos, especialmente con sir Gareth. Nicholas es, para ser sincera, simplemente Nicholas. No tiene inteligencia para ser otra cosa que un zoquete.

-¿Y sir Gareth?

Clare apretó los labios.

-Sin duda posee una fina inteligencia y mucho sentido común. Me enojó el que estuviera dispuesto a recurrir a la intimidación y la violencia para conseguir sus fines.

Joanna frunció el entrecejo.

-¿Crees que eso era lo que estaba haciendo?

-Sí; ¿no te fijaste en cómo jugaba con la flor mientras Dallan tocaba *La llave*?

-Era simplemente una flor, Clare. ¿Qué te hizo pensar que era un gesto amenazador?

-No lo sé explicar. Había algo en la forma en la que acariciaba los pétalos que me asustó. -Clare miró el mar bañado por la luz de la luna-. Me estaba diciendo claramente que podía ser cortés o peligroso. Quería que supiera que la decisión era mía.

Joanna la miró.

¿De verdad piensas que ésa era su intención?

-Creo que se ha forjado una reputación muy desagradable y que es capaz de utilizada de vez en cuando. Es un hombre práctico, dado a aprovechar las Oportunidades. Si ha de ser el señor de esta casa, debe aprender que aquí hacemos las cosas de otra forma. No quiero violencia en Deseo.

-Es un hombre acostumbrado a ella, Clare. Para él es muy natural utilizar métodos violentos cuando lo considera oportuno.

-Ya, pero los utilizará sólo si son necesarios. Aunque, no creo que le agrade la violencia. Al menos es lo que me dijo. Es lo que lo salva. Si conseguimos pasar esta noche sin que haya una pelea en el piso de abajo, tendré la prueba de que he hecho la elección adecuada.

Dos horas más tarde, Ulrich suspiró aliviado y sonrió a Gareth.

-Felicidades por cumplir con éxito tu primera tarea como señor de esta casa.

-Gracias.

-He de confesar que no estaba muy seguro de si conseguiríamos acabar la velada sin derramar sangre. Pero, como siempre, has demostrado ser tan rápido de ingenio como con la Puerta del infierno.

-No ha sido nada difícil convencer a Nicholas y a sus hombres para que bebieran hasta perder el sentido. Ya estaban medio borrachos cuando mi señora abandonó el

salón -dijo Gareth dando vueltas por la habitación con una agitación que no era normal en él-. ¿Has apostado a los guardias?

-Sí, si alguno de los hombres de Nicholas se despierta antes del alba, se le dará otra copa. de vino.

-¿Y Nicholas?

-Duerme como un bebé, gracias a sus esfuerzos por derrotarte en la competición de quién era capaz de beber más vino. Hablando de ese torneo incruento que has organizado contra tu rival, tengo una pregunta.

-¿Cuál?

-¿Qué has hecho con todo el vino que se supone que estabas bebiendo?

-Lo derramé en las esteras que hay bajo la mesa cada vez que volvía la cabeza.

-Eso me imaginaba -Ulrich hizo una mueca irónica-. Este sitio no será nada agradable cuando los huéspedes de lady Clare se levanten mañana con un terrible dolor de cabeza y el estómago revuelto, pero al menos no ha habido derramamiento de sangre.

-Eso es lo más importante. -Gareth sintió una extraña sensación de tirantez en la comisura de los labios, casi estaba sonriendo-. Los deseos de mi señora se cumplirán en la medida de lo posible hasta que esté casada conmigo. No quiero que piense que ha equivocado su elección.

-Para ser un hombre cuyo destino estaba ligado hasta hace poco a los frágiles pétalos de una flor y el capricho de una mujer, estás sorprendentemente contento contigo mismo.

-No es la primera vez que la suerte y el destino deciden mi futuro, y dudo mucho de que sea la última.

-Pensé que ibas a enfurecerte tanto como Nicholas cuando viste el método que iba a utilizar lady Clare para hacer su elección.

Gareth se detuvo frente a la ventana y apoyó una mano en el alféizar de piedra.

-Supe que iba a ganar tan pronto como arrancó el primer pétalo y dijo mi nombre. Y lo que es más, ella también. Dado su conocimiento de las flores, es seguro que conocía la respuesta antes de empezar.

Ulrich frunció el entrecejo.

-¿Cómo lo sabes?

Gareth se acordó de la primavera que había examinado cuando Dallan tocaba con insolencia la balada subida de tono.

-Las primaveras amarillas sólo tienen cinco pétalos. O, al menos, las flores que había esparcidas en la mesa esta noche sólo tenían cinco.

-Ah, entiendo. Como era un número impar, era inevitable que el primer nombre que pronunciara lady Clare fuera el último también.

-Así es.

-¿Por qué crees que se tomó la molestia de representar esa comedia? ¿Por qué no anunciar que eras su elección y dar por finalizada la cuestión de una vez?

Gareth sucumbió ante la sonrisa que había estado rondando sus labios.

-Piensa que soy arrogante. Creo que estaba intentando darme una lección.

-¿Una lección?

-Quería que pensase que, en lo que a ella respecta, había poca diferencia entre sir Nicholas y yo. Era su forma de hacerme saber que todavía tengo que demostrarle que soy la mejor opción.

Ulrich se fijó en la curva da boca de su amigo.

-¿Te divierte?

Gareth lo pensó detenidamente.

-Creo que sí.

-Puedo contar con los dedos de una mano las veces que te he visto divertirte.

-Exageras.

-No, me acuerdo perfectamente, porque en todas ellas estuviste a punto de que nos mataran a los dos.

CAPÍTULO 5

Clare se acercó su pomo perfumado a la nariz cuando atravesó con cuidado las ruinas del salón principal a la mañana siguiente.

Ni siquiera las fragantes hierbas que se habían esparcido entre las esteras lograban ocultar el olor de los orinales repletos, el vino derramado y los cuerpos malolientes.

Se tardaría horas en limpiar todo aquello. Habría que poner esteras limpias para que la habitación volviera a ser habitable. Clare frunció la nariz, consternada. Los sirvientes no podían comenzar a barrer hasta que se apartaran los hombres dormidos que estaban tumbados en todas partes.

Se abrió paso entre los jergones sin hacer caso de los ronquidos de sus invitados y consiguió llegar a las escaleras principales sin ponerse enferma. El joven guardia que había allí saludó respetuosamente con la cabeza.

-Buenos días, señora.

-Buenos días -contestó, y dejó caer el pomo para que colgara de su cinta-. Tú eres uno de los hombres de sir Gareth, ¿no?

-Sí, señora. Me llamo Ranulf.

-¿Cómo es que estás tan despejado, Ranulf? Los otros estan tan dormidos que harían falta las trompetas del juicio final para despertarlos.

Ranulf sonrió.

-Los hombres que duermen en el salón están a las órdenes de sir Nicholas. Puede estar segura de que los que obedecemos a sir Gareth estamos despiertos y cumpliendo las tareas que se nos ha encomendado. La mayoría está en los establos ahora.

-¿Qué ha vuelto inmunes a los hombres de sir Gareth a la cerveza y el vino?

Ranulf se rió.

-El Lobo Sanguinario tiene prohibido a sus soldados beber tanto que no puedan levantarse al día siguiente y cumplir con sus obligaciones.

A Clare le pareció bien aquella norma, pero las palabras del guarda despertaron en ella otra preocupación.

-¿Es un jefe severo?

Ranulf la miró sorprendido.

-No, señora. Es un caballero justo y honrado. Sólo intentaba explicarle que no tolera la desobediencia o la pereza en las personas que le sirven. Dice que esas conductas pueden hacer que alguien resulte muerto.

Clare se relajó, el guardia parecía sincero.

-No me gustaría tener un señor riguroso en esta casa, por muy inteligente que sea -dijo entre dientes-. Mejor un loco como Nicholas que un hombre inteligente y cruel.

-¿Perdone, señora?

-Nada, nada. Supongo que anoche no hubo serios problemas.

Ranulf parpadeó. Por un momento pareció deslumbrado por su belleza y se sonrojó.

-No, señora.

-¿No hubo heridos?

-Creo que sir Ulrich utilizó una jarra en un par de cabezas duras en las que el vino no hacía efecto, pero nadie resultó gravemente herido. Sir Gareth nos dio instrucciones precisas de que no se derramara sangre. Así que no la hubo.

Clare estaba contenta de que Gareth hubiera obedecido sus órdenes. Era un buen presagio.

-¿Acierto si digo que sir Gareth hizo que Nicholas y sus hombres se emborracharan?

-Sí, señora. Dijo que era la forma más sencilla de resolver la cuestión.

-Muy inteligente. -Clare esbozó una gran sonrisa que se convirtió en risa cuando se acordó de que ella había utilizado una táctica similar en sus poco seguras noches en Seabern-. Sir Gareth parece tan astuto como me imaginaba.

Ranulf sonrió orgulloso.

-Era solamente un salón lleno de hombres dándose un banquete. Una batalla nada difícil para el Lobo Sanguinario de Wyckmere. Tendría que haberlo visto lidiando con la banda de ladrones que estaban arruinando Galstonsea el otoño pasado. Eso sí que fue digno de ver. Sir Gareth nos pidió que preparáramos una trampa y cuando los asesinos cayeron en ella...

-Estoy segura de que fue fascinante -lo interrumpió. De lo último que le apetecía que le hablaran esa mañana era de las sanguinarias habilidades de Gareth. Quería olvidar que se iba a casar con un hombre que, hasta hacía poco, se ganaba la vida de forma violenta.

Dallan apareció del fondo de la cocina que había en el otro lado del patio comiendo un gran trozo de pan recién horneado.

-Señora -la saludó cuando la vio. Se metió en la boca el último pedazo de pan y se acercó corriendo a ella-. Le deseo buenos días.

-Buenos días, Dallan. Espero que no te atragantes con el desayuno.

-No, señora -dijo Dallan tragando a duras penas y limpiándose con la manga de su túnica-. Espero que haya dormido bien.

-Sí, gracias.

-Me sorprende -dijo Dallan y frunció el entrecejo-. Doy gracias a todos los santos de que no la despertaran los horribles acontecimientos que tuvieron lugar en su salón cuando se retiró.

Clare arqueó las cejas.

-No tengo la sensación de que ocurriera nada malo. La habitación está bastante revuelta, pero es lo normal cuando hay tantos invitados por todas partes.

La enjuta cara del juglar adoptó una seria expresión.

-Fue una escena que habría escandalizado y horrorizado a una dama tan refinada y gentil como usted. Sí, fue una visión que bien podría haber venido directamente de las profundidades del infierno.

-No pudo ser tan malo.

-Usted no estuvo presente, señora, gracias a todos los santos -dijo Dallan irguiendo la espalda con los ojos llenos de indignación-. ¿Necesito recordarle que los horribles acontecimientos de anoche estuvieron presididos por el propio Lobo Sanguinario?

-¿Qué haces, juglar? -le preguntó Gareth despreocupadamente cuando salió a las escaleras y se puso detrás de Clare-. ¿Contando chismes de buena mañana? Creo que deberías encontrar alguna manera de utilizar mejor tu tiempo.

Dallan dio un respingo y se echó hacia atrás retorciendo los dedos por el nerviosismo. Cuando se recobró, frunció el entrecejo con resentimiento y se volvió hacia Clare.

-Le ruego me excuse, señora.

-Por supuesto -murmuró ésta.

Contempló cómo se alejaba rápidamente y se preparó mentalmente para hacer frente al hombre que pronto sería su marido.

«Su marido», sólo con pensado se sintió mareada.

-Buenos días, señora.

-Buenos días.

Clare puso una sonrisa fija en su cara y se volvió para saludado. A pesar de haberse preparado, se dio cuenta de que aun así le faltaba el aliento.

Tras la conversación con Ranulf no le sorprendió que sus ojos no mostraran ningún signo de haber pasado la noche haciendo beber apresuradamente a Nicholas. Sospechaba que la mayoría del vino del Lobo Sanguinario había ido directamente bajo las mesas junto con Nicholas y sus hombres. Allí era donde había ido el suyo cuando estuvo prácticamente prisionera en Seabern Keep.

Había escapado de Nicholas aquella noche después de animado a beber hasta saciarse. Después había corrido escaleras arriba hasta una habitación de la torre del homenaje, en la que se encerró.

Clare había pasado los tres días siguientes allí, sin hacer caso de la cólera de Nicholas, de sus amenazas o de los golpes en la puerta. Una tarde consiguió escapar cuando, frustrado por no haber conseguido convenced a de que debía casarse con él, se fue a cazar.

Pensó que si su captor hubiera sido el Lobo Sanguinario, hubiera tenido menos oportunidades de escapar.

Aquella mañana, Gareth le pareció incluso más corpulento de lo que recordaba. El fuerte y distinguido poder que desprendía formaba parte de él tanto como su inteligencia y su determinación. Por un momento, deseó que su padre y hermano estuvieran vivos para conocerlo.

Pero se dijo que si estuvieran vivos nunca habría conocido a Gareth de Wyckmere ni mucho menos tendría que casarse con él. Jamás hubiera buscado esposo y él no habría estado interesado en ella, porque no sería heredera.

La vida juega malas pasadas a las mujeres.

Gareth llevaba una túnica gris sobre el jubón, que era del color del carbón. A pesar de que no llevaba armadura, la Puerta del infierno pendía en uno de sus costados, segura en su funda. Los ojos de su dueño se reflejaban en su pomo de cristal. Clare tuvo la impresión de que la espada formaba parte de su atuendo a diario, como las botas y la túnica.

Sus ojos parecían pensativos cuando vio que Dallan se iba corriendo.

-¡Tú y yo vamos a tener una larga conversación! -le gritó.

-No pretende hacer ningún mal, sólo está preocupado por mi bienestar. Espero que asustar a los miembros de mi casa no se convierta en una costumbre.

-A su poeta preferido no le iría mal aprender un poco de educación. No sólo intenta protegerla, señora. Está celoso.

-¿Celoso? -preguntó Clare con la boca abierta por la incredulidad.

-Sí, no es nada extraño.

Clare se ruborizó.

-Gracias, señor, pero la verdad es que he tenido poca experiencia con hombres celosos.

-Es una enfermedad muy común. Muchos hombres sucumben a su fiebre cuando tienen la edad de Dallan.

-¿Fiebre?

-La enfermedad del amor. Los síntomas se reconocen fácilmente. Cuando les ataca la enfermedad, los jóvenes se vuelven abiertamente fervientes y apasionados, dispuestos a adorar hasta el dobladillo del vestido de su amada.

-Ya veo.

-Evidentemente, Dallan, dedica abnegadamente su puro corazón a su servicio y no desea compartir sus atenciones.

-¿Está seguro? No me había dado cuenta de que sus sentimientos eran tan intensos.

Gareth se encogió de hombros.

-Como le he dicho, es un problema muy frecuente en los jóvenes de su edad. Ya se le pasará.

Clare cruzó los brazos por debajo del pecho.

-Dígame, ¿fue alguna vez presa de la fiebre de la que me ha hablado?

-Hubo un fugaz momento en mi vida en el que sucumbí al fuego de la pasión no correspondida, pero fue hace mucho tiempo -dijo con ojos brillantes-. Decidí que no me beneficiaba en nada y me cansé pronto de los dolores. No tengo talento para adorar a una dama desde la distancia.

-Es una lástima. -Clare no quería admitirlo, pero la verdad era que el rechazo de Gareth del amor galante y la pasión pura era desalentador. Debía acordarse de que el matrimonio para él era una cuestión de negocios tanto como para ella.

-Supongo que no espera que enferme de amor a mi edad -dijo Gareth quedamente.

Clare miró sus ojos cristalinos y se dio cuenta sorprendida de que se estaba divirtiendo otra vez. Saberlo consiguió levantarle el ánimo. Era un hombre que ocultaba sus emociones, pero al menos las tenía. Ayer no estaba tan segura de ello.

Se acordó de que jamás había esperado conseguir un amante apasionado en esa boda. Todo lo que podía esperar era un marido que fuera un amigo y compañero inteligente.

Necesitaba tiempo.

Se aclaró la garganta y decidió aprovechar la ocasión.

-A pesar de que lo dice en broma, sir Gareth...

-Jamás, señora.

Parpadeó confundida.

-¿Perdone?

-Sólo he dicho que nunca hablo en broma.

No le hizo caso.

-Tonterías, claro que lo hace. Sin embargo, sus últimos comentarios trataban una delicada cuestión, algo de lo que me gustaría hablar antes de que nos casemos.

-Más tarde, si no le importa. Hay un par de cosas que me gustaría tratar antes de que Nicholas y sus hombres se vayan.

Miró hacia el patio y levantó una mano para llamar la atención de Ulrich.

-Pero, sir Gareth, lo que quiero discutir con usted es muy importante.

-Al igual que barrer la basura de su salón.

La respuesta desvió la atención de Clare.

-Bueno, eso es verdad. ¿Se va a encargar de hacerlo?

-¿Cómo iba a dejar de hacerlo? Soy yo el que ha causado el desorden.

Clare reprimió una sonrisa.

-Así es, pero en estas circunstancias puedo pasar por alto esa cuestión.

-Realmente es una dama gentil y generosa.

-Me agrada que piense así. Supongo que nuestra conversación puede esperar. Es posible que esta tarde tenga un momento libre.

-Siempre lo estoy para usted.

-Excepto cuando tiene que limpiar el salón.

-Sí.

En ese momento, un mozo de cuadra cruzó el patio con uno de los enormes caballos de guerra. Los cascos de acero del animal resonaron en la piedra. Una estrepitosa carreta llena de heno seguía al muchacho y al caballo.

Un grito de dolor salió del salón.

-¡Por todos los diablos y sus secuaces! ¿Qué es ese condenado ruido? -Nicholas apareció en la sombría puerta que había detrás de Gareth. Se rascó distraídamente la barba mientras miraba hacia el patio con cara de sueño-. Ah, es usted, Clare.

Clare intentó no hacer caso del hedor que despedía.

-Buenos días, señor.

-¿Lo son? No me había dado cuenta.

-Parece enfermo.

-Lo estoy. Tengo la cabeza como si un-loco la hubiera utilizado como muñeco de entrenamiento para torneos.

-No espere que sienta lástima. Después del sumamente desagradable comportamiento del que hizo gala anoche, no merece que le compadezcan.

Nicholas lanzó una suplicante mirada a Gareth.

-Ha ganado la mano de la señora. Es suya con todas mis bendiciones. Lo menos que podía hacer es protegerme de su afilada lengua.

Gareth miró a Clare.

-Lady Clare estaba a punto de irse a dar un paseo por los acantilados.

-¿Ah, sí? -preguntó asombrada devolviéndole la mirada.

-Creo que será lo mejor. Para cuando regrese, el salón estará limpio.

Clare dudó.

-Puede que no sea tan mala idea. A menudo lo hago por las mañanas. De hecho, tengo que hacer un recado en el pueblo. Iré a por algo que prometí le llevaría a Beatrice la anacoreta. Les ruego me excusen, caballeros.

-Está excusada. Adiós y buen viaje -murmuró Nicholas.

Clare lo miró con mala cara al pasar a su lado.

-Realmente debería estar avergonzado de cómo se comportó anoche.

-Le ruego que no me sermonee. El dolor de cabeza que tengo es suficiente castigo por cualquier ofensa que pudiera cometer. Puede quedarse con el Lobo Sanguinario si ésa es su elección.

-Ya no es el Lobo Sanguinario de Wyckmere. Mañana será Gareth, señor de Deseo, y haré que le guarde el debido respeto.

Gareth arqueó una ceja y observó a Clare con curiosidad, como si fuera una extraña criatura.

Nicholas metió la cabeza entre las manos.

-Lo llamaré por el nombre que desee si deja de gritar, señora.

-No lo estoy haciendo -dijo Clare y se dirigió hacia las escaleras de la torre.

-Eso es cuestión de opiniones.

Clare no le hizo caso, pero cuando estaba a mitad de las escaleras se dio cuenta de que no le había preguntado si tenía intención de quedarse a la boda. Si él y sus hombres tenían intención de pasar otra noche bajo su techo, tendría que avisar al pobre Eadgar.

Levantándose las faldas volvió a bajar los peldaños de piedra. Esquivó a un hombre que roncaba y que tenía medio cuerpo fuera del jergón, sobre las apestosas esteras, y cruzó el oscuro salan de camino a la puerta principal.

Gareth y Nicholas hablaban tranquilamente en el umbral. Ninguno de los dos se dos cuenta de su llegada ni que se detuvo al escuchar su nombre.

-¡No, por todos los santos! No tengo intención de quedarme otro día para ver la boda de lady Clare -dijo Nicholas-. Es suya y le deseo que la disfrute.

-Muy generoso por su parte dadas las circunstancias.

-Es cierto que aporta una magnífica y próspera heredad a la dote, pero para ser sincero, no me arrepiento de haber perdido. El hombre que se quede con Clare pagará un alto precio. Lo descubrirá pronto.

-Eso no es de su incumbencia.

-Sí, y he de confesar que esta mañana estoy eternamente agradecido por ello -aseguró Nicholas masajeándose las sienes-. Dios me libre de las mujeres inteligentes.

-Esté seguro de que de ésta se ha librado.

-EL problema es que ha administrado esta finca desde que era muy joven. Está demasiado acostumbrada a mandar. Le prevengo, Lobo Sanguinario, no tolerará que ningún hombre lleve las riendas.

-Puede que eso dependa del hombre que se haga cargo de ellas.

-No, no sabe dónde se ha metido -dijo Nicholas dando un sincero suspiro-. Urdí un plan para conseguida.

-¿Ah, sí?

-Sí, y como soy un hombre generoso le daré el consejo que yo mismo pretendía poner en práctica.

-¿Cuál es?

-Cuando esté realmente casado, acuéstese día y noche con ella hasta que haya plantado su semilla. Cuando esté seguro de que está encinta podrá irse de la isla.

-¿Irme? -preguntó Gareth, que parecía sentir curiosidad.

-¿Por qué no? Déjela aquí para que se ocupe de gobernar Deseo. Es lo que mejor hace. Podrá pasar la mayor parte del año lejos del alcance de su lengua.

Hizo una pausa.

-¿Ése era su brillante plan para lady Clare? ¿Dejada embarazada y después abandonar la isla? -preguntó finalmente Gareth.

-Sí, y hubiera funcionado. Si tiene la mitad de la inteligencia que dice tener, Lobo Sanguinario, seguirá mi consejo.

Sus palabras le hirieron. Clare intentó no hacer caso del dolor y la vergüenza que le habían causado, pero le fue imposible. Dio un paso hacia la puerta.

-Está más loco de lo que creía, Nicholas -le espetó Gareth tranquilamente.

Clare se alegró ligeramente. Le gustaba que su futuro señor la defendiera.

-Ya veremos si estoy loco cuando conozca mejor a Clare. No espere que le ofrezca cobijo en Seabern cuando esté cansado de su lengua de arpía.

-Seabern Keep sería el último lugar en el que buscaría refugio.

-A lo mejor le sentaba bien -dijo Nicholas, que empezó a volver hacia el salón-. Si no le importa, despertaré a mis hombres y nos pondremos de camino. Ojalá no tuviera que volver a coger el barco de vuelta.

-Una cosa más antes de que se vaya.

-¿Sí? ¿De qué se trata?

-Tiene que ver con la visita que Clare hizo a Seabern Keep el año pasado.

-¿Qué pasa?

-Sé muy bien en qué circunstancias estuvo allí y que la retuvo contra su voluntad.

-Fue simplemente una visita amistosa. Pregunte a la señora.

-Por lo que sé, fue un secuestro. Y no se equivoque, Nicholas, ajustaremos cuentas.

Clare se quedó de piedra.

-¡Por Dios! -Nicholas pareció sinceramente desconcertado-. No pretenderá desafiarme por esa visita.

-Hoy no. Clare no quiere ninguna violencia en Deseo y por el momento tengo intención de complacerla. Pero habrá momento y lugar para que usted y yo arreglemos esa cuestión.

-Pero si no pasó nada -protestó Nicholas-. No llegué a tocar a la señora.

-Ésa no es la impresión que dio anoche.

-Lo hice así porque esperaba que si se lo creía, me dejaría el campo libre. Era mi única oportunidad. Si recuerda, estaba borracho. Fue cosa del vino.

-No esperará que me crea que raptó a Clare, la retuvo cuatro días en Seabern y no la tocó.

-Todavía no sabe mucho sobre ella, ¿verdad? -replicó Nicholas-. ¡Por todos los diablos! ¿Por qué estoy aquí discutiendo con usted? Ya se enterará de la verdad mañana por la noche cuando sea su mujer.

-Sí, así será.

El tono de su voz dejó claro que no esperaba que su mujer fuera virgen.

Clare se quedó sin habla. Las palabras de Nicholas le habían herido, pero la calmada suposición de Gareth de que había sido deshonrada la enfureció. Ni siquiera había tenido la cortesía de preguntarle la verdad. Simplemente había aceptado los cotilleos de los otros como veredicto final.

Le quemaban las mejillas y se le hizo un nudo en el estómago. Nunca había esperado mucho de Nicholas, pero había empezado a creer que Gareth era un hombre razonable y cortés.

Evidentemente, se había equivocado.

Clare salió del oscuro salón hacia las soleadas escaleras. Gareth la miró.

-Pensaba que estaba cogiendo algo en su habitación.

-He oído toda la conversación -dijo sin hacer caso a Nicholas y fijando en Gareth una mirada acerada-. Sir Nicholas no miente cuando dice que no me deshonró en Seabern.

-¿Es eso verdad?

-¡Sí! -exclamó Clare en voz alta.

Nicholas se estremeció.

-Por favor, señora, tenga piedad de mi pobre cabeza.

Clare se dio la vuelta para ponerse frente a él.

-¡Por la túnica de santa Hermione! ¿Quiere dejar de hablar de su dolorida cabeza? Me importa un bledo si se le cae y se va rodando por el camino.

Nicholas se acobardó y se dirigió hacia la puerta.

-Les dejaré para que continúen con esta encantadora conversación sin mí. Me voy a Seabern. Cuando llegue, iré directamente a la capilla y agradeceré a todos los santos el que me hayan evitado este casamiento.

-Sí, hágalo -a Clare le indignó aún más su cobarde partida-. Eso también me evita a mí. Sé muy bien que eran sólo mis tierras y las fórmulas de mis perfumes lo que atrajo la atención de dos hombres tan nobles y caballerosos como usted y sir Gareth.

Nicholas gruñó y se llevó las manos a los oídos.

-Lady Clare -le pidió amablemente Gareth-. A lo mejor podríamos continuar esta conversación en un lugar más reservado.

-No me importa quién nos oiga. Todo el mundo en la isla sabe que pasé cuatro días en Seabern Keep. No es un secreto.

-Sí, señora -dijo Gareth.

-No espero pasión y devoción de usted, señor, pero sí que me crea cuando hago un juramento. Y le juro que sir Nicholas no compartió mi cama cuando estuve en su castillo.

-Su integridad o la falta de ella no influye en nuestro matrimonio. Sabía de su estancia en Seabern antes de venir a esta casa -aseguró Gareth en tono tranquilizador.

-Y sospechaba lo peor, ¿verdad?

-Era lógico asumir que Nicholas tuvo relaciones con usted mientras estaba en su torre del homenaje para forzada a casarse con él.

-¿Por qué? ¿Porque habría hecho lo mismo de estar en su situación?

-Cálmese. Se está inquietando demasiado.

-¿Sí? Es una lástima -dijo Clare con ganas de gritar por su decepción-. Tiene mi más solemne juramento de honor de que nunca he yacido con Nicholas.

-No es necesario que proclame su honra a todo el mundo -dijo Gareth lanzando una significativa mirada alrededor del ajetreado patio-. Mañana por la noche tendré la prueba de que sus palabras son ciertas, ¿no?

-No, no lo hará -dijo Clare apretando los dientes.

Todo el mundo que había alrededor se quedó mudo de asombro. El mozo que había llevado el caballo de guerra por el patio dio un tirón a la correa e hizo que el gran semental se encabritara.

Gareth contempló a Clare con ojos inescrutables.

-¿Qué significa eso, señora?

-Significa que no tengo ninguna intención de darle pruebas de nada y mucho menos de mi honra -afirmó con los brazos en jarras-. Y eso me lleva al tema que le he dicho que quería tratar con usted esta tarde. A lo mejor podríamos tener esa conversación aquí y ahora.

-No, señora, no lo haremos -la desafió con frialdad-. A menos que quiera dar un espectáculo a todos los presentes.

-¿Por qué no? He de confesar que no tenía intención de discutirlo delante de mis criados -dijo con sonrisa helada-. Pensaba mostrar respeto por su orgullo.

-¿Mi orgullo?

-Sí. -La sonrisa desapareció-. Pero como parece que no tiene escrúpulos en hablar de mi honra con otro hombre en las escaleras de mi casa, ¿por qué debería preocuparme de su honor?

-Señora, creo que todo esto ha ido demasiado lejos.

-Todavía no he empezado. Óigame, sir Gareth, usted que va a ser el señor de Deseo. Escúcheme y sepa que todo lo que digo es en serio. Nos casaremos, tal como ha pedido y como mi guardián insiste.

-Sí, señora, así lo haremos.

-Pero no consumaremos el matrimonio hasta que esté segura de que será un marido adecuado -finalizó triunfalmente-. Tendrá que demostrar que merece mi estima y respeto de esposa antes de que comparta el lecho nupcial con usted.

El grupo de mirones que se había arremolinado para disfrutar de la disputa se quedaron con la boca abierta por el asombro. Ulrich arrugó la cara y sacudió su reluciente cabeza.

Clare observó con el rabillo del ojo que la malhumorada y resentida expresión de la cara de Dallan se transformaba en algo que se parecía mucho a una huraña satisfacción.

Un murmullo de ávidos susurros se elevó entre los hombres de Gareth.

Clare sabía perfectamente que estaban cruzando apuestas otra vez.

Nicholas se echó a reír.

-¡Qué demonios! Esta actuación merece la pena, incluso con dolor de cabeza. Creo que, después de todo, me quedaré a la ceremonia.

-No creo -replicó Gareth-. Reúna a sus hombres y dispóngase a partir. Ya ha ocasionado suficientes problemas. Si me causa uno más hoy por la mañana le enseñaré de cerca la *Puerta del infierno*.

Nicholas estiró las manos con las palmas hacia afuera, en un gesto conciliador.

-No lo haré, Lobo Sanguinario. Mis hombres y yo ya estamos de camino a Seabern. Hoy no estoy en condiciones de luchar. Puede que en otra ocasión -dijo sonriendo pícaramente-. Me temo que antes tiene otra batalla que pelear, gran señor de Deseo.

-Váyase antes de que cambie de opinión y quiera vengarme hoy.

-Una cosa más antes de irme. Si quiere saber lo difícil que le va a resultar la guerra que se le avecina, pregunte a su señora de dónde sacó los requisitos para casarse.

-Ya le he advertido, Nicholas -dijo poniendo una mano en la empuñadura de la espada-. Sólo lo hago una vez.

-Pregúntele por Raymon de Coleville. Se trata del audaz caballero que le inspiró las condiciones para la boda. Ningún mortal puede aspirar a igualarle, ni siquiera usted, Lobo Sanguinario. No solo sabia leer, si no que además escribía poesía.

Nicholas empezó a reírse con tanta fuerza que casi se ahoga. Algunos de sus hombres vacilaron y sonrieron.

-Si descubre que su señora no es virgen, no me busque a mí para que se lo explique. Pregunte por Raymon de Coleville.

Un inquietante escalofrío recorrió el cuerpo de Clare. Miró a los ojos de Gareth y se preguntó, tarde, si debería de haber contenido la lengua hasta haber controlado su mal humor.

Pero era demasiado tarde para retractarse de su precipitada decisión y no era de las que dan marcha atrás.

-Parece que la batalla a la que me vaya enfrentar va a ser un desafío mayor del que esperaba -dijo Gareth.

No fueron esas palabras lo que inquietaron a Clare.

Fue su sonrisa.

CAPÍTULO 6

-Sir Ulrich dice que sir Gareth es peligroso cuando sonríe. -la enérgica brisa de la mañana que venía del mar alborotó la capa de Joanna. Se puso la capucha sobre el pelo cuidadosamente trenzado y miró a Clare con preocupación en los ojos-. Dice que el Lobo Sanguinario se divierte pocas veces y que en las extrañas ocasiones en que encuentra divertida una situación, nadie más entiende la broma.

-No se puede negar que sir Gareth tiene una idea equivocada de lo que es la diversión -murmuró Clare. Había retirado la capucha de su capa de color naranja y su pelo ligeramente sujeto jugaba con el fresco y enérgico viento.

-Sir Ulrich asegura que normalmente siempre ocurre algo espantoso cuando el Lobo Sanguinario sonríe.

-Eso sí que es una gran estupidez. Sir Ulrich se parece un poco a Beatrice, que siempre está prediciendo desastres y tristezas -replicó Clare, palpó la bolsa que colgaba de su cinturón amarillo. Dentro llevaba un bote de una crema de hierbas para la cara, especialmente perfumada.

-Sir Ulrich es el amigo más próximo a sir Gareth. Me ha dicho que le ha servido durante muchos años, pero que hasta él anda con pies de plomo cuando el Lobo Sanguinario parece divertirse.

Clare miró con impaciencia a Joanna. Su amiga parecía deprimida e inquieta, algo que distaba mucho de su normal y serena forma de ser. Aquello la intranquilizaba y en ese momento de su vida no quería que la perturbaran más de lo que estaba. Debía mantener despejada la cabeza para poder tener una visión lógica de lo que le ocurría.

El paseo por los acantilados hacia el pueblo tendría que haber sido una espléndida forma de aplacar sus agitados pensamientos. A pesar de que se lo había sugerido Gareth por la mañana, en realidad Clare tenía por costumbre dar un paseo temprano. No le gustaba que se lo impusieran, pensó, molesta por el recuerdo de cómo Gareth le había prácticamente ordenado que se fuera de su propia casa.

Era evidente que Gareth estaba acostumbrado a mandar. También lo estaba ella.

Eso podría ser un problema.

-Me parece que tú y sir Ulrich habéis tenido más de una conversación íntima sobre Gareth.

El rostro de Joanna adquirió un extraordinario tono rosa.

-Ulrich es un caballero muy atento. A William le cae muy bien.

-Ya lo he observado.

Joanna frunció el entrecejo.

-Esta mañana, William todavía seguía hablando de su paseo a caballo con Ulrich. Espero que mi hijo no se interese demasiado por los caballos de guerra, las armaduras y cosas por el estilo.

Clare miró el soleado mar. El creciente interés de William por los asuntos de la caballería preocupaba a Joanna.

-Entiendo tus miedos, pero será difícil apartar a un chico como William de los hombres de armas de Gareth.

-La cosa cambiaría si lo viera estudiar más.

-Sí, es posible.

Pero Clare dudaba de que ninguna distracción, y menos una relacionada con la educación, pudiera desviar el interés del joven por el belicoso mundo de las armas.

Entendía la preocupación de Joanna mejor que otras personas porque había perdido a su único hermano por culpa de los encantos del circuito de torneos. Pero también sabía que la actitud excesivamente protectora de Joanna hacia su hijo no era la mejor forma de tratar a un joven.

Clare inspiró profundamente y gozó, como siempre, del fresco y perfumado aire. Le encantaban las siemprevivas rosa morado que alfombraban los acantilados.

Miró el estrecho que separaba Deseo de tierra firme. La oscura torre de Seabern Keep se alzaba tras el pueblecito que había en la costa. Aquella visión hizo que sintiera un desagradable escalofrío.

-Confieso que tengo serias dudas sobre la idoneidad de Gareth como marido. Aunque supongo que las cosas podrían haber sido peor. Podía haberme visto forzada a aguantar a sir Nicholas.

Joanna le dirigió una extraña mirada.

-Al menos sabemos que podrías manejarlo.

-Sir Gareth será manejable también.

-Yo no estaría tan segura. ¿De verdad quieres mantenerlo alejado de tu cama hasta que demuestre ser un marido adecuado?

-Ya te dije que necesito tiempo para conocerlo mejor. De esa forma habrá una mejor comprensión entre él y yo antes de unirnos en el lecho nupcial. No es mucho pedir.

-Sir Ulrich dice que no funcionará, que no deberías haber desafiado al Lobo Sanguinario como lo hiciste, y empiezo a estar de acuerdo con él.

-Sir Gareth nunca debió dudar de mi honor -dijo con voz firme.

-Bueno, era lógico que pensara que ya no eras virgen. Evidentemente Thurston de Landry le habló sobre los rumores de tu rapto y de que habías estado cuatro días en Seabern.

-No me importan los chismorreas que pueda haberle Contado. El Lobo Sanguinario debería haberme pedido que le Contara la verdad. No debería haber hecho suposiciones, ni tiene derecho a jurar venganza sobre el pobre Nicholas.

Joanna esbozó una sonrisa irónica.

-¿Así que ahora es el pobre Nicholas? No es así como lo llamabas el mes pasado, cuando escapaste de Seabern.

-Es un pesado y me alegro de no tener que casarme con él. Con todo, he de confesar que he sentido algo de lástima por él esta mañana.

-Yo, en tu caso, no gastaría mi compasión en Nicholas. Guárdatela para ti, ya que tú eres la que has desafiado al Lobo Sanguinario.

-¿De verdad crees que he cometido un error esta mañana cuando le he dicho que no lo aceptaría en mi cama?

-Sí, un error muy grave. Uno por el que sólo puedo rezar por que no lo pagues muy caro.

Clare reflexionó sobre aquello mientras ella y Joanna dejaban el sendero del acantilado y entraban en el pueblo.

La estrecha calle ya estaba rebosante de actividad.

Nadie parecía estar hablando con la anacoreta cuando Clare y Joanna llegaron a su celda. Clare llamó en la piedra que cerraba una de las dos ventanas.

-Buenos días, Beatrice. ¿Interrumpimos tus oraciones? -preguntó Clare.

-Sí, pero no pasa nada. Estaba esperándola, señora.

En la celda se oyó un ruido y enseguida apareció Beatrice en la ventana vestida con una toca inmaculadamente drapeada y un vestido oscuro.

Era una mujer alta de unos cincuenta años que siempre tenía una expresión funesta y aprensiva en la cara. Se había recluido hacía diez años, después de quedarse viuda y tras el largo proceso de obtener permiso del obispo para encerrarse. Parecía muy contenta con la vida que había elegido llevar.

La otra ventana de la celda estaba orientada hacia la iglesia. La habían diseñado así para que pudiera seguir los servicios y contemplar su inspiradora visión cuando rezaba sus oraciones.

Pero todo el mundo en el pueblo sabía que se pasaba la mayor parte del día en la otra ventana, en la que estaban Clare y Joanna. La ventana en la que los cotilleos eran tan fluidos como un río.

-Buenos días, Beatrice -saludó Joanna.

-No -replico Beatrice seriamente-, no son buenos días, y mañana será peor. Acuérdese bien de lo que digo, Clare de Deseo, el día de su boda será anunciado con un helador humo gris proveniente del mismísimo fuego del infierno.

-Lo dudo mucho, Beatrice -dijo Clare mirando el cielo sin nubes-. Últimamente ha hecho un tiempo cálido y despejado. No he oído a nadie que dijera que se avecina una tormenta. Venga, me voy a casar. Lo menos que podrías hacer sería desearme lo mejor.

-Sería una pérdida de tiempo. Escúcheme, milady, una muerte violenta acaecerá en esta isla cuando el Lobo Sanguinario la haga su mujer.

Joanna soltó una risita de desaprobación.

-Beatrice, no puedes saber algo así.

-Pero lo sé. He visto los signos.

-¿Qué signos? -preguntó Clare.

Beatrice se acercó más y bajó la voz.

-El fantasma del hermano Bartholomew vuelve a caminar por estas tierras.

-Eso es ridículo, Beatrice -dijo entre dientes Joanna.

-¿No creerás en fantasmas, Beatrice? -añadió secamente Clare.

-Creo en lo que conozco -insistió Beatrice-. Y he visto su espectro.

-Imposible -aseguró Clare.

-Puede correr el riesgo de dudar, señora. Pero hace tiempo que se sabe que cuando el hermano Bartholomew aparece dentro de los muros del convento alguien muere violentamente al poco tiempo.

Clare suspiró.

-Beatrice, la leyenda del hermano Bartholomew y la hermana Maud no es nada más que un viejo cuento para niños. Se usaba para asustados y que no molestaran a los mayores, nada más.

-He visto el fantasma.

-¿Cuándo?

-Poco después de la medianoche de ayer -dijo Beatrice haciendo la señal de la cruz-. Había la suficiente luz de luna para ver que llevaba un hábito negro y la capucha puesta para ocultar su desnuda calavera. Se detuvo delante de la casa del portero y cuando la hermana Maud no apareció para unirse a él fue directamente hacia la puerta para buscada.

-Pero si están cerradas por la noche y la hermana Maud lleva muerta más de cincuenta años. Dios la tenga en su gloria -dijo Clare con paciencia.

-Las puertas se abrieron para el fantasma. Sin duda usó sus artes mágicas. Lo vi entrar en el parque y atravesar el jardín -aseguró Beatrice.

-Debía estar soñando. No se preocupe. El hermano Bartholomew no se atrevería a entrar en este convento. Sabe muy bien que tendría que vérselas con la priora Margaret y ésta no toleraría que un simple fantasma le causara ningún problema -se rió Clare.

-Puede bromear, señora de Deseo, pero pronto verá que es verdad. Su matrimonio con el Lobo Sanguinario de Wyckmere ha despertado al fantasma del hermano Bartholomew. Pronto habrá alguna muerte, siempre la hay.

-A lo mejor tendría que volver esta noche y tener una larga conversación con el hermano Bartholomew -continuó Clare.

-¿Parecida a la que has tenido esta mañana con sir Gareth? -preguntó Joanna arqueando las cejas-. ¿Vas a bajarle los humos al fantasma como has hecho con tu futuro señor?

Clare hizo una mueca.

-Creo que hemos estado muy bien aquí todos estos años sin tener que aguantar a todos estos complicados hombres molestando por la casa. Ahora parece que tenemos que enfrentarnos a un pesado tras otro.

Beatrice sacudió la cabeza con tristeza.

-¡Pobres de todos nosotros! El Lobo Sanguinario ha conjurado a los demonios del foso. El hermano Bartholomew es sólo el primero.

-Estoy segura de que sir Gareth no ha convocado a ningún demonio que no sea capaz de controlar -dijo Clare antes de coger la bolsa que colgaba de su cinturón-. Antes de que me olvide, aquí tienes la crema, Beatrice.

-¡Calle! No hable tan alto, señora -Beatrice sacó la cabeza por la ventana y miró a un lado y otro de la calle, para asegurarse de que no había nadie cerca. Después cogió la crema perfumada de la mano de Clare y la hizo desaparecer rápidamente.

-Nadie te va a acusar de sucumbir a las tentaciones mundanas porque te pongas mi crema en la piel. La mitad de las mujeres del pueblo usan ésta u otra de mis pomadas.

-La gente diría cualquier cosa y pensaría lo peor -Beatrice escondió el bote en un armario y volvió a la ventana.

-Oh, ahí está la hermana Anne -dijo Joanna levantando la mano para llamar la atención de una de las monjas, que acababa de salir de la casa del portero-. Perdona un momento, Clare, quiero comentarle algo sobre un nuevo bordado.

-Por supuesto.

Clare observó cómo se alejaba su amiga a toda prisa para hablar con la hermana Anne.

Beatrice esperó hasta que Joanna no pudiera oíde.

-Lady Clare -la llamó.

-¿Sí? -contestó ésta volviéndose con una sonrisa en los labios.

-Antes de que se enfrente a su condena mañana me gustaría darle un regalo y un consejo.

-Voy a mi boda, no a mi condena, Beatrice.

-A menudo, para una mujer hay poca diferencia entre una cosa y otra. Pero eso no viene al caso en este momento. Su destino quedó fijado el día de la muerte de su padre. No puede hacer nada. Tome este frasco de sangre de pollo -le dijo sacando un pequeño objeto por la ventana.

-¡Sangre de pollo! ¿Qué es lo que tengo que hacer con ella? -preguntó Clare mirando atónita el frasco.

-Manténgalo escondido cerca de la cama la noche de bodas. Cuando el Lobo Sanguinario se haya dormido, ábralo y derrame la sangre en las sábanas.

-¡Por santa Hermione! ¿Por qué iba a...? -Clare se quedó callada un momento y se puso roja-. Evidentemente, mi futuro esposo no es el único que cree que ya no soy virgen.

-Eso tampoco viene al caso, pero los hombres lo ven de forma distinta. ¿Por qué correr riesgos? Con esto su honor quedará a salvo y el Lobo Sanguinario no se enfurecerá.

-Pero... -Clare se vio interrumpida por el ruido sordo de unos cascos detrás de ella.

Se dio la vuelta y vio a Gareth cabalgando hacia allí. Iba montado en un fuerte caballo castrado y no en uno de guerra. El pequeño palafrén blanco de Clare iba a remolque.

-¡Que santa Hermione nos proteja! ¡Es el Lobo Sanguinario! ¡Rápido esconda el frasco! -exclamó Beatrice y sacó la mano por la ventana para meterlo en la bolsa que colgaba del cinturón de Clare.

-¡Beatrice!

-Si quiere sobrevivir a su noche de bodas, haga caso a mis palabras.

-¡Sobrevivir a mi noche de bodas! -confusa, Clare se volvió para mirar a la anacoreta-. ¡Por la túnica sagrada de santa Hermione! Esto es una tontería demasiado grande como para tolerarla, ni siquiera de ti..

-Temo por su vida, señora. He oído que ha jurado negarle el derecho en el lecho nupcial.

-Los chismorreos se propagan rápidamente. No hace ni una hora que dije esas palabras. ¿Me estás diciendo que sir Gareth me matará si me niego a compartir su cama?

-Es el Lobo Sanguinario de Wyckmere -dijo Beatrice agarrándole la muñeca para que le prestara atención-. Es peligroso, lady Clare. No debe arriesgarse a encolerizarlo negándole sus derechos marital es. No lo desafíe la noche de su boda.

-Pero Beatrice...

Con el rabillo del ojo vio que Gareth se había detenido y que desmontaba tranquilamente.

-Si lo desafía, desenvainará su espada -aseguró Beatrice con ojos sombríos-. He tenido una visión. La sangre correrá en el dormitorio. Me temo que será la suya. Mi consejo es que cumpla con su deber de esposa y después utilice la sangre del pollo. Gareth se acercó a la ventana en la que estaba Clare.

-¿Puedo unirme a la conversación?

-No creo que le parezca nada interesante, señor. Beatrice me estaba dando consejos para la boda.

-Yo no haría mucho caso de los consejos sobre matrimonio que vinieran de una anacoreta. Seguramente tiene una visión muy limitada del asunto.

-Beatrice sólo intentaba ser útil.

-A pesar del bien que les haría, hoy en día es inútil intentar aconsejar a las jóvenes esposas. No escuchan nunca.

-Al igual que en este caso -dijo Gareth sin desviar la mirada de Clare-. Prefiero ser yo el que instruya a mi esposa.

Un nuevo temor se grabó en la cara de Beatrice.

-Le ruego que tenga clemencia con su señora la noche de bodas. No ha tenido una madre que le enseñara y su padre, Dios lo tenga en su gloria, no la protegió como debería haberlo hecho. Sea lo que sea lo que le haya pasado, tenga en cuenta que no ha sido su culpa.

-Por favor, Beatrice. Ya he tenido suficientes consejos en un día -siseó Clare exasperada.

-Sangre y muerte -susurró ésta antes de retirarse entre las sombras de su celda-. La sangre correrá y habrá una muerte violenta. He visto al fantasma.

Gareth miró a Clare con gran interés.

-Esto se está volviendo cada vez más interesante. ¿Mi último rival es un fantasma?

-No sea ridículo. Beatrice tiene una imaginación muy viva. ¿Qué hace aquí, señor? Pensaba que estaría supervisando la partida de Nicholas y sus hombres.

-Ulrich se ocupa de ello. He venido a buscada.

-¿Por qué?

-Quiero que me lleve a dar una vuelta por la hacienda.

-¡Ah! -exclamó, incapaz de pensar en una excusa. Era una petición razonable-. Pero tendré que volver a casa enseguida. Hay muchas cosas que hacer.

-Ulrich y su guarda lo tienen todo controlado en la casa y veo que su amiga Joanna está ocupada. Venga -le pidió cogiéndola por el brazo y llevándola hacia el blanco palafrén-. Estoy ansioso por familiarizarme con Deseo.

Tardaron quince minutos en llegar hasta la cima de los acantilados que dominaban el pueblo. Lo hicieron en silencio. Clare miró varias veces de soslayo a la tranquila e inexpresiva cara de Gareth en un intento por saber de qué humor estaba, y finalmente llegó a la conclusión de que no parecía enfadado.

No sabía si enfadarse o asombrarse. Jamás había conocido a un hombre que poseyera semejante control de sí mismo y al parecer inagotable.

-Cuénteme cómo hace los perfumes y pociones -le pidió Gareth tras frenar su caballo para contemplar los campos de flores primaverales.

-¿Está seguro de que quiere oír todos los detalles? Puede que le resulte aburrido.

Gareth siguió contemplando aquel brillante mosaico de flores y hierbas que se extendía por las suaves laderas de las colinas y los valles de Deseo. En su mirada había una fría actitud posesiva y un vivo interés.

-¿Cómo podría aburrirme? Soy responsable de la seguridad y protección de esta isla. Tengo que aprender todo lo que pueda sobre ella.

Clare acarició el cuello del palafrén

-Muy bien, pero si se aburre, hágamelo saber. Me han dicho que tengo tendencia a entusiasmarme con el tema.

Empezó a hablar, lentamente al principio, sin saber muy bien qué quería que le contara. Hasta aquel momento, el único hombre que realmente se había interesado en su trabajo había sido Raymond de Coleville.

Enseguida se dio cuenta de que a Gareth no le aburría el tema en absoluto. Sus perspicaces preguntas le hicieron olvidarse rápidamente de todas las sandeces que había estado contando Beatrice sobre fantasmas y espadas desenvainadas.

-Entonces se recogen las flores y las hierbas, y se secan o se dejan en aceite, según la fórmula -concluyó al cabo de un buen rato-. Hacen falta muchos pétalos para hacer aceites básicos perfumados.

-¿Son la base de muchos de los perfumes y jabones que fabrica?

Clare asintió.

-Se combinan con diferentes ingredientes como cera y miel de abeja para hacer pomadas y cremas, pero también utilizo flores secas y hierbas en otros preparados.

-Un negocio fascinante.

Clare sonrió tímidamente.

-Estoy escribiendo un libro de fórmulas en el que hay instrucciones sobre cómo fabricar muchos de los perfumes más vendidos.

-Tiene mucho talento. Soy un hombre afortunado -dijo Gareth adoptando una actitud seria.

Parte del entusiasmo de Clare se desvaneció y lo sustituyó la cautela.

-Me alegro de que lo crea así.

-Dígame, Clare, ¿todo lo hace siguiendo una fórmula?

Clare golpeó la perilla de la silla de montar.

-¿Se refiere al estúpido comentario de sir Nicholas sobre las condiciones que debía cumplir mi marido?

-Sabía que las había puesto por escrito, pero no que se había inspirado en mi hombre. Creo que Nicholas dijo que se llamaba Raymond de Coleville.

-¿Lo conoce?

-No, pero evidentemente me gustaría saber más sobre ese modelo de caballerosidad.

-No es que sea perfecto.

-¿No está a la altura?

-Está casado.

-¡Ah! ¿Cuándo lo vio por última vez?

-Hace casi un año que estuvo aquí -confesó mirando más allá del mar, hacia tierra firme-. Vino a comunicarme que su padre le había concertado un matrimonio.

-Ya veo.

-Me dijo que iba a casarse con una rica heredera, alguien que le iba a dar muchas heredades y tierras en Normandía. Yo no podía ofreced e nada más que una isla llena de flores.

-¿Y eso no era suficiente para Raymond de Coleville? Clare lo miró sorprendida.

-¿Cómo podía comparado con lo que le podía dar una rica heredera? Usted no estaría aquí si hubiera conseguido un matrimonio mejor.

-Y usted no habría contraído ninguno si hubiera podido, ¿no es así?

-Así es.

-A menos que hubiera podido casarse con Raymond de Coleville.

A Clare no le gustó el tono de voz de Gareth y decidió cambiar de tema de conversación.

-Pronto será la fiesta de primavera en Seabern. Allí vendemos muchas pomadas y perfumes. Hay muchos ricos mercaderes que vienen desde Londres y York. ¿Le gustaría saber algo sobre esa parte del negocio?

-Más tarde. De momento me gustaría saber cómo conoció a Coleville.

Clare suspiró.

-Era amigo de mi padre, un compañero de estudios. Se conocieron hace dos años cuando mi padre fue a París a asistir a unas conferencias sobre tratados árabes.

-¿Raymond de Coleville estudiaba allí también?

-Sí. A pesar de haberse formado como caballero, Raymond es un hombre culto.

-Asombroso.

-Está mucho más interesado en libros y tratados que en torneos y guerras.

-¿Sí?

-Al igual que usted, fue lo suficientemente cortés como para mostrar curiosidad sobre mis pomadas y perfumes. De hecho, hablamos largas horas sobre el tema.

-¿De verdad? -preguntó Gareth con suavidad.

-Por supuesto, su interés era puramente intelectual, mientras que el suyo es más práctico.

-¿Cree que mi interés es mercenario?

Clare se sonrojó.

-No pretendía insultado. Es natural que su curiosidad provenga de que mis perfumes van a ser la fuente de sus futuros ingresos.

-No he venido como un pobre, Clare. No tengo tierras, pero tengo dinero. Cazar bandidos para los ricos está muy bien pagado.

La situación se volvía cada vez más incómoda y Clare buscó la forma de salir del atolladero.

-Le suplico me perdone si le he ofendido.

La cara de Gareth reflejó una expresión pensativa.

-Un fantasma, un vecino, un odioso trovador y ahora un hombre en su pasado que sirve de modelo para juzgar a otros hombres. ¿No se acaba nunca la lista de rivales a los que he de derrotar?

Clare tuvo la inquietante sensación de que Gareth se estaba divirtiendo de nuevo a su costa.

-No sé a qué se refiere, señor. Está claro que no tiene que derrotar a nadie para tener mi mano. La cuestión de nuestro matrimonio está decidida, ¿no?

-No del todo. Todavía falta algo por discutir.

-¿Qué?

-Nuestra noche de bodas.

-Ah, eso -dijo Clare irguiéndose en la silla-. Ahora que lo menciona, puede que debamos aclarar algunos detalles.

-Puede.

Clare inspiró profundamente.

-Siento mucho que el tema se tratara de forma tan extraña esta mañana.

-¿Extraña? Yo lo describiría de otra manera.

-Muy bien, embarazosa. Le aseguro que tenía intención de hacerla en privado.

-Esta mañana me desafió, señora. Y lo hizo delante de todos sus criados y del señor de un feudo vecino. En este momento, todo el mundo en Deseo sabe que tiene intención de negarme mis derechos como marido.

Clare se aclaró la garganta y se dispuso a no ceder terreno.

-Como le dije, no tenía intención de convertir esa cuestión en un espectáculo público. Fue por su culpa.

-¿Por mi culpa?

-Sí, las amenazas que profirió contra Nicholas ofendían mi honor.

-Y por ello perdió los estribos y dijo, delante de todo el mundo, cosas que tenía previsto discutir a solas.

Clare espiró profundamente.

-Lamento comunicarle que no tengo tanto control sobre mi genio como parece tener usted.

-Puede que sólo le falte práctica.

Clare lo miró a los ojos.

-¿Cómo ha conseguido contener sus emociones hasta ese punto?

-Recuerde que soy un bastardo.

-No lo entiendo. ¿Qué tiene eso que ver con autocontrolarse?

-Un hijo ilegítimo aprende pronto que sólo le ofrecerán las sobras. Y descubre enseguida que tendrá que pelear para quedarse con lo que consigue reclamar. Las emociones intensas son peligrosas para los bastardos.

-¿Por qué? Seguramente siente esas emociones incluso con más intensidad que la mayoría de la gente porque está obligado a luchar más para conseguir lo que quiere.

Gareth le lanzó una extraña mirada.

-Es una mujer muy perspicaz. Pero da la casualidad de que el razonamiento, la lógica y la determinación son las armas que mejor me han servido y no las desenfrenadas e incontrolables pasiones.

Clare estudió su rostro y se dio cuenta de que hablaba en serio.

-Ya entiendo. La naturaleza de su temperamento es cosa suya. Sin embargo, entenderá que el mío sea diferente.

-Sí -dijo con una de sus muy enigmáticas sonrisas-. El suyo le causa muchos más problemas que a mí el mío.

Clare abandonó la polémica. Tenía algo más importante que tratar.

-Señor, seré sincera. No se trata simplemente de la ofensa que ha cometido esta mañana contra mi honor de lo que quería hablar.

-Estaba intentando defenderlo, no ofenderlo.

-Bueno, yo me he sentido ofendida. Pero aparte de eso, he de decirle que quiero conocerle mejor antes de consumar el matrimonio.

-Nos conocemos tanto como la mayoría de maridos y mujeres antes de casarse.

-Eso puede ser cierto, pero no demuestra nada. Quiero que nos conozcamos más el uno al otro. Necesito tiempo para que nos hagamos amigos.

-Era amiga de Raymond de Coleville, ¿verdad?

-Sí, pero no tiene nada que ver con esta cuestión -Clare empezaba a enfadarse, aquel hombre era tan resbaladizo como una trucha-. Volvamos al tema que estábamos tratando. Lo siento si le he colocado en una situación embarazosa esta mañana, pero todo lo que dije era en serio. Quiero esperar antes de consumar el matrimonio. ¿Me entiende?

Gareth la miró en silencio durante un buen rato. Después se dio la vuelta y desvió su mirada hacia los campos de flores.

-Comprendo sus deseos y los respeto, milady.

-Estupendo -dijo sintiendo un gran alivio en su interior y sonriendo cálidamente-. Entonces no es necesario que sigamos con esta conversación.

-Pero me pregunto si ha pensado en los problemas que ha causado por no haber sido capaz de controlar su genio y su lengua.

El alivio de Clare se desvaneció instantáneamente.

-Su gente no me aceptará como nuevo señor hasta que usted lo haga. El desafío que me ha lanzado hará muy difícil que pueda asumir mis deberes como señor de Deseo.

-Eso no es verdad.

-Puedo imponer mi autoridad con los métodos habituales. Después de todo, los hombres que he traído conmigo son leales y están bien entrenados. Además, son los únicos que tienen armas en toda la isla. No tendrán problemas para asegurarse de que mis órdenes se cumplan. Pero dudo mucho de que les preocupen los medios con los que lo conseguirán.

Por un momento, Clare se escandalizó tanto ante aquella amenaza nada sutil que casi no pudo. hablar. Después, le invadió la cólera.

-Le aseguro que no es necesario utilizar hombres armados para imponer su autoridad en Deseo, ni lo permitiré. Es una tierra pacífica y tengo intención de que siga siéndolo.

Los ojos de Gareth eran del color de la plata y el humo.

-La lógica y el razonamiento parecen dictar que la paz de una casa señorial debe comenzar en los criados de su señor y señora, ¿no cree?

-Sí, pero...

-Si quiere que su gente confíe en mí y me honre como su señor, deben ver que disfruto de su respeto.

Clare vio la trampa. Odiaba tener que admitido, pero se temía que Gareth tenía razón. La paz y la satisfacción de su pueblo era su mayor preocupación.

-Me ha cogido en una de sus inteligentes trampas, ¿verdad?

-No. Simplemente le ofrezco un argumento razonado para explicarle mi punto de vista sobre este problema. Sé que usted, que es una mujer sumamente inteligente, sacará la inevitable conclusión.

Clare soltó un bufido nada femenino de pura repugnancia.

-Y pensar que anhelaba un marido que confiara más en su inteligencia que en sus músculos. Algo me dice que sir Nicholas habría sido más fácil de manejar.

Gareth le lanzó una socarrona mirada.

-¿Quiere un hombre al que pueda manejar con facilidad? Eso no venía reflejado en sus condiciones, que yo recuerde.

-No bromee conmigo.

-Ya le dije que nunca lo hago.

-Sí que lo hace, y de la forma más irritante que puede. Sin embargo, eso no viene a cuento ahora. Acepto que tiene razón. Lo mejor será que demos la impresión de que compartimos el lecho nupcial.

Gareth se puso en guardia.

-¿La apariencia?

-Sí. -Clare sonreía satisfecha con su lógico razonamiento-. No veo por qué razón no podemos compartir dormitorio.

-Me alegra que esté de acuerdo con mi conclusión.

-Pero no veo necesario que tengamos que compartir la cama -acabó diciendo triunfalmente.

-¡Por todos los diablos! Razona como un hombre de leyes.

Clare le ofreció su más radiante e inocente sonrisa.

-Para todo el mundo nos retiraremos a la misma habitación todas las noches, como harían cualquier marido y mujer, pero lo que ocurra dentro de ella sólo nos incumbe a nosotros.

-Respecto a eso, no creo que...

-Nadie más necesita saber que queremos conocemos mejor antes de consumar el matrimonio. Será nuestro secreto.

-¿Lo será?

-Sí. De esa forma los dos conseguiremos nuestros objetivos. Para mi gente, habrá ganado mi respeto como esposa y yo tendré el tiempo que necesito para conocerle mejor.

Gareth la miró con expresión de reticente admiración.

-Creo que Nicholas de Seabem no sabe la suerte que ha tenido al no casarse con usted, lo hubiera hecho picadillo, señora.

CAPÍTULO 7

La plateada niebla que cubría Deseo la mañana de la boda de Clare fue entendida como un mal presagio prácticamente por todo el mundo en la isla. Los murmullos de preocupación comenzaron en el pequeño grupo de criadas que ayudaron a Clare a bañarse y vestirse.

-La anacoreta dijo que el día de hoy estaría oscurecido por el frío humo del fuego del infierno. Tenía razón -aseguró una de las mujeres.

-Sólo es un poco de niebla. A media mañana habrá desaparecido -replicó Clare mientras esperaba pacientemente de pie a que le metieran por la cabeza su mejor vestido, de un animado color verde-azulado. Volvieron las largas y anchas mangas para que se viera el brillante forro amarillo. El cuello y el dobladillo estaban bordados con hilo de seda blanco y amarillo.

-Mi señora tiene razón. -Eunice había sido doncella en la casa desde la infancia de Clare y no vacilaba a la hora de decir lo que pensaba en voz alta. Ajustó una diadema de plata en el pelo de Clare y con, ella sujetó una delicada redecilla de oro.

-Todo irá bien, Eunice.

-No esté tan segura, señora. Todo el mundo sabe que amenazó al Lobo Sanguinario con negarle sus derechos de esposo. Le aseguro que no tolerará semejante desafío. Temo por su vida.

-Si te refieres a nuestra pequeña discusión de ayer por la mañana, no te preocupes. Lo amenacé llevada por la cólera. Tengo intención de aceptar a sir Gareth como marido, al igual que lo he aceptado como señor de esta casa. Ya se lo he comunicado.

-¡Alabado sea el cielo! -suspiró Eunice aliviada-. Todos los habitantes de la isla' se alegrarán al saberlo, señora. Ya verá cómo es lo mejor.

-Es lo mismo que opina él. .

-Ahora. -Eunice se aclaró la garganta. Miró rápidamente a izquierda y derecha, al parecer para asegurarse de que el resto de criadas estaban ocupadas rebuscando en el cofre tallado que estaba en la otra punta de la habitación. Se inclinó y bajó la voz para susurrarle-: Quiero que coja esto, por si tiene algún problema esta noche.

Clare miró el pequeño objeto envuelto en tela que le había puesto en la mano.

-¿Qué es?

-No tan alto. Es un frasquito con sangre de pollo.

-No, tú también, no.

-Cójalo y no diga nada. En lo que a mí respecta, me trae sin cuidado. Lo hecho, hecho está y no fue culpa suya si el hombre fue sir Nicholas o aquel caballero del que se enamoró el año pasado.

-Pero Eunice...

-Lo que pasa es que los hombres tan orgullosos como el Lobo Sanguinario suelen preocuparse por estas cosas. Un hombre como él querrá asegurarse de que el honor de su esposa estátan inmaculado como el suyo.

-Un interesante pensamiento. Puede que deba dar un discurso en el banquete para asegurarle a todo el mundo que voy al lecho nupcial tan virginal como mi marido.

-No es algo de lo que burlarse. Prométame que tendrá el frasco a mano esta noche. Eche un poco en las sábanas antes de que amanezca y todo irá bien.

-Tengo que acordarme de preguntarle a sir Gareth cómo me va a demostrar su virginidad.

Por desgracia, la gris niebla no había desaparecido cuando se celebró la ceremonia. Clare sintió su frío a través de la capa de lana que llevaba mientras avanzaba despacio, a caballo en su palafrén, a través de la abarrotada calle.

Oyó murmullos por todas partes y se dio cuenta de que la predicción de Beatrice sobre un inminente desastre se había propagado rápidamente. Todos los aldeanos, todos los campesinos y todos los miembros del convento la habían oído.

«Humo de los fuegos que arden en el infierno...»

«Dicen que la niebla tiene el color del cristal de roca que hay en la *Puerta del infierno*.»

«Tiene el mismo color que los ojos del Lobo Sanguinario. Es un mal presagio.»

-Nuestra señora no tendría que haberlo desafiado -dijo Alice la tabernera santiguándose a su paso-. Rezo por que no la asesine en la cama esta noche.

Clare no hizo caso de los comentarios y mantuvo la vista fija en las puertas de la iglesia, en donde la esperaba Gareth. Él había ido a caballo delante de ella, acompañado por todos sus hombres en un desfile que había impresionado a los habitantes del pueblo.

Clare pensó que ese tipo de cosas sabía hacerlas muy bien. Sabía cómo hacer notar su presencia. Gareth podía causar alarma, intimidar o sorprender cuando quería. Le gustaba hacer alarde de gestos extravagantes y muy meditados cuando le convenían.

A pesar del frío, a Clare le sudaban las manos mientras sujetaba las riendas de su palafrén. Alcanzó a ver la solemne y vigilante mirada de Gareth y rezó por que hubiera tomado la decisión acertada al elegirlo como señor de Deseo. Su futuro y el de su pueblo pendían de un hilo.

Gareth no le quitó la vista de encima mientras avanzaba hacia él. Cuando detuvo el caballo, desmontó y se acercó a ella.

Sintió que sus grandes manos la sujetaban con fuerza y firmeza al ayudarla a bajar de la silla. Sin decir una palabra, la llevó hacia la puerta de la iglesia, en la que esperaba el sacerdote.

Clare inspiró profundamente y se preparó para hacer las promesas que unirían para siempre su fortuna y la de Deseo con la del Lobo Sanguinario.

Una hora más tarde, frente a la gran multitud que se había congregado en el salón, Ulrich abrió un enorme cofre. Sacó su contenido con gran ceremonia. Un reluciente arco iris de seda cayóde sus manos.

La muchedumbre se quedó con la boca abierta.

-Los regalos de mi señor a su estimada novia -anunció en tono grandilocuente.

Uno a uno sujetó en alto relucientes trozos de ricas telas de Oriente. Soltó y mostró rollos de seda carmesí veteada de oro y plata.

Enseñó cortes de seda verde tan oscura como esmeraldas; amarillos y naranjas con el tono de brillantes puestas del sol salieron a raudales del cofre. La variedad y colorido de aquellos exquisitos materiales parecían no tener fin.

Los aldeanos mostraron su completa admiración ante los suntuosos regalos para la novia del Lobo Sanguinario.

Como era de esperar, todo el mundo se quedó impresionado. Las exclamaciones de admiración se sucedían en el salón. Todos cuchicheaban en tono de satisfacción con el que tenían al lado. Era evidente que su señora había elegido a un rico caballero.

Y, al parecer, generoso.

A las sedas siguieron toneles de valiosas especias: azafrán, clavo, nuez moscada, canela, jengibre, comino y pimienta. De nuevo, la multitud manifestó su reconocimiento del respeto que su nuevo señor mostraba a su amada señora.

Clare escuchó los comentarios de su pueblo. Estaban contentos. Todos sabían que la riqueza de su señor tendría una repercusión directa en isla Deseo. Sus habitantes quedarían impregnados de la aureola de su prestigio y poder.

A nivel más práctico, la riqueza de Gareth aseguraba que el pueblo continuaría prosperando bajo su gobierno.

-A pesar de ser bastardo ha conseguido grandes riquezas. Es una buena señal-dijo John Blacksmith a un campesino.

-Sí, cuidará bien de estas tierras. Lady Clare ha elegido bien -contestó éste sacudiendo la cabeza.

-No está tan claro quién eligió a quién. Para mí que lord Gareth intervino y tomó la decisión por ella -se rió John.

Clare frunció la nariz, pero no dio más indicaciones de que había oído el comentario. No estaba muy segura de poder refutado.

Cuando todos los regalos de Gareth quedaron debidamente expuestos y adecuadamente admirados, apareció otro cofre. Nuevos murmullos de emoción se elevaron entre la multitud. Cuando lo abrieron, su interior dejó ver gran cantidad de monedas.

Los gritos de admiración se transformaron en un auténtico alboroto de alegría cuando los aldeanos se dieron cuenta de que iban a repartidas entre ellos.

-Parece que tu marido no ha llegado pobre al matrimonio -comentó en voz baja la priora Margaret, que estaba al lado de Clare y observaba cómo los hombres de Gareth daban una moneda a cada uno de los presentes.

-Sí, aporta la riqueza que ganó como Lobo Sanguinario de Wyckmere y no le importa hacer gala de ello -apuntó Clare.

-Un gran señor debe mostrar su riqueza y su poder. ¿Cómo iba a saberlo la gente si no?

-Antes de casarse conmigo tenía dinero, pero no tierras.

-Ahora también las tiene. ¿Estás contenta con tu matrimonio, hija mía?

-Ya está hecho. No merece la pena tratar esa cuestión ahora.

-Todavía no. Aún falta la noche de bodas.

-Respecto a eso, le aseguro que lo tengo todo bajo control.

-Me han comentado que ayer perdiste los nervios con tu nuevo señor y lo amenazaste con negarle sus privilegios esta noche -dijo tras aclararse la garganta.

-Fue un desafío irresponsable -contestó con voz distante-. Me enfadó mucho y dije cosas de las que ya me he retractado.

-Me alegra oírlo. Eres una mujer apasionada y no siempre dominas tus emociones tan bien como tus tierras. Ahora que eres una mujer casada, debes controlarte más.

-Sí, señora -aceptó, pensando que no le hacía falta que le diera una charla admonitoria sobre el autocontrol, precisamente ese día. Ya tenía bastante en qué pensar.

-Cuando estés en presencia de tu marido has de controlar tu genio -continuó Margaret-. Es evidente que Gareth no es un hombre que acepte desafíos de su esposa.

-Ya he oído eso antes. ¿Por qué todo el mundo piensa que sabe cómo manejar a lord Gareth mejor que yo?

-Puede que porque somos mayores y más sabios. Hazme caso. Si quieres dominar a tu señor, deberás hacerlo con buenas palabras y recursos de mujer.

-Muy bien, señora. Seguiré sus consejos. No tiene por qué preocuparse por mi seguridad esta noche. Cuando llegue el momento, daré la bienvenida a mi señor.en mi dormitorio.

Margaret sonrió complacida.

-El matrimonio ya es lo bastante complicado sin que haga falta empezarlo ofendiendo a tu señor en la noche de bodas. Y hablando de empezar bien, ¿me permites que te dé esto antes de que se me olvide?

Clare vio que Margaret cogía un pequeño envoltorio de una bolsa que le colgaba del cinturón de su hábito.

-¿Un regalo? ¡Qué amable! ¿Qué es?

-Un frasquito con sangre de pollo.

Clare casi se ahoga con la risa.

-Le juro que me vaya ahogar con tanta sangre.

-¿A qué te refieres?

-No es la primera que me hace un regalo tan bien pensado. Gracias señora, lo añadiré a mi colección -dijo Clare metiéndolo en la bolsa tejida que llevaba en su cinturón.

-Ten uno a mano esta noche. Rocía con él las sábanas antes de que se despierte tu señor y todo irá bien.

-¿Qué me diría si le asegurara que esa precaución es innecesaria?

-No tengo nada que decir al respecto. Eres una mujer, no una jovencita. Has cumplido con los deberes y responsabilidades de una mujer en esta casa señorial desde que tenías doce años. Conozco bien tus sentimientos por Raymond de Coleville y, en lo que a mí respecta, lo que sucediera entre vosotros dos es asunto vuestro.

-Gracias, pero la verdad es que Raymond era todo un caballero y...

Margaret levantó una mano para que no siguiera hablando.

-Como te he dicho, el tema de tu virginidad es algo que sólo te incumbe a ti. Pero los maridos, especialmente los caballeros tan orgullosos como sir Gareth, no suelen ver esos asuntos con tanta ligereza.

-No estoy de acuerdo. Creo que son capaces de pasar por alto esos pequeños detalles cuando la dote es cuantiosa.

-Créeme. Los hombres, incluso los más inteligentes, como creo lo es lord Gareth, son criaturas muy sencillas.

-¿Y?

-Pues que mientras crean que su honor está a salvo, suelen ser generosos y caballerosos, sobre todo con su mujer. Yo le daría el regalo que más le va a contentar en su noche de bodas para que tú, a tu vez, estés satisfecha con tu matrimonio al día siguiente.

Clare tocó el frasquito que guardaba en su bolsa.

-Tengo que acordarme de rezar una oración por todos estos nobles pollos que han matado hoy por mi honor.

-Algunos los comerás en el banquete.

La fiesta empezó poco después de mediodía y continuó sin pausa toda la tarde y parte de la noche. Todo el mundo en la isla estaba invitado, desde el más pobre trabajador hasta el campesino más rico. Incluso las monjas de Santa Hermione compartieron la extraordinaria abundancia de comida y cerveza con todo el mundo.

A pesar de que había dado órdenes de no reparar en gastos, Clare estaba sorprendida de que Eadgar y los criados hubieran preparado todo aquello en tan poco

tiempo. En las mesas había elaboradas conservas de nabo y zanahoria, condimentadas con mostaza. Patos rellenos, olorosos potajes, pescado hervido, pollo con miel y pasteles de cerdo llegaban al salón desde la cocina en un interminable ir y venir de bandejas.

La celebración se convirtió en una bulliciosa fiesta. Los niños jugaban en el patio, los hombres contaban chistes subidos de tono y Dallan divertía a todo el mundo con el tamborín, la flauta y el arpa. William se sirvió un poco de todos los platos que tenía delante.

La amenazadora niebla que se había apoderado de la isla fue pronto olvidada. El salón principal estaba a rebosar de gente que bebía y hacía brindis continuamente por el novio y la novia, que estaban en la mesa principal.

En el patio se habían puesto mesas para dar de comer a quienes no cabían dentro. Algunas hogueras protegían del frío.

Conforme avanzaba la noche, el fuego del salón iba confiriendo un brillo cálido y dorado sobre la concurrencia. A pesar de estar sentada a su lado, el ruido y la alegría hizo imposible que Clare hablara con su marido. Sin embargo, observó que de vez en cuando le lanzaba miradas.

La clepsidra del fondo del salón acababa de marcar las once cuando Joanna miró a los ojos a Clare. Había llegado el momento de ir escaleras arriba, a la habitación nupcial.

Los dedos de Clare empezaron a temblar sin razón aparente cuando cogió su copa. Dejó el vino sin acabar y miró a Gareth.

Éste se inclinó hacia ella para que pudiera oírlo.

-¿Es ya la hora de que mi bella esposa abandone el salón?

-Sí, eso parece -contestó sin hacer caso del inexplicable ataque de inquietud que le acababa de acometer. No había nada que temer, no había razón para temblar anticipadamente o por miedo. No iba a pasar nada. Había dejado clara su postura a Gareth el día anterior y éste no había protestado ni puesto objeciones.

Habían llegado a un acuerdo. Serían amigos antes de ser amantes.

«Amantes.» La palabra resonó en su cabeza. Recordó el beso que le había dado y sintió que entraba en ,calor.

Gareth se puso de pie. Las risas y las conversaciones en voz alta cesaron de inmediato. El silencio se impuso entre la multitud al tiempo que todos los ojos se volvían hacia la mesa principal.

Clare sabía que todos esperaban ver lo que iba a suceder. Había llegado el momento de llevar a cabo la última parte del trato que había hecho con Gareth. Debía ir a la cámara nupcial aparentando ser una esposa dispuesta y cordial.

Gareth elevó su copa de plata y la miró con ojos brillantes y penetrantes.

Clare tragó saliva con sonrisa temblorosa.

«Primero amigos, después amantes.»

Podía confiar en el Lobo Sanguinario. Ella cumpliría su parte del trato.

-Quiero proponer un brindis por mi hermosa y encantadora mujer -dijo Gareth en medio del tenso silencio, y tomó un buen trago.

Los vítores inundaron el salón y la bulliciosa muchedumbre empezó a golpear las mesas con sus jarras.

Gareth dejó su copa y sacó la Puerta del infierno de su funda. El acero brilló con la luz de la chimenea cuando la alzó, tal Como había hecho el día de su llegada. Un murmullo de admiración recorrió toda la sala.

-Soy un hombre afortunado, ya que he desposado a una hermosa mujer -resonó la voz de Gareth hasta en el rincón más alejado del espacioso salón.

La multitud demostró su acuerdo con un grito unánime. Clare sonrió con ironía, el Lobo Sanguinario era muy bueno a la hora de dar muestras de grandilocuencia.

-Oídme, buen pueblo de Deseo. Escuchadme bien, porque quiero que todos los presentes seáis testigos de que entrego esta espada, sobre la que nunca ha caído la mancha de la deshonra, una vez más a mi señora. Lo hago como símbolo de respeto. Ahora es mi esposa y tiene mi honor en sus manos, al igual que mi espada.

-¡Sí! ¡Sí!

Una nueva andanada de gritos entusiastas rebotó en las paredes de piedra y los que continuaban la algarabía golpearon la mesa con sus jarras y los mangos de los cuchillos.

Gareth le dio la vuelta a la espada y se la ofreció por la empuñadura a Clare.

-Sabed que estoy muy complacido con mi esposa.

Los atronadores gritos hicieron imposible que Clare dijera una sola palabra, pero no supo si habría sido capaz de decirla aunque el salón hubiera estado vacío.

Por alguna razón, la exagerada caballerosidad de Gareth, a pesar de que ella sabía que estaba cuidadosamente calculada para influir en la multitud, le había llenado los ojos de lágrimas.

Cogió la pesada espada con pomo de cristal de sus manos y se puso de pie.

Una vez más, el salón se quedó en silencio.

Clare inspiró profundamente y se dispuso a hacer un gesto solemne también.

Hizo un gesto con la cabeza a William, que inmediatamente avanzó por el pasillo que había entre las mesas de caballetes con un enorme ramo de flores y hierbas secas.

-Milord, a cambio del honor y fuerza que nos brinda hoy, pongo bajo su custodia la fuente de prosperidad de nuestra hermosa isla -dijo Clare.

William dobló una rodilla y le entregó el fragante manojo de lavanda, romero, rosas y artemisas a Clare. Ésta lo cogió y puso el haz atado con una cinta en las manos de Gareth.

Éste miró las hierbas y flores, que eran el símbolo de la perfumada isla. Cuando levantó la vista, Clare se sorprendió de la intensidad que reflejaba su mirada.

-Protegeré esta isla, a su pueblo y a su señora con más cuidado del que suelo poner en defender mi vida -dijo en voz alta para que todos lo pudieran oír.

Clare vio en su severo rostro que aquella promesa era inquebrantable para él. Supo que la había hecho en serio. Su relación personal todavía no estaba del todo solucionada, pero estaba segura de que la isla estaba en buenas manos.

Sonrió temblorosa.

-He elegido bien.

-Así te lo demostraré.

Clare casi no podía respirar. Por un momento era como si ella y Gareth estuvieran solos en el salón. Sentía los lazos invisibles e indestructibles que los ligaban.

«Primero amigos», recordó. Era demasiado pronto para que fueran amantes.

Demasiado.

Joanna se levantó y fue corriendo hacia Clare, liberándola del hechizo. Había llegado el momento de abandonar el salón.

Consciente de la creciente curiosidad y expectación de los presentes, Clare cogió la pesada espada y miró a Gareth.

-Vaya prepararme para dar la bienvenida a mi marido en la cámara nupcial -dijo claramente.

La multitud vitoreó y levantó sus jarras.

Gareth cogió de nuevo su copa.

-Le ruego que no se retrase más, señora. Como jardinera sabe muy bien que algunas hierbas son más potentes cuando se marchitan y se secan. Sin embargo, hay

otras que funcionan mejor cuando el tallo está fuerte y erecto. Ésta es la variedad que le llevaré esta noche.

El lugar se llenó de risas.

Los ojos de Clare se abrieron de par en par cuando acabó de entender las palabras.

-Para ser un hombre que presume de no bromear nunca, tiene una forma muy poco habitual de expresarse.

-Sí, pero una boda es algo poco habitual, señora. Joanna la cogió por el brazo.

-Vamos, tenemos que apresuramos -le pidió tirándole de la manga.

Clare lanzó a Gareth una mirada muy elocuente mientras se la llevaba.

-Tenga cuidado con mi espada. Es la única que tengo. La sala volvió a llenarse de risas.

-Le prometo que haré buen uso de ella -dijo Clare apretando firmemente la empuñadura mientras Joanna la arrastraba hacia la escalera-. Será un estupendo poste en el que atar los guisantes de la huerta.

Gritos de ánimo acompañaron a Clare y Joanna cuando levantaron sus faldas y subieron las escaleras.

-Toma esto -le susurró Joanna cuando llegaron a sus aposentos-. Escóndelo entre tu ropa y no dejes que Gareth ni nadie lo vea.

Los dedos de Clare apretaron otro pequeño objeto.

-Déjame adivinar. ¿Sangre de pollo?

-Sí, rocía un poco en las sábanas antes de que amanezca y todo irá bien.

Otras mujeres entraron en la habitación riéndose y se dispusieron a preparar a la novia.

En pocos minutos le habían quitado el vestido. Le pasaron por la cabeza un hermoso camisón de lino bordado y la acostaron en la perfumada cama.

-Estás muy hermosa -dijo Eunice mientras le pasaba un peine por el suelto pelo. Se inclinó un poco más y le susurró-: No te olvides de la sangre de pollo.

-Créeme, no lo haré.

Joanna fue hacia la puerta y aplicó a ella el oído.

-Oigo a Gareth y sus hombres en las escaleras.

-Los novios siempre son unos impacientes -aseguró Agnes mientras se abría paso hasta llegar al lateral de la cama-. Como antigua niñera, tengo derecho a darle las buenas noches a la niña que ayudé a educar. Por la mañana, saludaré a la mujer que se levante de esta cama.

-Dése prisa, casi han llegado -le pidió Joanna.

En el pasillo se oían voces y risas masculinas. Las sirvientas pusieron rápidamente vino en las copas que había en una mesa cerca del fuego. Eunice se enjugó una lágrima y sonrió.

Toda la atención se había concentrado en la puerta, a la espera de que se abriera. Agnes se inclinó sobre la cama.

-Coja esto, milady -le pidió poniéndole un pequeño objeto en la mano.

Resignada, Clare vio que le había dado otro frasquito.

-Gracias, Agnes, no sabes lo importante que es para mí tu amabilidad.

-Calle -le indicó echando una rápida mirada para asegurarse de que nadie la veía-. Asegúrese de echar unas gotas en las sábanas por la mañana y todo irá bien.

-Pero Agnes...

-Es sólo por precaución -dijo ajustando la ropa de la cama-. Cuando hayas vivido tanto como yo, aprenderás que vale la pena ayudar a la naturaleza de vez en cuando. Especialmente cuando el honor de un hombre está en juego.

La puerta se abrió antes de que Clare pudiera replicar. Ulrich y el resto de los hombres empujaron a Gareth dentro de la habitación. Las criadas dieron un grito.

-Ahí tiene a su nuevo señor, milady -le ofreció Ulrich haciendo una reverencia en broma. Cuando levantó la cabeza dejo ver una sonrisa picarona-. Ha venido a practicar con su espada. Estoy seguro de que hará que se ejercite mucho con ella. No queremos que el Lobo Sanguinario se vuelva un blando.

Los hombres volvieron a sumirse en estrepitosas risas. Joanna y el resto de mujeres los echaron de la habitación.

Despejar el cuarto costó un par de minutos, pero finalmente se cerró la puerta.

Clare y Gareth estaban por fin solos.

Clare mantuvo las sábanas de lino fuertemente apretadas contra su pecho y miró a Gareth.

Él le devolvió la mirada mientras permanecía recostada sobre las perfumadas almohadas de lino. La expresión de posesión de sus ojos hizo que Clare enmudeciera.

Finalmente, Gareth rompió el corto y tenso silencio, y pasó la vista por la habitación con mirada interrogante.

-¿Y mi espada?

-Allí -le indicó Clare mojándose los labios con la punta de la lengua-. En el alféizar de la ventana.

-Muy bien, sana y salva -dijo, pero no se acercó a cogerla.

En vez de eso, cruzó la habitación para ir hacia una mesa que había cerca de la chimenea. Cogió las copas llenas de vino y las llevó a la cama.

Clare se dio cuenta de que sujetaba las sábanas con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos. Se obligó a soltar los dedos uno por uno y pensó frenéticamente en algo adecuadamente despreocupado que decir.

Después de todo no era una noche de bodas de verdad.

-Bueno, me alegro de que todo haya acabado -dijo Clare apartando la ropa de la cama y levantándose del enorme lecho con dosel.

Gareth la observó impasible mientras cogía una bata y se la ponía sobre los hombros. Apretándola firmemente en el cuello con una mano logró esbozar lo que creyó que sería una sonrisa de camaradería.

-Supongo que las bodas son siempre asuntos molestas, ¿no cree, mi señor?

-¿Cómo podría saberlo? Es la primera vez que me caso -contestó mirándola fijamente y ofreciéndole una de las copas.

Clare se ruborizó.

-Sí, por supuesto. No quería decir que lo hubiera hecho. -cogió el vino y tomó un largo trago. Casi no había comido ni bebido en todo el día. Por alguna razón había estado demasiado tensa como para participar en el banquete-. No sé por qué me siento tan extraña esta noche. No sé si estaré enferma.

-Puede que esté sintiendo lo mismo que yo -aseguró Gareth tomando un sorbo de su copa. Después le quitó aClare la suya y dejó las dos en la mesa.

-¿Milord? -Clare se dio cuenta de que su voz había adquirido el tono de un gritito- ¿También se siente intranquilo?

-Sí.

-¿A lo mejor deberíamos tomamos una taza de manzanilla con té a la menta? Es muy bueno para el estómago. Llamaré a una de las sirvientas.

-No, conozco una cura mejor.

Gareth la atrajo hacia sus brazos suave, pero firmemente. Cuando se encontró temblando frente a él, agarrando la bata como si fuera un talismán, Gareth reclamó su boca con la suya.

CAPÍTULO 8

Clare sintió un escalofrío de sorpresa; una ráfaga de confusión explotó en ella. Gareth mantuvo la boca apretada contra la de ella, pidiéndole que respondiera de la misma forma en la que lo había hecho la última vez que la había besado.

Sabía que lo deseaba. Aquella tarde había notado la pasión en ella. Lo único que tenía que hacer era atravesar las defensas que había levantado.

Se sintió aliviado cuando oyó un ligero y medio estrangulado gritito de excitación.

Sería una esposa de verdad. El bastardo de Wyckmere había conseguido una mujer.

Y un futuro.

Sus labios dudaron en un primer momento y después se suavizaron bajo los de él. Gareth tuvo la seguridad de que había supuesto bien. No se había equivocado al interpretar la femenina curiosidad que había en sus ojos ni el significado del temblor en sus dedos.

La misma suerte que lo había mantenido vivo durante muchos años como cazador de bandidos le había seguido hasta su nueva vida como granjero de flores. En aquella unión había ganado mucho más de lo que esperaba.

Clare profirió un gritito expectante y sus dedos se aferraron a la espalda de su marido. Gareth gimió. Había estado soportando todo el día el tormento de la excitación que sentía su cuerpo. Pero en aquel momento tenía una erección y estaba ansioso por lo que le esperaba. Había llegado el momento de reclamar su esposa.

Gareth sintió que Clare se estremecía y se apretaba contra él. Las ganas de reír se apoderaron de él, pero se contuvo. No era el momento de sucumbir a la alegría. Era evidente que toda la locura de Clare de esperar hasta que su relación se convirtiera en amistad era simplemente eso: una locura.

Clare estaba tan ansiosa como él por probar los placeres del lecho nupcial.

Gareth estaba aliviado y exultante. Tenía otra batalla frente a él, pero estaba acostumbrado a pelear por lo que quería. Y estaba claro que quería a Clare.

Se dio cuenta de que la repugnancia de Clare por Nicholas de Seabem era genuina. Seguía sin saber qué pensar sobre su pasada experiencia en el amor, pero la suave ansia de los labios de su mujer le comunicó que fuera lo que fuese lo que había ocurrido entre ella y Nicholas no había conseguido que le disgustase hacer el amor.

Cabía la posibilidad de que Raymond de Coleville le hubiera enseñado todo el placer que un hombre y una mujer pueden darse.

Quienquiera que fuese el responsable, no le estaba nada agradecido.

-Mi señor. -La voz de Clare sonó como un suspiro entrecortado contra los labios de Gareth. Sintió su calor y su suavidad en el pecho y ella le puso los brazos alrededor del cuello-. No deberíamos besamos de esta forma todavía, pero le juro que no puedo parar.

Aquella confesión hizo que la sangre de Gareth golpeara intensamente en sus venas. La fuerte palpitación le recordó el ruido de los cascos de su caballo de guerra. Todo su cuerpo reaccionó con repentina violencia ante la promesa de la dócil entrega de Clare.

Su mujer estaba dispuesta y deseosa, no era una angustiada e inocente doncella a la que hubiera que llevar lentamente a la cama.

-Esté segura de que no tengo intención de cesar en mis besos -Gareth acarició el borde de su boca con las yemas de los dedos. Sus labios temblaron y se abrieron. Sus mejillas, rojas y encendidas, eran cálidas. Sus ojos eran esmeraldas insondables que contenían los secretos de una pasión de mujer que esperaba desatarse.

Si no había sido Nicholas el que había enseñado a Clare el arte del amor, entonces habría sido Raymond de Coleville, el tan cacareado modelo de caballerosidad. Maldito fuera.

«¿Quién habría sido?», se preguntó.

¿O había tenido dos amantes?

En aquel momento no le hubiera importado enseñarles la *Puerta del infierno* a sus dos rivales.

Tras haber conocido a Nicholas, concluyó que era el misterioso Raymond de Coleville el que debía preocuparle más.

Otro desafío para el Lobo Sanguinario de Wyckmere.

Jamás se había echado atrás en ninguno.

La besó con mayor intensidad, sabiendo que no tenía derecho a estar molesto porque Clare hubiera estado en los brazos de otro hombre. Él tampoco era virgen. Y para colmo era bastardo, no era un gran trofeo para una dama de su rango.

Clare era una joven rica de veintitrés años que había tenido que cargar sola con las responsabilidades de administrar su heredad durante gran parte de su vida.

También era muy curiosa e inteligente, y nunca había tenido intención de casarse. Una mujer así no habría sido reacia a probar la fruta prohibida cuando la oportunidad se le apareciera en forma de un guapo y joven caballero.

Gareth se dio cuenta de que se estaba volviendo loco. Le sorprendió porque nunca había sentido las afiladas punzadas de los celos.

¿Celos?

Darse cuenta de que los sentía le hizo entrar en razón. Apartó su boca de la de Clare y le puso las manos en la cara. Sus ojos eran luminosos y estaban llenos de sorpresa cuando ella le devolvió la mirada.

-Lo hecho, hecho está -murmuró Gareth.

-No le entiendo, señor.

-No importa. A partir de esta noche, eres mía. Eres mi esposa, la futura madre de mis hijos. Juro que te haré olvidar a Nicholas, a Raymond de Coleville y a cualquier otro hombre que hayas conocido antes que a mí.

Las cejas de Clare se juntaron y esbozaron una expresión burlona.

-¿Por qué querría olvidar a Nicholas y a Raymond? Uno es mi vecino y el otro era un amigo.

-Basta. No vuelvas a hablar de ellos esta noche.

Gareth aseguró su silencio con otro beso.

Ella murmuró algo ininteligible que parecía una protesta o un intento de comenzar una calurosa discusión. Gareth no quería escucharla. Abrió sus labios y le hundió la lengua en la boca.

Clare lanzó otro sonido extraño y un tanto entrecortado. Después apretó los brazos alrededor del cuello de Gareth y le tocó la lengua con la suya.

Gareth inspiró con fuerza, la levantó entre sus brazos y la tumbó en la cama. El ansia por estar dentro de ella le consumía. Se dejó caer en las blancas sábanas de lino y abrazó a Clare.

-Mi señor.

-Calla -le pidió poniendo una pierna sobre sus muslos. Consciente de su peso y de que ella era mucho más pequeña, se apoyó en las manos y se inclinó sobre ella-. Ya hablaremos más tarde del asunto. Ahora sólo quiero besarte.

-¡Oh! -la ceñuda incertidumbre desapareció de sus ojos. Le acarició las mejillas con la punta de los dedos-. Bueno, supongo que no pasa nada por besarse simplemente, ¿no?

-No. Y si lo pasara, dudo mucho de que saberlo consiguiera detenerme esta noche.

Miró embelesado su pelo oscuro, que caía suavemente sobre las almohadas con encajes. Lentamente, apretó un mechón con una mano e hizo un bucle entre sus dedos con la sedosa guedeja. Lo acercó a la nariz e inspiró profundamente.

-Hueles a flores, como todo en esta isla.

-Espero que se acostumbre.

-Sí -dijo inclinando la cabeza para mordisquearle el delicado cuello-. Espero hacerla.

Apartó uno de los lados de la bata y escuchó con intenso placer sus rápidas inspiraciones. Bajó la boca hasta el abultamiento que formaba su pecho y que dejaba ver parcialmente el camisón de lino blanco.

-Mi señor...

-Me llamo Gareth -dijo con sorprendente suavidad. Su piel era más hermosa que las caras sedas que le había dado como regalo de bodas.

-Gareth -repitió con voz entrecortada-. Has dicho que sólo querías besarme.

-Sí, en todas partes -El puro y perfecto contorno de su reducido pecho era la visión más seductora que había tenido en la vida. Deseó ver el pezón que había bajo el escote delicadamente bordado de su camisón. El perfil del pequeño y turgente capullo estaba plano. Pasó un dedo por encima, deleitado con su forma.

-Gareth -exclamó inmóvil ante sus caricias, y lo miró con los ojos muy abiertos. Le puso las manos en los hombros, como si quisiera apartarlo-. No creo que sea buena idea. Has dicho que no pasaba nada con los besos y he aceptado, pero esto es demasiado.

-¿Quieres besos? -preguntó mientras desataba hábilmente las cintas del camisón-. Pues besos tendrás. Cientos, miles.

-¡Gareth! -protestó golpeándole inútilmente en las manos-. No creo que...

-No intentes pensar, esta noche no. Bien sabe el diablo que yo no puedo hacerlo.

Los rosáceos pezones eran aún más seductores de lo que había imaginado, y eso que tenía mucha imaginación. Las coronas que embellecían los pechos de Clare estaban arrugadas, firmes y llenas de promesas. Gareth puso la boca en una de ellas y la succionó suavemente entre sus dientes.

La reacción de Clare fue soltar un gritito y sus dedos se hundieron en la espalda de él.

-¡Por santa Hermione! ¿A esto llamas besos?

-Sí, aunque es más como beber néctar de miel y almendras.

-¿Lo dices... -Clare parecía tener problemas para pronunciar las palabras y se apretó contra élde verdad?

-Completamente.

Gareth se preguntó si Raymond de Coleville no se habría molestado en probar los pechos de Clare cuando ésta le ofreció el resto de deliciosos platos para que se sirviera él mismo. Pensó que sus rivales habían tenido que ir muy deprisa cuando la sedujeron.

Nicholas estaba resuelto a forzar un matrimonio.

La empresa de Raymond había sido un asunto más peligroso. Sin duda era consciente de que no tenía intención de ofrecerle el matrimonio. Puede que la necesidad de hacerla en secreto y la prisa le hubieran vuelto descuidado y torpe.

Gareth besó el valle que había entre los pechos de Clare y pensó que ser su marido era una ventaja. Un hombre tenía todo el tiempo del mundo para seducir a su mujer en la intimidad del lecho nupcial.

Gareth fue llevando sus besos hacia abajo, apartando el camisón mientras se dirigía hacia su objetivo. En aquel momento le guiaba el olor de la excitación femenina, mucho más embriagador que el de rosa y lavanda de su perfume. Clare reaccionaba ante su iniciativa, saber dónde se encaminaba hizo que en su interior explotara otra oleada de intenso deseo.

-Señor, milord, Gareth, -Clare apretó los ojos y arqueó la espalda-. No me beses más. Creo que mis sentidos están tan dispersos como las abejas con el viento.

-Igual que los míos. -Gareth levantó la cabeza para mirar su sonrojada cara y la observó mientras metía la mano por debajo de la enagua.

Los ojos de Ciar e se abrieron de par en par y movió la cabeza con un gesto que podría significar cualquier cosa.

-Por favor.

-Haré todo lo posible por satisfacerte y antes de que amanezca los habrás olvidado a los dos.

Se inclinó hacia ella y la besó mientras movía la mano dentro de la enagua.

-¿Olvidar a quién? Gareth, no creo que esto esté bien. Me preocupas.

Gareth no sabía de qué le estaba hablando y no tenía ganas de entablar ninguna conversación. Acercó su mano hacia la cálida y húmeda carne que había entre sus muslos.

Clare se puso tensa ante sus caricias. Volvió a cerrar los ojos y pareció dejar de respirar durante unos segundos. Le estaba clavando las cortas uñas en la espalda con tanta fuerza que sabía que a la mañana siguiente tendría marcas. La idea le gustó.

Gareth siguió explorando suave, lenta, tiernamente. Fue apartando la suave y melosa carne como si fueran las hojas de una exuberante y frágil flor hasta que descubrió el oculto tesoro que buscaba. Clare gimió cuando le acarició aquella piedra preciosa con los dedos mojados en su propio rocío.

Continuó haciéndolo con cuidado, en círculos, provocándola, tirando y haciendo presión.

Clare ya no podía protestar. Gareth supo que se había dejado llevar por el placer que le producía. Se estremeció, se retorció y se aferró a él. Veda reaccionar ante sus caricias con semejante pasión lo satisfizo más que cualquier cosa que hubiera experimentado anteriormente.

Clare estaba tan poseída por el hechizo sensual que le había echado que no se dio cuenta de que Gareth volvió a bajar la cabeza para besar el firme y diminuto capullo que él había conseguido excitar completamente.

Gareth notó el preciso momento en el que ella se dio cuenta de lo que le estaba pasando.

Clare sufrió una convulsión como si la hubiera alcanzado un rayo.

Gareth estaba seguro de que había visto su resplandor.

Los labios de Clare se abrieron para dejar salir un grito de sorpresa. Aquel sonido de femenina revelación e ilimitado asombro cesó tan rápidamente como había comenzado, pero certificó lo que Gareth había comenzado a sospechar. Fuera lo que fuese lo que había experimentado con sus anteriores amantes, no había conocido los placeres de su propia liberación.

Su respuesta fue mayor de la que Gareth creía poder provocar. Estaba sumida en el temblor que le había producido, al igual que él. Clare se alzó, se abrió y se ofreció. Era una criatura extasiada y mágica que cautivaba todos los sentidos de Gareth. Éste se quedó literalmente fascinado por lo rápidamente que ella se aproximaba a su alivio.

Se estremeció como una flor con el viento.

Gareth casi derrama su semilla cuando la satisfacción explotó en su interior. A la mañana siguiente, tanto Nicholas como

Raymond de Coleville serían vagos recuerdos para Clare.

-¡Gareth, Gareth! ¿Qué me has hecho? ¿Qué me has hecho?

-Nada que no pueda repetirse muchas, muchas veces antes del amanecer.

Esperó hasta que se relajó. Cuando cesaron los temblores, se puso encima del debilitado cuerpo de Clare apoyándose en los codos.

Miró su aturdida cara y sonrió.

Clare le observó también, al parecer sin habla por lo que había experimentado. La combinación de emociones que reflejaron sus ojos era fascinante. Confusión, asombro, placer, curiosidad y elucubración femenina, mezclado hasta dejada sin habla.

Era la primera vez que la veía en ese estado.

Su sonrisa se transformó en una mueca de complicidad.

Si no se hubiera sentido tan incómodo se habría echado a reír, pero estaba tan duro y rígido como el acero de la *Puerta del infierno,* aunque no tan frío como su hoja. Todo lo contrario. Estaba encendido y sólo había una forma de sofocar las llamas que ardían en sus entrañas.

Se sentó dándole la espalda a Clare y empezó a quitarse la ropa. Cuando se desabrochó el cinturón, observó con pesar que le temblaban las manos por la necesidad que sentía y tiró lejos la pesada correa de cuero.

-¿Has... sentido lo mismo que yo? -preguntó Clare con voz débil y entrecortada.

-Todavía no. Te juro que he estado a punto, pero he conseguido evitar deshonrarme sobre tus hermosas sábanas blancas. Te aseguro que lo he reservado para ti.

Gareth se quitó la túnica y la lanzó en la misma dirección que el cinturón.

-¿Quieres decir que todavía no has experimentado estas extrañas sensaciones?

Puso un tobillo sobre la rodilla y tiró de la bota de piel.

-No tengas miedo, notarás mi alivio cuando me envaine en tu funda de seda -dijo con la comisura de los labios extrañamente levantada-. A menos, claro está, de que estés tan absorta en tu propio placer .como para darte cuenta.

Clare se irguió repentinamente para sentarse.

-¡Por santa Hermione bendita! Esto del matrimonio es mucho más difícil de entender de lo que pensaba.

-Ya lo discutiremos más tarde.

-Pero es imposible...

-¡Por todos los infiernos! ---exclamó Gareth con una mano en la otra bota y volviendo la cabeza para mirar a Clare-. ¿De qué estas hablando?

-No sabía que pudieras hacerme sentir unas emociones tan intensas -dijo Clare apartándose el pelo de los ojos y mirándolo con inquietud-. O mejor dicho, que tú tuvieras que afrontar también semejante impulso.

-No sé qué tipo de amantes fueron Nicholas y De Coleville, pero te prometo que...

-¡Raymond de Coleville no fue mi amante! -exclamó agarrando el borde del abierto camisón que tenía en las rodillas, revuelto entre las arrugadas sábanas, con ojos brillantes-. Ni tampoco Nicholas de Seabern, aunque nadie parece creerme. Te juro que estoy harta de que todo el mundo suponga que no soy virgen.

Gareth le apretó una mano.

-Tranquilízate. Conmigo no necesitas probar tu inocencia. No me importa.

-Tienes razón, no volverás a oír ni una sola queja sobre el tema.

-Que así sea. Me alegro de oído.

-La verdad es que el estado de mi virginidad no viene al caso.

-Así es. Lo hecho, hecho está.

-A fin de cuentas -dijo un poco demasiado dulcemente, no tengo ninguna duda de que he venido a esta cama tan pura e intacta como tú.

-Sin duda.

-Ningún hombre puede pedir más a una mujer.

Gareth se sorprendió de notar un repentino calor en sus mejillas. Se preguntó si le estaría tomando el pelo.

-Quizá deberíamos cambiar de tema.

-Tienes razón -dijo con expresión más relajada. Estiró un brazo y le tocó el brazo-. A decir verdad, nuestra virginidad o la falta de ella, no es ningún problema en este momento, ¿verdad?

-No -Gareth era incapaz de pensar en nada más que decir. Ni tampoco quería seguir hablando. Solamente deseaba hacer el amor con su mujer. ¿Era mucho pedir?

-Lo importante es que he aprendido lo poderoso que puede ser el deseo físico cuando lo controla un hombre como tú.

Gareth la miró con cautela.

-¿Como yo?

-Es evidente que eres muy apasionado.

-Lo que es evidente es que eres una mujer que despierta grandes pasiones.

-Soy consciente de que tengo mi parte de responsabilidad en esa cuestión.

-Estupendo, eso ya está aclarado.

Se sacó la otra bota y se levantó para quitarse el jubón.

Clare frunció el entrecejo pensativa.

-Está claro que tenemos que controlar esa volátil fuerza antes de que te domine por completo.

Gareth tenía el jubón a medio quitar. Se detuvo, contó hasta tres y soltó la prenda gris, que volvió a quedarse donde estaba.

-¿Qué has dicho? -preguntó suavemente.

-Que debemos ser sumamente precavidos para protegerte -contestó con expresión preocupada.

-¿Protegerme de qué? -gritó perdiendo la paciencia.

Clare abrió los ojos de par en par, pero dio la impresión de estar más sobresaltada que asustada.

-Estás gritando.

-No, señora -dijo entre dientes-. Todavía no, pero puede que pronto lo haga. Muy pronto.

-Ésa es otra prueba.

-¿Prueba de qué?

-De la fuerza de tu pasión. Está claro que debido a tu cariñosa naturaleza estás a punto de olvidar nuestro trato.

-¿Eso crees?

-Sí. Como esposa y por nuestra creciente amistad, debo ayudarte a que no sucumbas a ese impulso. Después de todo, tu honor está en juego.

Gareth pensó que había perdido la cuenta de las copas de vino que había bebido durante el largo banquete. Nunca se emborrachaba. De hecho, no se sentía borracho, pero sus sentidos parecían abandonarle.

-¿Intentas decirme que hacerte el amor pondrá en peligro mi honor?

-Sé lo mucho que te afligirá despertarte por la mañana y descubrir que dejaste que la pasión se apoderara de ti y te hizo olvidar nuestro trato.

-¡Por el fuego del infierno! No puedo creer lo que estoy oyendo. Olvídate del maldito trato, no tenemos ninguno.

-Sí que lo tenemos. Acordamos que seríamos amigos antes de consumar nuestro matrimonio.

-No, no quedamos en eso -dijo espaciando cuidadosamente las palabras-. Me comunicaste tu absurda intención. Pero no me preguntaste si estaba de acuerdo. ¡Y por el mismísimo diablo que no te dije que lo estaba!

-Te darás cuenta de que si sucumbimos a la pasión esta noche arruinaremos toda posibilidad de cimentar nuestro matrimonio en la amistad y la confianza.

Gareth se contuvo con todas sus fuerzas.

-Es la cosa más absurda que he oído en mi vida.

-No era eso lo que decías ayer.

-Puedes estar segura de que lo pensaba.

-¿No quieres que entre nosotros haya amistad y confianza?

-Llegarán con el tiempo -dijo intentando llevar su razonamiento en otra dirección-. ¿Confías en mí?

-Sí, pero tú no confías en mí.

-Eso no es verdad.

-Crees que he permitido que otros hombres me hayan hecho el amor, a pesar de que te he asegurado que no he yacido con nadie.

-También te he dicho que el que seas virgen o no, no me Importa. No me preocupa el pasado, sólo el futuro.

-Es muy galante por tu parte, pero no podremos tener un futuro satisfactorio juntos si no se apoya en la confianza. Y no me crees. Admítelo. Piensas que te he mentido.

-¡Por todos los diablos! Tú virginidad sólo es asunto tuyo.

-Agradezco tu inteligente actitud en esa cuestión, pero esa no es la cuestión, ¿verdad?

-Me siento como si me estuviera hundiendo en una ciénaga.

-Creo que deberíamos aprender a confiar el uno en el otro si queremos ser felices en nuestro matrimonio.

Vio el amor propio y el dolor en sus ojos y en ese momento se dio cuenta de que le decía la verdad. No la había tocado ningún hombre. Había sido un loco al pensar lo contrario. Clare nunca le mentiría en una cosa así.

Era demasiado orgullosa, demasiado ardiente, demasiado audaz como para mentir en nada.

Aquel pensamiento le llenó de satisfacción. No tenía derecho a tener tanta suerte, pero no iba a protestar contra el feliz destino que le había otorgado una esposa incólume.

Sonrió.

-Te creo cuando dices que no te ha hecho el amor ningún otro hombre.

Clare lo miró, indecisa y recelosa.

-Ahora es la pasión la que habla por ti. La tentación hace que digas lo que crees que quiero oír.

Sacudió la cabeza sin dejar de sonreír y se acordó de su res puesta no enseñada a sus besos íntimos.

-No, te deseo mucho, pero no soy un pelele esclavo de sus pasiones. No tienen poder para hacerme mentir. Te creo cuando dices que nadie te ha tocado, Clare.

Clare retorció las manos en su regazo.

-Me gustaría poder creerte.

-Puedes hacerlo. Debes aprender a confiar en mí como yo lo hago en ti.

-Sí -contestó dudosa.

-Me crees, ¿verdad?

-Eso creo.

-¿Eso crees? -preguntó repentinamente furioso-. Hace un momento decías que sí.

-Esta noche todo es demasiado confuso como para aclararlo. Creo que sería mejor que nos ciñéramos a mi plan original.

-¿Plan original?

-Sí. No consumaremos el matrimonio hasta que estemos seguros de que confiamos plena y firmemente el uno en el otro.

Gareth cerró los ojos un instante.

-¡Que dios me dé fuerzas!

-Estoy segura de que lo hará -dijo regalándole una victoriosa sonrisa-. Y mientras tanto, debajo de la cama hay un jergón en el que puedes dormir esta noche.

Gareth la contempló mientras bajaba de la cama, se inclinaba y sacaba un camastro.

-¿Qué demonios estás haciendo?

Clare se irguió y se apartó el largo mechón de pelo que le caía sobre la cara.

-Sacándote el jergón.

Gareth apretó los dientes.

-Dormiré en la maldita cama contigo, esposa.

Clare parpadeó y se puso de pie lentamente.

-Estás enfadado.

-¿Enfadado? ¿Por qué habría de estarlo? -preguntó tranquilamente mientras se acercaba al asiento de la ventana.

-¿Gareth?

Éste cogió la Puerta del infierno y volvió a la cama.

-¡Señor! -exclamó mirando la espada que llevaba en la mano y llevándose una mano al cuello.

Gareth levantó el acero y golpeó con la parte plana en me dio de la cama.

Clare dio un respingo y volvió la cabeza hacia: la espada, que brillaba a la luz de las llamas y dividía la cama en dos partes.

-¿Así es como piensas empezar nuestra vida de casados? -preguntó Gareth entre dientes-. Pues así será. La Puerta del infierno compartirá cama con nosotros. Te protegerá de mí.

-No creo que sea necesario ponerla entre nosotros -susurró Clare.

-No temas, dormirás a salvo en tu lado. Yo me pondré en el otro.

-Pero el jergón...

-No vaya dormir en el maldito jergón. Tengo derecho a mi parte de cama.

-Supongo que podré utilizado yo.

-No. Compartirás la cama conmigo. ¿Quieres que te de muestre mi autocontrol? Muy bien, lo haré. Por la mañana ya me dirás si crees que puedes confiar en mí.

Clare se mordió el labio, pero no dijo nada

Gareth no le prestó atención mientras se despojaba de sus ropas y las dejaba en el suelo. Oyó la leve y entrecortada exclamación que soltó cuando vio su medio excitado cuerpo. Intentó no hacerle caso, pero pensó que si no hubiera pensado que era inocente, aquella sorprendida mirada le habría dicho la verdad.

Iba a pagar un alto precio por tener una opinión equivocada y por no haber sabido manejar la situación, y sólo podía culparse a sí mismo.

Atravesó la habitación de tres zancadas para avivar el fuego de la chimenea. Después volvió, cerró las cortinas y se metió en la cama.

La Puerta del infierno yacía entre ellos como una barrera de acero contra la pasión.

Estaba muy oscuro. Las cortinas del dosel no dejaban entrar el reflejo de las brasas. Gareth cruzó las manos por debajo de la cabeza y miró las sombras. Le dolían los muslos y estaba furioso consigo mismo.

Iba a ser una noche muy larga.

-¿Gareth? -La voz de Clare sonó dulce y teñida de inquietud.

-¿ Sí?

-Ahora me acuerdo de que parte de la predicción de

Beatrice se ha cumplido.

-¿Qué predicción?

-Dijo que desenvainarías tu espada en la cámara nupcial, y lo has hecho.

-Teniendo en cuenta mi poca fortuna, me sorprende no haber tropezado y haberme cortado el cuello con ella.

CAPÍTULO 9

Clare se despertó poco antes del amanecer, llena de remordimientos.

Vio que estaba sola en la gran cama y no pudo librarse de la aplastante convicción de que la noche anterior había cometido un grave error.

Se preguntó si habría malogrado cualquier esperanza de tener una cálida y cariñosa amistad con su marido.

Cariño.

Eso era lo que más ansiaba. Quería amar y ser amada. Se había convencido a sí misma de que una sólida amistad podía conducir a un amor verdadero entre ella y su marido, pero durante la noche lo había echado todo a perder.

Gareth no se iba sentir nada amistoso hacia ella aquella mañana.

Había cometido un error. Se daba cuenta, pero era demasiado tarde. Lo había enfadado y con ello había dado varios pasos atrás en el tipo de relación que deseaba forjar.

Su terco orgullo y su arrogante fe en su inteligencia la habían conducido a aquel desastre. Era lo que sucedía por no seguir los consejos de las personas mayores y más sabias que ella, pensó amargamente. Todo el mundo, desde Beatrice hasta su antigua niñera, Agnes, le había aconsejado cumplir con sus obligaciones de esposa en la noche de bodas.

Un crujido al otro lado de las cortinas de la cama hizo que se quedara inmóvil.

-¿Gareth?

-Es muy pronto para levantarse a la mañana siguiente a la boda, duérmete Clare.

Le oyó moverse y se preguntó si se estaría vistiendo. A través de una rendija en las cortinas logró vislumbrar su desnudo cuerpo cuando pasó al lado de la cama. Los recuerdos la inundaron y consiguieron que se excitara.

Creía que quería un hombre esbelto y delgado, con tipo de gato y no de caballo de guerra. Pero después de la noche anterior, tras sobreponerse a la impresión de ver el desnudo cuerpo de Gareth, había cambiado de opinión. Había descubierto que no le disgustaban tanto los hombres corpulentos como había pensado.

Si acaso, estaba un poco preocupada por el tamaño de ciertas partes de él, pero no por el conjunto.

El tamaño sólo era un problema si el de su cerebro era pequeño. Cuando un hombre estaba bendecido por la inteligencia y el autocontrol, como evidentemente lo estaba Gareth, su tamaño físico no importaba mucho al fin y al cabo.

Sin embargo, ésa era otra lección que había aprendido de la forma más dura.

Recordó las demoledoras sensaciones que le había producido con sus besos y sus dedos. No era un zafio y torpe palurdo como Nicholas de Seabern. Era un hombre deseoso de ser paciente con una mujer.

Y, a pesar de que era verdad que Gareth no le había prometido amor imperecedero ni le había escrito poemas como Raymond, no era por ello menos honrado. No la había engañado deliberadamente como él.

Al otro lado de la cortina oyó de pronto un golpe seca, Clare estiró y atrajo hacia sí la colcha para poder sentarse contra las almohadas. Estaba claro que no podía esconderse así todo el día.

Sacó una mano y buscó con cautela la revuelta cama. *La puerta del infierno* no estaba. Sin duda volvía a estar cuidadosamente guardada en su funda.

Clare se estremeció al recordar cómo la había utilizado Gareth para dividir la cama. A partir de entonces, siempre que viera la espada, como seguramente haría todos los días de su vida, se acordaría de la locura que cometió la noche de bodas.

Sabía que muchos hombres habrían perdido los estribos ante la situación que ella había provocado. Algunos incluso habrían recurrido a la violencia.

Pero Gareth no. Era cierto que se había enfurecido, pero había sabido contener su enojo.

Se había casado con un hombre cuyo autocontrol estaba a la altura de su poderío físico.

Clare inspiró profundamente. En algún momento tendría que disculparse. Lo mejor sería hacerlo cuanto antes. No tenía por costumbre posponer sus deberes u obligaciones.

-Lamento mucho lo que ocurrió anoche.

-Yo también.

Deseó poder ver su cara. El tono de su voz era tan frío y seco que le resultaba imposible saber qué estaba pensando. Continuó con su disculpa.

-Soy consciente de que no cumplí con mis obligaciones como esposa. Tenía mis motivos, tal como te expliqué, pero esta mañana he llegado a la conclusión de que quizá no actué de la forma más razonable y lógica.

-En otras palabras, has decidido que los placeres de la pasión física son más interesantes que las alegrías de la confianza y la amistad.

-No, no quería decir eso en absoluto -replicó rápidamente-. Sigo queriendo que nuestro matrimonio se base en la confianza y la amistad. Lo que pasa es que hoy no estoy segura de si anoche conseguí consolidar esas dos cosas de la forma adecuada.

Gareth apartó las cortinas de improviso. Se quedó de pie observándola con un brillo incierto en los ojos. Clare se fijó en que se había puesto el jubón, pero seguía descalzo. Tenía los dedos cerrados sobre un objeto que no lograba ver.

-¿Me estás diciendo que durante la noche has logrado aumentar la confianza en tu marido? -preguntó despreocupadamente.

Clare dudó, consciente de que se estaba burlando de ella de liberadamente. Aquello le dolió, pero se serenó y se mostró digna.

-Me gustaría que empezáramos de nuevo. Estoy dispuesta a comportarme como una verdadera esposa y consumar este matrimonio.

-Eso no contesta mi pregunta.

-Confío en ti de muchas maneras, Gareth -confesó moviendo la mano con sinceridad para indicar la habitación y todo lo que ha_ía más allá de ella-. Confío en que protegerás esta casa. En que cumplirás tus obligaciones con mi pueblo. En que serás un señor sabio y generoso.

-¿Algo más?

Clare le sonrió esperanzada.

-Creo que es bastante para empezar.

-Sí, pero me darás más -aseguró Gareth estudiando su rostro-. Veo que has estado meditando el tema de nuestro matrimonio.

-He pensado en él horas y horas la pasada noche.

-Yo también estuve largo rato reflexionando sobre nuestro futuro y también tomé una decisión. Tus disculpas no harán que cambie de idea.

Clare lo miró con inquietud.

-¿Cuál?

-La espada permanecerá entre nosotros hasta que confies en mí plenamente, en especial como marido.

-¡Pero si confío en ti!

-No, no lo haces. Anoche dejaste bien claro que creias que era incapaz de controlar mis pasiones.

Clare se ruborizó.

-Me demostraste que estaba equivocada.

-¿Sí?

-Sí. Quiero pedirte disculpas por mi estupidez. Creí que estabas tan arrebatado por el deseo que olvidarías nuestro trato. Ahora sé que tienes un verdadero control sobre ti y tus emociones y que es muy difícil que te dejes influenciar por ellas.

-A este paso, tu forma de razonar hará que nos armemos un lío. Ya hablaremos en otra ocasión. Como ya estás despierta, levántate y vístete.

-Gareth, creo que deberíamos aclarar este tema.

-No, no estoy de humor para continuar esta estúpidaconversación esta mañana.

-Sigues ofendido por lo que hice anoche, ¿verdad?

Le hizo un gesto para que se levantara.

-Levántate. Como ya te he dicho, hablaremos del tema más tarde.

Ella seguía dudando y le asaltó una alarmante idea.

-¿Fue algo más que una ofensa lo de anoche? ¿Te herí porque creíste que te rechazaba después de darme tanto placer?

-¿Quieres salir de la maldita cama antes de que te saque yo de ella?

Clare lo miró confundida.

-¿Por qué tengo que hacerlo con tanta prisa?

La boca de Gareth se estrechó y esbozó la expresión de un hombre al que han engañado, pero que hace todo lo que puede por mantener la calma.

-He pensado que quizá podríamos dar un paseo juntos por los acantilados.

Clare se alegró.

-Eso sería maravilloso. Me encanta pasear temprano.

.-Ponte ropa de abrigo. La niebla se ha despejado, pero el aire sigue siendo frío.

-Así lo haré.

Clare saltó rápidamente de la cama. Sonrió tímidamente a Gareth y fue corriendo hacia la habitación en la que guardaba su ropa, aneja a la cámara principal.

Aquella sala estaba vacía a esa hora, a excepción de los habituales baúles y los cestos con hilos y agujas que las doncellas dejaban allí. Clare agradeció que fuera lo suficientemente temprano como para que ninguna de sus sirvientas estuviera trabajando.

Abrió la tapa de un arcón y estaba buscando un grueso vestido cuando se le ocurrió algo. Se lo puso delante y volvió rápidamente al dormitorio.

-A lo mejor prefieres montar a caballo en vez de pasear. Me gustó mucho nuestro... ¡Por santa Hermione! ¿Qué estás haciendo?

Gareth tenía una rodilla sobre la cama y estaba vaciando un frasquito en las sábanas. Levantó la vista, algo en la expresión de Clare debería de haberle puesto sobre aviso.

-Lo hago por ti.

-¿Por mí? -preguntó apuntándose con un dedo que temblaba por la furia-. Eso que llevas es sangre de pollo, ¿verdad?

-Clare, escúcharhe.

-¡Estás poniendo sangre de pollo en las sábanas!

-Sí. Me han dicho que es un sustituto muy usado para... bueno, ya sabes.

Clare cruzó los brazos por debajo de su pecho y entornó los ojos.

-Sé muy bien para qué se utiliza.

-Las criadas que vengan a cambiar las sábanas buscarán pruebas de la noche de bodas. Para esta tarde, los rumores sobre la sangre en ellas o su ausencia se habrán extendido por toda la isla. Lo sabes tan bien como yo.

-Así que lo que quieres es que tu honor siga inmaculado, ¿no?

-¡Por Dios! Es tu honor el que me preocupa. No quiero que nadie murmure sobre por qué no hay sangre en las sábanas.

-¡Ja! No me lo creo en absoluto. Es tu amor propio lo que te preocupa. No puedes soportar la idea de que nadie piense que has cargado con una esposa que se entregó a otro hombre antes de su boda, ¿verdad?

-¿Crees que se trata de mi amor propio? -preguntó incrédulo.

-Sí, eso es lo que creo.

Clare entró hecha una furia en la habitación, se agachó y sacó un cofrecillo que había bajo la cama en el que había escondido todos los frasquitos que le habían dado el día de su boda.

Gareth frunció el entrecejo cuando la vio abrirlo de un tirón.

-¿Qué estás haciendo?

-¿Quieres sangre en las sábanas? -preguntó con las ma nos llenas de frasquitos-. Pues la tendrás. De hecho, me encargaré de que haya toda la que un hombre pueda desear.

Gareth la observó inquieto mientras Clare se acercaba airada a la cama.

-Creo que tu genio te está haciendo perder la cabeza.

-No, mi señor. Te aseguro que en este preciso momento razono con toda claridad -dijo con una sonrisa melosa y acerada antes de subir y colocarse en el centro de la gran cama-. De hecho, me arriesgaría a decir que mis sentidos jamás han estado tan nítidos ni más despiertos que ahora.

Gareth miró la colección de frasquitos con la que estaba jugando.

-Entonces, ¿por qué tengo la impresión de que los dos vamos a lamentar lo que estás a punto de hacer?

-No puedo imaginarlo -respondió Clare, que había abierto el primer frasquito y lo mantenía en alto-. Mira, no eres el único que ha dudado de mi palabra de honor.

-Yo no dudo de ella, Clare. Sólo trato de protegerte contra los rumores.

-Anoche no hablabas en serio cuando me decías que con fiabas en mí. Estabas encantado de saber que eres una excelente compañía. Aquí va a sangre de pollo que gentilmente me entregó Beatrice la anacoreta.

Clare vació su contenido en las sábanas. La sangre, espesa y coagulada tras haber estado cerrada casi dos días, formó un repugnante charco rojizo en el centro, que casi ocultó las discretas gotas que había rociado Gareth.

Éste miró el asqueroso grumo y después volvió la vista hacia Clare con expresión de educada curiosidad.

-¿Has terminado?

-En absoluto. Acabo de empezar -dijo eligiendo otro frasco y levantándolo para que lo viera su marido-. Aquí tenemos el que tan amablemente me ofreció la priora Margaret. Estoy segura de que era de un pollo muy limpio, puede que hasta virgen

Clare lo vació haciendo una floritura, y la oscura sangre pasó a formar parte de la espantosa mancha.

Gareth se cruzó de brazos y se apoyó en una columna de la cama.

-El de mi amiga Joanna -anunció vaciando otro-. El de mi leal sirvienta Eunice -aseguró con sonrisa forzada mientras lo abría para añadir más sangre a la ropa de cama-. Y finalmente, aunque no por ello menos importante, el de mi antigua niñera, Agnes.

Clare seguía completamente indignada tras acabar con el último frasquito y lanzó a Gareth una mirada de desafiante triunfo.

-¿Es suficiente para satisfacer tu honor?

Gareth contempló el enorme y horripilante charco que empapaba las sábanas.

-No estoy seguro de lo que querías conseguir con esto, pero algo ha quedado muy claro. Nadie que vea estas sábanas pensará que anoche hice el amor con una virgen.

-¿Y qué pensarán?

-Que la maté.

-¡Dios mío! -exclamó mirando el horrible caos que había formado. Volvió a la realidad con la velocidad de un rayo. Se quedó petrificada en medio de la cama y levantó los ojos con gesto de impotencia para mirar a Gareth.

Éste sonrió.

-¡Por santa Hermione! ¿Qué he hecho?

El gris cristal de los ojos de Gareth brilló con creciente júbilo.

-No es nada divertido, Lobo Sanguinario. Es un desastre. ¿Cómo voy a explicar que haya tanta sangre?

La sonrisa de Gareth se convirtió en una mueca.

-Gareth, ayúdame. Te lo advierto...

Éste empezó a reírse.

Indignada de nuevo, cogió una de las almohadas perfumada con hierbas y se la lanzó. Le dio en el pecho y Clare cogió un segundo proyectil.

La risa de Gareth se transformó en una carcajada a pleno pulmón. Fue un sonido que surgió del fondo de su pecho y salió con la imparable fuerza de una cascada.

Clare abrazó la almohada contra su pecho y lo miró. Era la primera vez que lo veía reírse.

El glorioso ruido rebotó en las paredes de piedra e hizo eco en la habitación. Gareth descruzó los brazos, se agarró a una columna con una mano e hizo una reverencia sin dejar de reír.

Clare inclinó la cabeza hacia un lado y lo contempló con creciente incredulidad.

-Gareth, ¿ estás bien?

Sus carcajadas aumentaron y sus anchas espaldas temblaron.

Clare frunció la nariz.

-No es nada gracioso.

Otro ataque de risa contestó sus palabras.

-Calla -le pidió mirando nerviosa hacia la puerta-. Podrían oírte.

Gareth apoyó el antebrazo contra la columna y aulló de risa.

Clare empezó a sonreír muy a pesar suyo. Por alguna razón, la visión de Gareth desternillándose de risa era extrañamente gratificante.

-Me alegra que todo esto te divierta tanto. Dudo mucho que todos esos valientes pollos que murieron por mi honor se divirtieran tanto como tú.

-No -Gareth levantó la cabeza para mirada, pero no pudo contener otra carcajada-. Seguro que no lo hicieron, pero si te hubieran visto en este interesante dilema, se habrían sentido mejor. Te juro que seguramente esos pobres pollos se habrían sentido vengados.

Clare gruñó.

-¿Qué vaya hacer? Es una situación horrible. Todo el mundo hablará de ello. No puedo explicado. ¿Qué pensará la gente?

-Que la dueña de Deseo tiene unos gustos muy exóticos en la cama.

Clare frunció el entrecejo.

-Te recuerdo que estás tan metido en esto como yo.

-Sí, ya lo sé.

-A lo mejor pensarán que me hiciste algo horrible anoche... Y te culparán de ello.

-Lo dudo. Me imagino que quien cambie las sábanas sedará cuenta de que es sangre de pollo en cuanto la vea.

Clare gruñó.

-La gente pensará que ha sido una forma algo chapucera de hacerme pasar por virgen, ¿no?

-Sí, es lo más probable. En este tipo de cuestiones, como en muchas otras en esta vida, la discreción y la moderación son las claves del éxito.

Clare se dejó caer y se sentó a los pies de la cama. Se encogió poniendo las piernas contra el pecho y apoyó la mejilla en la mano. Observó pensativa el triste espectáculo que ofrecía la cama.

-Quedaré como una idiota, ¿verdad?

Gareth esbozó una sonrisa, sus ojos seguían brillando.

-Sí. Seguramente esta historia se convertirá en un animado tema de conversación para nuestro pueblo durante los próximos meses; puede que durante los próximos años.

-¡Por santa Hermione y su...!

Gareth levantó una mano.

-¡Por su virginidad no, te lo ruego! ¡Cualquier cosa menos eso!

-¡Por sus santas cejas! Es la situación más humillante de toda mi vida.

-No, mi señora. Espero que eso te suceda cuando te veas obligada a enfrentarte a un salón lleno de gente esta noche, durante la cena.

Clare se estremeció con sólo pensado.

-¿Qué vamos a hacer?

-¿Vamos? -preguntó Gareth arqueando una ceja.

-¡Toda la culpa es tuya! Si no me hubieras hecho perder los estribos, esto no hubiera ocurrido.

-Es posible -dijo Gareth con sorprendente amabilidad-. Quizás éste es el momento de empezar a demostrarte todas mis virtudes como marido.

Clare levantó la cabeza.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué vas a hacer?

-Urdir otro engaño -respondió Gareth dirigiéndose hacia el pasillo que llevaba a la habitación contigua-. Disculpa me, vuelvo enseguida.

-¿Qué estás haciendo? -gritó Clare.

-Ten paciencia. ¡Ya lo he encontrado! Este trapo me vendrá a las mil maravillas.

Clare observó inquieta a Gareth cuando éste regresó con un enorme trozo de tela en la mano.

-En primer lugar, secaré el exceso de sangre de pollo -afirmó mientras empezaba a frotar con la tela.

-¡Pero con eso no quitarás esta enorme mancha!

-No -respondió Gareth, que acabó su tarea y apretujó la empapada tela hasta convertida en una pelota-. Pero al menos la marca que ha quedado en las sábanas ya no se identificará tan fácilmente con los restos de varios pollos muertos. Ahora es una simple mancha rojiza que bien podría ser de sangre humana.

-¿De verdad lo crees? -preguntó Clare escéptica-. Creía que tenía que ser mucho más pequeña. ¡Ésta es monstruosa!

-Sí, al igual que esto -convino Gareth mientras abría el cofre que contenía sus objetos personales. Extrajo un saco de lona y metió en él el ensangrentado trapo-. Nos desharemos de esta prueba durante nuestro paseo matinal por los acantilados.

-¡Es un plan excelente! -Clare se alegró momentáneamente, pero después volvió a sumergirse en una profunda inquietud-. ¿Y qué hacemos con la enorme señal que ha quedado en las sábanas?

-Seguramente provocará comentarios -opinó Gareth mientras buscaba dentro del cofre-. Si no encontramos una explicación apropiada, la gente pensará que fui torpe y salvaje contigo.

-No dejaré que piensen eso, no sería justo.

-Gracias. Agradezco tu preocupación de esposa por mi buen nombre.

-No tiene importancia. ¿Cómo vamos a solucionar este problema?

Gareth se irguió sujetando una pequeña pero terrorífica daga.

-Propongo proporcionarles otra explicación por la cantidad de sangre que manchó las sábanas de nuestra noche de bodas.

Clare miró la daga horrorizada y se acordó de la predicción de Beatrice: «Correrá la sangre».

-No te entiendo...

-Pronto lo harás -Gareth se acercó a la chimenea, se arrodilló y atizó el fuego-. Una vez leí un tratado escrito por un médico árabe. Aseguraba que un cuchillo debe calentarse antes de utilizarse en cualquier tipo de operación.

-¡Gareth! -exclamó Clare levantándose alarmada-. ¡No! ¡No puedes...!

-Cálmate, no me dolerá.

-¡No te permitiré hacerlo! -gritó Clare dirigiéndose hacia él para detenerlo.

Demasiado tarde. En un abrir y cerrar de ojos, Gareth apartó la daga de las llamas y, rápida y limpiamente, se hizo un corte en el antebrazo.

Clare se llevó una mano a la boca al ver brotar la sangre de la profunda herida.

-¡Por santa Hermione!

Gareth levantó la vista.

-No tienes por qué preocuparte, Clare, es sólo un arañazo. Me han hecho heridas peores, te lo aseguro.

-¡Oh, Gareth!

-Te agradecería que fueras a la otra habitación y me trajeras un trozo de lino limpio que pudiera usar como venda.

-Gareth...

-Que sea grande -añadió-. Quiero que todo el mundo se fije en el vendaje.

-De acuerdo.

-Date prisa, por favor. No quiero manchar nada más que las sábanas.

Clare se liberó de la parálisis que la atenazaba. Giró en redondo y echó a correr hacia donde le indicó Gareth. Encontró lo que buscaba y volvió de inmediato al dormitorio.

Cogió un bote de ungüento de hierbas de una estantería y se acercó rápidamente a Gareth, que le esperaba en la cama.

-¿Cómo has podido hacer algo así? -gimió mientras le limpiaba la sangre del brazo-. ¿Qué vas a decide a la gente?

Gareth se encogió de hombros.

-Que tuve un accidente con mi daga.

Clare lo miró escéptica.

-¿De veras esperas que se lo crean?

-Lo harán si los dos tenemos la misma versión -dijo Gareth guiñándole un ojo con complicidad-. Tienes que darme tu palabra de que no la exagerarás ni alterarás de ninguna forma. Sobre todo, no dejes que te invada la honradez y confieses la verdad. Deja que yo me ocupe de todo. ¿Lo has entendido bien?

Clare notó el suave pero inflexible tono imperativo de sus palabras y reaccionó sin pensado.

-Sí, señor.

-Perfecto.

-Esto es horrible -susurró mirando la herida-. No deberías haber hecho una cosa semejante por mí.

-No es nada.

-Sí, es demasiado -dijo Clare aplicando el ungüento de hierbas en el profundo corte-. Juro que es el más noble, el más galante y el más glorioso acto de caballerosidad que nadie ha hecho jamás por mí.

Las comisuras de los labios de Gareth esbozaron una leve sonrisa mientras contemplaba cómo Clare le curaba el brazo.

-Como tu señor y marido, estoy muy contento de poder servir a mi señora.

-Eres muy generoso -lo alabó Clare envolviendo la herida con el trozo de lino-. Siempre estaré en deuda contigo. ¿Cómo podré pagarte un gesto tan noble?

-Estoy seguro de que algo se me ocurrirá.

CAPÍTULO 10

Ulrich estudió el vendaje de ropa que la manga recogida de la túnica gris de Gareth dejaba totalmente al descubierto.

-Son peligrosas las dagas, ¿no es cierto?

-Sí. -Gareth apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia delante para examinar el dibujo de isla Deseo que tenía extendido ante él-. Has hecho un excelente trabajo con este dibujo, Ulrich.

-Gracias -agradeció esbozando una sonrisa-. Lo he hecho rápidamente a partir de las notas que he tomado durante los tres últimos días. Lo iré mejorando a medida que me vaya familiarizando con la isla.

-Estoy satisfecho. El mapa nos será muy útil para planificar la defensa.

-A juzgar por los chismes que han circulado toda la mañana por esta mansión, quizá deberías preparar una defensa contra tu mujer.

Gareth dejó de mirar el mapa de pergamino.

-Fue un accidente, Ulrich.

-Sí. Lo que tú digas.

-Estaba entreteniendo a mi esposa, enseñándole algunos de los trucos que hago con la daga, y la maldita resbaló.

-¿Trucos con tu daga? -Ulrich lo miró pensativo-. ¿En el lecho nupcial?

-Sí.

-A veces ocurren accidentes.

-Sí.

-¿Es una costumbre local de Deseo hacer malabarismos con las dagas en la cama? -preguntó educadamente Ulrich.

-Es la costumbre de un hombre que ha tomado demasiadas copas de vino.

-Nunca te he visto beber la cantidad de vino suficiente como para volverte descuidado con tu daga.

-Tampoco me habías visto nunca casado.

-Es cierto.

-Hay una primera vez para todo, Ulrich.

-Quizás esto explica las risas que dicen que se han oído en la habitación nupcial esta mañana temprano.

-¿Risas? -Gareth le echó a su amigo una mirada burlona.

-Risas de hombre, o eso dicen los cotilleos, lo suficientemente fuertes como para que las oyeran un par de sirvientas que estaban fuera de tu dormitorio.

Gareth se encogió de hombros.

-Los sirvientes tienen tendencia a chismorrear. -volvió a mirar el mapa.

-Y tú, evidentemente, no sabes nada de esas risas -insistió Ulrich.

-Pues no.

-Nunca te he oído reírte de nada en toda tu vida.

Gareth ignoró el comentario.

-La mayor parte de Deseo está fortificada de forma natural por los acantilados.

-Sí.

-El único lugar donde se puede desembarcar es en el puerto de la aldea.

-Sí. Sin embargo, me fijé en que hay un par de pequeñas calas en este lado de la isla que quedan justo frente al canal de Seabern. -Ulrich señaló los puntos con el índice.

-¿Podría atracar una barca en alguno de los dos sitios?

Ulrich miró el mapa.

-Quizás un pequeño bote de pesca, aunque subir hasta lo alto del acantilado ya no sería tan fácil. Definitivamente, en ninguna de las dos calas podría desembarcar un destacamento de hombres a caballo, de modo que no hay motivo de preocupación.

-Normalmente, son pequeñas cosas las que hacen que un hombre tropiece y se caiga.

Los ojos de Ulrich lo miraron divertidos.

-¿Pequeñas cosas como las dagas?

-Sí. ¿La isla tiene alguna otra característica interesante?

-El joven William es muy observador. Me dijo que hay algunas cuevas en los acantilados, cerca de una de las calas.

Gareth frunció el ceño.

-¿Se podrían esconder armas u hombres?

-No. Al menos no durante más de unas horas. William dice que cuando sube la marea, las cuevas se inundan de agua.

-Bien. -Gareth miró el mapa-. Volvamos al tema de esta casa. El viejo muro de cerramiento de madera es débil y se curva en muchos puntos. Debemos sustituido.

-No hay prisa. Deseo no ha sufrido nunca una invasión y no parece que vaya a sufrir ninguna próximamente.

-Prefiero tomar precauciones

-Sí, siempre lo haces... Excepto en la cama, al parecer.

Gareth puso cara de fastidio.

-Quiero sustituir la vieja pared por una de piedra.

-Tendremos que contratar albañiles, y dudo que en Deseo haya alguno disponible.

-Los podemos traer de Seabern. Manda un hombre lo antes posible para ocuparse del tema.

-Sí, señor.

Gareth echó una última mirada al mapa.

-Una fortaleza natural. Hemos venido a una buena tierra Ulrich. -enrolló el mapa-. Una buena tierra.

-Dicen que esta mañana había una mancha de sangre muy grande en las sábanas nupciales -murmuró Ulrich-. Mucha más sangre de la que cabría esperar tras las actividades normales de una noche de bodas.

-Gran parte de la sangre era de mi herida, la maldita sangraba como un pollo degollado.

Ulrich sonrió.

-Gareth, tú y yo hemos sido como hermanos durante más de diez años, me puedes contar la verdad.

-¿Sobre qué?

-Sobre tu pequeño accidente con la daga. ¿ Qué pasó en realidad? ¿Es verdad que tu mujer se sintió ofendida por tu forma de amar e intentó rechazarte con tu propia daga?

Garreth frunció el ceño.

-¿Eso es lo que cuentan los chismes?

-Es uno de los rumores que corren -respondió Ulrich arqueando las cejas-. Hay otros, pero éste es el más interesante. Si yo supiera la verdad, podría acallarlos. Gareth

se encontró con la mirada chispeante de su amigo. -Te estoy contando la verdad, fue un accidente.

-¡Por Dios, que soy tu viejo compañero de armas! ¿Recuerdas? Sé cómo manejas las armas, y no esperes que me 'crea que te cortaste el brazo accidentalmente con tu propia daga mientras jugabas a hacer de malabarista en la cama.

-Como tú mismo dijiste, los accidentes ocurren. -Gareth hizo una pausa-. Especialmente en el lecho nupcial.

Ulrich volvió a protestar por lo bajo.

-Bien, si así lo quieres, así lo tendrás.

Un golpe en la puerta interrumpió a Gareth antes de que pudiera contestar.

-Adelante.

La pesada puerta de madera se abrió lentamente para desvelar las caras ansiosas pero decididas de William y Dallan.

-Buenos días, señor -dijo William. Llevaba un pequeño trozo de pastel de carne en la mano.

-Buenos días. -Gareth echó una ojeada al pastel. William lo ocultó rápidamente detrás de la espalda y miró inquietamente a Dallan. Estaba claro que esperaba que su compañero le ayudara.

Dallan tragó saliva. Tenía gotas de sudor en la frente y abría y cerraba los puños entre los pliegues de la túnica.

-Veníamos para hablar con usted, señor. -Miró directamente a Ulrich-. En privado.

Gareth miró a Dallan. El juglar estaba claramente aterrado, pero no huiría de la confrontación. Según la experiencia de Gareth, sólo había una cosa que podía fortalecer el débil coraje de un hombre hasta tal punto: una mujer.

-Entiendo que esta conversación tratará sobre lady Clare, ¿verdad? -preguntó en voz baja.

Dallan pestañeó varias veces rápidamente.

-Sí, señor.

William miró fijamente a Gareth.

-¿Es verdad que la pasada noche ella le hizo un corte en el brazo con una daga porque usted intentaba hacerle daño, señor?

Gareth se dio unos golpecitos en el muslo con el mapa enrollado.

-¿Es lo que ella os ha contado?

-No, señor -empezó William con entusiasmo-. Ella dice...

-La señora dice que fue un accidente -interrumpió Dallan-. Afirma que usted la estaba distrayendo con unos juegos de malabarismo y que la daga resbaló y le hizo un corte en el brazo. Pero yo no me lo creo.

-¿Qué crees tú que ocurrió?

-Creo que usted la atacó y ella se vio obligada a defenderse. Nos ha contado muchas veces que no le gustan los caballeros grandes, arrogantes y dominantes. Dice que son torpes maleducados, y que no tienen el alma de los poetas.

Ulrich carraspeó.

Gareth mantuvo la mirada fija en Dallan.

-¿Dudas de la explicación de tu señora sobre mi herida?

Dallan cerró los puños. Sus ojos huraños y resentidos reflejaban miedo, pero no se hizo atrás.

-Creo que tiene miedo de alarmamos con la verdad, señor. Es como si intentara protegemos a William y a mí.

-¿Protegeros de qué? -preguntó Gareth.

-De usted -apuntó William-. Dallan dice que estamos arriesgando nuestras vidas viniendo a hablar de este modo con usted. Dice que se enfadará, pero que debemos hacerla para proteger a lady Clare.

Gareth dejó el mapa, se apoyó en la mesa, cruzó los brazos y, por un momento, reflexionó en silencio. Nadie se movió. El mutismo se impuso en la sala.

-No estoy enfadado -dijo finalmente.

William suspiró aliviado y sonrió.

-Yo no creía que se enfadara. -sacó el trozo de pastel de carne escondido y comió un buen bocado-. Le dije a Dallan que seguramente usted no le había hecho daño a Clare.

-Aprecio la confianza que me tienes -dijo Gareth-. ¿Cómo estás tan seguro de que no hice daño a tu señora?

William masticó.

-Yo veo que está bien, con su buen humor habitual. Ahora mismo está en el taller, como cada tarde.

-Excelente razonamiento, William -aprobó Ulrich.

William se vanaglorió.

-Lady Clare dice que soy muy inteligente.

-Es cierto -confirmó G,areth-. No le hice daño a tu señora anoche. -miró a Dallan. -Sin embargo, nuestro juglar no está de acuerdo. ¿Qué propones, Dallan? ¿Me retas a un combate?

William lo miró estupefacto.

-¿Un combate? -chilló.

-¿Por qué no? -Gareth miró la cara de Dallan-. Así es como se solucionan los asuntos cuando está en juego el honor de una dama. ¿Prefieres espadas o dagas, Dallan?

Dallan lo miró como si estuviera a punto de marearse.

-Señor, yo... Es que mi señora nunca me dejaría luchar contra usted.

-No hace falta preguntar a Clare sobre este tema -indicó Gareth-. Es un asunto entre hombres, ¿verdad?

-Bueno...

-Yo prefiero las espadas. -Gareth lanzó una ojeada al vendaje del brazo-. Como puedes ver, carezco de habilidades con la daga. He tenido algún que otro accidente.

Dallan palideció.

-Se está burlando de mí, señor.

-Ah, ¿sí?

-Yo no puedo retarle -farfulló Dallan-. Me mataría en un segundo.

-Tienes razón -afirmó Gareth-. Tú eres más torpe con la espada que yo con la daga. Quizá deberíamos poner remedio a eso.

La expresión de Dallan fue como la de la liebre que ve que el halcón se abalanza sobre ella.

-¿Qué quiere decir?

-No traje a muchos de mis hombres para defender esta isla -explicó Gareth-. No todos quisieron abandonar el lucrativo negocio de apresar bandidos para convertirse en jardineros. Ni mi escudero, Bradford, quiso acompañarme a Deseo.

-Supongo que apresar bandidos es muy emocionante -dijo William con aire pensativo.

-No, es un trabajo como cualquier otro, aunque admito que es más peligroso que otras profesiones -contestó Gareth-. Y no puedo negar que está bien pagado si eres competente. Pero ocurre lo mismo con la elaboración de perfumes.

-Sí. -William lo miró vacilando ante aquella equiparación de oficios.

-Sin embargo, no son los asuntos económicos de Deseo lo que más me preocupa -continuó Gareth-, ya que de eso se encarga lady Clare. Yo debo velar por la seguridad de estas tierras y de la gente que vive en ellas y, para tener una buena defensa es necesario que todos los hombres de esta casa aprendan a usar las armas.

-Lady Clare dice que los caballeros y los hombres de armas son un incordio -arguyó William.

-Sí. -Dallan pareció recuperar la osadía-. A lady Clare no le interesan los hombres que se ganan la vida con la espada. Dice que su hermano, Edmund, murió a causa de su pasión enfermiza por los torneos. Para ella, estas actividades son estúpidas, y cree que los hombres que se dedican a ellas no están bien de la cabeza.

Ulrich sonrió fríamente a Dallan y a William.

-A vuestra señora quizá no le gusten los guerreros, pero fue lo bastante hábil como para escoger un marido que creyó capaz de defender sus tierras y a su gente.

-No tuvo otra opción -balbuceó William.

Gareth le lanzó una mirada irónica a Ulrich. Era cierto y ambos lo sabían. Sin embargo, por alguna razón, aquella mañana Gareth descubrió que no le gustaba oído decir en voz alta.

-Sean cuales sean las razones -siguió Ulrich-, parece que lady Clare sabe cómo sacarle provecho a un hombre que sabe manejar la espada.

William comió otro trozo de pastel.

-Mi madre dice que lady Clare siempre antepone sus obligaciones para con su pueblo a cualquier otra cosa.

-Es una pena que lady Clare tenga que sacrificarse por nosotros -comentó Dallan de forma insolente-. ¡No es justo!

-Ya basta -dijo Gareth apaciblemente-. Lo hecho, hecho está. A mí sólo me queda ganarme mi manutención y eso es lo que pienso hacer.

Dallan preguntó con cautela.

-¿Qué quiere decir?

-Como he dicho, para defender estas tierras es necesario entrenar adecuadamente a todos los hombres sanos de esta casa.

William seguía masticando.

-Aparte de usted y su hombre de armas, no hay ningún otro hombre capaz en esta casa, señor.

-Tú pareces estar en forma, Wílliam -dijo Gareth-. ¿Cuántos años tienes? ¿Diez?

-Sí.

-Pues ya es hora de que empieces un entrenamiento de caballero. Cuando yo tenía tu edad, ya practicaba regularmente con la lanza y la espada.

-¿Yo? ¿Un caballero? -William cogió aire y se atragantó con un trozo de pastel-. No, señor, no es posible. -empezó a toser.

Ulrich cruzó la habitación y le dio una palmadita en la espalda a William.

-La primera cosa que debe aprender un futuro caballero es comer sin atragantarse.

Los ojos de William se humedecieron. Masculló, se recuperó y consiguió tragarse el pastel. Respiró entrecortadamente.

-Lady Clare y mi madre nunca permitirán que me entrene para ser un caballero.

-¿Por qué no? -preguntó Gareth.

-Porque soy débil.

Dallan miró a Gareth.

-Tiene razón. Nunca permitirán que el pequeño William practique estas técnicas.

-Lady Clare y lady Joanna no deben preocuparse por el entrenamiento de William. Estas cuestiones son responsabilidad mía. -Gareth miró a Dallan de arriba abajo. -¿Y tú? ¿Cuál fue tu entrenamiento?

-¿Cómo?

-¿Aprendiste alguna cosa útil antes de coger el arpa y empezar a componer baladas irritantes sobre jóvenes caballeros que traicionan a sus señores?

Dallan lo miró aterrado.

-Mi anterior señor era un erudito.

-¿Un erudito?

-Sí. -Los ojos de Dallan iban de un lado a otro como si estuvieran buscando un sitio donde esconderse-. Me crió para ayudarle en sus estudios.

-¿Era un caballero? -preguntó Gareth.

-Sí, y un gran caballero. Incluso fue a las cruzadas, pero creyó que no había motivo para enseñarme las habilidades caballerescas. -los labios de Dallan temblaron-. Dijo que yo era un debilucho torpe y que no valía la pena enseñarme ese tipo de artes.

-¿Te criaste en la casa de un erudito?

-Sí. -Dallan se secó el sudor de la frente con la manga.

-¿Tu padre te mandó a vivir a casa del erudito? -indagó Gareth.

-Mi padre ni siquiera sabe que existo -puntualizó Dallan bajando el brazo-. No sé cómo se llama. Soy un hijo bastardo, señor.

Gareth se encontró con la mirada furiosa y angustiada de Dallan y comprendió tanto el miedo como la furia que sentía el joven.

-Parece que tú y yo tenemos algo en común.

Era evidente que Dallan no quería escuchar aquellas palabras.

-Por lo menos usted sabe el nombre de su padre. Thurston de Landry es un gran señor. Yo no sé nada del hombre que me engendró, excepto que era un caballero de camino a un torneo, que encontró a mi madre sola en un campo, la raptó y la dejó embarazada. Siguió su camino y nunca volvió a por nosotros.

-No eres el único producto de este tipo de relaciones -señaló Gareth-. Debes encontrar tu lugar en el mundo. Como mínimo tendrás la satisfacción de saber que todo lo que consigas lo harás por ti mismo. Descubrirás que para un bastardo es muy útil saber manejar una espada.

-Tengo intención de vivir como juglar, o quizá como erudito -replicó Dallan-. No quiero hacer carrera partiendo cabezas ni librando las batallas de otros hombres.

Gareth captó la mirada de Ulrich.

-Parece que la mala opinión de lady Clare sobre los hombres de armas se ha extendido por toda la casa.

La sonrisa de Ulrich apareció y se apagó.

-Eso parece.

-Veremos si podemos hacer que cambie de opinión. -Seguro que encontrarás la manera -manifestó Ulrich-, como siempre.

Gareth volvió a centrar su atención en Dallan.

-¿Fue tu madre quien lo arregló para que te acogieran en casa del erudito que mencionaste?

Dallan lo negó con la cabeza. En sus ojos volvió a aparecer aquella mirada inflamada.

-Mi madre me quería, nunca me hubiera echado de casa, pero murió cuando yo tenía ocho años. Al poco tiempo, mi tía me vendió a mi señor, quiero decir, a mi anterior señor.

Gareth frunció el ceño.

-¿Te vendió?

-Sí -sentenció Dallan apretando los labios. -Él me intercambió por unas monedas de oro. Quería a un chico sano e inteligente para enseñarle a ser su ayudante.

-Ese erudito... -dijo lentamente Gareth-, ¿era un maestro severo?

Dallan se estremeció como si le hubieran dado un azote.

-Él no tolera... quiero decir, no toleraba ningún error.

-¿Estás en Deseo porque te has escapado de su casa? -preguntó tranquilamente Gareth.

-No. -Dallan parecía muy asustado-. No, no me escapé. Siempre obedecía las órdenes de mi señor. -sus ojos mostraban una expresión fría-. Siempre. Pero él nunca estaba satisfecho. Nunca. No podía complacerle a pesar de que intentaba hacerlo lo mejor que podía. Daba igual lo que hiciera, no podía complacerle.

William tocó el brazo de Dallan con un gesto torpe.

-Dallan, recuerda lo que dijo lady Clare.

-Sí. -Dallan respiró profundamente. Sus ojos volvieron a enfocarse.

-¿Qué dijo lady Clare? -preguntó Gareth.

Dallan puso cara de pocos amigos. El miedo de sus ojos había desaparecido.

-No es importante.

-Dijo que Dallan debía recordar que ahora estaba a salvo -explicó William-. Cuando llegó aquí no podía dormir por las noches y estaba muy nervioso.

-¡Eso no es verdad! -dijo Dallan entre dientes.

-Sí, sí que es verdad. -William se giró hacia Gareth-. El pobre Dallan saltaba al mínimo sonido. Un día yo le sorprendí en la entrada del estudio de Clare y casi se desmaya, ¿es verdad o no, pallan?

-¡Cállate! -Dallan se volvió furioso hacia William-. ¡Ya es suficiente! Mi salud no es asunto de lord Gareth.

-Sí que es asunto mío -replicó Gareth-, de la misma forma que es asunto mío el estado de salud de todos los hombres que están a mis órdenes. Sólo los hombres sanos pueden desempeñar correctamente sus tareas.

-Mi salud es excelente -aclaró Dallan levantando la barbilla en un desafío-. Y yo no estoy a sus órdenes.

-Sí lo estás, igual que lo está William. -Gareth se separó de la mesa-. Lo primero que tenemos que hacer es evaluar vuestro nivel. Ulrich, llévate a estos dos futuros caballeros al patio e inícialos en su carrera. William y Dallan deben empezar inmediatamente a practicar con las armas.

-Sí, señor -dijo Ulrich dedicándole una sonrisa a William. -¿Estás preparado, muchacho?

William parecía deslumbrado.

-¿Voy a aprender a utilizar una espada?

-Exacto. -Ulrich pasó al lado de William y le alborotó el pelo. -Y también aprenderás a cuidar de la armadura y del caballo de guerra ya defender tu hogar. ¿Crees que disfrutaras aprendiéndolo?

-¡Sí! -William lo miró con admiración-. ¡Disfrutaré mucho!

-Pues andando. -Ulrich miró a Dallan-. Tú también, juglar.

-No, no nos pueden forzar a aprenderlo. -Dallan lanzó una mirada desesperada a Gareth-. Lady Clare nunca lo permitirá.

El entusiasmo se desvaneció en los ojos de William.

-Tiene razón, señor. Lady Clare nunca nos permitirá empezar un entrenamiento para ser caballeros.

-Lady Clare quería un marido que se encargara de defender su isla -contestó Gareth-, y tiene uno que lo puede hacer. Confío en que tendrá el suficiente sentido común como para dejarme cumplir mi tarea.

-Clare, ¿de verdad estás bien? -Joanna levantó la vista del ramillete de lavanda y menta que estaba atando con una cuerda.

-¡Claro que estoy bien! -Clare se puso de puntillas para colgar otro ramillete boca abajo en el tendedero.

El largo cobertizo donde estaban trabajando ella y Joanna era uno de los talleres construidos contra el muro. Estaba lleno de ramos de flores y hierbas en distintas fases de elaboración. La mayoría, como los de lavanda y menta, los estaban dejando secar. Una vez terminado este proceso, los transformarían en perfumes siguiendo las fórmulas de Clare.

Algunas de las complejas mezclas hechas a base de flores y hierbas secas se utilizarían para rellenar bolsitas para los armarios. Otras las introducirían en pequeños frascos diseñados para perfumar las habitaciones y otras las combinarían con aceite y miel para elaborar perfumes, lociones y bálsamos.

A Clare le encantaba el secadero. A menudo paseaba por aquel cobertizo como lo hacía por el jardín, disfrutando de una fragancia tras otra. Le encantaba cerrar los ojos en medio de los ramos olorosos y crear perfumes mentalmente, de la misma forma que Dallan componía baladas. Al fondo del cobertizo había un recipiente de tamaño considerable donde se mezclaban en grandes cantidades las flores y las hierbas secas siguiendo las instrucciones de Clare.

Hoy, el recipiente estaba lleno de pétalos secos de rosas tempranas, lavanda, menta y romero. Clare aún estaba pensando en la mezcla, deliberando si debía añadir aceite de canela o aceite de clavo para fijar la fragancia.

Una vez tomada la decisión, los materiales secos se introducirían en miles de pequeñas bolsas exquisitamente bordadas y, en pocos días, se llevarían a la feria de primavera de Seabern, junto con el nuevo lote de jabones que estaban terminando. Los venderían a comerciantes.

-He estado preocupada por ti -dijo Joanna.

-¿Por qué? -Clare colgó otro ramillete de lavanda en un gancho del tendedero.

-Toda la mañana han corrido rumores por la casa. Y seguro que a estas alturas ya habrán llegado al pueblo.

-Soy consciente de que todo el mundo está ansioso por conocer los detalles de mi noche de bodas -farfulló Clare-, pero no tengo intención de hablar de ello. Hay asuntos que sólo conciernen al marido y a la mujer.

-Clare, debes saber que no es normal que el marido aparezca con una venda en el brazo la mañana después de su boda. -Joanna le lanzó una mirada de exasperación-. ¿Qué pasó en realidad ayer noche?

-Fue un accidente.

-¿Realmente utilizaste la daga del Lobo Sanguinario para intentar defenderte de su abrazo?

-No, claro que no. ¿Es eso lo que dicen los rumores? -preguntó Clare.

-Sí -suspiró Joanna-. Sabía que no te hacía mucha gracia cumplir con los deberes de esposa, pero no pensaba que hicieras algo tan atroz como apuñalar a tu marido la noche de bodas. ¿Cómo se te ocurrió?

-No lo hice.

-Lord Gareth debe de estar muy enfadado contigo. -Joanna se estremeció al pensado-. Es un milagro que no te golpeara. -en su rostro se dibujó una expresión de alarma-. ¿O sí lo hizo?

-¡No seas ridícula, Joanna! ¿Parece que me hayan pegado?

-No.

-¿Crees que yo toleraría tal actitud?

-No, pero es un hombre fuerte, Clare, mucho más fuerte que tú.

-No olvides que en el pasado ya supe cómo defenderme de hombres fuertes.

-Sí, pero lord Gareth no es un necio como sir Nicholas.

-Y por eso estoy muy agradecida. -Clare echó una mirada por encima del hombro-. Joanna, la noche pasada no utilicé la daga de mi marido en contra suya. No hubo necesidad. Sir Gareth tuvo un comportamiento de lo más caballeroso.

Clare se sintió reconfortada al pensar que Gareth se había hecho un corte en el brazo para protegerla de la humillación y el chismorreo. Nunca un hombre había hecho algo tan caballeroso por ella, ni tan siquiera Raymond de Coleville.

Era injusto que Gareth fuera objeto de tanta especulación y parloteo. Después de su noble acción, merecía algo mejor aunque, por desgracia, no podía contárselo a Joanna.

-Un accidente haciendo malabarismos -murmuró Joanna.

-Sí.

-Perdona, Clare, pero cuesta creerlo.

-Pregúntaselo tú misma a lord Gareth si no me crees.

-Sabes perfectamente que yo nunca podría hacer tal cosa. No cabe duda de que, si lo hiciera, él confirmaría tu versión de la historia, de la misma forma que tú estás confirmando la suya. Por alguna razón vosotros dos parecéis ser uno solo en este asunto.

Joanna tenía razón, pensó Clare. Más razón de la que Clare se había imaginado hasta aquel momento. De algún modo, intencionado o no, Gareth había conseguido ganarse a Clare Con un comportamiento completamente inesperado.

Los dos compartían un secreto, un secreto de lo más íntimo. Un secreto que, en cierto sentido, era tan íntimo como la manera en que él la había tocado la noche anterior.

Clare se quedó inmóvil, con la mano fría acariciando un ramillete de lavanda y rosas. Miró, sin vedas, las hileras de flores y hierbas que colgaban del techo.

A ella le pareció evidente que Gareth sabía lo que hacía cuando se hizo un corte en el brazo por ella. A lo mejor lo había planeado todo, incluso la forma en que cambiarían los sentimientos de ella respecto a él.

Clare recordó que era muy bueno calculando cuidadosamente cada paso. Sin embargo, aun siendo consciente de ello, aquel gesto en particular había sido muy galante. Además, no pudo haberlo planeado, pensó. Era imposible que Gareth conociera la existencia de los frascos de sangre de pollo que le habían dado el día de su boda. Él había ido al lecho conyugal con su propio equipo.

Otro gesto calculado y, decididamente, muy bien planeado. ¿Qué honor le preocupaba más, el de ella o el suyo propio?, dudó Clare. Sabía muy poco sobre el Lobo Sanguinario.

-¡Por la túnica de santa Hermione! -dijo entre dientes-. ¡Todo era tan confuso!

Joanna miró hacia fuera.

-¡Ah! Ahí está William. Va hacia los establos, creo. Últimamente pasa demasiado tiempo con los hombres de Gareth, Clare, estoy preocupada.

-Ya lo sé, Joanna, pero no creo que sea ningún problema.

-Dallan está con él... Me pregunto qué tramarán.

-No tengo ni idea.

-¡Ay, Dios! -Joanna apartó la lavanda y se levantó.

-Joanna, ¿qué ocurre?

-Ranulf y sir Ulrich les han dado un escudo a William y a Dallan. -Joanna estaba de pie en la entrada, con la mano en la garganta-. ¡Y espadas de madera! Clare, creo que les van a enseñar a manejar las espadas.

-Cálmate, Joanna. Probablemente Ulrich y Ranulf sólo les estén enseñando el equipo. Sabes que a William le interesan mucho estos temas.

-Ya, bueno, a tu juglar no le interesan y también está ahí fuera.

-¿De veras? -Clare se frotó las manos, fue hacia la puerta del cobertizo y echó una ojeada al patio soleado.

No cabía duda sobre lo que estaba sucediendo. William y Dallan estaban de pie, agarrando los escudos y las espadas de madera. William parecía ansioso, Dallan, enfadado y resentido.

Clare vio a Gareth paseándose por el patio para contemplar la lección.

Ranulf levantó el escudo y habló con William, que, a su vez, levantó con entusiasmo la espada de madera y dio un golpe feroz al escudo de Ranulf.

Joanna gritó. Se volvió y miró acongojada aClare.

-Es obvio que lord Gareth ha ordenado que William y Dallan se entrenen con las armas. Debes detenerle, Clare, por favor.

-No creo que les haga ningún daño, Joanna.

-Mi hijo es demasiado débil para este entrenamiento. ¡Debes parado ya!

-Mmmm...

-¡Clare, haz algo, eres la señora de esta casa! Diles que dejen de hacer tonterías peligrosas.

Clare miró a Gareth con la desagradable sensación de que la Situación se le había escapado de las manos.

Era un hecho que confirmaba repentinamente su decisión. Ella era la señora de Deseo, recordó. Ella era quien daba las órdenes.

-Debo hablar inmediatamente con Ranulf y sir Ulrich. -Clare se recogió la falda y se dirigió a grandes zancadas hacia el patio.

CAPÍTULO 11

-Clare, tengo que hablar contigo -dijo Gareth cuando Clare pasaba rápidamente por delante de las escaleras de la casa solariega.

Habló con voz queda, sólo para sus oídos, aunque el tono iba cargado con la gravedad de una orden.

Clare aparentó no haberlo oído. No se atrevía a volverse para mirarle. Sería más fácil ignorarlo si parecía que no le había visto allí derecho en los escalones.

-Por favor, tengo que hablar contigo. -esta vez la voz de Gareth tenía un tono ligeramente amenazante.

Clare apretó los puños en los pliegues de la falda, pero se resistió al instinto que la impulsaba a obedecer aquella orden sutil.

-¡Diablos, sabía que me lo pondrías difícil! -Gareth empezó a bajar los escalones.

Clare no le hizo el menor caso. Era su casa y ella estaba al mando. No tenía intención de dejar que Gareth tomara el control. Sin embargo, en aquel momento, comprendió exactamente cómo había llegado a tener éxito como líder. Su voz tenía una autoridad innata que indudablemente haría detener a cualquiera.

En realidad, a cualquiera excepto a otra persona que también estuviera acostumbrada a mandar.

Clare pensó que ella también podía dar un aire de autoridad a sus palabras si la situación lo requería. Lo había hecho desde que tenía doce años.

-¡Ulrich! -Clare sonrió fríamente mientras Ulrich volvía la cabeza-. ¿Qué está pasando aquí?

-Practicamos con la espada, señora. Lord Gareth ha ordenado que William y Dallan empiecen su entrenamiento con armas. -la mirada de Ulrith pasó de Clare a algún punto situado justo detrás de ella.

Clare supo que Gareth estaba cruzando el patio hacia donde ella estaba.

Dallan y William la miraron a ella y después a Gareth. No fueron los únicos que dejaron lo que estaban haciendo para ver lo que iba a ocurrir.

La decepción nubló la expresión de William.

-¡Lady Clare, por favor, diga que puedo continuar! Iré con mucho cuidado. Le prometo que no saldré herido.

Los ojos de Dallan centelleaban con satisfacción vengativa. Miró triunfante a Gareth, que casi había alcanzado aClare.

-Sabía que no permitiría que nos obligaran a aprender estas habilidades tan peligrosas, señora. Siempre ha dicho que sólo los duros de mollera emplean sus energías en peleas y torneos.

-¿Por qué no se me consultó sobre este asunto? –Clare se detuvo frente a Ulrich y le lanzó una mirada de advertencia. Gareth estaba sólo unos pasos por detrás.

Tenía que actuar con rapidez o él tomaría la iniciativa.

Ulrich miró por encima de su cabeza y se encontró con los ojos de Gareth.

-Supuse que mi señor estaba a cargo de estos temas.

-Lord Gareth puede hacer lo que le plazca contigo y con el resto de sus hombres, pero William y Dallan forman parte de mi hogar y yo me encargo de su bienestar.

-Sí, señora -murmuró Ulrich. Había un atisbo de regodeo en sus ojos.

-¡Sálvenos, señora! -gimió Dallan con voz lastimera.

-¡Déjenos practicar, lady Clare! -le rogó William-. Yo quiero aprender a usar la espada para ayudar a defender esta hacienda. Lord Gareth dice que necesita más hombres entrenados.

-Sí. -Gareth ya estaba al lado de Clare-. Nunca hay suficientes hombres bien entrenados.

Alargó la mano y cogió el brazo de Clare, un gesto que los curiosos, a buen seguro, consideraron una muestra de afecto del marido. Sin embargo, Clare era plenamente consciente de la inflexibilidad de sus dedos. No le hacía daño, pero la sujeción era firme.

-Dallan y William no están a tu cargo -expuso. -Creo que aquí hay un malentendido. -La mirada de Gareth era cortés pero inflexible-. Vamos a aclarado inmediatamente. Si quieres venir conmigo, te lo explicaré todo.

Clare frunció el ceño.

-Lo dudo. No he dado mi permiso para que Dallan y William entrenen con armas.

-No, pero yo he dado el mío, o sea que así está bien.

Clare abrió la boca sorprendida.

-Tú no tienes derecho a...

-Respecto a mis derechos, creo que es mejor que los discutamos en privado. -Gareth miró a Ulrich-. Seguid con la práctica de la espada mientras le explico el tema a mi esposa.

-Sí, señor. -Ulrich se volvió hacia William y Dallan-: Prosigamos, muchachos. Tenemos mucho trabajo que hacer SI tenemos que transformaros en caballeros de provecho.

-¡Lady Clare! -gimió Dallan corno un cachorro abandonado-. ¿No nos va a salvar?

La mano de Gareth apretó con fuerza el brazo de Clare antes de que pudiera responder.

-Sigue con el entrenamiento, Juglar. ¿Quién sabe? Si trabajas duro a lo mejor aprendes a salvarte solo de situaciones desagradables y así no tendrás que esconderte nunca más detras de las faldas de una mujer.

Dallan se sonrojó. Sus ojos brillaban de furia e impotencia.

Gareth no le prestaba atención. Condujo a Clare de vuelta al secadero.

-Gareth, ¿cómo has podido hacer una cosa así? -preguntó bruscamente Clare.

-Es la verdad. El chico debe hacerse un hombre. En este caso, cuanto antes, mejor.

-¿Por qué dices eso?

-El joven Dallan me dijo que era un hijo bastardo. Sospecho que se escapó de la casa donde lo criaron. Está solo en el mundo, más solo de lo que piensa. Y es ansioso por naturaleza.

-Sí, pero...

-Si quiere sobrevivir debe aprender a cuidar de sí mismo. Por lo que he oído de su infeliz poesía, no puede depender de su habilidad con el arpa para abrirse camino en este mundo.

Clare oyó la cruda convicción en la voz de Gareth, que desbarataba con tino el resto de su airado discurso.

-Sabes de lo que hablas, ¿verdad?

-Sí. A diferencia de Dallan, yo tuve la ventaja de crecer en la casa de mi padre. Sin embargo, sigo siendo un hijo bastardo y no hay nada que pueda cambiar eso. Un hombre que nace sin nombre debe hacerse su propio nombre.

La frialdad de sus palabras fue muy reveladora para Clare. Gareth, efectivamente, se había criado en casa de su padre, pero nunca se había sentido bien recibido en aquel hogar.

Ella, por lo menos, siempre había tenido isla Deseo, pensó. Hasta en los tiempos más difíciles, había tenido un hogar, un lugar donde la gente la quería y la necesitaba, un lugar al que pertenecía.

.Se resistió a un impulso extraño, casi irresistible de acariciar el rostro de Gareth y decide que ahora él también tenía un hogar, pero sabía que él no agradecería la compasión.

-Me place tu preocupación por mi juglar. Pero Dallan esta a salvo en Deseo -dijo con tono enérgico.

-¿De verdad?

-Claro que sí, y William también. Nunca ha habido violencia en esta isla. Nunca nadie ha tenido que defender ni la mansión ni el pueblo. La única razón por la que necesitamos una compañía de hombres armados es para proteger los envíos que mandamos fuera.

Gareth apretó los labios.

-Soy consciente de que ves mi papel en la isla muy limitado. Sin embargo, es mi deber protegerla, y debes permitirme tomar las decisiones relativas a estos asuntos.

Clare le lanzó una mirada vacilante preguntándose si le había ofendido de algún modo.

-Seguro que no necesitas la ayuda de William y Dallan para defender la isla.

-¿Quién sabe? Debemos estar preparados para cualquier situación.

-Sí, pero...

-Clare, sé razonable. El joven William necesita hacer ejercicio, está en peligro inminente de morir asfixiado por su buena madre, o de transformarse en un grasiento pastel de carne de cerdo.

Clare sabía que tenía razón, pero le costaba admitirlo por que hacerla significaría abandonar la batalla.

-No te discutiré que William necesita más actividad física empezó con severidad-. No obstante...

-También necesita el consejo de un hombre, igual que Dallan.

Aquello era el colmo.

-Sé que últimamente el joven William se ha convertido en la sombra de sir Ulrich, pero Dallan ha estado siempre muy contento en esta casa.

-Demasiado. -Gareth parecía preocupado. -Creo que el juglar está aferrado a tus faldas y salta al mínimo ruido porque su anterior señor lo atemorizó de mala manera. Para combatir ese miedo, debe adquirir confianza en su propia habilidad para defenderse solo.

Clare le lanzó una mirada contrariada. Era evidente que Gareth había analizado la situación con todo detalle y estaba confirmando algunas de las conclusiones a las que ella misma babía llegado.

A pesar de ello, Clare sabía que había otro tema mucho más importante implícito en la conversación. Tenía que ver con la cuestión de quién daba las órdenes en la casa.

-No te negaré que a William y a Dallan les iría bien el consejo de un hombre -dijo Clare con cautela-. Y estoy de acuerdo en que el ejercicio ofrece un gran beneficio para restaurar los humores del cuerpo. Sin embargo, no por ello es necesario que los chicos sufran el entrenamiento peligroso y riguroso de un caballero.

-Estarán a salvo bajo la tutela de Ulrich..

-Joanna se preocupará.

-Se acostumbrará a la situación. No obstante, no es eso lo que estamos tratando, ¿verdad?

-No. -Clare se detuvo y se volvió para quedar frente a él-. Aclaremos algo. Yo tomaré las decisiones que afecten a los miembros de esta casa.

La mirada de Gareth era tan inexpresiva como el cristal de su espada.

-Clare, comprendo que durante mucho tiempo te has el cargado sola de esta casa y de estas tierras.

-Así es -alegó con una mirada desafiante.

-Obviamente estás acostumbrada a cargar sola con las responsabilidades.

-¡Exacto!

-Pero ahora ya no estás sola.

-No es necesario que me lo recuerdes -replicó-, soy perfectamente consciente de ello.

Gareth se sorprendió.

-Fuiste tú quien escribió a Thurston de Landry para pedir un marido que puediera ofrecer protección a tus tierras.

-¿Y qué? No tuve elección.

-Creo que ya tienes lo que pediste.

-No exactamente.

-Sí, es verdad, ya has dejado claro que yo no reúno todos los requisitos de tu maldita receta.

Clare deseó no haberse ido de la lengua.

-No era eso lo que quería decir.

-Sí era eso, pero no importa. Muy poca gente logra conseguir lo que quiere. -Gareth apoyó la mano en la empuñadura de la espada-. Debemos aprovechar lo que nos mandan los vientos de la fortuna.

Probablemente, tampoco ella era la esposa de sus sueños, pensó Clare.

-Estaba tratando de decir otra cosa.

-Igual que yo. Para serte sincero, quizás yo no sea lo que tú pediste, pero soy el único marido que tienes. Permíteme desempeñar mis tareas sin interferencias.

-¿Qué tiene que ver el entrenamiento de Dallan y William con defender estas tierras?

-¡Clare! -llamó Joanna.

Clare miró hacia el taller. Joanna salía por la puerta del secadero y corría hacia el patio.

-¡Debes detenerles! -gritó Joanna con urgencia-. William todavía está jugando con aquella espada.

-Yo me encargaré -contestó Gareth tranquilamente.

-Joanna es mi amiga -replicó Clare-. Yo me encargaré.

-Como marido tuyo y señor de estas tierras, debo rogarte que me apoyes en esto. -de pronto, la mirada de Gareth se volvió fría e inflexible-. Te advierto, por nuestro propio bien, que no me lo discutas delante de Joanna.

-¡Por todos los santos! Esto es demasiado.

-Si tú y yo no estamos unidos en nuestras decisiones, provocaremos confusión y descontento entre nuestro pueblo. ¿Es eso lo que quieres?

«Nuestro pueblo.»

Las palabras retumbaron en los oídos de Clare. Tenía que aceptar que ahora los habitantes de Deseo estaban vinculados a Gareth. Sabía que tenía razón al insistir en que, como señor y señora de aquellas tierras, debían estar unidos.

-Me has pillado en otra de tus astutas trampas -murmuró unos segundos antes de que Joanna llegara-. Ten cuidado, algún día me vengaré.

-Ya te has vengado y ha sido una buena venganza. Soy un marido que todavía no ha tenido noche de bodas.

Le lanzó una mirada aplastante mientras Joanna se movía ansiosamente frente a ellos.

-Clare, ¿por qué no ordenaste a Ulrich que interrumpiera los entrenamientos? -preguntó Joanna-. William podría resultar herido en cualquier momento. Mira cómo mueve la espada de madera.

Clare se armó de valor.

-Lord Gareth cree que este entrenamiento les hará bien a William y a Dallan. El señor y yo hemos discutido el asunto y hemos llegado a la conclusión de que él tiene razón. Yo estoy de acuerdo con su decisión.

-¿Estás de acuerdo? -Los ojos de Joanna se abrieron de puro asombro.

Clare no se atrevía a mirar a Gareth. Si en aquel momento lo veía sonriendo triunfante no estaba segura de poder evitar estrangularle.

-He dado mi consentimiento para que enseñen a William y Dallan las artes caballerescas -confirmó Clare-. Como método para hacer ejercicio, claro -se apresuró a añadir.

-Pero tú nunca has aprobado este tipo de actividades, ni tan siquiera por el bien de la salud -insistió Joanna-. Después de la muerte de Edmund, me aseguraste que no querías volver a oír el sonido de una lanza mientras vivieras.

Clare se estremeció.

-Por aquel entonces estaba destrozada.

-Sin duda, la profunda pena que mi esposa experimentó al morir su hermano le impedía considerar de forma objetiva los beneficios del ejercicio -argumentó Gareth.

Joanna parecía desconcertada.

-Cierto, en aquel tiempo estaba triste y melancólica, pero yo la oí decir claramente que el entrenamiento de un hombre para llegar a ser caballero es una idiotez.

Clare vio el brillo en los ojos de Gareth y se ruborizó.

-Por aquel entonces, mi esposa no conocía lo saludable que es para los jóvenes entrenar y hacer ejercicio -continuó Gareth-. Se lo he explicado y está impaciente por que William y Dallan empiecen.

-¿Qué beneficios? -Joanna le lanzó una mirada suplicante-. William podría hacerse daño.

-También podría herirse subiendo a un manzano o cayéndose por las escaleras, pero no es probable -replicó Gareth con una dulzura sorprendente-. Tu hijo está más seguro bajo la vigilancia de sir Ulrich que en su propia cama.

-William es de constitución débil-insistió Joanna-. Este tipo de entrenamiento y ejercicio le dejarán exhausto.

-Un ejercicio debidamente supervisado fortalecerá su constitución y alineará sus humores. He visto muchos ejemplos de chicos débiles cuya salud ha mejorado con actividad regular y vigorosa.

-No estoy muy segura. -Joanna miró a Clare en busca de ayuda.

Clare intentó sonreír para alentada.

-Debemos confiar en que mi marido y sir Ulrich saben lo que hacen, Joanna. Los dos tienen una gran experiencia en estas cuestiones.

-Experiencia capturando bandidos, no educando a jóvenes -lanzó Joanna desesperadamente.

-No -contestó Gareth-. Durante años he entrenado a los hombres que han estado bajo mis órdenes. Igual que Ulrich. Sabemos lo que hacemos.

Joanna los miró y su visible agitación pareció disminuir. No parecía muy conforme, pero se daba cuenta de que estaba frente a los señores feudales. De un modo extraño, parecía que aquello la reconfortaba.

-Bien, si estáis seguros de que William no resultará herido, supongo que estará bien probar un programa de ejercicios.

-¿Por qué no discutes los detalles del entrenamiento de William con sir Ulrich durante la cena? -le sugirió Clare-. Creo que contestará a todas tus preguntas.

La cara de Joanna se iluminó.

-Sí, eso haré. Sir Ulrich es un caballero muy amable y educado. y muy culto.

-Será un ejemplo excelente para el joven William y para Dallan. -los ojos de Gareth brillaban-. No es el típico, caballero duro de mollera, mal educado y con mal carácter.

Clare alzó la mirada al cielo y pidió fuerzas a santa Hermione.

-Sí, es posible que sir Ulrich sea una buena influencia para William. -Joanna inclinó la cabeza con educación hacia Gareth-. Perdone señor, creo que debo ir a ver el entrenamiento.

-Hazlo desde lejos -le aconsejó Gareth-. Si no, distraerás la atención de tu hijo y el ejercicio no será tan beneficioso.

-De acuerdo.

Clare observó a Joanna mientras se dirigía hacia las escaleras de la casa para reunirse con otros observadores que se habían congregado para presenciar el entrenamiento.

-Bien hecho -murmuró Gareth-. Sé que no te ha resultado fácil, pero ya es hora de que dejes de mimar al chico. No lo puedes proteger eternamente.

Clare entornó los ojos a causa del brillo de la luz del sol y se volvió hacia Gareth.

-Esta vez te ha salido bien, espero que estés satisfecho. La próxima vez me consultarás antes de tomar cualquier decisión que afecte a los hombres que están a mi cargo, ¿ha quedado claro?

-Ahora, tú y yo debemos compartir la responsabilidad de tomar las decisiones que afecten a la gente de estas tierras, Clare.

-Con mayor razón debes discutir los asuntos conmigo antes de tomar estúpidas decisiones.

Gareth volvió a cogerla del brazo y la llevó hacia el secadero.

-Creo que sería mejor acabar esta conversación en privado. Ya he sido objeto de demasiadas especulaciones y chismes por hoy.

La mirada de Clare se fijó en la venda del brazo. El sentimiento de culpa se apoderó de ella.

-Estoy al corriente, y no sé cómo decirte cuánto lo siento.

-Inténtalo.

-¿Perdón?

-Digo que intentes decirme cuánto arrepentimiento te ha hecho sentir mi acto de sacrificio personal. -Gareth la hizo entrar con prisa al interior aromatizado y oscuro del cobertizo.

-¿Me estás tomando el pelo? -preguntó con recelo.

-No. -Gareth se detuvo justo dentro del cobertizo e inspeccionó las largas hileras de flores que colgaban de los tendederos. -De modo que aquí es donde produces la riqueza de Deseo.

-Sí, éste es uno de mis talleres.

-Me gustaría ver el resto de las instalaciones. –Gareth empezó a caminar tranquilamente por un pasillo flanqueado por varios bancos. Se detuvo frente a un tarro lleno de flores de saúco, pétalos de rosa y musgo de roble.

Sacó un puñado de mezcla y se lo acercó a la nariz.

-Dulce. Rica. Sin duda la fragancia de una mujer. ¿Una de tus recetas más rentables?

-Sí. Se venderá bien en la feria de primavera. -Clare se puso en jarras y empezó a dar golpecito s con el pie mientras Gareth iba hacia otro cuenco.

-Me gusta ésta -dijo mientras cogía otro puñado de ingredientes secos y se lo llevaba a la nariz-. Limpia y fresca. Huele a mar.

Clare cruzó los brazos.

-Es una mezcla de especias y menta que usan mucho los hombres ricos de Londres.

Gareth asintió con la cabeza y devolvió la mezcla al cuenco. Paseó alrededor de la hilera de mesas donde estaban expuestos varios ramilletes de flores secas.

-¿Y éstos?

-Violetas, rosas y raíz de orquídea. Las combino con cerade abeja para crear bálsamos perfumados. Dos veces al año, los mando hacia las tierras del sur. Es bastante popular.

Gareth miró hacia la puerta que estaba al final del cobertizo.

-¿Qué hay en el taller contiguo?

-Es el lugar donde elaboro los aceites aromáticos. Ahí trabajo con flores y hierbas frescas en vez de secas. Creo que intentas distraerme.

-¿Crees que mi interés por tu trabajo no es normal? -Gareth estaba de pie junto a la puerta del otro taller.

-En estas circunstancias sí.

Gareth abrió la puerta y entró en la habitación.

-No puedes culparme por ser curioso. Ahora que he dejado el negocio de cortar cuellos, mi fortuna está en tus manos. -se detuvo justo en medio de la habitación-. Huele como si todas las flores del mundo estuvieran aquí.

Clare frunció el ceño y se apresuró a seguido.

-Ya te dije que este taller está lleno de pétalos frescos y otros ingredientes.

Gareth caminó hacia una inmensa urna tapada y la destapó. Olió el contenido.

-¡Diablos! Esto marea a cualquiera.

-Aceite de rosas -explicó Clare.

-¿Y esto? -Gareth levantó otra tapa.

-Una mezcla de aceites compuesta de lavanda fresca, clavos y muchos otros ingredientes. Perdóname si dudo de tu interés por mis creaciones. Los dos sabemos que estás intentando evitar una discusión.

-Una pelea. -Gareth olió el aceite de lavanda y clavo.

-¿Cómo?

-Estoy intentando eludir una pelea. -colocó la tapa de nuevo e inspeccionó tres frascos que había encima de la mesa-. ¿Qué hay en estos recipientes?

-Miel, cera de abeja y vinagre. -Clare aguantó su pronto con una encomiable fuerza de voluntad-. Mezclo varias flores y hierbas en esta solución para crear distintas lociones y cremas. No quiero discutir contigo pero...

-Excelente. -Gareth destapó el tarro de miel-. No me gustan las peleas. -tocó una prensa grande y pesada hecha de madera y hierro-. ¿Qué es este aparato mecánico?

-Lo utilizo para extraer el aceite de la canela y las rosas. Es un diseño árabe.

-¿Dónde lo conseguiste?

-Pertenecía a mi padre. Lo descubrió en su último viaje a España. Estaba empaquetado en una de las arcas llenas de libros y otros artículos que me mandó antes de morir.

Gareth golpeó uno de los tornillos de hierro. Su expresión denotaba una gran curiosidad.

-Fascinante.

-Por desgracia, la prensa está rota. No la he podido reparar.

-Quizás yo pueda hacer algo. He estudiado algunos de los ensayos árabes traducidos que describen aparatos mecánicos.

-¿De verdad? -De repente, Clare estaba intrigada. Aquélla era una faceta desconocida de Gareth.

-Sí. -Gareth sacudió una de las bisagras de la prensa.

-Entonces creo que te gustaría visitar los talleres de mi padre. Están al otro lado del patio. Los he mantenido cerrados desde que se marchó de Deseo hace un año. Están repletos de cosas que descubrió en sus viajes.

-Me gustaría ver los talleres de tu padre.

-Bien, pues debería darte las llaves. Quizá también disfrutes leyendo el libro que escribió. Lo tengo en el estudio.

-¿Escribió un libro? -Gareth parecía impresionado.

-Es una colección de recetas y tratados que tradujo del árabe. Por desgracia, no era un escribiente excesivamente diestro y cuesta un poco leerlo.

-Estoy deseando empezar.

Clare se exasperó al darse cuenta de que Gareth había desviado su atención del tema que les ocupaba.

-En estos momentos, no obstante, mi intención es discutir sobre nuestra unión.

-Como hombre que ha sobrevivido por saber decidir cuándo luchar y cuándo envainar la espada, te puedo decir que no te interesa esta discusión. En todo caso, no ahora.

-¿Por qué? -le retó.

-A veces es mejor no enfrentarse directamente a un problema.

-Tanta discreción me deja atónita. Creía que preferías la guerra abierta.

-No. Yo ya he librado demasiadas batallas.

-Debes excusarme si dudo de tu afirmación.

-Pues es la verdad. -Gareth la miró por encima de la prensa-. Preferiría inhalar los vapores de tus perfumes antes que pelearme contigo.

-Ésta es una pelea que no se puede evitar. Vamos a solucionar este asunto y lo haremos ahora.

-Que así sea. Si ésta es la batalla que quieres, la tendrás.

Clare lo miró incómoda.

-Dejemos claro quién da las órdenes en Deseo.

-Sí. -Gareth caminó hacia otra urna y miró dentro-. Lo primero que debes plantearte, es que yo no soy tu empleado, ya que no has contratado ni mis servicios ni mi espada. Soy tu marido.

-Es difícil olvidado. Estoy intentando acostumbrarme a ser una esposa correcta, pero me lo estás poniendo muy difícil.

-Tú no estás facilitando las cosas tratándome como si fuera un simple guardián a tu servicio.

-¡Por la túnica de santa Hermione! Yo no te trato como si fueras un guardián a mi servicio. -Clare estaba indignada-. He intentado mostrarte el respeto que se le debe a un marido y creo que lo he hecho en todos los sentidos.

-¿Es así cómo ves la situación? ¿Crees que te he forzado a mostrarme respeto?

-Sí, eso es exactamente lo que creo.

Gareth se apoyó de espaldas contra la mesa y cruzó los brazos.

-¿Y yo qué? ¿No he aceptado yo los mismos compromisos? ¿Crees que es fácil para mí acostumbrarme a ser marido?

-No veo que hayas tenido que superar grandes dificultades.

-¿Te hago una lista? -Gareth levantó la mano y enumeró las quejas con los dedos-. Desde el momento en que llegué, me dejaste claro que yo no era lo que habías pedido.

-No te esperaba -masculló Clare.

Gareth la ignoró. Levantó otro dedo.

-Anunciaste delante de todo el mundo que no tenías la intención de ser una buena esposa.

-Accedí a compartir el dormitorio contigo.

-Te negaste a consumar el matrimonio en nuestra noche de bodas.

Clare estaba indignada.

-Te dije esta mañana que lamentaba tal decisión. Fue un error por mi parte no cumplir con mi obligación ayer. -respiró hondo-. Estoy preparada para hacerla esta noche.

Le lanzó una mirada burlona.

-¿Tu obligación? Me perdonarás si no muestro un gran entusiasmo por hacer el amor con una mujer que cree que siendo forzada a cumplir en el dormitorio.

Clare ya había oído bastante. Caminó ofendida por el pasillo y se detuvo frente a él.

-¿Por eso te negaste a consumar el matrimonio cuando te di la oportunidad esta mañana? ¿Has perdido el entusiasmo por la labor?

Gareth entornó los ojos.

-¿Me culpas?

Clare estaba fuera de sus casillas.

-Si no sientes el menor entusiasmo, tenemos un problema gordo, ¿verdad?

-¿Qué problema?

-Tengo entendido que, a diferencia de una mujer, un hombre no puede cumplir con sus obligaciones maritales de no ser que muestre algún grado de entusiasmo por la tarea.

-¿Quién te contó eso?

-La priora Margaret -contestó triunfalmente Clare.

-¡Ah! -exclamó Gareth.

-¿Discutes su afirmación? -preguntó Clare.

Gareth se encogió de hombros.

-No. Tiene razón.

-¿Qué vas a hacer si no puedes recuperar tu entusiasmo? Quizá tendremos que anular el matrimonio.

Gareth se quedó peligrosamente quieto.

-De modo que ése es tu plan. Quieres ponerle fin a esta unión antes de que haya empezado.

Clare lo miró a los ojos y vio el humo de los fuegos del infierno. Sin embargo, estaba envuelta en las llamas de su propia ira y no pudo controlar sus palabras.

-Una anulación pasaría a ser una necesidad si no puedes tener el suficiente entusiasmo como para llevar a cabo tus tareas maritales.

-La buena priora se olvidó de comentarte un factor trascendental sobre el entusiasmo de un hombre, milady.

-¿Y cuál es, milord?

-A veces lo despiertan las cosas más extrañas. -Gareth sonrió lentamente-. A veces, por ejemplo, basta con una buena pelea.

Clare leyó demasiado tarde la advertencia en sus ojos. Dio un paso hacia atrás, pero no fue lo bastante rápida.

Gareth la tomó en brazos, caminó hacia el taller y la soltó justo encima de una urna llena de flores y hierbas.

Clare gritó mientras se hundía en la masa olorosa. Los pétalos de rosa y las hojas de lavanda volaron por el aire. La envolvió la intensa fragancia de las flores frescas.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, él saltó dentro. La boca de Gareth cubrió la suya mientras el peso la presionaba hacia la montaña de pétalos dulces y olorosos.

CAPÍTULO 12

Clare se sentía abrumada por el peso del cuerpo de Gareth, le enmarañaba el cabello con las manos, su boca era feroz, cálida, apremiante. Su olor, más que el de los pétalos entre los que estaba enterrada, hacía que le diera vueltas la cabeza.

Se olvidó de la pelea, de los insultos y de la indignación que había sentido unos momentos antes. Volvieron los recuerdos sobre la manera en que Gareth la había tocado la noche anterior y creció la excitación. La euforia la hizo estremecer. Quería volver a sentir aquellas sensaciones maravillosas.

Gareth separó los labios.

-Te felicito, señora. No conozco a nadie más que me provoque de la manera en que tú lo haces. Ahora deberás sufrir las consecuencias.

Clare buscó sus ojos.

-¿Estás realmente enfadado conmigo?

-En este momento no sé exactamente cómo me siento. -la voz de Gareth era dura, oscura y peligrosa-. Sólo sé que cuando haya acabado con esto no se hablará más de la anulación.

Ella se estremeció.

-Yo no he pedido la anulación. Sólo me he limitado a sacar el tema para insinuarte que quizá no podrías cumplir en el lecho.

-Pronto descubrirás que siempre intento cumplir Con todo. -Gareth volvió a besada y su lengua le invadió la boca.

Clare apretó los dedos entre su pelo como respuesta a aquel beso profundo. Pensó que quizás estaba intentando intimidarla o asustada un poco, pero era imposible. Ella ansiaba sus caricias, y la evidente pasión de él avivaba sus sentimientos.

Clare sintió cómo la pierna de Gareth se hundía entre sus muslos. Después levantó la rodilla abriéndola a sus caricias. Cogió las faldas de la túnica y del vestido y se los subió hasta la cintura. Clare se estremeció y tensó las manos entre el pelo de Gareth. Se arqueó al notar sus dedos.

-Estás húmeda como las rosas tras la lluvia. -Gareth parecía turbado. La acarició como lo había hecho la última noche, la acarició hasta que la sintió temblorosa y desesperada.

Clare se aferró a él, su voz era un grito suave de demanda.

Enlazó su pierna con la de él, pidiendo más.

-¿Por qué, en nombre de todos los santos, desperdiciamos la noche de ayer? -susurró Gareth con voz tensa y jadeante-. Fui un loco. -delicadamente, introdujo un dedo dentro de ella.

Clare gimió y apretó su cuerpo contra el de él.

-Fue culpa mía. Estaba confusa, pensé que quería esperar.

-Tú estabas confusa y yo fui un idiota. Vaya pareja. -Gareth la colmó de besos desde el cuello hasta el hombro. Investigósu interior con un segundo dedo.

-¡Oh! -jadeó Clare-. ¡Ah!

-Tan tenso. Un suave botón sin abrir.

-¿Esto hace disminuir tu entusiasmo? -preguntó ella ansiosamente.

Él gimió y bajó la cabeza para besar la curva de su pecho.

-No, no.

Ella sonrió aliviada.

-Me alegro.

-Dudo seriamente de que las fuerzas combinadas del Cielo y el infierno pudieran hacer disminuir mi entusiasmo en este momento.

Clare lo notaba estrechándola, haciéndola sentir más húmeda de lo que ya estaba. Ella estaba temblando de necesidad. La mágica tensión que había experimentado la pasada noche se revolvía en su interior otra vez. Se sentía inquieta e impaciente ante la expectativa.

-Date prisa -dijo mordisqueándole la oreja-. Por favor, date prisa.

Gareth levantó la cabeza y la miró. Sus ojos eran tan misteriosos como la niebla que a veces cubría Deseo.

-¡Me he casado con una tirana!

-Debes perdonarme, ya te dije que estoy acostumbrada a estar al mando.

-En tal caso, tus deseos son órdenes. -Gareth se aflojó la ropa, dejando libre su virilidad erecta.

Clare alcanzó a ver su miembro estimulado mientras se centraba entre sus piernas. En vez de inspirarle excitación, experimentó un breve temor de incertidumbre.

-Quizá deberíamos intentar disminuir un poco tu entusiasmo antes de continuar.

-Es demasiado tarde para que algo pueda disminuir mi entusiasmo.

-No quería ofenderte. No es culpa tuya que no tengas el tamaño adecuado. -lo abrazó con fuerza y le besó el cuello-. Estoy segura de que encontraremos una solución.

-Sí.

-Gareth, yo estoy muy excitada.

-Lo noto. -Él le cubrió la boca con la suya y empezó a empujar.

Clare, esperando una sensación parecida a la que había experimentado cuando él le introdujo los dedos, estaba asustada por su dureza.

Él presionó más y ella, más que asustada, estaba pasmada.

-¡Gareth!

-Confía en mí.

-Espera, debemos hablar más de este tema -chilló Clare.

-Fue la discusión del tema anterior lo que nos llevó hasta este punto.

-Sí, pero...

-Confía en mí, Clare -susurró.

Se preparó y se juntó al cuerpo de Gareth como si se estuviese preparando para bajar al mismo infierno.

-Estoy lista -dijo con valor.

-No será tan malo. -empujó más. Empezó a sudar-. Por lo menos, espero que no sea difícil.

Clare cerró los ojos y los apretó fuerte.

-Avísame cuando se haya terminado.

Él articuló una exclamación extraña, medio ahogada.

-Sí, intentaré acordarme de avisarte.

Clare sintió que estaba tenso y percibió que su respiración sonaba como si se estuviera preparando para una peligrosa batalla. Entró dentro de ella, envainando hasta la empuñadura con un convincente movimiento.

El impacto de aquella entrada dejó a Clare sin voz ni respiración. Cuando se recuperó, arañó la espalda de Gareth. Estaba furiosa, sentía que le habían robado el placer estremecedor que ella esperaba.

-¡Joanna tenía razón! ¡Esta parte del matrimonio es un fastidio!

-Estáte quieta un momento. -Gareth parecía tan agitado como ella-. Estáte quieta, te he dicho. Deja de retorcerte.

Clare abrió los ojos y lo miró con mala cara.

-Pensé que tendría la mismo sensación que ayer noche.

-La tendrás -Gareth estaba luchando para mantener el control-. Con el tiempo.

-¡Santo cielo! ¡Me has engañado, Lobo Sanguinario!

-No, es sólo que no tengo experiencia con vírgenes.

-Sabía que eras demasiado grande -se quejó-. Lo supe desde el primer momento en que te vi.

Gareth le dio pequeños besos dulces, persuasivos, en la nariz y en las mejillas.

-Perdóname, Clare. No quería hacerte daño.

Las disculpas la calmaron un poco.

-La verdad es que no me has hecho mucho daño. Ahora ya no me duele, pero me alegro de que se haya acabado.

-Clare...

-Ahora debes parar. Seguro que este matrimonio ya está consumado. Ya no debes temer que pida la anulación.

-Por última vez, no te muevas. -Gareth recalcó cada palabra minuciosamente.

-Sólo intentaba encontrar una posición más cómoda.

-Yo me encargaré de tu comodidad.

-¿No saldrás?

-Aún no.

Ella estaba decepcionada.

-¿Esto significa que todavía no has acabado con tu tarea?

-Sí -Empezó a deslizarse hacia fuera lentamente y con cuidado.

-Ahora entiendo por qué es difícil que un hombre tenga el entusiasmo suficiente para este tipo de cosas una noche tras otra -murmuró Clare.

-Ayudaría si la mujer no cotorreara continuamente durante el esfuerzo.

-¡Uy! -Clare estaba desilusionada-. Mis disculpas -dijo fríamente-. No quería interferir en tu concentración. Sólo intentaba...

-¡Diablos, basta ya! -Gareth le selló la boca con la suya. Al mismo tiempo se introdujo lentamente dentro de ella, llegando hasta el límite.

Clare gimió, pero no de dolor.

Gareth se retiró casi completamente y repitió el proceso.

Una vez, y otra.

Cada embestida estaba cuidadosamente calculada, realizada con el control más insoportable. Las líneas rígidas de la cara de Gareth y los músculos tensos de su cuerpo no necesitaban interpretación. Era un caballo de guerra tirando de las riendas conteniendo la fuerza y temblando por entrar en batalla.

Clare aguantó la respiración y cerró los ojos. Tras unos momentos, se dio cuenta de que los movimientos lentos no eran desagradables.

Sentía el sudor en la espalda de Gareth, empapando su casaca. A pesar del esfuerzo, su entusiasmo no parecía disminuir en absoluto.

Clare abrió los ojos cuando él le subió las piernas hacia sus hombros. Antes de que pudiera protestar por la nueva posición, él movió la mano hacia abajo, entre los dos cuerpos, y la acarició. Sin previo aviso, la tensión la envolvió otra vez.

-Gareth.

-Té dije que confiaras en mí.

Cogió el pequeño bulto hinchado entre el pulgar y el índice y lo acarició suavemente.

Clare gritó. Gareth amortiguó el sonido con su boca. Ella le clavó las uñas y se dejó llevar por los maravillosos laberintos de placer que la invadían.

Casi no percibió el grito rasgado de satisfacción de Gareth. Se mezcló con sus propios gritos mientras se hundían más profundamente en el mar de pétalos de flores.

Al cabo de un rato, Gareth abrió los ojos. Se estiró lujuriosamente, incapaz de recordar haberse sentido tan bien en su vida.

Miró entornando los ojos el pétalo de rosa que se había posado en su nariz. Sopló y lo miró mientras volaba por el aire.

Estaba prácticamente enterrado en flores olorosas.

Sonrió.

El olor embriagador de la montaña de flores se entremezclaba con otro olor terrenal, que lo llenaba de satisfacción. Había hecho de Clare su esposa, en todos los sentidos. Ya no se hablaría más de anulación.

La montaña de flores se removió y cambió de forma. Él volvió la cabeza y observó cómo Clare se sentaba, se arreglaba el vestido y se sacaba los pétalos del pelo.

Cuando se dio cuenta de que él la estaba mirando, le sonrió tímidamente. No dijo nada.

-Ahora puedes hablar, no quería silenciarte para siempre. -Gareth se movió para quitarle un pétalo amarillo de la manga.

Clare sonrió.

-No sé qué decir.

-Ni yo tampoco. -Gareth pasó la mano alrededor del cuello de Clare y la atrajo hacía él para darle un largo beso.

Clare se inclinó más. Su pelo, que olía a hierbas frescas, caía sobre la cara de Gareth. Sus dedos descendieron por el pecho y el cuerpo de Gareth que, en respuesta, se sintió vibrar.

-Creo que tu entusiasmo se ha vuelto a despertar.

-Creo que tienes razón. -Gareth envolvió el puño entre su melena y la atrajo hacia él.

Un súbito golpe en la puerta del taller asustó a Clare. Se levantó y se sentó otra vez rápidamente.

-Señor, ¿estás aquí? -gritó Ulrich-. Ha llegado el herrero.

-¡Por todos los demonios! -Gareth se levantó de mala gana-. Mejor que salga o a la hora de cenar todo el mundo sabrá lo que hacíamos aquí dentro.

Clare frunció el ceño.

-No crees que adivinaran que nosotros...

-Sí.

Se sonrojó ligeramente.

-¡Por Dios! ¿Es que últimamente no saben hablar de otra cosa?

-Debes afrontar el hecho de que los detalles de nuestro matrimonio siempre serán de gran interés para todos los habitantes de estas tierras.

-Me gustaría que nuestra gente encontrara otro tema de qué hablar.

-Dudo de que lo hagan hasta que no dejemos de ofrecerles entretenimientos tan interesantes. -Gareth salió de la urna de flores.

Se percató de que Clare se había referido a los habitantes de Deseo como «nuestra gente». Era una buena señal.

-¿Señor? -Ulrich volvió a gritar-. ¿Estás ahí dentro?

-Sí -respondió Gareth-. Ahora salgo. -se volvió para ayudar a salir a Clare del montón de flores.

Era una visión excepcional. La miró momentáneamente cautivado. Saliendo de los pétalos dulces y olorosos, parecía una criatura mágica emergiendo del lecho de un bosque.

Después vio la pequeña mancha en su vestido y la tocó con la mandíbula apretada.

-¿Te he hecho mucho daño?

-No. -Clare sacudió los pétalos pegados a la falda-. Vete. Tienes asuntos que atender. Yo tengo que arreglarme el vestido.

Gareth no podía apartar los ojos de su rostro resplandeciente. Ahora era suya. Le pertenecía como no le había pertenecido a otro hombre, ni siquiera a Raymond de Coleville, su ideal de caballerosidad.

Quizá Clare amó al tal De Coleville, quizás aún lo amaba, pero no se había entregado a él. Se había mantenido virgen para su señor y marido, el Lobo Sanguinario de Wyckmere.

«Sé bien cómo proteger lo que he conseguido con mi esfuerzo», pensó Gareth con repentina determinación. «Y te vay a proteger, señora de Deseo.»

-Ya le olvidarás, Clare -dijo en voz alta.

Ella le lanzó una mirada interrogante.

-¿Olvidar a quién?

Ulrich golpeó otras tres veces a la puerta.

-¿Debo decide al herrero que se marche y regrese más tarde, señor?

-No, ya voy. -Gareth se alejó de la vista de Clare cubierta de flores. Caminó hacia la puerta, la abrió y salió a la luz del día.

-¿Y bien, Ulrich? ¿Dónde está nuestro herrero? -Gareth cerró rápidamente la puerta para que su amigo no viera aClare.

-En los establos. -la mirada de Ulrich era divertida-. Has estado mucho tiempo en los talleres. No sabía que estuvieras tan interesado en los misterios de los perfumes.

Gareth empezó a andar cruzando el patio.

-Ya me conoces, Ulrich, siempre estoy interesado en saber cómo funcionan las cosas.

Ulrich se puso a su lado.

-Sí, tú siempre hurgas en los más pequeños detalles.

-Tengo ciertas responsabilidades como señor de estastierras.

-Sí. -Ulrich le lanzó una mirada avispada.

-Sólo un estúpido no intentaría familiarizarse con el funcionamiento interno de la fuente de sus futuros ingresos.

-Nadie te ha llamado estúpido, señor -puntualizó Ulrich-. Quizá bastardo, Lobo Sanguinario, hijo del demonio, guardián de la *Puerta del infierno*, pero nunca estúpido.

Algunas personas se volvieron para mirar a los dos hombres que cruzaban el patio. Gareth frunció el ceño al advertir que algunos mirones volvían rápidamente la cabeza. Tenía la profunda sospecha de que estaban disimulando una sonrisita.

Esta sospecha se confirmó cuando Gareth sé dio cuenta de que John Blacksmith lo miraba con la boca abierta de asombro.

-¿Pasa algo, Blacksmith? -le preguntó con una corrección peligrosa. Tenía la extraña impresión de que el hombre estaba a punto de estallar de risa.

-No, señor. -John cerró la boca y se la limpió con la parte trasera de la manga sucia-. Hoy la luz del sol es muy brillante y ciega los ojos.

-Dudo de que el sol sea más brillante que los fuegos de tus forjas.

-Cierto, señor, sí, tiene razón. Cree que estoy acostumbrado al resplandor, ¿verdad? -John miró en vano a Ulrich buscando ayuda.

Ulrich se limitó a sonreír y a no decir nada. Uno de los hombres de armas que estaba cerca, se marchó de la escena y Se fue corriendo hacia los establos.

Gareth se encogió de hombros y zanjó el tema. Sabía por experiencia que era inútil intentar saber qué era lo que el herrero y los otros encontraban tan divertido.

-Bien, volvamos al trabajo, Blacksmith -dijo Gareth-. No traje ningún armero cuando vine a Deseo. Si es necesario buscaremos uno en Seabern, pero según he oído eres habilidoso con el martillo y el yunque.

John se sonrojó por el cumplido.

-Sí, señor.

-¿Crees que puedes encargarte de arreglar el equipamiento de mis hombres y tener los caballos bien herrados?

John se irguió con orgullo.

-Sí, señor, creo que puedo llevar a cabo esa tarea. He realizado algunos trabajos delicados para mi señora y para la priora. Incluso he fabricado llaves y cerraduras.

-Excelente. -Gareth le dio un golpecito en la espalda y lo guió hacia los establos-. Te mostraré lo que tienes que hacer y, cuando hayamos acabado en los establos, tengo un aparato mecánico muy interesante que enseñarte.

-¿Qué aparato mecánico, señor?

-Una máquina árabe diseñada para extraer aceite de las rosas, de la canela y cosas así. Ahora está rota, pero creo que puedo reparada y voy a necesitar tu ayuda.

Veinte minutos más tarde,. las risitas apagadas y las sonrisas escondidas todavía no habían cesado.

Gareth dejó al herrero trabajando y fue hacia Ulrich, que estaba apoyado en un poste del establo.

-¿No crees -dijo Gareth en voz baja- que podrías explicarme el chiste que todo el mun o encuentra tan gracioso esta tarde?

Los ojos de Ulrich brillaban sonrientes.

-Puedo explicártelo, pero seguramente no lo encontraras gracioso.

-Evidentemente -murmuró Gareth-. Sin embargo, tengo mucha curiosidad por saber la causa de esta abierta algazara. Sólo dime, ¿por qué todos los hombres de por aquí se esfuerzan por no atragantarse con la risa?

Ulrich carraspeó.

-Creo que tiene que ver con los pétalos de rosa que están enredados entre tu pelo y que cuelgan por detrás de tu túnica, señor.

Gareth gruñó.

-¡Por todos los demonios! -Se pasó los dedos por el pelo y los pétalos carmesí cayeron revoloteando al suelo del establo.

-Parece que hayas estado dando volteretas en la urna de flores de la señora -dijo Ulrich-. A no ser que te hayas caído dentro accidentalmente, en cuyo caso tendré que pensar que últimamente eres muy propenso a los accidentes. No hay duda de lo que estabais haciendo en los talleres de perfumes.

Gareth se puso en jarras y escudriñó a la multitud sonriente con una mirada seria. Al instante, las sonrisas desaparecieron de todas las caras.

Satisfecho, Gareth echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse a carcajadas.

Al cabo de tres días, Clare decidió dar su habitual paseo matutino por los acantilados hasta el pueblo. Para su sorpresa y secreto placer, esta vez no la acompañó Joanna sino Gareth.

La había llamado desde el patio mientras ella bajaba las escaleras.

-Creo que hoy me uniré a ti. -Gareth había dejado a Ulrich la supervisión de los albañiles que habían llegado para empezar a trabajar en la nueva muralla. Había ido hacia Clare-. Quiero echar otro vistazo a los acantilados que están encima de las dos pequeñas calas.

De repente, a Clare la parecía más brillante el día.

-Sí, me gusta que vengas a pasear conmigo. Voy a llevar un poco de crema de hierbas a la anacoreta.

Mientras ella y Gareth caminaban por los acantilados, se dio cuenta de que el aire salado nunca había sido tan vigorizante y que los olores de la mañana nunca le habían parecido tan frescos.

Comprendió que había estado luchando con una mezcla de emociones desconocidas e inquietantes desde el momento en que Gareth había pisado Deseo. Las sensaciones eran tan fuertes e imprevisibles como el preparado de un alquimista.

Sin embargo, tres días antes, cuando Gareth había consumado el matrimonio en la urna de las flores, había comprendido, finalmente, el significado de la mezcla inestable.

Aquel día, mientras lo veía salir del taller, dejái1dola empapada por el aroma de las rosas y de su propia esencia masculina, había admitido finalmente la verdad.

Se estaba enamorando del Lobo Sanguinario.

Las dos últimas noches habían sido aventuras en tierras desconocidas de pasión que ella ni siquiera había soñado que existieran. Parecía que a Gareth le proporcionaba un intenso placer llevada a la cumbre de las sensaciones físicas. No quedaba satisfecho hasta que ella vibraba y gritaba en sus brazos. No la dejaba descansar hasta que quedaba exhausta.

-¿Lo has arreglado todo para llevar tus perfumes y frascos a Seabern? -preguntó Gareth distraídamente mientras se detenía en la cima del acantilado.

-Sí. El primer día de la feria llevarán los perfumes a Seabern en barco. -Clare se cubrió los ojos con la mano y miró cómo Gareth examinaba el agua espumosa a los pies del acantilado-. Joanna y yo iremos con los perfumes.

-Mis hombres podrían ayudaros. -Gareth caminó a lo largo del borde del acantilado y se detuvo de nuevo para mirar hacia abajo. Su expresión era de extrañeza-. Tenemos un par de tiendas que podéis utilizar, si quieres.

-Perfecto -titubeó Clare-. ¿Qué estás mirando?

-Ulrich sugirió que, además del puerto, éste podría ser uno de los dos puntos en los acantilados donde podría atracar una barca pequeña. Tenía razón.

-¿Te preocupa? -Clare caminó hacía el borde del acantilado y miró hacia abajo. La marea estaba baja. Se veían dos pequeñas calas.

-No demasiado. Es obvio que aquí no podría desembarcar una gran fuerza armada.

Clare frunció el ceño.

-Ninguna fuerza hostil ni hombres armados han desembarcado jamás en Deseo.

-Por mi experiencia, creo que es mejor estar preparados para cualquier eventualidad.

-Eres un hombre cauto.

-Lo soy cuando tengo algo valioso que proteger.

Ella lo miró de refilón preguntándose si se refería a ella o a sus nuevas tierras. A las tierras, sin duda, pensó. Al fin y al cabo, las tierras eran lo que, en primer lugar, le habían atraído hasta Deseo.

Gareth pareció no darse cuenta de su mirada especulativa. Estaba examinando el paisaje que se extendía frente a él con una expresión de intensa satisfacción combinada con una atención igualmente feroz.

Clare se dio cuenta de que todavía no se había acostumbrado a la idea de tener un lugar propio en el mundo. Gareth aún actuaba como si pensara que alguien intentaría arrebatarle Isla Deseo. Sólo un estúpido lo intentaría, pensó ella irónicamente. El Lobo Sanguinario estaba alerta.

-Incluso en aquel momento, en que simplemente acompañaba a su esposa al pueblo, parecía peligroso. Su pelo negro era salvaje y estaba revuelto por la brisa marina. Su perfil era tan rígido como los abruptos acantilados.

Clare reprimió un suspiro nostálgico. Naturalmente, Gareth estaba preocupado por la protección de Deseo. No dudaba de que también intentaba protegerla a ella, pero sólo porque formaba parte del acuerdo.

Ella se estaba enamorando, pero no se atrevía a esperar que a Gareth le estuviese ocurriendo lo mismo, en todo caso aun no.

Su habilidad haciendo el amor indicaba que había experimentado la pasión antes en su vida. Durante los últimos tres días, Clare había aprendido que él sabía bien cómo controlar las poderosas fuerzas desatadas por el deseo físico.

También había aprendido que estaba utilizando su propia pasión controlada para conseguir la respuesta que quería de ella.

Era un hombre acostumbrado a mandar, reflexionó Clare. Seguramente, para él era natural tener el mando en el lecho. Y ella, ella era demasiado novata como para hacerse con las riendas.

Aunque estaba aprendiendo deprisa, pensó optimista.

Clare buscó un tema neutral.

-Parece que William y Dallan progresan en su nuevo programa de ejercicio físico.

-Sí. Los chicos normalmente avanzan con un estímulo adecuado. Ulrich me informó de que Dallan todavía se queja, pero se presenta puntualmente al entrenamiento. Como mínimo, el juglar ha demostrado tener la sensatez de no cantar más baladas sobre señores traicionados.

-Sí, sus baladas se han vuelto un poco apagadas últimamente, ¿verdad? Podría decirse que hasta son aburridas.

-¿Eso crees? -Gareth la miró amablemente.

Clare ocultó una sonrisa.

-Todas esas dulces canciones sobre las bonitas rosas abriendo los pétalos para recibir el alba de la mañana me aburren. Les falta la emoción de las baladas anteriores.

-¿Emoción?

-Sí, en los nuevos poemas de Dallan no hay peligro, o el miedo a ser descubierto, ni acción.

-¿Me estás tomando el pelo?

-Quizá...

-Te advierto que me dicen a menudo que no acepto bien las bromas.

-Tonterías. Te he oído reír. Creo que podrías aprender a encontrar diversión en las canciones más aventureras de Dallan, que tratan sobre amores ilícitos y señores traicionados.

Gareth se detuvo. Se cogió la barbilla y la miró con ojos brillantes.

-Entiéndeme, Clare, yo nunca me reiré de la idea de que mi mujer esté en los brazos de otro hombre. Por esa traición, haría pagar el precio del mismo diablo.

-Como si yo pensara traicionarte -replicó Clare-. Soy una mujer con honor.

-Sí -dijo tranquilamente Gareth-, lo eres, y doy gracias por ello.

Ella se sintió reconfortada por su mirada. Confiaba en ella, pensó. Era un buen comienzo.

-Y ahora que tratamos el tema -siguió ella bruscamente-. Quiero que quede claro que yo tampoco me tomaré bien la traición de mi marido.

Gareth esbozó una extraña sonrisa.

-¿No te gusta la idea de verme en la cama de otra mujer?

-No. -se sintió nerviosa pero decidida-. Yo también tengo mi orgullo.

-Orgullo... ¿Por eso no te gusta la idea de que yo me lleve a la cama a otra mujer? ¿Simplemente porque heriría tu orgullo?

Clare lo fulminó con la mirada. Evidentemente, no iba a confesarle su amor en ese momento. El Lobo Sanguinario se aprovecharía de la confesión y estaría ante él más indefensa de lo que ya estaba.

-¿Qué otra razón podría haber excepto el orgullo? -pregunto inocentemente-. En este aspecto no soy diferente de ti seguramente es el orgullo lo que te hace tener las ideas tan claras sobre la traición.

-Sí. -Gareth entornó los ojos mientras la miraba-. El orgullo de un hombre es un asunto muy serio.

-También lo es el de una mujer.

-Bien, pues, el joven Dallan debe continuar cantando sobre las rosas en la lluvia y otros temas así de estúpidos. -Gareth bajó la cabeza y rozó los labios de Clare.

-Gareth...

-Venga, se hace tarde y hoy tengo muchas cosas que ver. -la cogió de la mano y la condujo por los acantilados hasta el pueblo.

Diez minutos más tarde, Clare y Gareth llegaron a la entrada del convento, lo que indicaba que se hallaban en el corazón de la aldea. Les adelantó un carro lleno de paja de la que se empleaba como techumbre. El carretero los saludó educadamente. Un pastor hizo lo mismo mientras conducía el rebaño hacia el centro de la calle.

Todo el mundo se volvía para ver cómo el señor y la señora de Deseo caminaban cogidos de la mano por la pequeña comunidad.

Clare sabía que la mayoría de las miradas eran para Gareth. A ella la conocían demasiado y no despertaba aquella expectación. Sin embargo, Gareth aún era una novedad, un extraño y un desconocido para mucha gente. También sabían que su destino estaba en sus manos.

-Debo entregar la crema de hierbas a Beatrice -dijo Clare cuando ella y Gareth llegaron a la celda de la anacoreta-. Sólo será un momento.

Gareth se detuvo y miró la ventana de la celda.

-La cortina está corrida. Quizá todavía duerme.

-No lo creo. -Clare se rió entre dientes-. Beatrice siempre se levanta muy temprano. Norma mente, o primero que hace es abrir la cortina para no perderse ninguna novedad.

Clare fue hacia la ventana. Esta a entreabierta como si Beatrice hubiera estado mirando hacia la calle.

-¿Beatrice?

No obtuvo respuesta.

-¿Beatrice? -Clare vaciló, pero apartó la cortina pesa a de lana-. ¿Estás enferma? ¿Necesitas ayuda?

Silencio en el interior oscuro. Clare registró con la vista la pequeña habitación. Al principio no veía nada. La cortina de la otra ventana también estaba cerrada, por lo que el cuarto estaba en sombra.

Cuando los ojos de Clare se acostumbraron a la oscuridad, lo primero que vio fueron los pies de Beatrice en el suelo.

-¡Beatrice! -Clare se inclinó en el poyo de piedra de la ventana e intentó ver la figura tendida boca abajo.

Gareth se preocupó. Se acercó a la ventana.

-¿Qué ocurre?

-No lo sé. -Clare lo miró-. Está tendida en el suelo. No se mueve, Gareth, puede estar malherida.

Gareth examinó el interior de la celda.

-La puerta está cerrada, veo la llave colgando en la pared.

-¿Cómo entraremos? -preguntó Clare.

-Manda a alguien a buscar a John Blacksmith. ¡Rápido, Clare!

Clare no necesitaba que le dieran más prisa.

Un rato después, el herrero introducía una herramienta entre la pared de piedra y la rendija de la puerta de la anacoreta. A continuación, él y Gareth empujaron la pesada puerta con los hombros.

La puerta salió de sus goznes al tercer intento.

Gareth fue el primero en entrar en la pequeña celda. Miró el cuerpo del suelo y negó con la cabeza.

-Está muerta, y no por causas naturales.

CAPÍTULO 13

-¡Asesinada! -Clare miró a Gareth con incredulidad. -No puedo creerlo. -Margaret, cuya presencia habían reclamado de inmediato, se quedó atónita-. Es imposible, durante los quince años que he estado a cargo de este convento nunca hemos tenido ningún asesinato.

Clare movió lentamente la cabeza.

-En toda mi vida jamás había visto un solo asesinato en Deseo.

-Esto ha sido, definitivamente, un asesinato. -Gareth miró los ojos abiertos, sin vida, de la anacoreta. Había visto suficientes muertes violentas en toda su vida y podía reconocerlas.

-¿Está seguro? -preguntó Margaret con expresión angustiada-. Quizá se cayó en plena noche, intentó pedir ayuda y no consiguió llegar a la puerta.

Gareth se agachó junto al cuerpo. Tocó uno de los dedos de la mujer muerta y lo encontró lacio. La rigidez que sigue a la muerte ya había pasado.

-Murió por la noche, pero no a causa de una enfermedad. -estudió los pliegues de la toca de Beatrice-. ¿Acostumbraba dormir con el griñón?

-No lo sé -contestó Margaret-. Eso parece. Quizás era un acto de piedad.

-Era más simple vanidad -refutó Clare tranquilamente-. Beatrice estaba muy preocupada por la papada. No quería que nadie se la viera.

-Le encantaba chismorrear y le gustaban mucho los perfumes y las cremas de Clare -recordó Margaret-. Nimiedades, ahora que todo ha terminado para ella. Todos nuestros pecados deberían limitarse a estas pequeñas transgresiones.

Gareth levantó una ceja.

-Sí.

-Está en ropa de dormir -constató pensativamente Clare-, aunque lleva puestos los zapatos y el griñón.

Margaret miró detenidamente a Gareth.

-¿Está absolutamente seguro de que esto no es el resultado de una enfermedad grave, señor?

-Ha sido un asesinato. -Gareth apuntó al arrugado griñón alrededor del cuello de Beatrice-. ¿Ve estas marcas?

Margaret se acercó.

-Sí.

Gareth empezó a levantar el dobladillo del griñón.

Margaret movió la mano como si fuera a detenerle.

-¿Qué hace, señor?

-Quiero vede el cuello. -Gareth siguió retirando el lino blanco.

Los morados oscuros y feos en el cuello de Beatrice eran una prueba evidente.

-¡Santa Hermione! -murmuró Clare.

-Que su alma descanse en paz -suspiró Margaret.

Clare miró a Gareth.

-¿Has visto estas marcas en otras ocasiones?

-Sí -confirmó Gareth bajando el griñón-. La anacoreta fue estrangulada.

-Pero eso es imposible. -la mirada de Clare fue hacia la pesada puerta de madera que Gareth y John habían forzado-. La puerta estaba cerrada por dentro. Y las ventanas son demasiado estrechas para que pase un hombre.

Gareth miró hacia la entrada. A través de la apertura podía ver que se había reunido un grupo de curiosos. Algunas monjas y novicias, y también algunos aldeanos, estaban fuera, intentando mirar dentro de la celda.

-Dé la orden de que todo el mundo vuelva a su trabajo -le indicó a Margaret-. No los quiero ver más fisgoneando fuera de la celda.

Margaret lo miró con consideración.

-Sí, milord.

Fue hacia la puerta y dispersó a la pequeña multitud.

Clare se encontró con los ojos de Gareth.

-El día antes de nuestra boda, Beatrice insistió en que había visto al hermano Bartholomew entrar en el convento. Dijo que atravesó las puertas cerradas.

-¿El hermano Bartholomew? -Gareth recordó la conversación que había oído entre Clare y Beatrice-. ¡Ah, sí, el fantasma! Nunca me contaste de qué iba todo aquello.

-Es solamente una vieja leyenda -se apresuró a contestar Margaret-. El hermano Bartholomew era un monje viajero. Hace muchos años llegó a Deseo para predicar entre los aldeanos y los miembros de esta casa. Cuentan que mientras estaba en la isla sedujo a una joven monja y la convenció para que se escapara con él.

-Se fueron durante una tormenta -explicó Clare-. Los dos se ahogaron cuando su barca se hundió.

-¿Esto sucedió mientras usted estaba a cargo de este convento, señora? -preguntó Gareth.

-¡Claro que no! -repuso Margaret ofendida-. Yo nunca habría tolerado semejante estupidez. No, la historia es de antes de mi mandato.

-Y de antes del mío -apuntó Clare-. La leyenda cuenta que el hermano Bartholomew vuelve algunas noches buscando a su amada. Se dice que cada vez que aparece en el convento, suceden desgracias.

Gareth se levantó.

-Le puedo prometer que a su anacoreta no la mató un fantasma. Un hombre de carne y hueso dejó estas marcas en su cuello.

Caminó hacia la puerta y miró la hierba pisada.

-¡Diantre! Tenía que haber pensado antes en mantener alejados a los curiosos. Ahora será imposible ver si hay marcas extrañas de botas delante de la celda.

-Mi señor -reclamó la voz de Clare, tranquila y reflexiva-, aquí hay algo extraño.

-Sí. Los asesinatos son siempre extraños.

-Me refiero a un olor raro.

Gareth se volvió y la miró inquisitivo.

-Tengo un gran respeto por tu sentido del olfato. ¿Qué olor detectas?

-Huele a menta.

-¿Menta? -Gareth se acercó al cuerpo. Inhaló profundamente intentando oler el aire-. Sí, muy vagamente.

Margaret frunció la frente confundida.

-¿Qué hay de raro en el olor a menta? Quizás ella la utilizó para preparar una comida.

Clare movió la nariz.

-No, la fragancia está en su ropa de dormir.

Gareth se arrodilló al lado del cuerpo.

-Tienes razón. Está en el dobladillo del camisón. -miró las manchas verdes en las zapatillas de piel de la muerta-. Y en los zapatos.

Clare cruzó los brazos a la altura de la cintura.

-Hay una gran plantación de menta en los jardines del convento. ¿Cree en la posibilidad de que Beatrice saliera ayer noche?

-Nunca abandonaba la celda -señaló Margaret enseguida-. Nunca, en todos los años que hace que la conozco. No olvide que era anacoreta. Quería estar encerrada. De hecho, una vez me contó que le disgustaba profundamente estar en el mundo exterior.

-Sí, pero si realmente pensó que había visto al fantasma del hermano Bartholomew -reflexionó Clare-, quizá tuvo la suficiente curiosidad para dejar la celda y seguirle.

-Clare no cree en esta vieja leyenda, ¿verdad?

-No, pero Beatrice sí.

-Mi esposa tiene una sospecha -indicó Gareth mirando a Clare-. Quizá Beatrice vio a alguien ayer por la noche, alguien que ella pensó que era un fantasma. Y quizá salió para ver lo que hacía.

Margaret lo negó.

-No tiene sentido. Si hubiera pensado que era un fantasma se hubiese asustado y habría permanecido aquí dentro con la puerta cerrada.

-¿Quién sabe? -dijo Clare-. Beatrice era una persona muy curiosa. Sabía que nadie creería que había visto al fantasma del hermano Bartholomew. Quizás andaba buscando una prueba para corroborar su historia... Y por eso la asesinaron.

-Pero no hay nadie en la isla que tenga motivo alguno para matar a Beatrice -rebatió Margaret.

Gareth mantuvo la mirada en la cara preocupada de Clare.

-Vamos a ver la menta.

Clare asintió.

-Está plantada cerca de la biblioteca. -se volvió y salió de la celda.

Margaret salió detrás de ella.

Gareth echó una última mirada a la anacoreta asesinada y siguió a Clare y a la priora por un sendero del jardín hacia un terreno verde oscuro situado cerca de una pared de piedra. Inmediatamente, se hicieron evidentes los signos de la vegetación pisoteada. Había un fuerte olor a menta aplastada.

-Alguien ha estado aquí en las últimas horas -constató Gareth. Caminó por la parcela, examinándola por todos los lados. Después, miró hacia arriba, hacia la ventana de la pared-. ¿La biblioteca está al otro lado de esta pared?

-Sí -contestó Margaret.

-Me gustaría mirar dentro, si no tiene objeción, señora.

-Naturalmente que no, pero no veo que esto pueda servir.

Las pesadas llaves del cinturón de Margaret hacían ruido y tintineaba mientras escogía la correcta.

-Otra puerta cerrada -murmuró Clare mientras Margaret se acercaba a la puerta de la biblioteca e introducía la llave.

-Sí -afirmó Gareth-. Casi parece que el asesino fuera realmente un fantasma.

Clare se preocupó.

-¿No lo crees, verdad?

-No -contestó Gareth-, pero parece que alguien quiere que lo creamos.

Margaret soltó un suspiro audible de alivio mientras abría la biblioteca y echaba una rápida ojeada en el interior.

-Todo está bien, aquí. Por un momento tuve miedo de que nos hubieran robado.

-¿Y que hubiesen matado a la anacoreta porque vio a los ladrones? -Gareth asintió con la cabeza-. Es una buena teoría.

Entró en la biblioteca. Clare lo siguió pegada a sus talones. Los dos examinaron las estanterías llenas de libros pesados. Los volúmenes más preciados estaban encadenados a la pared.

Gareth estaba impresionado.

-Tiene muchos libros valiosos, priora.

-Sí, y estoy orgullosa de decir que la biblioteca no ha sufrido ningún robo mientras yo he sido priora. No obstante, nunca se es lo bastante precavida con objetos tan valiosos como los libros.

-¡Mi señor! -Clare lo llamó desde la última hilera de estanterías-. Hay un libro abierto en una de las mesas.

-No es posible. -Margaret corrió por el pasillo, claramente alarmada-. Todos los libros se deben guardar después de usados. He dado órdenes estrictas de que así se haga.

Gareth caminó por el pasillo hacia donde estaba Clare al lado del libro abierto. Miró la página decorada llena de palabras exquisitamente escritas. El elaborado diseño que enmarcaba la primera letra de la página estaba pintado en oro brillante, rojo y azul.

-Es un tratado sobre hierbas -explicó Clare-. Yo misma lo he consultado varias veces.

-No puedo creer que alguno de los miembros de esta casa dejara el libro abierto sobre la mesa de esta forma -dijo Margaret-. Es demasiado valioso para tratado así.

Gareth miró hacia la ventana que daba a la plantación de menta. El pesado cristal verde permitía el paso de la luz del sol hacia el interior de la sala.

-Me pregunto si el asesino quería robar este libro cuando se dio cuenta de que había alguien fuera mirándolo.

-¿Crees que mató a la pobre Beatrice y luego se escapó? -preguntó Clare.

-Puede ser. -Gareth valoró la posibilidad durante unos minutos-. Pero, en este caso, es evidente que antes de escapar se encontró con el problema de cargar el cuerpo de la anacoreta hasta la celda.

-¿Y cómo la encerró dentro? -preguntó Clare-. La llave de la puerta está colgada en la pared del interior. Y el asesino no volvió para buscar el libro que quería tan desesperadamente.

-Debió de temer que lo descubrieran -sugirió Margaret.

-Sí, o quizá no era el libro lo que buscaba. -Gareth examinó el libro abierto-. Si algo de esto es verdad, y no podemos estar seguros, nos queda un problema interesante.

-¿Quieres decir que debemos encontrar a un asesino? -preguntó Clare.

-Sí. -contestó Gareth-. Uno que sepa leer.

Aquella noche Gareth esperó, como hacía siempre, a que Clare lo agarrara, le suplicara y le mordisqueara los hombros con sus pequeños dientes afilados. Entonces entró en ella con un sentimiento de rebosante satisfacción.

Se relajó después de la resistencia inicial de su pequeña y húmeda vagina y siguió hasta el fondo. Ella lo envolvió fuerte y ardorosa. Él libró la lucha interna diaria para contenerse hasta que ella temblara y gritara de placer en sus brazos.

-¡Gareth!

Se introdujo una última vez dentro de ella, se estremeció y, finalmente, se rindió a las oleadas de su propia liberación.

Cuando se apartó de ella y se tumbó de espaldas, las sábanas estaban húmedas y el aire de la cama era pesado y olía a pasión agotada.

Usó los pies desnudos para abrir las cortinas. La luz de la luna entraba por la ventana y se derramaba por el lecho.

Clare estaba silenciosa e inmóvil. Gareth pensó que se había dormido, así que se sorprendió cuando le habló desde sus brazos.

-Me haces el amor como si temieras que, si no me agotas de pasión, me escaparé durante la noche -dijo con dulzura-. ¿Todos los maridos tratan así a sus mujeres?

Gareth se quedó quieto.

-¿Tienes alguna queja sobre mi forma de hacer el amor?

-No me estoy quejando, lo sabes. -Clare se apoyó sobre el codo y le miró. Los ojos buscaban su cara en la luz pálida-. Hay veces que no te entiendo, Gareth.

-¿Qué tienes que entender? -le pasó los dedos por el cabello-. Soy un hombre recién casado permitiéndose los placeres del lecho matrimonial. No hay nada raro en ello.

-Creo que hay algo más. ¿Qué es lo que temes, mi señor?

-A ti no, señora -sonrió.

-No estoy tan segura.

Gareth atrajo a Clare hacia su boca y la besó profundamente. No la soltó hasta que sus labios se separaron y se amoldaron.

-Lo único que temo de ti, señora -dijo cuando pensó que la había distraído-, es que me volverás loco de deseo.

-Te estás riendo de mí.

-¿Yo? -La besó en el cuello.

-Sí, he notado que lo haces a menudo cuando quieres evitar una discusión seria.

-¿Esto es lo que estás haciendo ahora? ¿Tener una discusión seria? -sostuvo su pecho en la palma de la mano y pasó ligeramente el pulgar por encima del pezón, que se contrajo al contacto-. No lo había notado.

-Lo habías notado. Simplemente pretendes que no.

-Preferiría hacer el amor contigo.

-¿Lo ves? -Clare se sentó bruscamente y dobló las piernas. Apoyó los codos encima de las rodillas y aguantó la cabeza con las manos-. Esto es exactamente lo que quiero decir. Cada vez que intento hablar contigo sobre nuestro matrimonio, me haces el amor.

-¿Es un pecado tan terrible? -la acarició desde el muslo hasta la rodilla. Por Dios, tenía una piel tan suave-. Si quieres tener una conversación seria, como mínimo que sea sobre un tema interesante.

-¿Qué tema sería? -preguntó con suspicacia.

-Vamos a hablar de pasión, esposa.

-¿Quieres hablar de pasión, mi señor? Muy bien, tengamos esta discusión. Sólo por esta vez, yo me haré cargo de la conversación.

-¿Lo harás?

-Sí. -Extendió la mano y envolvió los dedos tímidamente pero con bastante determinación alrededor de su asta pujante.

Tiró experimentalmente.

-¡Ay! -Gareth tomó aire-. Ésta promete ser una conversación muy interesante. -era la primera vez que ella tomaba la iniciativa y estaba teniendo un efecto sensacional sobre sus sentidos.

-Espero que la encuentres interesante. -se inclinó sobre él sosteniéndola entre las manos. La melena rozó su muslo-. Hay mucho que hablar sobre este tema, de hecho, la materia se amplía por momentos.

Gareth dobló los brazos bajo la cabeza y puso en práctica todos sus formidables poderes de autocontrol.

-No querría que te aburrieras con el tema.

-No, no creo que lo haga.

Sin previo aviso, ella bajó la cabeza y besó su virilidad.

-¡Diablos! -Gareth estaba tan sorprendido por su atrevimiento que se irguió de golpe.

-¿Te pongo nervioso? ¿Este tema no es de tu agrado?

Volvió a apoyarse en los codos.

-¡Por todos los santos! ¿Qué estás haciendo?

-Investigar el tema en profundidad. Ya sabes que soy una buena alumna. -su pequeña lengua lo volvió a tocar otra vez, tibia, húmeda, seductora-. ¿Tienes alguna objeción, milord?

Gareth gimió y se desplumó encima de la almohada.

-No, señora. Confío en que explorarás todos los detalles.

-Me esforzaré por ser meticulosa.

Ya se había acabado la conversación incómoda sobre su relación sobre marido y mujer, pensó Gareth con satisfacción. Aquel otro tema era mucho más seguro.

Fue más tarde, cuando Gareth creyó que Clare se había dormido finalmente, cuando se permitió contemplada con dulzura, un reto demasiado peligroso.

«¿Qué es lo que temes, mi señor?», recordó.

Aunque hubiera deseado admitir tal debilidad, no hubiera podido darle una respuesta. No la tenía.

Por un lado, ahora poseía todo por lo que había luchado en su vida. Tenía tierras, una esposa, una casa propia. Sin embargo, le faltaba algo. No entendía qué era, pero presentía que Clare tenía la clave.

En cierto sentido, que no podía explicar, sabía que tenía que incluirla en todas sus órdenes.

-Ella predijo su muerte, ¿sabes? -dijo Clare entre las sombras.

Gareth se volvió y la atrajo hacia él.

-¿No vas a dormir esta noche?

-Espero que sí -bostezó Clare-. Necesito descansar. Tendremos mucho trabajo en la feria.

-¿Quién predijo su muerte? ¿La anacoreta?

-Sí, pero a menudo vaticinaba oscuridad y desastres. Esta vez, por desgracia, tuvo razón. -Clare se volvió hacia él y entrelazó una pierna con las suyas-. ¿Cómo lo harás para encontrar al asesino?

-Haré lo que sé hacer mejor: tender trampas.

-¿Qué quieres decir?

-Parece que el asesino no tuvo la oportunidad de robar lo que quería de la biblioteca. Lo intentará otra vez y, cuando lo haga, estaremos preparados.

-¿Cómo?

Gareth se encogió de hombros.

-Colocaré guardias alrededor del convento todas las noches y les daré órdenes de ocultarse entre las sombras. Estarán en posición de ver si alguien intenta escalar la pared o pasar por la verja.

-Un plan brillante.

A Gareth le hizo gracia el tono de genuina admiración de su voz. Hay personas más fáciles de satisfacer que otras, reflexionó. Esperan tan poco que les abruma cualquier muestra de competencia.

-Gracias.

-¿Estás seguro de que el asesino es un hombre?

Gareth se acordó de los morados en el cuello de la anacoreta.

-Sí. También podría haberla matado una mujer fuerte, pero creo que una mujer habría tenido que arrastrar el cuerpo hasta la celda, y a Beatrice la cargaron.

-Sí, no había señales de que la hubieran arrastrado por los parterres.

-Ni por los senderos de gravilla. Las piedrecilla s estaban bien colocadas.

-Eres un buen observador.

-¿Quieres decir para ser un caballero falto de inteligencia y sobrado de músculos?

-Calla -susurró cubriéndole la boca con la yema de los dedos-. Nunca debí decirte eso.

-Perdón. Ha sido error mío. No sé por qué lo he dicho.

-Ya basta de bromas. Ya he tenido suficiente.

-Sí.

Clare calló durante unos segundos y suspiró.

-Cuesta tanto imaginar a alguien matando a una mujer vieja e inofensiva como Beatrice.

Gareth pensó en los años que pasó atrapando a hombres violentos.

-Por desgracia, es demasiado fácil imaginar a alguien cometiendo un asesinato. La pregunta es ¿por qué?

-¿Para robar un libro?

-Los libros son valiosos, cierto, pero sólo para los eruditos, y no creo que haya muchos dispuestos a matar por uno. Incluso si un hombre quiere conseguir un libro, debes admitir que Deseo es una isla alejada. No entiendo que alguien viaje tan lejos sólo para robado.

-Muchos eruditos se han enfrentado a los peligros de los caminos de España e Italia sólo para conseguir un libro. En cierto sentido, mi padre murió debido a su afán por conseguir los tesoros almacenados en los tratados árabes.

-No lo había pensado de esa forma, pero tienes razón. Sir Humphrey arriesgó su vida buscando libros. Quizás haya alguien dispuesto a hacer lo mismo.

-En momentos así -empezó tristemente Nicholas de Seabern- es cuando comprendo la verdadera magnitud de todo lo que perdí al no conseguir la mano de la señora de Deseo. Espero que aprecies tu buena suerte, Lobo Sanguinario.

Gareth siguió su mirada hasta Clare, que estaba en pie fuera de una tienda de rayas amarillas y blancas. Estaba negociando con un comerciante. Por las pocas palabras que le llegaban, era obvio que su mujer estaba enfrascada en un complicado regateo. Parecía que estaba disfrutando inmensamente.

-Sí -contestó Gareth sintiendo una oleada de placer al mirada. Era tan vibrante y cálida como aquel día de primavera. Sus ojos brillaban de entusiasmo y sus manos se movían con gracia en el aire cuando daba énfasis a una cuestión. Unos mechones de pelo se le escapaban de la redecilla amarilla-. No soy de los que confían en la suerte.

-Sólo esta venta te aportará un sustancioso beneficio. -Nicholas tomó un largo sorbo de vino con especias-. Y aún quedan dos días de buenas ventas. Serás más rico que aquel comerciante de Londres antes de que termine la feria.

Gareth sabía que el comerciante en cuestión había hecho todo el camino desde Londres para comprar perfumes de Deseo. Era un hombre bajo, corpulento, de mediana edad. Sus ojos astutos brillaban por el placer de regatear con una oponente que estaba a su altura. Iba envuelto en una fina túnica de lana. Su sombrero y su abrigo estaban adornados con pieles y terciopelo y llevaba anillos caros en los dedos pulgares.

Joanna estaba fuera de un tenderete verde y blanco cercano. Estaba atareada tratando con otros dos comerciantes. Vendía cantidades de bolsas exquisitamente bordadas y almohadas perfumadas. Parecía que se divertía tanto como Clare.

Ulrich y uno de los hombres de armas de Gareth paseaban despreocupadamente entre las dos tiendas. Comían pasteles calientes pero sin apartar la vista de las mesas llenas con las mercancías de Deseo. Los ladronzuelos, igual que los vendedores ambulantes, los comerciantes, los juglares y los acróbatas, también participaban en una feria tan concurrida.

Gareth tenía la mano sobre la empuñadura de la *Puerta del infierno* y examinaba el despliegue de tiendas y tenderetes de vendedores ambulantes que se habían instalado frente a Seabern Keep.

La feria no sólo había atraído a los habitantes de Seabern y Deseo sino a un gran número de visitantes de los pueblos de los aledaños. Los banderines ondeaban en el aire. Los músicos se paseaban entre la multitud con laúdes y tambores. Los comerciantes vendían comida, vino con especias y cerveza. Era una escena frenética y Gareth sabía que era divertido para todos los implicados.

-No te lamentes de tu pérdida conmigo -le dijo a Nicholas-. Seabern sacará mucho provecho de esta feria. Aquí todo el mundo gana y gasta dinero.

-Sí -sonrió Nicholas-. Debería verlo por el lado bueno. Así disfruto del talento de tu esposa sin necesidad de aguantar su afilada lengua ni su ingenio.

-Te agradezco que no intentes volver mi buena fortuna contra mí.

-En absoluto. -Nicholas tomo otro sorbo de vino y adoptó una expresión filosófica-. Y yo te agradezco que no sientas la necesidad de atravesarme con la *Puerta del infierno*.

-Estoy completamente convencido de que no hay necesidad de matarte, Nicholas.

-Ya te lo dije -Nicholas le dio un golpecito en la espalda-. ¿O sea que después de todo, la señorita era virgen, eh? Te confesaré que se me pasó por la cabeza que Raymond de Coleville podía haberlo conseguido, pero no me sorprende que tampoco pudiera seducida. Clare tiene el orgullo de una reina.

-Sí.

-Y la sangre fría, si me permites.

-No te he pedido tu opinión.

Nicholas ignoró el comentario.

-Te estará agradecida cuando te vayas, ¿sabes? No necesita un marido.

-Quizá descubra uno.

Nicholas estalló en risas y a punto estuvo de atragantarse con el vino de especias.

-¡Ay, Dios! Éste sí que es un buen chiste. No sabía que tenías sentido del humor. Bien, como somos vecinos y los dos debemos lealtad a Thurston de Landry, diría que también podemos ser amigos.

-Una oferta interesante.

-No quiero ofenderte, pero tu señora habría transformado mi vida en un infierno. -Nicholas negó con la cabeza-. Esto se debe a la educación que recibió de niña. Arruina a las mujeres, ya sabes. Ella pidió casarse con un hombre que supiera leer. ¿Te lo puedes creer?

-Asombroso.

-Y yo me pregunto, ¿de qué le sirve leer a un caballero con un buen brazo para empuñar la espada?

-¿Tú no sabes leer? -preguntó distraídamente Gareth.

-No. -Nicholas eructó-. Nunca he creído que fuera útil. Puedo contratar a todos los escribientes y clérigos que necesito para que se hagan cargo de mis cuentas y demás. Leer es una pérdida de tiempo y energía para un hombre.

Podía eliminar a un sospechoso de la lista de posibles asesinos, pensó irónicamente Gareth. Sin duda Nicholas de Seabern era bastante capaz de matar a cualquiera que se cruzara en su camino, pero era poco probable que se hubiera metido en el lío de estrangular a la anacoreta por un libro que ni siquiera podía leer.

-Mi señor. -Clare levantó la mano para que él se reuniera con ella en la tienda verde y blanca-. ¿Podrías venir un momento, por favor?

-Debes excusarme -le dijo Gareth a Nicholas-. Mi señora me reclama.

-Sí -contestó tristemente Nicholas-. Y seguramente esto es sólo el principio. Recuerda mis palabras. Irá a peor con el paso de los años. Está acostumbrada a dar órdenes. Te pasarás los días corriendo de acá para allá satisfaciendo sus caprichos.

-¿Eso crees?

-Sí. Ya lo veo ahora. Te llamará y te despachará tratándote como a un maldito sirviente.

-Un hombre debe pagar un precio por todo. -Gareth fue paseando hacia Clare.

Ella lo miró con una sonrisa aparentemente benigna cuando se reunió con ella y con el comerciante. Sin embargo, sus ojos tenían un brillo de advertencia.

-Mi señor, me gustaría que conocieras a Edward Kingsgate, un comerciante muy inteligente que vende mis perfumes a sus clientes de Londres.

-Señor. -Kingsgate se quitó el sombrero aterciopelado e hizo una gran reverencia a Gareth-. Es un honor, señor.

-Comerciante -Gareth miró a Clare para que le guiara.

La sonrisa de Clare se amplió.

-Mi amigo Kingsgate ha conseguido una muy buena oferta, lo que a mí me deja con los mínimos beneficios.

-No, milady -protestó Kingsgate-. Usted ha conseguido la mejor oferta. Además, yo sólo me quedaré con unos peniques después de pagar los gastos de este viaje.

Clare daba golpecito s con los dedos encima de la mesa.

-Kingsgate quiere rebajar aún más el precio por si encuentra ladrones en el camino de vuelta a Londres.

-Me veo obligado a contratar una guardia armada -explicó tranquilamente Kingsgate-. Ya sabe que los caminos son en extremo peligrosos, milord. Y yo llevaré una valiosa mercancía que debo proteger.

Por fin, Gareth entendió lo que estaba sucediendo.

-No debe preocuparse por el coste añadido de contratar a unos hombres armados para custodiar el envío. Yo mandaré a tres de mis mejores hombres para escoltarle a usted y a las mercancías hasta Londres.

El comerciante parpadeó mientras asimilaba la información.

-¿Sus propios hombres, señor?

-Sí. -Gareth colocó la mano en el puño de cristal ahumado de la *Puerta del infierno*. La mirada de Kingsgate siguió el movimiento-. Le aseguro que están bien entrenados y tienen experiencia en el trato con asesinos y ladrones.

-No lo dudo. Su reputación me garantiza la veracidad de sus palabras -murmuró Kingsgate.

-¿Lo ve? -dijo rápidamente Clare-. Se ahorrará el importe de contratar a sus propios guardias y, a la vez, tendrá la certeza de que tanto la mercancía como su vida están en buenas manos protegidas por hombres del Lobo Sanguinario. ¿Qué más podría pedir un hombre como garantía de seguridad?

Kingsgate se aclaró la garganta.

-Como dice, señora, ¿qué más podría pedir un hombre? Bien, si me suministran la guardia, tenemos un trato.

-¡Excelente! -los ojos de Clare brillaban de satisfacción-. Espero volver a hacer negocios con usted en otoño, Kingsgate.

-Sí, señora. Buenos días, señor. -Kingsgate les ofreció otra reverencia y se fue al trote con expresión complacida.

-Gracias, mi señor -murmuró Clare-. Lo has manejado muy bien.

-Intento ser útil, señora.

Ella le lanzó una mirada afilada. Después, sus ojos se suavizaron.

-Creo que formamos un buen equipo.

-Me alegra que estés complacida.

Gareth estaba a punto de pedirle si quería algo de comer mientras no tenía ningún cliente, cuando vieron a William correr hacia la tienda.

El chico jadeaba por el esfuerzo. Miró aliviado al ver juntos a Gareth y a Ulrich. Agitó la mano frenéticamente para atraer su atención.

-¡Mi señor, señor! -jadeó William cuando se detuvo-. Uno de ustedes debe venir conmigo. Dallan está en medio de una terrible pelea con un ladronzuelo. El ladrón tiene una daga y apuñalará a Dallan.

Gareth miró a Ulrich.

-Voy a ver de qué se trata. Quédate aquí y no quites el ojo de nuestras fortunas.

-Sí, mi señor. -Ulrich sonrió-. ¡Procura no tener ningún accidente con la daga del ladrón! Últimamente estás un poco torpe...

CAPÍTULO 14

Gareth vio inmediatamente que Dallan estaba en inferioridad de condiciones.

El ladrón era flaco y nervudo y no mucho mayor que el juglar. Sin embargo, los rigores de su profesión no sólo le habían endurecido sino que también le habían dotado de unas habilidades básicas de lucha con la daga y le habían quitado cualquier sentido de la caballerosidad. Al menos, no parecía tener en cuenta que su oponente iba desarmado.

A pesar de la desventaja, Dallan había conseguido, de alguna forma, arrinconar al ladrón detrás de la gran tienda de un cervecero. Dallan tenía sangre en el brazo, pero parecía que le salía de la nariz, no del corte de una daga. Gareth se sintió aliviado. No le haría ninguna gracia tener que explicarle a Clare que su querido juglar se había dejado cortar.

Era obvio que Dallan compensaba su falta de habilidad con pura e inquebrantable determinación. Plantaba cara al ladrón sin miedo, tan agresivo como un joven perro de caza con su primer jabalí.

El ladrón, acostumbrado a un enfoque más sigiloso de estas lides, parecía confundido por el asalto incesante de su oponente. Tampoco le gustaba el interés que estaba despertando la pelea.

Algunos de los clientes del cervecero se habían asomado a la esquina de la tienda para observar la lucha. Mientras los dos chicos se peleaban, las ovaciones y los gritos de ánimo llenaban el aire. Por una vez, Dallan no temblaba.

Los ojos del ladrón empezaron a mirar a izquierda y derecha. Evidentemente, estaba buscando una oportunidad para echar a correr y confundirse entre la multitud.

Gareth observó con una sola mirada el ruedo de espectadores buscando el motivo de la reciente audacia de Dallan.

La vio inmediatamente. Era un chica guapa con rizos rubios, ojos azules y un alegre sombrero verde. Su expresión de embelesamiento y sus mejillas sonrosadas lo decían todo. Dallan había encontrado una doncella que necesitaba su ayuda.

-¡Deteneos, los dos!

Gareth se introdujo en medio de la pelea y cogió a los dos jóvenes por el pescuezo. Les sacudió un poco y los mantuvo apartados hasta que volvieron en sí y comprendieron que una persona de fuera había interferido en la pelea.

-Esta pelea se acabó -sentenció Gareth.

-¡Empezó él! -Dallan se limpió la nariz con la manga-. Intentó robar el monedero de Alison.

-¡No es verdad! ¡Miente! -el ladrón fulminó a Dallan con la mirada. Su daga había desaparecido misteriosamente entre los pliegues voluminosos de sus ropas gastadas.

Gareth dedujo que Alison era el nombre de la chica y la miró.

-¿Aún tienes el monedero?

Primero Alison parecía asustada y, después, claramente inquieta por estar ante el señor de Deseo. Se sonrojó.

-Sí, mi señor. Está en lugar seguro. -dio un golpecito a la pequeña bolsa de cuero que colgaba de su cinturón. Sus ojos brillaban de admiración femenina mientras miraba a su campeón-. ¡Gracias a Dallan!

-¡Bah! Nunca puse la mano encima de su monedero. -la furia primitiva de la pelea se había desvanecido de la mirada del ladrón dejando paso a la cautela. Se fijó en Gareth con una ojeada rápida y, obviamente, lo reconoció. Como ladrón profesional, había aprendido a fijarse en los hombres de rango entre la multitud para evitar errores que podían costarle muy caros. Una mala elección de la víctima podía llevade a un mal final-. ¡Soy inocente, mi señor, lo juro sobre la tumba de mi madre!

-¡Es un granuja y un ladrón! -declaró Dallan.

-Puede -dijo Gareth en voz baja-, pero para un hombre es tan importante saber cuándo debe terminar una pelea como saber cuándo debe empezada. Has salvado el monedero de Alisan. Un acto caballeroso al día es suficiente para cualquier hombre. -miró al ladrón-. Y tú, vete. Y vigila que mi futuro escudero no se vea obligado a enfrentarse contigo una segunda vez.

El ladrón lo miró fijamente.

-¿Futuro escudero? Le juro señor que no sabía que era un hombre de los suyos.

-Ahora ya lo sabes -recalcó Gareth.

-Fue sólo un error -gimió el ladrón-. Le podía haber pasado a cualquiera.

-¡Fuera!

El ladrón no necesitó que se lo repitieran. Se dio media vuelta rápidamente y se confundió entre la multitud.

Decepcionados con el sencillo final del evento, los curiosos volvieron a la tienda para llenar las copas.

Dallan miró la sangre de su manga y levantó los ojos atónitos hacía la cara de Gareth

-¿Era en serio, señor? ¿Voy a ser su escudero?

-Me encantaría tener un hombre tan valiente a mi servicio. -Gareth extendió las manos-. ¿Me prometerás fidelidad, Dallan de Deseo? Piénsatelo bien antes de hacer el juramenta. Yo pido lealtad absoluta e inquebrantable a los que me sirven.

-Dallan de Deseo... -el joven repitió las palabras como si fueran un encantamiento mágico. Puso las manos encima de las de Gareth, se arrodilló y le hizo una reverencia con la cabeza-. Mi señor, de ahora en adelante, le juro que soy su hombre.

-Hecho, pues. -Gareth miró a Alison y a William que contemplaban la pequeña ceremonia con expresiones sobrecogidas-. Vosotros dos sois mis testigos. A partir de ahora, este hombre deberá ser conocido como Dallan de Deseo y estará a mi servicio. Tiene el derecho de mi protección y a cambio me ha jurado fidelidad.

-Sí, mi señor -murmuró entusiasmado William-. No puedo esperar para contárselo a mi madre y a lady Clare.

Alison miró a Dallan como si, de repente, de un juglar valiente se hubiera transformado en un héroe de leyenda.

-Sirves al Lobo Sanguinario de Wyckmere -suspiró prendada por su nueva condición.

Gareth se aguantó las ganas de sonreír mientras Dallan estaba a sus pies.

-Ve y límpiate la sangre, futuro escudero.. Asustarás a las damas.

-Sí, mi señor. -Dallan levantó sus delgados hombros.

-Yo te ayudaré a limpiarte -William se prestó voluntario con entusiasmo.

-Iré a buscar un paño -dijo Alisan.

Gareth miró mientras Dallan se iba con sus admiradores. Había un nuevo aire arrogante en los pasos del juglar y un orgullo masculino en su barbilla.

Era sorprendente cómo se alteraba el concepto de uno mismo y del mundo cuando se sabía que se pertenecía a algún lugar, pensó Gareth.

-¡Al fin solos! -Gareth se tumbó en el manto que Clare había extendido sobre la hierba. Se apoyó en el codo y miró la multitud de la feria-. Pensaba que nunca me libraría de Dallan. El chico ha estado detrás de mis talones toda la tarde.

-Estoy sorprendida de lo entusiasmado que ha entrado a tu servicio. -Clare le dio a Gareth uno de los pasteles calientes rellenos de carne picada y nueces que había comprado en un tenderete cercano-. Nunca habría pensado que estaría tan contento por ser tu escudero personal.

-Futuro escudero -masculló Gareth.

-¿Hay alguna diferencia?

-Sí. Al joven Dallan le queda mucho camino por recorrer antes de estar cualificado como buen escudero. Aún no sabe distinguir un final de la lanza del otro.

-Creo que hoy ha experimentado un gran cambio.

-Transformarse repentinamente en un héroe tiene estos efectos en un hombre.

Clare sonrió.

-Ha sido muy generoso por tu parte convertirle en héroe.

-Nadie puede crear a un hombre heroico, tiene que hacerse a si mismo. Dallan tiene coraje. -Gareth pegó un gran mordisco a su pastel-. Odio decirte esto, pero has perdido a uno de tus admiradores. Me temo que ha escogido dedicarse a otra dama.

-Ya la vi. Una muchacha joven con los ojos azules y rubia. -Clare masticó el pastel con entusiasmo. Después del duro regateo de la mañana, estaba muerta de hambre-. ¿Cómo puedo competir?

-Es inútil. Debes resignarte al aburrimiento de estar casada con un marido que no sabe componer una balada ni cantar una sola nota.

Clare sonrió. Gareth parecía cualquier cosa menos aburrido tendido bajo el sol. Estaba tumbado sin hacer nada, airoso y peligroso, igual que una fiera de presa.

No había tenido mucho tiempo para hablar con él desde que habían llegado por la mañana temprano para instalar las tiendas y prepararse para la venta. Sin embargo, se había fijado que las vigilaba a ella y a Joanna. Siempre había uno o dos de sus hombres alrededor para asegurarse de que los ladrones no les robaran la mercancía.

-Tú y sir Ulrich habéis sido una buena influencia para Dallan y el joven William -concedió Clare-. Debo admitir que, al principio, Joanna y yo estábamos preocupadas por algunas de las decisiones que tomasteis.

Sus ojos brillaron con satisfacción.

-Igual que estabas preocupada por tener que escoger a un marido.

-Sí. -Clare se terminó el pastel y se rodeó las piernas con los brazos-. Aunque parece que todo funciona bastante bien.

-Claro que todo funciona bien. -Gareth levantó el hombro en un movimiento de ofensa mientras engullía el último trozo de pastel-. ¿Por qué no debería ir bien? No le veo la dificultad al matrimonio. Todo me parece muy sencillo.

-¿De verdad? -Clare le hizo una caída de ojos con burlona admiración.

-Sí. -Gareth se sacudió las migas de las manos-. Se trata sencillamente de que un hombre se haga cargo de una casa y fije algunas reglas. Cuando todo el mundo conoce las reglas, los asuntos se arreglan tranquilamente y todo es armonía.

Clare cogió la bolsa que había utilizado para llevar el manto y los pasteles y la levantó de forma amenazante.

-Un hombre se hace cargo de una casa, ¿esto es lo que has dicho?

Gareth levantó la mano para parar el golpe.

-No cualquier hombre, evidentemente. Uno que sepa leer.

Le lanzó suavemente la bolsa a la cabeza. Gareth cayó de espaldas como si lo hubieran herido mortalmente.

-Algunos maridos se tomarían esto como un ataque –dijo en tono de herido.

-Pero tú no, mi señor. Tu no eres un marido corriente.

Ni un hombre corriente, pensó Clare. Eres el hombre al que amo.

-Sin duda un marido corriente te aburriría.

-Sí. -Clare cerró los ojos y respiró profundamente. Se sentía bien compartiendo la tarde con Gareth.

Los olores de la feria se diferenciaban en su sensible nariz. Podía detectar los olores sabrosos de las casetas de comida, los de las ovejas y las cabras, la fresca esencia de la hierba en la que había extendido el manto.

Por encima de todo, no obstante, era consciente de la indefinida fragancia del hombre que estaba a su lado

Gareth esperó, como si estuviera pendiente de otra reacción por parte de ella. Cuando vio que no la había, cogió la bolsa de piel que ella le había lanzado.

-Hay algo en esta bolsa.

-Sí.

-¿Quizás algo más de comer? -Abrió la bolsa y miró dentro-. Podría comerme otro pastel.

-No. No es ningún pastel. -Clare respiró profundamente e intentó hablar con normalidad-. Es un regalo para ti.

-¿Un regalo? -Gareth levantó la cabeza con una velocidad asombrosa. Todo su temple de persona calmada se desvaneció-. ¿Para mí?

-Sí. -Ella puso la barbilla encima de las rodillas y lo examinó.

Gareth la miró fijamente con una expresión muy extraña en sus ojos. Era la primera vez que Clare lo veía desconcertado.

-Gracias -dijo finalmente.

-No me lo agradezcas hasta que lo hayas visto. Quizá no te guste.

Gareth buscó dentro de la bolsa y sacó un frasco adornado elegantemente. Lo admiró con inmenso placer.

-¿Perfume? ¿Para mí?

Clare se sonrojó.

-Es una fórmula especial que he creado para ti, sólo para ti. Espero que te guste.

Gareth sacó el tapón e inclinó la cabeza para oler la fragancia.

-Un momento.

Gareth la miró con expresión interrogante.

-Mi señor, casi me olvido de preguntarte si tienes alergia a la artemisa, la menta, los clavos o cualquier otro ingrediente.

Gareth lo negó con la cabeza.

-No. ¿Por qué lo preguntas?

Clare se relajó.

-No importa. Es sólo que una vez conocí a alguien a quien la artemisa le provocaba una reacción muy violenta.

-A mí me gusta la artemisa. -Gareth aspiró profundamente-. Esta mezcla es muy, muy exquisita.

-¿De verdad que te gusta?

-Sí. -la olió otra vez-. Huele a muchas de las cosas que siempre he disfrutado, el aire fresco del amanecer y el sabor del mar. Lo guardaré en mi armario.

-Estoy encantada de que te guste -dijo ella sonriente-. No a todos los hombres les importa que su ropa huela bien.

-Debido al tipo de trabajo que hacía antes, me vi obligado a oler muchas fragancias que me gustaría olvidar -dijo Gareth-. Este perfume las sustituirá en mi mente.

Clare inclinó la cabeza.

-¿Qué tipo de olores tuviste que soportar cuando capturabas bandidos?

Gareth examinó el exquisito frasco de perfume.

-Cuando pienso en mi pasado recuerdo los olores de casas quemadas, hombres muertos y mujeres llorando. Cada vez que los olía sabía que había llegado demasiado tarde. Sólo quedaba empezar la cacería del hombre que había creado el hedor.

Clare se estremeció.

-¡Que terrible, Gareth! No me extraña que estuvieras impaciente por tener una casa propia.

-Pensaré en ti cada vez que huela la fragancia de este perfume -dijo Gareth con voz queda.

-Y en Deseo, mi señor, que es tu nuevo hogar.

-Sí, evidentemente pensaré en Deseo. -sus ojos se encontraron con los de ella-. ¿Hay alguna razón especial para este regalo?

-No -contestó Clare-. Sencillamente la de siempre.

-¿La de siempre? ¿Y cuál es?

-Una prueba de mi respeto, naturalmente.

-¿Respeto?

-Sí. ¿Qué otra razón tendría una esposa para hacerle un regalo a su marido?

-Buena pregunta, señora.

-¡Dallan, ayuda a Ranulf a desmontar la tienda!

Dallan se detuvo como si le hubieran herido.

-Sí, mi señor.

Gareth miraba preocupado cómo el juglar corría a ayudar a Ranulf a guardar la tienda de rayas amarillas y blancas.

Algo iba mal.

Gareth había notado un cambio en Dallan durante la tarde de aquel último día de feria. Ya no caminaba con aire arrogante y no mostraba entusiasmo por su posición de futuro escudero.

Habían desaparecido por arte de magia en el transcurso de unas horas. En su lugar, había melancolía y un comportamiento ansioso.

De repente, Dallan parecía muy preocupado con asuntos que estaban en lo más profundo de su alma. Saltaba cada vez que alguien le hablaba. Seguía obedeciendo las órdenes que Gareth le daba, pero había desaparecido el entusiasmo que había caracterizado su comportamiento desde que le jurara fidelidad a su nuevo señor.

Gareth pensó que sabía cuál era el problema, pero no sabía qué debía hacer. No era un experto en asuntos del corazón.

Esperó hasta que los barcos estuvieron cargados para el viaje de vuelta a isla Deseo antes de llamar a Dallan.

-¡Dallan!

-¿Mi señor? -Dallan se frotó las manos contra la túnica en un gesto nervioso-. ¿He hecho algo mal?

-No. Vamos a dar un paseo, quiero hablar contigo un momento.

-Sí, mi señor. -Dallan le miró nervioso mientras, obediente, se acercaba hacia él.

Gareth juntó las manos detrás de la espalda e intentó encontrar la mejor forma de tratar un tema tan delicado.

-Tú has cantado muchas canciones de amor, juglar, pero quizá no sabes mucho acerca de este asunto.

-¿Cómo, señor?

Gareth se aclaró la garganta.

-Para un hombre, el primer sabor de la pasión es tan desconcertante como su primera batalla. Los dos son poderosos a su manera y los dos distorsionan temporalmente la visión. de ti mismo y del mundo que te rodea.

Dallan lo miró educadamente sin decir nada.

Gareth suspiró y lo volvió a intentar.

-Sé que crees que te has enamorado de la joven Alison. No dudo que te entristezca separarte de ella.

Dallan frunció el ceño.

-La echaré de menos.

-Sí, es comprensible. Sin embargo...

-Pero no la amo.

Gareth lo miró sorprendido.

-¿No?

-No. Nos lo hemos pasado bien pero le he confesado que todavía no puedo amar a una mujer. Debo hacerme un lugar en el mundo antes de pensar en estas cosas.

-Ah. -Gareth estaba aliviado-. Una afirmación muy inteligente viniendo de un hombre de tu edad. Estoy impresionado por tu sentido común. He visto a hombres que te doblan la edad cometiendo locuras por una mujer. No es una visión muy agradable.

Dallan lo miró interrogante.

-¿Esto es todo lo que quería decirme, señor?

-Sí. Vete y ayuda a guardar las tiendas.

-Sí, mi señor.

Gareth observó cómo Dallan iba a ayudar a los demás. Se preguntó si había malinterpretado el humor de Dallan. Era posible que el chico sufriera graves trastornos de humores. La enfermedad podía ser letal. Una vez, Gareth conoció a un hombre que estaba gravemente afectado por trastornos de humores y acabó suicidándose.

Gareth optó por vigilar a su futuro escudero.

Tres días después, Clare estaba sentada en su mesa mordisqueando la pluma. Estaba reflexionando sobre la última fórmula de un perfume. Era realmente difícil describir los pasos exactos necesarios para combinar las distintas substancias y conseguir los resultados deseados para sus creaciones más complejas.

Leyó lo que acababa de escribir:

> *Verter una cantidad de agua en una cacerola y poner la cacerola al fuego. Cuando la cacerola esté roja y el agua empiece a hervir, coger la cantidad justa de los mejores pétalos de rosa y echarla en la cacerola.*

La frase «cantidad justa» no era muy precisa. La abadesa Helen le había recomendado que fuera muy explícita al escribir recetas.

Clare borró «cantidad justa» y lo cambió por «dos puñados».

Un solo golpe autoritario fue el aviso que tuvo antes de que se abriera la puerta y Gareth entrara en la habitación. Sostenía el libro de su padre abierto en las manos. Tenía la mirada fija en un pasaje.

-Clare, ¿tenemos azufre?

-Sí. Mi padre guardaba un poco en los almacenes junto con otros ingredientes. Los tratados árabes hacen frecuentes referencias a recetas que precisan azufre. Él solía expresar su deseo de experimentar con esto. Yo, personalmente, nunca me interesé por esta sustancia, no me gusta su olor.

-Excelente, excelente. Vaya ver si lo encuentro. -Gareth miró otra vez lo que fuera que estaba leyendo-. El carbón no será ningún problema, es fácil hacerla.

-¿Has encontrado alguna receta interesante?

-En este libro, tu padre describe recetas muy curiosas del Este.

-¿Recetas con azufre?

-Sí. Más tarde las examinaré. -cerró el libro y se lo colocó debajo del brazo-. ¿Qué haces?

-Estoy trabajando en mi propio libro.

-Ah, sí. Tu libro de fórmulas de perfumes. -Gareth inspeccionó los libros colocados en las estanterías del estudio-. Tu biblioteca es casi tan grande como la del convento.

-Sí, y estoy muy orgullosa de ella. Muchos de los libros los consiguió mi padre, evidentemente, pero yo adquirí uno o dos. Me gusta en especial el que escribió la abadesa Helen de Ainsley. Es un trabajo muy elaborado sobre hierbas que consulto habitualmente.

-¿La abadesa Helen de Ainsley? -repitió Gareth con una insólita voz neutral.

-Sí -sonrió Clare orgullosa-, ha sido tan amable de mantener correspondencia conmigo.

-¿Te escribes con una abadesa?

-Bastante a menudo. Sus recomendaciones sobre las propiedades de las hierbas son muy valiosas. Pronto vendrá a visitarnos.

-¿De verdad? -Gareth parecía sorprendido.

Clare asintió con la cabeza.

-Estoy muy entusiasmada. La priora Margaret mandó un mensaje esta mañana. Me decía que puedo esperar a la abadesa Helen cualquier día a partir de hoy. Podrás conocerla.

-Será interesante.

-Sí. Además, seguro que se hospedará en esta casa. Así lo hizo la última vez que nos visitó. Es un gran honor para nosotros.

-Ya veo. -Gareth se sentó en el alféizar de la ventana-. Bien, da igual aquí que allí. Ahora quiero hablarte de Dallan.

-¿Qué le pasa? -Clare se preocupó-. Pensaba que estaba bien en su nueva posición de futuro escudero. Si tiene dificultades o no ofrece un buen servicio, te ruego que tengas paciencia. Necesita su tiempo.

-Lleva a cabo sus tareas con buena voluntad. Éste no es el problema. Estoy preocupado por su creciente melancolía.

-Ya sé lo que quieres decir. -Clare dejó la pluma-. Es muy preocupante. Está casi tan mal como cuando llegó a Deseo. Había mejorado, pero desde la feria parece que vuelve a estar muy inquieto.

-¿Qué sabes de la historia del joven Dallan?

Clare lo miró pensativa.

-Muy poco. Como sabes, es un hijo bastardo. Dice que se crió en casa de un hombre de rango. Como tú y yo ya hemos comentado, sospecho que no le trató bien.

-¿Esto es todo lo que sabes?

Clare pensó en la pregunta.

-Sí, creo que sí. Nunca habla de su pasado.

-¿Ni del hombre que lo crió?

-No. Tengo la impresión de que preferiría olvidar ambas cosas.

-Quizá no puede olvidar aunque lo intente.

-Sí. Hay cosas que no se olvidan.

-Es cierto, pero un hombre que no puede olvidar debe aprender a vivir con los demonios que lo persiguen.

-Dale tiempo. Lleva muy poco con nosotros.

-Lo que me preocupa es este cambio repentino hacia la melancolía. Durante la feria, hasta el último día, estaba contento y alegre. Al principio creí que padecía de mal de amores.

Clare sonrió.

-¿La joven Alison?

-Sí. Hablé con él sobre el asunto, pero dice que no está afectado por la enfermedad. -Gareth hizo una mueca-. ¡Menos mal! Porque no tengo la menor idea de cómo curar este tipo de mal rápidamente y no he conocido a ningún médico que sepa el remedio.

-Creo que una vez me contaste que tú, personalmente, hacía muchos años que no la padecías -murmuró secamente Clare.

-No -negó Gareth-. El mal de amores es para poetas y locos.

-Claro.

-Un hombre de mi posición no puede permitirse este tipo de enfermedad.

-¿Por qué no? ¿Qué daño le puede hacer?

-¿Qué daño? -Gareth puso cara de pocos amigos-. Es evidente. Es la fiebre más peligrosa. Destruye el sentido común.

-Claro. No sé en qué estaría pensando al hacer esta estúpida pregunta. Bien, pues, acerca de Dallan. ¿Qué sugieres?

Gareth se lo pensó.

-Sin duda sería mejor darle algo en que pensar que lo aparte de lo que le preocupa.

-Un plan excelente. He notado que los hombres tienen una gran habilidad para ignorar ciertos problemas y disfrutar con otros quehaceres.

Gareth levantó una ceja.

-¿He dicho algo que te molestara, señora?

-No, en absoluto -aseguró Clare-. ¿Qué crees que podría distraer a Dallan de lo que sea que está trastornando su humor y lo induce a la melancolía?

Gareth miró el libro que tenía bajo el brazo.

-Quizá le pida que me ayude en mis experimentos con azufre y carbón.

-Creo que le parecerá muy interesante. -Clare estaba un poco intrigada-. Hazme saber cuando estés listo para demostrarme los resultados de tu trabajo. Me gustaría vedo aunque no me guste el olor a azufre.

-Haré que te manden un mensaje cuando acabe el experimento.

Gareth se levantó, la besó y se fue hacia la puerta.

Clare le vio marchar. Experimentó una punzada de melancolía mientras recordaba la conversación.

«El mal de amores es para poetas y locos.»

Ella no era poetisa ni estaba loca, pero temía padecer de mal de amores.

No le gustaba sufrir sola.

No era que Gareth no tuviera emociones, pensó. Había algunos indicios esperanzadores, se dijo a sí misma. Por ejemplo, siempre olía al perfume que le había regalado.

Y no había duda de la fuerza de su pasión, pensó. Su deseo de ella no era ningún secreto y parecía complacido de que ella respondiera completamente a su forma de hacer el amor. La verdad es que necesitaba una respuesta por parte de ella.

Sabía que respetaba su conocimiento, habilidad e inteligencia en el terreno de los perfumes, pero aquello no significaba nada. Hasta Nicholas tenía inteligencia suficiente como para apreciar su talento para ganar dinero.

Lo que le daba la mayor esperanza era que, como había hecho hacía sólo un momento, Gareth había empezado a consultarle las cosas antes de tomar una decisión.

Su unión estaba empezando a funcionar justo como ella había esperado cuando creó la receta para un marido. Ella y Gareth estaban empezando a compartir sus tareas y responsabilidades. Estaban aprendiendo a confiar el uno en el otro cada vez más.

En muchos aspectos, ella había conseguido exactamente lo que quería en un marido, incluso tenía más de lo que había especificado.

Pero no era suficiente.

Quería amor.

Y según Gareth, el amor era para poetas y locos.

Dos días después, Clare estaba otra vez en su mesa cuando se oyó un gran trueno en el patio.

Asustada, se levantó y fue hacia la ventana. Se preocupó al advertir que no había ni una sola nube de tormenta a la vista.

Confundida, miró hacia el patio. Se oyó un grito. Una sirvienta gritó. Los canteros dejaron de trabajar en la nueva pared. Los hombres salieron de los establos alarmados. Un caballo relinchó y se desplomó de miedo. Las gallinas cacareaban como locas mientras corrían por el patio.

Y a continuación salieron grandes nubes de humo de la ventana del taller de su padre. Mientras Clare miraba, la puerta se abrió y salieron dos figuras tambaleándose. Gareth y Dallan estaban cubiertos de ceniza gris.

Clare se dio media vuelta y salió rápidamente de la habitación. Corrió alarmada hacia las escaleras de la torre y voló hacia abajo.

-¡Gareth! Mi señor, ¿estás bien? -gritó mientras bajaba corriendo los peldaños. Miró fijamente a las dos figuras cubiertas de ceniza. El olor agrio de azufre le atacó las fosas nasales.

Dallan sonrió débilmente. Parecía aturdido pero indemne. Los dientes de Gareth brillaron en una sonrisa triunfante a través de su máscara gris.

-¡Ha funcionado!

-¡Santo Dios! -Clare gritó cuando Gareth corrió hacia ella y la levantó-. ¿Qué ha funcionado?

-Una de las recetas de azufre de tu padre. -Gareth la cogió dándole vueltas. Su risa se oyó por todo el patio-. ¡Ha funcionado, Clare! ¡Ha funcionado de verdad!

-Eso ya lo veo. Pero, ¿cuál puede ser el uso de esta mezcla de azufre?

-Todavía no lo sé. Lo importante es que la fórmula ha funcionado.

Clare levantó la vista y observó sus facciones borrosas y risueñas y sonrió comprendiéndolo todo repentinamente. Gareth estaba eufórico con la novedad del

descubrimiento. Ella misma había experimentado muchas veces la misma sensación, aunque de forma menos espectacular.

-Sí, mi señor. Está muy claro que la fórmula ha funcionado. Quizá puedas dedicarte a la alquimia de ahora en adelante.

-Pues es una actividad mucho más interesante que mi anterior ocupación de apresar bandidos.

CAPÍTULO 15

Clare cerró los ojos para apartar de su mente la distracción de los golpes y el repiqueteo de las herramientas de los picapedreros y los gritos de los obreros. Fuera de los talleres, la construcción del nuevo muro de piedra alrededor de la mansión proseguía a ritmo acelerado. Creaba un estruendo incesante durante todo el día.

Sólo de noche, cuando los hombres de Seabern se marchaban después de la jornada de trabajo, reinaba el santo silencio. Clare tenía la esperanza de que aquellas obras terminaran pronto.

Metió la mano en el tarro que tenía sobre el banco de enfrente, sacó un puñado de la nueva mezcla de hierbas y flores secas y acercó la mano a la nariz. Por algún motivo, el ligero aroma de artemisa le recordó a Raymond de Coleville.

La artemisa le había hecho llorar y estornudar de forma in controlable y tuvo serias dificultades para respirar.

Recordó el día en que lo sorprendió con un recipiente que contenía artemisa, entre otras especias y flores. Fue la única vez que vio a Raymond perder los estribos.

-¡Por todos los santos, aleja ese olor! -rugió- Debe de contener artemisa... ¿Qué quieres? ¿Matarme?

Clare se había quedado horrorizada. ¿Cómo iba a saber que él no soportaba la artemisa? Se había disculpado humildemente y había tirado aquella mezcla. Raymond recuperó enseguida su habitual talante encantador y ahí quedó todo.

Clare se extrañó de que aquel recuerdo hubiese cruzado su mente. Lo cierto era que no había pensado mucho en Raymond de Coleville desde el día en que Gareth había llegado a isla Deseo.

A decir verdad, por aquel entonces le costaba pensar en cualquier otro hombre que no fuera su marido. Gareth era demasiado corpulento, demasiado abrumador, demasiado interesante como para que cualquier otro ocupara sus pensamientos. Con él cerca, el resto le parecían hombres menudos y bastante corrientes, más aún el vago recuerdo de un hombre que la había engañado.

-¿Clare? -Joanna apareció por la puerta abierta del taller, buscándola entre las sombras-. ¿Estás aquí?

-Sí, Joanna -Clare volvió a dejar el puñado de hierbas secas en el recipiente-. ¿Ocurre algo?

-No, sólo venía a enseñarte mi último bordado. Creo que quedará perfecto en los cojines más grandes. -Joanna sacudió un gran cuadrado de tela decorado con un bosquejo de un caballero arrodillado ante una dama. La pareja parecía estar sentada en una enramada.

-Es precioso Joanna. Las escenas románticas como ésta siempre se venden muy bien. ¿Qué es esa criatura que hay en el fondo?

-Un unicornio. -Joanna dobló la tela con un gesto de satisfacción. -A las señoras de Londres les gustan mucho los unicornios. Bien, pues, si lo apruebas, haré que las mujeres del pueblo y las monjas empiecen a bordar el1seguida los nuevos motivos en los cojines.

-Perfecto.

-Deberíamos tener bastantes a mediados de verano para rellenados con tus flores y hierbas secas.

-Por lo menos tenemos más posibilidades de que este envío llegue a su destino. Lord Gareth se ocupará de ello -dijo Clare mientras añadía un par más de pétalos de rosa a la mezcla del tarro.

-Sí. El Lobo Sanguinario tiene su utilidad, eso no puede negarse. -Joanna le lanzó a Clare una mirada reflexiva-. Me pregunto si se quedará con nosotros todo el invierno.

-¿Qué? -Clare se volvió en seco-. ¡Pues claro que va a quedarse! Ahora éste es su hogar. ¿Por qué iba a marcharse?

-Los hombres siempre se marchan una vez que han conseguido asegurar sus tierras y tener un heredero -criticó Joanna-. Pero ahora que estás casada, isla Deseo está a salvo de Nicholas o cualquier otro invasor.

-Es cierto, pero ¿qué me dices de los ladrones que amenazan constantemente nuestros envíos? -Clare estaba atónita. Una extraña sensación le oprimía el pecho.

-Imagino que lord Gareth no tendrá ningún problema en dejar a algunos de sus hombres de armas en Deseo para que se ocupen de los envíos -suspiró Joanna- Supongo que sir Ulrich acompañará a lord Gareth cuando se marche. Es una pena. William le tiene mucho cariño. Creo que este nuevo programa de ejercicios está teniendo un efecto positivo en mi hijo, tal como predijo lord Gareth.

-El joven William no es el único que se ha encariñado con sir Ulrich, ¿verdad? -preguntó Clare con dulzura.

Joanna se ruborizó.

-¿Tanto se nota?

-Sí. Y parece que él te profesa el mismo cariño.

Joanna examinó el tarro de hierbas y flores.

-Dice que me quiere.

«Qué afortunada», pensó Clare. Era mucho más de lo que Gareth le había dicho a ella.

-Me alegro por ti, Joanna.

-Ayer noche me besó.-Joanna le lanzó una mirada furtiva-. Por primera vez comprendí que hacer el amor podía ser tan placentero para una mujer como lo es para un hombre.

-Aunque eso sólo ocurre con el hombre adecuado.

Joanna se sentó lentamente en un taburete y se entrelazó las manos sobre el regazo.

-Esto se quedará muy solitario cuando se marchen, ¿verdad?

-Lord Gareth no me ha dicho nada de marcharse.

-Los hombres no suelen comentar sus planes con las mujeres, ya lo sabes. ¿En algún momento se molestó tu hermano en informarte de sus intenciones antes de tener ya un pie fuera?

-No, pero lord Gareth es distinto. Él discute conmigo los temas importantes.

-Tu marido sigue estando en la fase en la que se divierte mimando a su nueva esposa. Eso pronto cambiará -apuntó Joanna en tono triste-, siempre cambia.

Clare notó una presión en el estómago. No podía soportar la idea de que Gareth se marchase, y menos ahora que estaban empezando a conocerse, a entenderse, a hablar.

-Tendré que hablar con él de esto -sentenció Clare mirando fijamente hacia la puerta.

-¿Adónde vas?

-A buscar a mi marido. Quiero hablar con él.

Joanna frunció el ceño.

-En este momento está ocupado.

-¿En qué?

-Está supervisando las reparaciones del molino de viento, creo. Están cambiando una de las aspas.

-Sólo será un momento.

Clare cruzó la puerta. El molino de viento estaba al otro lado del patio, con las aspas paradas. Había varios hombres, incluidos Gareth y Ulrich, congregados alrededor del molino y, por las expresiones serias de sus caras, parecían estar alrededor de una tumba.

Por un momento, se preguntó si los hombres adoptaban esos aires de severidad cuando se enfrentaban a dispositivos mecánicos averiados para impresionarse unos a otros o si estaban realmente alarmados por el reto que suponía repararlos.

-Mi señor... -Se detuvo a unos pasos del grupo-. Me gustaría hablar contigo.

Gareth desvió con reticencia la atención de la lona rasgada del aspa y la miró.

-Más tarde, señora. Como puedes ver, ahora estoy ocupado.

-Es muy importante. -Clare era consciente de que todos los hombres del grupo estaban escuchando con suma atención-. Será sólo un momento.

La ceja de Gareth se arqueó como respuesta al tono autoritario de Clare.

-De acuerdo, si es importante... -Le hizo un gesto con la cabeza a Ulrich-. Seguid trabajando. Ahora vuelvo.

-Sí, mi señor -Ulrich se volvió hacia la lona con una sonrisa burlona en los labios.

Gareth se acercó a Clare a grandes zancadas y bajó la vista para mirada. Sus anchos hombros le tapaban la visión del molino.

-Bien, veamos, Clare. ¿ Qué es eso tan urgente que no puede esperar?

De repente, Clare se sintió ridícula, pero tenía que hacer la pregunta.

-Sólo quería saber si tienes la intención de marcharte de Deseo dentro de poco.

-¿Marcharme?

-Marcharte -afirmó con una mirada fulminante en los ojos-. Hay quien dice que, ahora que te has asegurado unas tierras y me has dejado en estado, desaparecerás. Quería saber si es ésa tu intención.

Gareth la miraba fijamente.

-¿Estás embarazada?

-Esto... no, no -Clare se aclaró la garganta-. Bueno, al menos, no creo que sea el caso. Gareth, ésa no es la cuestión. Lo que te pregunto es si tienes intención de abandonar la isla. Gareth esbozó una sonrisa forzada.

-¡Diablos! Éste no es momento de discutir estas cosas. Estoy intentando arreglar el maldito molino.

-¿Es más importante el molino que tus planes de futuro, señor?

Gareth se pasó los dedos por el pelo.

-¿Qué rediablos te ha hecho venir en busca de mí para preguntarme eso ahora?

-Eso no importa, mi señor. Simplemente responde a la pregunta. ¿Te vas a marchar pronto?

-¿Acaso quieres que me marche?

-No, mi señor. -Clare se fijó en su pecho henchido-. Para ser sincera, creo que eres muy útil y está bien tenerte por aquí, así que no estoy deseando verte partir.

-¿Útil?

-Sí, señor, útil.

-¿En qué soy útil?

-Bueno, arreglaste muy bien la máquina de prensar que utilizo para extraer aceite de las rosas y la canela. -Clare mostró una breve sonrisa amable-. Ahora funciona a la perfección.

-Gracias -pronunció Gareth entre dientes-, me alegro de haberte podido prestar un buen servicio.

Clare se dio cuenta de que estaba disgustado y ella también se enojó.

-Sólo quiero saber cuáles son tus planes para poder hacer yo los míos. ¿Te parece pedir demasiado?

Él entornó los ojos y le lanzó una mirada fría.

-No tengo la menor intención de dejar Deseo, a menos que me llame mi padre. Sabes tan bien como yo que soy un vasallo de Thurston de Landry y, como tal, le debo un cierto número de días al año si él los reclama.

Clare frunció el ceño.

-No soy estúpida. Lo entiendo perfectamente. No te preguntaba por las obligaciones que tienes con lord Thurston. Me refería a tus planes personales.

-En este momento, mis planes personales son arreglar ese maldito molino lo antes posible. Después, tengo intención de supervisar el trabajo de los canteros y, cuando haya terminado con eso, regresaré a mi taller para seguir con mis experimentos. ¿Responde eso a tu pregunta?

-¿Así que, decididamente, no vas a marcharte de Deseo?

-No.

-¿Me lo juras?

-Sí.

Una sensación de alivio recorrió todo el cuerpo de Clare, aunque intentó no demostrado.

-Eso es lo que quería saber.

Gareth se puso en jarras.

-¿Estás satisfecha, señora? ¿Ya puedo volver a reparar el aspa del molino?

-Claro, te pido disculpas por molestarte mientras trabajas -Clare empezó a volverse.

-¡Clare!

-¿Sí?

Gareth la repasó de arriba abajo.

-Me han dicho que no cobras a los aldeanos por utilizar el molino.

-Sí, es cierto. Sé que muchos señores cobran a su gente por moler la harina, pero yo creo que no hay necesidad de hacerlo. Los vecinos nos abastecen con toda la harina que necesitamos, así que, por lo que a mí respecta, considero que es un trato justo.

-Comprendo.

Clare lo miró inquieta.

-Supongo que no pretendes cobrar a nuestra gente por moler su harina.

-No. En esta familia tú eres la que tienes cabeza para los negocios. Si crees que el acuerdo actual es justo, ¿quién soy yo para discutírtelo?

-Cabeza para los negocios, sí, es lo que siempre me han dicho -le explicó con una mirada irónica-. Vaya, parece que ambos tenemos nuestra utilidad.

Los ojos de Gareth se iluminaron.

-Ningún marido podría pensar en una mujer más útil que tú. Y ahora te ruego que me disculpes, debo volver al trabajo.

Regresó y se metió entre el grupo concentrado alrededor del molino.

Clare lo siguió por un momento con una mirada nostálgica. Pensaba en la palabra «útil».

Ella siempre había sido útil, pensó. Había sido útil para su madre, que había cargado con la responsabilidad de dirigir el feudo mientras el señor recorría todo el continente en busca de conocimientos.

Había sido útil para su despistado padre, un intelectual que prefería estudiar en París y España que asumir las responsabilidades de ser un marido, un padre y el señor feudal de Deseo.

Había sido útil para su hermano, que había preferido la agitación y la fama de los torneos que las tierras que debía heredar.

Había sido útil para Raymond de Coleville, que había querido divertirse con algún que otro escarceo mientras estudiaba con su padre.

Nicholas de Seabern había pensado que la convertiría en una esposa útil... Útil para llenar sus bolsillos.

Había sido útil para Thurston de Landry, que valoraba los ingresos de Deseo.

Y ahora, al parecer, el Lobo Sanguinario también la consideraba útil.

No era un pensamiento muy alentador, pero Clare opinó que existían destinos peores que ser, útil.

Destinos como enamorarse de un hombre que considerase el amor como algo no especialmente útil, por ejemplo.

Aquella tarde, Clare por fin encontró tiempo para subir las escaleras de la torre hasta su estudio. Se apresuró al doblar la última esquina, en lo alto de la escalera, y de repente chocó precipitadamente con Dallan.

-¡Uy! -Clare intentó serenarse mientras daba un paso atrás tambaleándose.

-¡Lady Clare! ¡Perdóneme! -En los ojos de Dallan brilló algo más que sorpresa, algo que podía ser temor.

Ella sonrió con tristeza.

-¿Qué estás haciendo aquí, Dallan? Creía que estabas ayudando a lord Gareth con sus experimentos.

-Perdóneme, milady. -miró con nerviosismo hacia la casa y luego de nuevo hacia ella-. No la he oído subir las escaleras.

-Voy a mi estudio.

-¡Ah! -Dallan se pasó las manos por la túnica con nerviosismo-. ¿Está bien?

-No te preocupes. No me has hecho daño -Clare lo miró extrañada-. ¿Te ocurre algo, Dallan?

-No, señora.

-¿Estás seguro? Te veo cada vez más abatido desde la feria de primavera. ¿Estás seguro de que no sufres de amor por tu bella Alison?

-¿Alison? -Dallan parecía confuso-. No, señora, no sufro.

-¿Seguro?

-Sí, señora, seguro.

-¿Acaso hay algo más que te preocupa?

-No, señora. -Dallan dudó, pero luego se encogió de hombros. En sus ojos había un destello de tristeza, casi de desesperación. -Lady Clare, nunca le he agradecido lo generosa que ha sido conmigo. Ahora quiero hacerlo.

Clare sonrió.

-Soy yo quien debe darte las gracias, Dallan. Tú has alegrado nuestras vidas en Deseo con tu música y tus bellos poemas. Y sé que lord Gareth está muy contento de tenerte como ayudante en el taller.

-Mi señor es un hombre muy inteligente -susurró Dallan-, como usted, señora. Ha sido un honor servirla.

-¿Por qué dices eso? Gracias, Dallan.

-Le ruego que me excuse señora -murmuró Dallan-. Ahora debo marcharme. El señor debe de estar esperándome. -Márchate, pues. Te veré en la cena.

-Adiós, milady. Y gracias de nuevo por ser tan generosa conmigo. No lo merezco.

-¡Qué tontería, claro que lo mereces! -Clare siguió hacia su estudio.

Abrió la puerta e intentó entrar, pero algo la hizo dudar. Se volvió y miró hacia atrás. Dallan la estaba observando con una mirada profundamente melancólica. Ella volvió a sonreírle para que se tranquilizara. Luego, entró en el cuarto y cerró la puerta.

Se dirigió hacia el escritorio y se sentó apoyando la barbilla entre las manos. Reflexionó durante un rato sobre la forma en que Dallan le había agradecido su amabilidad.

-Fue muy extraño, Gareth -le explicaba Clare aquella noche cuando estuvieron a solas en el dormitorio-. Era como si se estuviese despidiendo de mí.

-¿Quién se despidió? -Gareth no levantó la vista del enorme volumen que estaba examinando.

Pensaba que el padre de Clare había hecho un buen trabajo traduciendo del árabe al latín, pero que sir Humphrey no había sido un escribiente excesivamente habilidoso. Había que hacer un esfuerzo ingente para descifrar las palabras del ensayo que estaba intentando entender sobre los elementos.

Aunque había sido un día cálido, por la noche había refrescado más de lo habitual. En la chimenea del dormitorio ardía un buen fuego. Fuera empezaba a soplar un viento que anunciaba tormenta antes del amanecer.

-Dallan, ¿me estás escuchando, mi señor?

-Claro que te estoy escuchando. Siempre te escucho cuando hablas. ¿Acaso no dejé de trabajar en el molino esta mañana para escucharte? -Gareth frunció el ceño concentrándose en una palabra escrita con gran torpeza. No lograba descifrar si ponía «vapor» o «sabor». Decidió que tenía que ser «vapor». «Sabor» no tenía sentido en el contexto: «El calor intenso hace que el líquido hierva y desprenda vapor, que se convierte en líquido [....]».

-¿Así que siempre me escuchas, eh? -Clare emitió un leve suspiro muy femenino para mostrar su incredulidad-. ¿Y qué acabo de decir?

Gareth se concentró en la compleja explicación sobre las propiedades del fuego, la tierra, el agua y el aire.

-Has dicho algo sobre que Dallan se había despedido de ti.

-He dicho que parecía que se estaba despidiendo. Era como si planeara marcharse de Deseo.

-Ya te lo he dicho, no tengo intención de marcharme de la isla.

-Tú no... ¡Dallan! ¡Lo ves! Sabía que no me estabas escuchando.

Gareth renunció a la lectura del tratado traducido del árabe. Extendió las piernas acercándolas al fuego, se recostó en la silla y miró a Clare.

La imagen de la mujer sentada allí con el libro en el regazo, con su rostro inteligente compungido en una expresión de intensa inquietud, hizo que por un instante se olvidara del ensayo sobre los cuatro elementos.

«Mi esposa», pensó con un sentimiento de asombro. Aún no podía creer que fuera suya.

Las llamas resaltaban la reluciente oscuridad de su cabello y le daban a su piel un tono cremoso. Ella lo miraba con aquellos ojos serios de color claro. Pensó en la manera de hacerla resplandecer de pasión y su cuerpo empezó a tensarse. Siempre le ocurría cuando pensaba en Clare desnuda entre sus brazos.

-¿Cuál es el problema? -inquirió Gareth.

-Temo que Dallan esté atormentado por alguna horrible preocupación. Está más angustiado que nunca. Al parecer, el joven William topó con él cuando salía de uno de los aposentos esta tarde. Dallan tenía los ojos llorosos.

-¿Estaba llorando? Pero, ¿por qué?

-William le contó a Ulrich que le había hecho exactamente esa pregunta y que le respondió que no era asunto suyo. ¡Es terrible! Dallan no cuenta qué es lo que le preocupa. ¿Qué sugieres?

-No podemos hacer otra cosa que vigilado. Ulrich se ocupará de ello.

-¿Vigilado? -inquirió Clare sorprendida- ¿Por qué hay que vigilado? ¿Temes que se haga daño?

-Es posible. La melancolía es una enfermedad extraña, a veces incluso peligrosa.

-Ése es el pensamiento más alarmante.

-No te preocupes esta noche. Ulrich se ocupará de vigilarlo -Gareth reanudó la lectura-. Clare, ¿tenemos mercurio?

-Sí -respondió distraída-. Mi padre lo guardaba en alguna parte. ¿Se te ha ocurrido algún otro sospechoso que pueda haber asesinado a Beatrice?

-No.

-¿Aún piensas- que el móvil fue el robo de un libro?

Gareth miraba fijamente la pócima alquímica que estaba estudiando. Pensó en la potente explosión que había provocado con la mezcla de azufre y carbón.

-Me he dado cuenta últimamente de que estos tratados antiguos esconden muchos secretos increíbles que tu padre tradujo.

-Sin lugar a dudas, pero los libros que hay en el convento no proceden del Este. Son básicamente herbarios ingleses y libros históricos de la Iglesia. Seguro que ninguno de ellos contiene ningún secreto por el que merezca la pena matar.

-¿Y si el asesino no sabía lo que iba a encontrar en ellos? -Gareth acarició el filo de las páginas irregulares de pergamino del libro que sostenía-. ¿Y si creía que iba a encontrar en ellos algo de gran valor?

-¿Y qué secreto podría encontrar?

-Quizás el elixir que puede transformar en oro los metales básicos.

-¡Ah, eso! Los alquimistas llevan años buscando esa fórmula -respondió Clare en tono burlón-. Mi padre siembre aseguró que no existía.

Poco antes del alba, se oyeron unos golpes en la puerta del dormitorio que despertaron a Gareth de un inquietante sueño con sangre y un libro abierto.

En el sueño estaba intentando leer la fórmula alquímica escrita en el libro pero, antes de que pudiera distinguir las palabras, la página del libro había quedado cubierta de sangre.

Al oírse el golpe, Gareth se despertó, como siempre, rápidamente y se desveló por completo. Por la fuerza de la costumbre, sacó el brazo por el lado de la cama buscando algo y su mano rodeó la empuñadura de la Puerta del infierno.

-¿Qué ocurre? -preguntó Clare con voz soñolienta-. ¿Algo va mal?

-Hay alguien en la puerta -Gareth apartó la cortina de la cama y cruzó la habitación sin hacer ruido con la espada en la mano.

-¿Quién es?

-Ulrich, señor.

Gareth abrió la puerta. Ulrich estaba en el vestíbulo, vestido y sosteniendo una vela. Miró a Gareth, que iba completamente desnudo y sólo llevaba la espada.

-Siento molestarte.

-¿Qué ocurre?!

-El juglar ha abandonado la casa, tal como dijiste.

-¿Dallan? -Clare asomó la cabeza entre las pesadas cortinas de la cama-. ¿Dices que se ha marchado?

Gareth hizo caso omiso de su pregunta.

-¿Se marchó con las manos vacías?

-No lo sé, pero la puerta del estudio de lady Clare está entreabierta.

-Así que, después de todo, el muchacho estaba decidido a traicionarnos -sentenció Gareth en un murmullo.

-Te advertí de que podía ser peligroso -puntualizó Ulrich discretamente.

-Es cierto. -Estaba preparado para aquello, incluso lo esperaba después de haber observado el extraño comportamiento del juglar en los últimos días. Sin embargo, las acciones de Dallan le entristecieron de un modo que no podía explicar. Pensó que era como la tristeza que se siente cuando un amigo demuestra no ser de fiar.

Gareth se había convencido de que él y Dallan habían establecido un vínculo basado en la carga de su mutua ilegitimidad y en el interés por los experimentos. Era evidente que se había equivocado.

-Me indicaste que si ocurría algo así querías ocuparte de ello personalmente. -Ulrich no miró hacia la cama.

-Sí. Ahora me visto. Prepara uno de los caballos.

-Voy contigo -dijo Clare.

-No hace mucho que se ha desatado la tormenta, señor. -Ulrich seguía con la mirada educadamente clavada en Gareth-. Hace un tiempo horroroso ahí afuera.

-Iré solo -dijo Gareth.

-No, mi señor. -Clare apartó la cortina de golpe. El camisón se le subió hasta encima de las rodillas mientras deslizaba las piernas hacia el borde de la cama-. Iré contigo.

Gareth volvió el rostro y la miró por encima del hombro, contrariado.

-Vuelve a la cama enseguida -y volviéndose hacia Ulrich-: Ocúpate del caballo. Ahora mismo bajo.

-Sí, mi señor, -Ulrich retrocedió de inmediato hacia el pasillo.

Gareth cerró la puerta. Cruzó la habitación con tres rápidas zancadas y sacó sus ropas de un cofre.

-Gareth, quiero ir contigo. -Clare se levantó de la cama y se apresuró hacia el cofre donde guardaba sus túnicas y vestidos-. Tienes que esperarme.

-No. Yo me ocuparé de este asunto.

Gareth terminó de vestirse y se abrochó el cinturón a media cadera. Agarró la espada y la vaina y se dirigió a la puerta.

Clare estaba haciendo grandes esfuerzos para ponerse el vestido por la cabeza.

-¿Por qué supones que Dallan huye así a hurtadillas?

-Quizá porque ha encontrado el libro que había venido a robar -respondió Gareth desde la puerta abierta.

-¿Cómo? -Clare consiguió ponerse el vestido de un tirón. La mirada que dirigió a Gareth era de preocupación-. No puedo creer que haga algo así.

-Bueno, entonces puede que se escape porque no quiere que le pregunten por el asesinato de Beatrice la anacoreta -sugirió Gareth.

Cerró la puerta con firmeza ante la expresión horrorizada de Clare.

La montura le esperaba en el patio. El viento ululante y los destellos de los relámpagos inquietaban al caballo, que brincaba y hacía cabriolas sobre las piedras

hasta que Gareth saltó a la silla. En cuanto sintió las firmes manos en las riendas, el caballo se calmó.

-¡Abre la puerta! -ordenó Gareth.

-Sí, mi señor. -Ranulf corrió hacia la caseta. Ulrich levantó la vista para mirar a Gareth. -¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe?

-Yo me ocuparé del juglar. ¿Cuánto hace que se marchó?

-No más de media hora. Ordené que comprobaran su habitación cada media hora como ordenaste. Cuando el guardia la encontró vacía me informó inmediatamente y yo vine directo a ti.

-Supongo que no se marchó por la puerta, ya que los guardias le hubiesen visto.

-Sí. Sería interesante saber cómo consiguió salir del patio sin ser descubierto.

-Eso lo sabremos cuando le haya capturado. -Gareth dio la señal al caballo y el animal salió lanzado hacia la puerta abierta.

La luz gris de un amanecer tormentoso se iba abriendo paso por la isla mientras Gareth galopaba por el camino hacia el pueblo. Su destino era el puerto. La única forma de salir de Deseo era en barco, y las únicas embarcaciones disponibles estaban amarradas en el muelle del pueblo.

El caballo corría a toda prisa dejando atrás los campos y las casas dispersas. Con la primera luz del día, Gareth podía ver las hileras de flores doblándose al paso del viento.

La puerta del convento aún estaba cerrada cuando pasó por delante cabalgando. Todavía no había gente por las calles ni en la plaza del mercado.

Cuando llegó al puerto, divisó de inmediato la solitaria figura en el muelle. La capa de Dallan se agitaba violentamente sobre su delgado cuerpo mientras luchaba con las cuerdas de una pequeña embarcación, que se tambaleaba y viraba en las revueltas aguas del puerto. Apoyada en la pared de piedra del muelle había una gran bolsa de cuero.

-¡Aguarda, juglar! -La voz de Gareth tronó por encima del rugido del viento-. Como tu señor, te ordeno que te detengas.

Dallan se dio la vuelta con el rostro compungido y lleno de temor.

-¡No, déjeme marchar, señor, se lo ruego! Tengo que irme. La matará si no le doy el libro.

Gareth bajó de la montura, ató las riendas a un poste y se dirigió hacia el muelle.

-Haz lo que te ordeno, Dallan de Deseo, o sabrás aquí y ahora cómo trato yo a los ladrones y asesinos.

-No. -Los ojos de Dallan mostraban pavor. Agarró la bolsa de cuero y saltó del muelle a la barca oscilante.

No aterrizó en el centro, de modo que la barca se inclinó peligrosamente hacia un lado.

Dallan gritó y lanzó la bolsa de cuero al fondo de la barca. Se movió bruscamente para intentar mantener el equilibrio.

La barca volvió a balancearse y, finalmente, Dallan cayó a las aguas revueltas.

Gareth se echó a correr. Justo cuando alcanzaba al final del muelle resonaron unos cascos en la calzada. Volvió la vista atrás y vio a Clare cabalgando hacia él sobre su palafrén. El viento había echado hacia atrás la capucha de su capa y el cabello le aztaba la cara.

-¿Gareth, qué vas a hacer? -gritó.

-Vaya sacar a tu juglar favorito del mar y después le enseñaré cuál es el precio que se paga por la traición.

-¡Mi señor, no le hagas daño! Estoy segura de que tiene que haber una explicación para este comportamiento.

-Claro -masculló Gareth-, apuesto a que sí, y tengo intención de oírla antes de ahorcarle.

-No, no puedes ahorcarle -gritó Clare.

-¿Por qué no? Así es como suelo tratar a los ladrones.

Dallan volvió a gritar.

Gareth lo miró y vio al muchacho debatiéndose en vano con el mar embravecido. Era obvio que no sabía nadar.

Gareth se desabrochó todo el cinturón de cuero. Se dio dos vueltas a la cintura con él y luego se inclinó en el borde del muelle.

-Agárrate a mi cinturón, Dallan.

-Es mejor que me ahogue.

-Puede que sí, pero no te vas a ahogar. Tengo otros planes para ti. Agárrate a mi cinturón.

Dallan se agarró al cinturón.

CAPÍTULO 16

El inquietante silencio que reinaba en el cuarto de la chimenea incomodaba a Clare. Sabía que Dallan estaba, más que intranquilo, aterrorizado. Ambos estaban sentados muy quietos en sus escabeles y esperaban a que Gareth hablase.

Clare le lanzó a Dallan una leve sonrisa para alentado, pero él no se la devolvió.

Gareth no hacía nada para mejorar la atmósfera opresiva. Clare había empezado a sospechar que, deliberadamente, estaba dejando que aumentara la tensión. Se dejó caer en una silla delante del fuego y observó las llamas con una expresión oscura y siniestra que presagiaba lo peor. Tenía los brazos apoyados en los brazos tallados de la silla de roble.

Finalmente, empezó a hablar y Clare se sobresaltó.

-¿Cómo se llama ese otro amo al que sirves, Dallan de Deseo?

Dallan se estremeció. Clare observó cómo abría y cerraba los labios con nerviosismo. Jugueteaba con las manos sobre el regazo.

-Mi señor, le ruego que no me pida que le dé ese nombre. Si lo digo, la desgracia se abatirá sobre esta isla.

-¿Tan poderoso es? -Gareth habló con voz queda.

-Sí.

-¿Un gran caballero?

-Sí.

-Una vez me dijiste que había ido a una cruzada.

-Sí.

-¿Le temes a él más que a mí?

Dallan bajó la vista hacia sus manos.

-Usted lo máximo que hará será ahorcarme, milord. Mi amo puede hacerme cosas mucho peores.

-¿Qué puede ser peor que morir en la horca, juglar?

Dallan le dirigió una mirada breve a Clare. Se humedeció los labios.

-Ha prometido matar a mi señora si le traiciono.

Una terrible sensación se apoderó de Gareth.

-¿Realmente pronunció esas palabras? ¿Amenazó específicamente con matar a lady Clare?

Dallan sintió un escalofrío, a pesar de que ya estaba seco y la estancia estaba caliente.

-Juró que asesinaría a todas las personas por las que yo siento afecto. Y después prometió matarme de la forma más espantosa. No se ofenda señor, pero prefiero morir ahorcado que por efecto de la magia.

Clare lo miró.

-¿Magia?

Dallan apretó los labios temiendo haber dicho ya demasiado.

-Magia. -Gareth repitió la palabra de una forma extraña, como si estuviera saboreándola-. Por lo tanto, ese señor al que temes es un gran mago.

Dallan volvió a bajar la mirada hacia sus manos apretadas.

-Sí. Es un maestro de las artes oscuras. Puede atravesar puertas cerradas. Puede hacer desaparecer objetos. Conoce los secretos de los antiguos.

Gareth arqueó las cejas.

-¿Y ese gran mago que puede atravesar las puertas y hacer desaparecer cosas tiene que mandar a un muchacho de dieciséis años para robarle un libro a una mujer? ¿Y por qué no se materializó en el estudio de mi esposa y eligió él mismo el volumen? Después, podría haberse esfumado rápidamente antes de que nadie se enterara.

-Mi señor, no pretendo entender sus motivos -adujo Dallan a la desesperada-, pero nunca cuenta sus planes, ni a mí ni a nadie. No es su forma habitual de proceder. Es siempre muy reservado.

-¿Qué te ordenó exactamente que hicieras mientras estuvieses aquí? -preguntó Gareth.

-Me mandó que viniera a Deseo y entrara en la casa como juglar. Dijo que tenía que familiarizarme con la mansión y las personas que viven aquí y que esperara su señal.

-¿Sabía que me encariñaría con un juglar? –manifestó Clare disgustada.

-Sí, mi amo... -Dallan se detuvo y le lanzó una rápida mirada de incomodidad a Gareth-. Es decir, mi antiguo amo dijo...

-¿Qué? -pidió Clare gentilmente.

Dallan contuvo unas cuantas lágrimas.

-Dijo que mi estúpida poesía la complacería, milady. Dijo que usted me apreciaría porque tenía una gran afición por las ridiculeces románticas.

-Tenía razón en una cosa -afirmó Clare-, aquí se te aprecia, Dallan.

-Se le apreciaba -corrigió Gareth-. Hasta que traicionó a esta casa y me traicionó a mí.

-Tuve que hacerlo -susurró Dallan-. Tenía que robar el libro. Él me lo ordenó.

La mirada de Gareth se endureció.

-¿Cuándo te dio esa orden?

-Apareció el último día de la feria de primavera. Me buscó entre la multitud y me describió el libro que quería. Me dijo que si no se lo llevaba en el plazo de un septenario, destruiría esta casa y a todos los que habitan en ella.

-¿En la feria de primavera? -los ojos de Gareth empequeñecieron-. ¿Estuvo en Seabern?

-Sí -respondió Dallan en otro suspiro-, se materializó disfrazado de buhonero.

-Así que por eso cambió tanto tu humor el último día de la feria... -comentó Clare.

-Había empezado a creer que se había olvidado de mí -murmuró Dallan-. En realidad, en los dos últimos meses llegué a creer que ya no le era de utilidad y que quizás ya era libre.

-¿Por eso me juraste lealtad, Dallan de Deseo? -preguntó Gareth-. ¿Porque pensaste que el mago te había liberado de tu juramento hacia él?

-Nunca me pidió que le jurara fidelidad como usted, mi señor. -Dallan miró tristemente hacia el suelo-. Para él, no fui nunca nada más que un siervo. Nadie pide a un siervo que preste el juramento de caballero.

Clare dirigió la vista hacia el libro que estaba sobre el escritorio.

-¿Cómo supiste cuál de los libros de mi padre quería robar el mago?

-Él me lo describió cuando me encontró en la feria -respondió elevando la mirada al volumen que estaba encima de la mesa-. Dijo que sería un libro grande con muchas recetas extrañas escritas con mala caligrafía. Dijo que seguro que estaría entre los artículos que sir Humphrey había mandado a casa justo antes de morir.

-Tú sabías que yo había estado estudiando precisamente ese libro en los últimos tiempos puesto que me has ayudado con algunos experimentos -sentenció Gareth.

-Sí, milord.

Gareth torció el gesto.

-Pensaba que tenías un talento especial para los experimentos, pero ahora me doy cuenta de que era porque debiste ayudar al mago en algunas ocasiones.

-Sí. -Dallan tragó saliva penosamente-. Me enseñó lo que necesitaba saber para ayudarle en sus estudios. Señor necesito que me diga si va a ahorcarme esta noche.

-¿Por qué lo preguntas?

-No me gustaría morir sin haberme confesado. Entiendo que no tengo derecho a pedir ningún favor, pero le agradecería mucho que llamara a un sacerdote antes de colgarme.

-¡Por Dios misericordioso, lord Gareth no va a ahorcar a nadie esta noche! -apuntó Clare rápidamente-. ¿Verdad que no, mi señor?

Gareth no respondió. Siguió reflexionando con la mirada clavada en las llamas.

Dallan se mordió el labio y se miró los dedos trémulos.

-Sólo rezo por que algún día pueda perdonarme, lady Clare.

Clare miró a Gareth con gesto interrogativo y luego se volvió hacia Dallan.

-No le hagas caso al señor, Dallan, está de muy mal humor. No te va a ahorcar.

Dallan la miró como si estuviera loca.

-Mi señor, ¿podrías decide amablemente a Dallan que no lo vas a ahorcar hoy? -sugirió Clare con impaciencia.

-Todavía lo estoy considerando -murmuró Gareth.

-Señor, sabes perfectamente que no vas a colgar al escudero al que estás entrenando -repuso Clare sonriendo a Dallan-. Comprendo que te llevaste el libro porque querías protegerme, Dallan, y lord Gareth también lo comprende.

Dallan no parecía muy convencido de que Gareth también lo comprendiera.

-Mi señor, sé que cree que lo que hice fue un acto de traición. Desearía con todo mi corazón haber podido seguir sirviéndole como escudero, pero usted mismo me dijo una vez que un hombre debe hacer todo lo necesario para proteger a aquellos que dependen de él. Y yo tenía que proteger a lady Clare.

-Un hombre no puede servir a dos señores, Dallan de Deseo.

-Cierto, señor, lo sé. Pero cuando os juré lealtad, creía de veras que era libre para poder serviros. Para el mago yo era un don nadie, simplemente un muchacho que había comprado por unas cuantas monedas. Después de estar un tiempo aquí en Deseo, llegué incluso a creer que se había olvidado de mí o que ya no me necesitaba. Me decía a mí mismo que jamás vendría a buscarme.

Los ojos de Gareth brillaban con la intensidad gris del humo.

-Quiero el nombre de ese mago, Dallan.

La expresión de Dallan fue de pavor.

-¡Lo juro, señor, no me atrevo a pronunciado! Si lo hago, todos estarán en -grave peligro, y especialmente lady Clare.

-Lady Clare ya está en peligro -argumentó Gareth-. La única forma en que puedo protegerla a ella y proteger esta casa y a todos los que estamos aquí es sabiendo todo lo posible sobre tu amo.

-Pero no se trata de un caballero corriente, mi señor. Es un mago -gimió Dallan.

-¡Por las llamas del infierno! A mí me parece que es un alquimista, un hombre corriente que ha llegado a dominar unos cuantos trucos orientales, nada más. Quiero su nombre.

Clare acarició la mano de Dallan.

-Danos el nombre del mago, Dallan. Será lo mejor. Lord Gareth se encargará de solucionar el problema. Es experto en solucionar problemas.

Los ojos de Dallan se movían ansiosamente del rostro duro e inflexible de Gareth a la sonrisa tranquilizadora de lady Clare.

-Perdóneme. Sé que es usted un gran caballero, mi señor, pero ni usted puede defenderse de las artes de ese mago.

-¡Qué tontería! -exclamó Clare-. Lord Gareth es perfectamente capaz de ocuparse de un simple mago.

La mirada impenetrable de Gareth se fijó por un instante en el rostro de su esposa.

-Gracias por la confianza, señora.

Clare sintió el rubor en las mejillas ante su tono irónico.

-No tengo ninguna duda de que eres capaz de proteger esta casa, mi señor.

-Pues si mi futuro escudero me demostrara esa misma confianza -señaló Gareth con toda la intención-, quizá tendría más posibilidades de cumplir mi cometido.

El rostro de Dallan se iluminó por un segundo, pero luego se descompuso en un gesto de desesperación. .

-Ya no soy su escudero, mi señor. Ambos lo sabemos.

-¿Acaso no has dicho que nunca le has jurado fidelidad a ese mago?

-No, señor.

-A mí me has jurado fidelidad ante testigos.

-Sí.

-¿Y no acepté yo tu juramento y te presté el mío a cambio?

-Sí.

-¿Qué te prometí yo a cambio de tu honesto servicio, Dallan de Deseo?

-Su protección, mi señor.

-Yo nunca he cometido perjurio, juglar. Mi juramento ha sido siempre mi única posesión. No suelo jurar a la ligera y, una vez que he prestado un juramento, lo cumplo.

-Lo entiendo, señor -Dallan apretó más aún las manos-, pero ya no tengo derecho a solicitar su protección.

-Lo tienes si no has jurado en falso -aseguró Gareth con suavidad.

La cabeza de Dallan actuó con rapidez.

-Pero lo he hecho o, al menos, usted cree que lo he hecho.

-Lo que yo creo -continuó Gareth con aire pensativo-, es que temes tanto a este alquimista que hiciste lo que te ordenó.

-Sí.

-Pero también creo que le obedeciste porque querías proteger a lady Clare.

-Es la verdad -murmuró el joven-, lo juro.

-Entonces no me has traicionado -prosiguió Gareth-. Has obrado de una forma incorrecta e insensata, pero no has cometido perjurio. Sigues siendo mi vasallo escudero y yo tu señor feudal.

Dallan cerró los ojos y respiró hondo, tembloroso.

-Es usted muy generoso, mi señor. No merezco sus favores.

-El nombre, Dallan. -La mano de Gareth se cerró en un puño sobre el reposabrazos de la silla-. Quiero el nombre del mago.

-Lucretius, mi señor. -Dallan se quedó inmóvil, con los ojos muy apretados como si esperara ser fulminado por un rayo allí mismo. Al comprobar que no ocurría nada, empezó a abrirlos con suma cautela. Su tono se afirmó-. Se llama Lucretius de Valemont.

-Lucretius de Valemont -repitió Gareth en voz baja.

Dallan apoyó la cabeza entre las manos.

-¡Dios nos asista, nos va a matar a todos!

-¿Cómo salió Dallan del patio sin que lo viera el guardia? -la calvicie de Ulrich brillaba mientras se inclinaba a estudiar el mapa de pergamino que estaba extendido sobre la mesa.

-Esperó a que hubiese pasado la ronda. -Gareth trazó la línea de la costa con el dedo en busca de los dos lugares donde se podía desembarcar de una nave pequeña-. Luego puso una escalera en la pared de detrás de la cuadra y, cuando estuvo en lo alto de la muralla, bajó con una cuerda hasta el suelo.

-Bastante hábil para ser un juglar, ¿o es que no lo es?

-Sí. -Gareth echó un vistazo por la ventana. Amanecía un nuevo día. La tormenta había pasado, pero había dejado un aire cargado-. Si alguien puede salir de aquí con tanta facilidad, igual de fácil sería entrar. Pon otro guardia aquí en la casa, Ulrich.

-Para hacerlo tendré que restarlo de los guardias del convento.

-No creo que el convento esté en peligro por ahora. El alquimista sabe que el libro está aquí en la casa. -Gareth encontró los entrantes en la línea Costera-. También quiero vigilancia en estas posiciones y en el puerto. Que se inspeccionen las calas del acantilado cada vez que baje la marea.

-Seremos muy pocos guardando la isla, mi señor. Los tres hombres que mandaste para custodiar los perfumes que compró el comerciante de Londres no han regresado todavía. Aún nos falta personal.

-Tú y yo montaremos guardia, y mi escudero también. Ulrich levantó la cabeza con un destello de curiosidad en la mirada.

-¿Vas a confiarle a Dallan una guardia?

-Dallan es mi vasallo. Tiene miedo de su antiguo amo, pero no está a su servicio sino al mío.

Ulrich vaciló, pero después asintió con la cabeza.

-¡Muy bien! Siempre has sabido juzgar a los hombres.

Dejaremos que monte guardia cerca del convento.

-Yo me quedaré aquí en la mansión -especificó Gareth-. Tú vete al puerto con un par de hombres.

-De acuerdo, mi señor. ¿Crees que ese tal Lucretius de Valemont intentará entrar en Deseo con hombres armados?

-No lo sé. Supongo que sabe lo difícil que le resultaría desembarcar con una compañía armada sin ser visto.

-En este momento, no puede saber que tú sabes quién es y cuáles son sus intenciones.

-Pero pronto lo deducirá. -Gareth estudió el mapa-. Tengo la impresión de que cuando vea que Dallan no le lleva el libro, vendrá a buscarlo él mismo. Ya pisó nuestra isla en una ocasión anteriormente.

Ulrich lo miró con una expresión inquisitiva.

-¿Cuándo?

-La noche en que vino a registrar la biblioteca del convento.

-¿Crees que fue él quien asesinó a la anacoreta?

-Así es.

-¡Ah, claro! Nuestro misterioso fantasma que atraviesa puertas cerradas -dijo Ulrich pensativo.

-Probablemente un hombre vestido con hábito de monje que sabe forzar una puerta. Sospecho que llegó y que luego se escapó en un pequeño bote que dejó en uno de estos dos puntos -indicó señalando con el dedo las pequeñas calas dibujadas en el mapa.

Ulrich sonrió sin el menor atisbo de su habitual alegría.

-Si el mago vuelve una segunda vez, le atraparemos.

-Sí. Sólo es un hombre, a pesar de lo que Dallan pueda creer.

-¿Dónde está el joven Dallan?

-Clare se lo llevó a las cocinas para darle de comer. Ahora que ya se ha recuperado de sus aventuras, está muerto de hambre y ya no teme ser ahorcado.

Ulrich se extrañó ante aquella respuesta. .

-Me gustaría tener más información sobre el mago.

-A mí también, pero Dallan le teme tanto que le resulta difícil hablar de él. Clare dice que el juglar estará más comunicativo después de comer.

-¿Le has encargado a tu esposa que interrogue al chico?

-Fue idea suya -admitió Gareth.

-¿Es un mago? -Joanna tenía la boca abierta de asombro-. ¿Estás segura?

-Eso dice Dallan -respondió mirando al muchacho-. ¿No es así?

-Sí, milady. -Dallan estaba sentado a la mesa de caballete de la cocina. Tenía delante una buena tajada de las sobras de un pollo asado y la estaba devorando como si no hubiese comido en semanas.

William estaba sentado delante de él, mordisqueando un trozo de queso.

-Sir Ulrich dice que la magia no existe -dijo William-. Dice que Lucretius de Valemont debe de ser un alquimista y no un mago de verdad.

-Lucretius de Valemont puede atravesar puertas cerradas -insistió Dallan.

-¿Es eso cierto? -inquirió William intrigado.

-Lo he visto entrar en una habitación cerrada sin utilizar una llave -contó Dallan con la boca llena de pollo-. También lo he visto hacer aparecer y desaparecer objetos. Sé que lord Gareth no me cree, pero es cierto.

-Apuesto a que no es un gran caballero como lord Gareth y sir Ulrich -aseguró William con firmeza.

Dallan dejó de masticar. Sus ojos denotaban preocupación.

-Ya lo he dicho, Lucretius de Valemont fue a una cruzada. Es un temible caballero, aunque dice que sólo un tonto usa la espada cuando puede utilizar la magia.

William dio otro mordisco al queso.

-¿Es tan grande y tan fuerte como lord Gareth y sir Ulrich?

-No.- por un instante, Dallan pareció un poco más animado-. No es tan grande como mi señor. -su rostro volvió a ensombrecerse-. Pero es muy diestro con la espada. Y es muy inteligente. Dice que es muy fácil vencer a los hombres fornidos porque siempre confían más en sus músculos que en su ingenio.

-Es evidente que el mago no conoce a lord Gareth, ¿a que no? -Clare se sentó en el banco junto a William y observó a Dallan.

-No. -Dallan pareció relajarse ante aquel pensamiento-. Lord Gareth es muy inteligente, ¿verdad? Quizá sea incluso más inteligente que el mago.

-Espero que sí -dijo Clare cortando una rebanada de pan caliente- ¿Está casado el mago?

-No, pero las mujeres lo encuentran guapo. De hecho, suele gustarles mucho. A menudo las he visto competir por llamar su atención. Pero él dice que no le interesan demasiado las mujeres.

Joanna estaba sirviendo una porción de natillas y sus ojos se encontraron con los de Clare.

-Entonces, ¿prefiere la compañía de los hombres? -preguntó casualmente.

Dallan se encogió de hombros.

-No.

-¿Quizá la de los chicos jóvenes? -sugirió Joanna en voz baja.

Clare contuvo la respiración al darse cuenta de las implicaciones de la pregunta de Joanna, pero Dallan sólo parecía confuso ante aquella observación. Sacudió la cabeza y se sirvió las natillas. .

-No, en realidad, al mago no le importa nadie. Se dedica plenamente a sus estudios de magia negra, aunque le he visto mostrarse solícito con las damas cuando quiere algo de ellas.

Clare ni se movió.

-¿Qué quieres decir?

-Les hace regalos románticos cuando quiere conseguir que le presten algún servicio.

-¿Qué tipo de regalos? -preguntó Clare.

-Una rosa roja... A veces les compone un poema, aunque piensa que es una estupidez... -Dallan hizo una mueca-. A las damas les gustan mucho ese tipo de regalos. No se dan cuenta de que no siente nada por ellas.

-Una rosa roja -Clare repiqueteó con los dedos en la mesa-. Dime, Dallan ¿perfuma ese mago su ropa o utiliza un jabón perfumado?

-No, le traen sin cuidado los perfumes y las fragancias. Dice que son para mujeres pero, en realidad, creo que no le gustan porque algunos le hacen estornudar.

Clare intercambió una mirada con Joanna.

-¿De qué color tiene el pelo el mago?

-Rubio -respondió Dallan mirándola-. ¿Por qué lo pregunta?

-¿Y tiene los ojos castaños?

-Sí -respondió Dallan extrañado- ¿Cómo lo sabe? Clare se topó con la mirada inquietante de Joanna. -Era una suposición, por lo que has ido diciendo de él. William estaba visiblemente impresionado.

-Pero ¿cómo pudo adivinar el color de sus ojos, lady Clare?

-Creo que conocemos al mago, William.

-¿Le conocemos? -dijo William mirándola fijamente.

-Sí.

-Eso es imposible -exclamó William.

-¡Dios Santo! -susurró Joanna mirando a Clare con expresión alarmada-. No creerás que...

-Sí, lo creo -afirmó Clare apretando los labios-. Piénsalo, Joanna. Suele regalar una rosa roja y compone poemas para las mujeres. Es un caballero cortés que estudia los secretos de los textos árabes. Es de mediana estatura y se mofa de los hombres corpulentos que confían en su fuerza. Y no le interesan los perfumes porque al parecer algunas fórmulas le hacen estornudar.

-Y -dijo Gareth con voz queda desde el umbral de la puerta- sabe muchas cosas de esta isla y de esta casa. Lo bastante como mandar a Dallan con instrucciones precisas de lo que debía hacer para congraciarse en esta casa.

-¡Mi señor! -dijo Dallan arrojándose a sus pies- ¡No le he oído entrar!

William frunció el ceño.

-No entiendo, ¿quién es ese mago?

Clare miró a Gareth. El color gris de sus ojos coincidía con el del cielo que tenía detrás. La miraba fijamente, a la espera de su respuesta.

-Le conocimos como Raymond de Coleville -precisó Clare.

-¡Por todos los santos! -musitó Joanna sorprendida- ¿Tu Raymond?

-Sí -respondió Clare sin apartar la vista del sombrío rostro de Gareth-. Pero es un alivio, ¿no?

-¿Por qué es un alivio? -inquirió Dallan.

-Porque conozco muy bien tanto a Raymond como a lord Gareth. -Clare se levantó y escudriñó las caras expectantes que la observaban. Sonrió con serenidad-. Y puedo aseguraras que el mago no está a la altura del Lobo Sanguinario.

Gareth estaba de pie junto a la ventana del estudio de Clare mirando al mar. Había una desagradable niebla gris acechando sobre el oleaje de color acero que amenazaba con cubrir la isla rápidamente.

-Era tu caballero ideal, el modelo de caballerosidad en el que basaste tu receta para un buen marido -dijo Gareth sin la menor inflexión en su tono de voz.

-Es cierto, utilicé a Raymond de Coleville como modelo. -Clare estaba sentada muy erguida en la silla y tenía las manos enlazadas sobre el escritorio-. Después de todo, una mujer necesita una receta básica a partir de la que trabajar.

-¿Ah, sí?

Clare asintió con la cabeza.

-No he conocido a muchos caballeros, mi señor, y los pocos que conocí no eran demasiado impresionantes. Normalmente se parecían a sir Nicholas o a mi hermano. Mi padre era también un caballero y yo le tenía mucho afecto, pero tenía claro que no quería un marido que se desentendiera de sus responsabilidades como él.

-Y entonces el mago apareció por la isla y te encantó con sus hechizos.

Clare frunció la nariz.

-Yo no lo diría así.

-Me gustaría saber una cosa -dijo Gareth.

-Di, mi señor.

-¿Aún le amas?

Clare se quedó helada.

-No, no amo a Raymond de Coleville, o Lucretius, o como se llame.

Gareth se volvió hacia ella con la mandíbula desencajada.

-¿Estás segura? Porque es muy probable que tenga que matarle, Clare.

Se estremeció.

-Preferiría que no mataras a nadie.

-Yo también, pero ese mago es un asesino.

-¿Beatrice?

-Tuvo que ser él quien la estranguló.

-Sí, supongo que sí, aunque cuesta creer que Raymond sea un asesino.

-También tienes que considerar la posibilidad de que fuera él quien mató a tu padre.

-¿A mi padre? -Clare estaba atónita-. A mi padre lo mataron unos ladrones en España.

-¿Y qué tenía tu padre por lo que mereciera la pena matarle? -preguntó Gareth con delicadeza-. Piénsalo Clare.

-Su libro traducido de alquimia -murmuró-. Lo que busca el mago.

-Cierto. Sabemos que el mago ya ha matado una vez por ese libro. Puede que haya matado dos veces.

Clare cerró los ojos por el dolor.

-Me cuesta entenderlo. Siento mucho que en Deseo estemos demostrando ser tal fastidio, mi señor. Sé que esperabas tener una vida pacífica y tranquila.

-Todo tiene un precio, Clare, incluso una existencia tranquila y pacífica. Y yo estoy dispuesto a pagar un precio por lo que quiero.

Clare abrió los ojos y escrutó su cara.

-Sí, eso ya lo sé. Sólo espero que algún día encuentres lo que buscas.

-Yo también. -Gareth entornó los ojos para ocultar su mirada-. ¿Estás segura de que no amas al mago?

-Estoy muy segura, mi señor. En realidad, hace mucho tiempo que me di cuenta de que no podría amarle.

-¿Y cómo...? -Gareth calló como buscando las palabras que quería pronunciar-. ¿Qué te convenció de que no estabas enamorada de él? ¿Cómo sabes que ya no estás enamorada de él?

-Por dos razones. La primera es posible que no la comprendas.

-¿ Cuál es?

Clare se encogió de hombros.

-Nunca me olió bien.

Gareth parpadeó sorprendido.

-¿Cómo dices? ¿No se bañaba?

-¡Ah, no, no es eso! Era de lo más escrupuloso con sus hábitos personales -explicó con una leve sonrisa-. Pero, simplemente, no me olía bien, no sé si me entiendes.

-No, no te entiendo, pero ¿quién soy yo para discutir de olores? -hizo una pausa-. ¿Y la segunda razón para estar tan segura de que no le amas?

Clare dio un gran suspiro.

-Es imposible que esté enamorada del mago, señor, por que estoy enamorada de ti.

-¿De mí? -Gareth la miraba intensamente.

-Sí, tú sí me hueles bien. Lo supe el primer día, cuando me sacaste del convento y me sentaste delante de ti. Creo que me enamoré de ti en ese preciso instante.

CAPÍTULO 17

Gareth observó la suave sonrisa que esbozaban los labios de Clare y sintió cómo se le helaba la sangre.

-No te burles de mí -dijo cruzando la habitación en un par de zancadas rápidas. Rodeó el escritorio y alargó las dos manos hacia Clare-, y menos sobre esto.

-Mi señor, ¿qué estás haciendo? -la sonrisa de Clare se desvaneció en un santiamén. Forcejeaba para escapar de la silla.

Gareth le cogió los brazos y tiró de ella para levantarla. La aupó hasta tener sus ojos frente a los suyos.

-Te he advertido que no me hacen gracia las burlas perspicaces ni las palabras maliciosas de las que otros se ríen.

-¡Por el pulgar de santa Hermione! ¡No estaba bromeando, señor! -Clare apoyó las manos en sus hombros y lo miró con expresión indignada-. ¡Bájame ahora mismo! Éste es precisamente el tipo de comportamiento autoritario que no me gusta de los hombres corpulentos.

Él hizo caso omiso de la orden.

-Dilo otra vez.

-Ya lo he dicho, éste es precisamente el tipo de comportamiento autoritario...

-No, no ese comentario necio. -La miraba fijamente a los ojos-. El otro.

-¿El otro comentario necio? -repitió tímidamente.

-¡Por el fuego del infierno, señora, no estoy de humor para esto!

La sonrisa pícara de Clare volvió a brillar en sus labios. -Te amo.

-¿Porque huelo bien?

-No siempre -puntualizó tratando de ganar tiempo-, pero siempre me has olido bien.

-¿Bien?

-Sé que posiblemente te suene raro, señor, pero yo juzgo muchas cosas por cómo me huelen.

-¿Incluidos los hombres?

Clare se ruborizó.

-Sabía que pensarías que mi explicación suena frívola.

-Eso es más que frívolo. Es una pura mentira. Cuando te aparté de aquella pared y te senté delante de mí acababa de llegar después de un viaje de cuatro días a caballo. No me había lavado en todo ese tiempo, sólo la cara y las manos. Apestaba a caballo, a sudor y al polvo del camino.

-Sí, pero había algo más. Algo que yo reconocí.

-No creo que oliera a enamorado.

Clare escrutó su cara.

-¿Cómo huele un enamorado, señor?

-No lo sé. Supongo que a rosas, lavanda y clavo. Seguro que no a caballo, sudor y polvo.

-Quizá tengas razón en cuanto al olor de otros enamorados, mi señor. No lo sé. -Clare se cogió dulcemente el rostro entre las palmas de las manos-. Sólo conozco tu fragancia. La reconocí el primer día, aunque no sabía que era el aroma de un enamorado. Sólo supe que era la correcta.

-¿Y cómo es mi fragancia?

-Es el olor de una tormenta en el viento, la fragancia del mar al amanecer. Es un perfume intenso y excitante que deslumbra mis sentidos y me hace hervir la sangre.

-¡Clare! -la dejó deslizar sobre su cuerpo hasta que sus pies se apoyaron en el suelo-. ¡Clare! -la besó con fuerza.

Posiblemente era la pasión lo que la hacía creer que le amaba, pensó Gareth. Ella todavía desconocía la fuerza de la pasión. O quizá fuera su tendencia natural a acoger a los desamparados.

O quizá... Sí, quizá le amaba de veras.

Le asustaba creerlo, pero estaba dispuesto a aceptar todo lo que pudiera obtener.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y abrió sus labios debajo de los de él. Gareth sintió el tacto de sus dedos en el cabello y se estremeció por la urgencia que sintió.

Empezó a brotar en él un ansia desesperada, como le ocurría siempre que la tenía entre sus brazos y, junto con esa ansia, la necesidad igualmente desesperada de protegerla. Tenía que mantenerla a salvo. Clare era lo más importante de su vida.

La abrazó con más fuerza. Lo que sentía no era sólo físico, era mucho más potente. Gareth sabía que tenía que aferrarse a Clare con más fuerza y determinación de la que nunca había usado con su espada.

Al fin y al cabo, la *Puerta del infierno* no era más que un instrumento mortal.

Clare estaba viva.

-Maldita niebla -masculló Ranulf-. Es tan espesa que no podremos ver las antorchas de advertencia si los guardias que vigilan los acantilados las encienden.

-Es cierto. -Gareth agarró con ambas manos el pasamanos de la torre de vigilancia y atisbó la noche envuelta en niebla-. Por otra parte, es tan densa que ningún hombre en su sano juicio intentaría remar con un bote esta noche desde Seabern hasta Deseo.

-Ningún hombre en su sano juicio no -confirmó Ranulf-, pero quizás un mago sí lo intente.

Gareth se lo quedó mirando.

-No me digas que has empezado a creer las historias de mi escudero. No estamos esperando a un mago, Ranulf, sino a un hombre muy listo que no se detendrá ante nada para conseguir lo que quiere.

-Como usted diga, mi señor.

-¿Crees que no podemos ocuparnos de Lucretius de Valemont?

-No es eso. -las ascuas resplandecientes del brasero encendido iluminaron el rostro preocupado de Ranulf-. Como dice mi señora, el mago no está a su altura, mi señor.

-Gracias, Ranulf.

-Pero no puedo evitar pensar que hubiera sido mejor para todos nosotros tener aquí a los hombres que todavía no han regresado de Londres.

-Por eso creo que el mago tentará pronto a la suerte, por que andamos escasos de hombres.

Ranulf lo miró desconcertado.

-¿Cree que sabe que no tenemos hombres suficientes?

-Así es.

Los ojos de Ranulf se abrieron de par en par.

-¿Cree que es tan poderoso como para utilizar su magia negra para obtener esa información, señor?

-No -negó Gareth con una leve sonrisa-. Sin duda la obtuvo por los canales habituales. Simplemente observando. El mago estuvo en Seabern durante la feria.

Seguro que no tuvo muchas dificultades para enterarse de nuestros planes de enviar una escolta armada a Londres con el mercader. Habrá sido muy fácil deducir la fuerza que nos queda.

-Claro. -era evidente que Ranulf se había tranquilizado-. Perdone, señor. Quizás he estado prestando demasiada atención a las historias de Dallan. Según él, el mago puede aparecer y desaparecer a su antojo.

Se oyeron pasos en la escalera de madera de la torre y Gareth volvió la cabeza. Clare salió por la abertura con un par de tazas humeantes en las manos. Llevaba la capucha de la capa puesta para resguardarse del frío. La luz del brasero jugueteaba en su rostro sereno.

-He pensado que os gustaría beber algo caliente.

-Gracias -los dedos de Gareth rozaron los de Clare al cogerle una de las tazas de la mano. Sus ojos se encontraron y él sintió la calidez del dulce fuego que vio en ellos.

-Gracias, milady -dijo Ranulf agarrando la otra taza-. Usted sí sabe cómo aliviar los rigores de una guardia.

Clare se acercó a la barandilla y miró en la oscura niebla.

-Amanecerá dentro de un par de horas pero, incluso cuando salga el sol, será imposible ver nada a través de esta niebla. ¿Cómo veréis las señales de las antorchas?

-No las veremos. -Gareth bebió un sorbo de sopa-. Si ocurre algo, enviarán a un mensajero para avisamos.

-Sí, tiene sentido -dijo Clare-. No se me había ocurrido una cosa tan sencilla.

-No es responsabilidad tuya pensar en estas cuestiones. Déjame a mí las cosas sencillas. Estoy perfectamente preparado para ocuparme de ellas.

Ranulf se atragantó al tragar la sopa y Gareth le lanzó una mirada de desaprobación. El joven guardia se compuso de inmediato con una expresión seria.

Clare no pareció advertir la escena. Se abrazó y se frotó los brazos con las manos.

-¿No os parece que esta niebla tiene un olor especialmente desagradable?

-No -respondió Gareth agarrando la empuñadura de la Puerta del infierno-. Huele como huelen todas las nieblas, a humedad y a noche.

Clare olisqueó para comprobado.

-Yo creo que hay otro olor entremezclado.

-¿Qué olor, milady? -preguntó Ranulf.

-No lo reconozco -respondió Clare-, pero tampoco le doy excesiva importancia.

Se oyeron unos cascos en la distancia y la luz de una antorcha brilló entre los remolinos de niebla.

-¡Abrid la puerta! -gritó una voz conocida desde abajo-. Traigo noticias.

Ranulf se inclinó sobre la barandilla y escudriñó al hombre montado a caballo que había aparecido entre la niebla.

-Es Malden Comstock, señor.

-¡Abrid! -ordenó Gareth. Miró al jinete que cruzaba la puerta y entraba en el patio iluminado con antorchas-. ¿Cuáles son las noticias, Malden?

-Mi señor, un bote con cinco hombres armados ha atracado en el puerto amparándose en la niebla. Hemos matado a dos, pero el resto se han retirado a un cobertizo.

-De modo que el mago encontró el camino a través de la niebla -susurró Ranulf-. A lo mejor sí sabe de magia negra.

Gareth no le hizo el menor caso.

-¿Por qué no han sido capturados los otros tres hombres, Malden?

-Son expertos arqueros, señor. Desde tan lejos han logrado mantener a nuestros hombres a distancia. Sir Ulrich ha ordenado que esperemos hasta que se les hayan agotado las flechas. Dice que pronto les atraparemos.

-Sí, por lo que cuentas parece que sí. Ahora abajo. -Gareth se volvió hacia Ranulf-. Voy al puerto, tú quédate aquí en la torre.

-Sí, mi señor. -Ranulf parecía un tanto decepcionado, pero no rechistó-. ¿Cree usted que uno de los hombres que sir Ulrich y los otros tienen atrapados es el mago?

-Todavía no lo sé. Cuando uno trata con alquimistas, nada puede afirmarse con certeza.

Clare se movió en las sombras.

-Mi señor, por favor, ten cuidado. Esto no me gusta.

Gareth dio un paso hacia ella y le cogió la barbilla con la mano.

-Todo habrá terminado al alba. -le dio un beso rápido-. Vuelve a la casa y atranca la puerta. No salgas por ningún motivo hasta que yo regrese. ¿Me has entendido?

Ella le pasó los dedos por el mentón con dulzura.

-Sí, mi señor.

De repente, tenía tantas cosas que decide. Sin embargo, no era el momento ni el lugar. Gareth clavó la mirada en sus ojos por unos segundos.

-Luego, hablaremos luego. -Le soltó la barbilla y se dirigió a las escaleras de la torre.

El caballo que había pedido que ensillaran y que estuviese listo le esperaba en el patio. William le sujetaba la cabeza.

-¿Puedo ir contigo, mi señor?

-No. -Gareth saltó a lomos del caballo y agarró las riendas-. Tú te quedarás aquí con Clare y tu madre y los criados. Debes proteger el interior de la casa mientras Ranulf vigila fuera. ¿Entendido?

William se puso firme.

-Sí, mi señor.

Gareth hizo girar la cabeza del caballo y salió al galope hacia la niebla. Malden Comstock levantó la antorcha y espoleó a su caballo para seguirle.

Uno de los sirvientes cerró la puerta con firmeza tras ellos.

Ulrich acababa de cumplir con su cometido cuando Gareth y Malden Comstock llegaron al puerto. Los destellos de las antorchas proyectaban un brillo infernal sobre los cadáveres de los dos intrusos. Los otros tres guardaban un hosco silencio y llevaban las manos atadas a la espalda.

Un grupo de aldeanos había salido de sus casas para ver el alboroto.

Gareth desmontó y le lanzó las riendas de su caballo a Malden.

-Bien hecho, Ulrich.

-Aquí están -dijo Ulrich-. No nos han causado muchos problemas.

Gareth observó a los arqueros supervivientes.

-¿Cuál de vosotros es Lucretius de Valemont?

Los cautivos lo miraron. Uno sacudió la cabeza.

Gareth observó a los hombres con atención.

-Hay muchas formas de morir y no todas son rápidas. Dadme las respuestas que busco.

Uno de los arqueros, un hombre fornido de mediana edad, lo miró detenidamente.

-Sus hombres le llaman el Lobo Sanguinario. ¿Tienen razón?

-Sí -afirmó Gareth.

-Dicen que su juramento es tan firme como su espada.

-Así es.

-Si le decimos la verdad, ¿nos da su palabra de que nuestra muerte será rápida?

-Sí. -En realidad, reflexionó Gareth, nunca había torturado a ningún hombre en toda su carrera como captor de asesinos y ladrones, pero no había motivo para que aquellos hombres lo supieran.

El arquero recapacitó brevemente.

-Verá, mi señor, no conocemos a ningún Lucretius de Valemont. Y es cierto, lo juro.

-¿Quién os contrató?

El hombre se encogió de hombros.

-Un caballero que dijo llamarse sir Raymond. Nos pagó bien para desembarcar en la isla esta noche. Dijo que sabía cómo guiamos a través de la niebla.

-¿Y por qué quería que vinierais aquí a Deseo?

-Dijo que aquí en el pueblo podríamos conseguir suculentas ganancias fácilmente, pero no mencionó que la isla estuviese bajo la protección de los hombres del Lobo Sanguinario.

-¿Cómo os guió a través de la niebla?

Los arqueros intercambiaron miradas cargadas de incomodidad. El portavoz miró a Gareth.

-Sir Raymond vino con nosotros. Nos daba instrucciones después de consultar algún artefacto mágico que llevaba oculto en su capa.

-Magia -gruñó uno de los arqueros escupiendo en el suelo con repugnancia-. Te dije que no debíamos mezclarnos con ese tipo de chusma. Nunca me gustó este trabajito, a pesar de que ese maldito caballero renegado nos prometió un botín del convento con el que podría hundirse un barco.

El tercer hombre lo miró con expresión de fastidio.

-Ya, pero tú estabas ansioso de convencer a Brock y a Dagget, y a todos nosotros para que participáramos. Dijiste que con esto nos arreglaríamos todos de por vida. Y en vez de eso, nos van a ahorcar gracias a ti.

Gareth apoyó la mano en la empuñadura de su espada acallando la discusión de inmediato.

-¿Dónde está ese sir Raymond?

-Como ha dicho Brock, milord, no lo sabemos -contestó uno de los hombres.

El portavoz del trío se revolvió inquieto.

-Bajó de la barca unos metros antes de llegar a tierra y se subió a un bote pequeño que habíamos traído amarrado para transportar el botín. Dijo que se encontraría con nosotros más tarde en la puerta del convento. Después desapareció en la niebla.

Gareth hizo una pausa.

-¿Y vosotros tres continuasteis hasta el puerto?

-Sí. Tampoco teníamos mucha elección. No podíamos regresar a Seabern en medio de esta niebla sin sir Raymond y su maldito artilugio mágico. -el arquero se encogió de hombros, resignado-. Sus hombres nos estaban esperando en el muelle y ése es el fin de la historia.

-Mi madre siempre me dijo que acabaría mis días en el extremo de una cuerda -comentó uno de los arqueros.

Ulrich miró a Gareth.

-Puede que estos tres estén mintiendo, señor.

-Sí -asintió Gareth escrutando sus caras sin detectar en sus ojos nada más que estupidez y boba resignación. Miró los dos cuerpos inertes del muelle-. ¡Id a buscar a Dallan!

-Sí mi señor. Se unió a nosotros hace un rato -Ulrich se volvió hacia los hombres que estaban reunidos allí cerca-. ¡Dallan, muchacho, ven aquí! Necesitamos tu ayuda.

No hubo respuesta.

-No está, señor -dijo uno de los hombres de armas mirando confuso a su alrededor-. Quizá lo hirió una de las flechas de los arqueros.

-Miraré entre los aldeanos -dijo Malden acercándose al pequeño grupo de curiosos mirones.

Cuando regresó al cabo de un momento, estaba pensativo.

-¿Y? -preguntó Gareth.

-Parece que Dallan ha desaparecido, mi señor.

Ulrich estaba muy serio.

-Te lo advertí, te dije que el chico podía resultar peligroso, señor. A lo mejor te ha mentido desde el principio.

Clare atizó las ascuas del brasero que calentaba la estancia donde estaba con Joanna y William.

-¿No te parece especialmente fría esta noche, Joanna?

-Pronto llegará el verano -apuntó Joanna mientras estudiaba el bordado a la luz de la lámpara.

William estaba en pie junto a la ventana, con la mirada clavada en el patio iluminado por las antorchas.

-Me pregunto si ya se habrán deshecho del mago. ¿Creéis que uno de los arqueros que han abatido en el puerto podría ser realmente Lucretius de Valemont?

Clare frunció el ceño. 1

-Sir Raymond nunca dijo ser un arquero. El arco no es de la clase de habilidades que aprende un caballero.

Joanna la miró.

-Es cierto. Los caballeros no se entrenan con ese tipo de armas. Los arcos son para los simples hombres de armas.

William seguía mirando por la ventana.

-Lord Gareth dice que esa idea es una estupidez. Dice que, si un hombre quiere sobrevivir, debe ser hábil con muchas armas, incluido con el arco. Dallan y yo hemos estado practicando con el arco junto a Ranulf y los otros.

-¿En serio? -preguntó Joanna sorprendida-. No sabía nada al respecto. No creo que sea nada beneficioso.

Clare se apresuró a cambiar de tema.

-A lo mejor uno de los hombres que murieron en el puerto era Lucretius de Valemont.

-No es probable -dijo William-, Dallan le hubiese reconocido y nos hubiese mandado la noticia con Malden Comstrock.

-Mmmm, tienes razón -aceptó Clare-. El mago debe de ser uno de los que están atrapados en el cobertizo.

-Sí -asintió William satisfecho-. Seguro que sir Ulrich y el resto ya los habrán capturado cuando llegue lord Gareth.

-Espero que todo termine pronto -musitó Clare.

-Claro que sí. -Joanna dio otra puntada-. Lord Gareth y sir Ulrich se ocuparán de todo.

-No sé, me parece todo demasiado sencillo. -Clare cruzó los brazos bajo los pechos. No podía quitarse de encima el frío que había sentido durante toda la noche.

Joanna la miró con severidad.

-¿Por qué dices eso?

-Supongo que porque con toda la confusión que se ha causado, no puedo creer que puedan detener a Raymond..., bueno, Lucretius, tan fácilmente.

William cerró el puño sobre el alféizar de la ventana.

-Sir Ulrich dice que es probable que el mago asesinara a sir Humphrey.

Clare tembló.

-Y todo por un libro de fórmulas alquímicas. Raymond o Lucretius, o como quiera que se llame, tiene que estar loco.

Joanna clavó la aguja en la tela.

-Nunca me fié de ese hombre.

Clare intercambió una mirada fugaz e irónica con William. Ninguno quiso recordarle que en determinada época ponía a Raymond de Coleville por las nubes.

Clare se acercó a la ventana. William y ella contemplaron la noche esperando ver aparecer una antorcha por el camino.

-Me gustaría saber lo que está ocurriendo en el puerto -dijo William.

Clare se movió al cabo de un momento para observar la torre de vigilancia entre las sombras.

-¿No te parece que la antorcha de la torre no brilla lo suficiente, William?

William dirigió también la mirada hacia la torre.

-Sí. Quizá Ranulf no tiene antorcha de repuesto. ¿Debería ir a ver si necesita otra?

-No, iré abajo a buscar a Eadgar. Puede mandar a uno de los sirvientes a la torre con una antorcha nueva.

Clare se giró hacia la puerta, agradecida por tener algo que hacer.

-¿Le pedirá a Eadgar que nos traiga algo de comer? -preguntó William con una mirada esperanzada-. Me estoy muriendo de hambre, lo juro.

Clare sonrió.

-Muy bien. -Fue a abrir la puerta.

-¡Lady Clare, venga, rápido! -la voz de William estaba cargada de temor.

Clare dio media vuelta y vio a William con las dos manos plantadas en el alféizar. Estaba mirando hacia el patio.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Venga a verlo. Hay hombres en el patio, pero la puerta sigue cerrada.

-¡Santo cielo! -Clare cruzó la habitación corriendo-. ¿Qué estás diciendo? ¿Ha regresado lord Gareth?

-No es lord Gareth con sus hombres. Éstos son forasteros. -William se volvió hacia Clare con la cara desencajada-. No estaban aquí hace un momento. Usted y yo vimos perfectamente que el patio estaba vacío. Y nadie ha abierto la puerta. Es magia.

Joanna dejó caer el bordado. Su expresión era de absoluto pavor.

-¡Es el mago!

Clare llegó a la ventana y miró hacia abajo, hacia el patio. No podía creer lo que estaba viendo. Media docena de hombres armados y vestidos con capas negras con capucha se dirigían hacia las escaleras de la casa. Algunos llevaban las capas echadas hacia detrás de los hombros. La luz de las antorchas emitía destellos en sus cotas de malla.

El cabecilla del grupo sujetaba a alguien conocido delante de él con una daga en el cuello.

-Es Dallan -murmuró William-. Ha capturado a Dallan. -¡Dios mío! -exclamó Joanna con voz entrecortada. El hombre que tenía a Dallan señaló a uno de los otros. Una figura cubierta con una capa subió las escaleras y aporreó la puerta de entrada con la empuñadura de su espada.

-Abrid en nombre del gran maestre de la Orden de la Piedra Estelar. ¡Abrid o morid!

Clare se agarró al alféizar de la ventana con dedos trémulos y se asomó.

-¿Quién anda ahí?

El hombre que retenía a Dallan con la daga miró hacia la ventana abierta. Se retiró la capucha y sonrió.

Clare descubrió al hombre a quien ella había conocido como Raymond de Coleville.

-¡Buenas noches, lady Clare! -la voz refinada y la sonrisa resplandeciente de Lucretius seguían siendo tan encantadoras como siempre.

Clare lo miró fijamente, por un instante negándose a creer que de verdad estuviese dentro del perímetro de las murallas.

Pero no podía negar la realidad.

La potente luz de las antorchas proyectaba una brillo diabólico sobre los rasgos de Lucretius. Era hermoso y elegante, esbelto y distinguido, tal como lo recordaba. Un hombre irresistiblemente atractivo, con dedos largos y afilados. La capa negra se arremolinaba sobre su cuerpo como las alas de ébano de una gran ave de rapiña.

-¿Cómo has cruzado la muralla? -preguntó Clare.

-¡Qué pregunta tan estúpida! Soy mago -respondió Lucretius con una radiante sonrisa-. Abra la casa, señora. Quiero el libro que este muchacho insensato no consiguió traerme.

-¡No lo haga, lady Clare! -gritó Dallan-. ¡No le deje entrar!

Dallan se calló en seco, asfixiado por la presión del brazo de Lucretius alrededor de su cuello.

Clare observó detenidamente el rostro de Lucretius.

-Si de verdad eres mago, ¿por qué no te materializas simplemente dentro de mi casa y te llevas el libro?

Lucretius seguía sonriendo.

-Materializarse y desmaterializarse es una labor complicada, señora, incluso para un mago tan experto como yo. Preferiría hacer esto de la forma más sencilla posible.

-¿Estás loco?

-Me traerás el libro de tu padre o mataré a tu juglar aquí y ahora. -la daga que Lucretius tenía en la mano emitía destellos-. Y después entraré en tu casa y mataré a tu gente uno a uno delante de ti hasta que decidas traerme el libro.

-¡Deje que me mate, lady Clare! -suplicó Dallan-. Se lo ruego, deje que me mate. No debe abrirle la casa.

Lucretius lucía una sonrisa gélida.

-Te felicito, Clare. No creí que pudieras ganarte la fidelidad del joven Dallan tan fácilmente, pero es evidente que ahora es tu ferviente servidor. Creí que el muchacho tendría la inteligencia suficiente como para no ponerse contra mí pero, al parecer, no es así.

-No le dé el libro -gritó Dallan-. No me importa si me mata.

Lucretius no apartaba los ojos de Clare.

-No conoces muy bien a tu señora, muchacho. Es tan bondadosa... Nunca dejará que mueras por un simple libro. ¿No es cierto, Clare? ¿No merece la pena que alguien que te importa muera por un libro, verdad?

-No -respondió Clare rápidamente-. Te traeré el libro si prometes dejar a Dallan.

-Tendrás a tu juglar en cuanto yo tenga el libro de sir Humphrey. De todas formas, este torpe no ha sido nunca de mucha utilidad.

-Muy bien, te lanzaré el libro desde esta ventana -dijo Clare.

-No, no, no, señora. Me lo bajarás hasta aquí. Además del libro también te quiero a ti.

-¿A mí? ¿Por qué me quieres a mí?

-Soy un hombre cauteloso. Prefiero un rehén más útil que Dallan para asegurarme la huida. Me vas a acompañar hasta que esté sano y salvo lejos de Deseo.

-Pero ¿por qué? -preguntó Clare desesperada.

-Algo me dice que la Bestia Infernal negociará con mayor interés por tu vida que por la del muchacho. Tú eres muchísimo más importante para sir Gareth, ¿no es así? Después de todo, eres quien asegura la prosperidad de esta isla.

-Te traeré el libro -Clare se apartó de la ventana y corrió hacia la puerta.

-Clare, no debes abrir la puerta de la mansión -indicó Joanna-. Pondrás en peligro las vidas de todos.

William tenía los ojos abiertos de par en par.

-A lo mejor es un mago de verdad. Si es así, estamos perdidos.

-¡Eso es ridículo! No es ningún mago. La magia no existe. Lord Gareth tenía razón. Lucretius es sólo un alquimista astuto.

Clare abrió la puerta y corrió hacia su estudio mientras Joanna y William la seguían.

-William, tráeme una bolsa grande con solapa.

-De acuerdo -aceptó William partiendo en dirección opuesta.

Clare se precipitó al interior del estudio y cogió del estante el pesado libro encuadernado en cuero. Abrió el cierre y se acercó a una urna llena de flores secas.

Joanna la observaba.

-¿Qué estás haciendo?

-En esta mezcla hay una buena cantidad de artemisa. -Clare espolvoreó unos cuantos puñados de la mezcla entre las tapas del libro-. Al mago no le gusta la artemisa porque le hace estornudar de forma descontrolada.

William apareció en la puerta.

-Aquí está la bolsa, señora.

-Dámela.

Clare le cogió la bolsa y echó lo que quedaba de la urna dentro de ella. Después, cerró la solapa y se colgó la bolsa al hombro. Cogió el libro con las manos.

-Lucretius querrá ver el libro antes de meterlo en la bolsa para asegurarse de que no le engaño.

-Clare, por favor, no lo hagas, te lo ruego –murmuró Joanna-. Es demasiado peligroso.

Clare la miró.

-Saldré sola. Cerrad y atrancadla puerta tras de mí en el instante en que haya salido a las escaleras. No la abráis hasta que Lucretius y sus hombres se hayan marchado.

-Pero ¿y tú? -gimió Joanna.

-Lord Gareth se dará cuenta enseguida de lo que ha ocurrido y regresará para volver a tomar la mansión. Después vendrá a buscarme. -Clare sonrió con tristeza-. El

mago tiene razón. Sí aprecio al Lobo Sanguinario. Estas tierras no serían mucho menos provechosas sin mí.

Pasó rápidamente entre Joanna y William. Sus botas de cuero suave no hacían el menor ruido sobre el suelo de piedra del pasillo mientras avanzaba hacia las escaleras de la torre.

Abajo, en el vestíbulo principal, se encontró a Eadgar y a los sirvientes acurrucados al amor de la lumbre. Sus rostros manifestaban terror.

-Desatranca la puerta, Eadgar -ordenó Clare. -Pero, milady...

-Por favor, haz lo que te digo.

-Sí, señora -Eadgar inclinó la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

Eunice y Agnes se retorcían las manos.

Eadgar levantó la pesada barra de hierro que aseguraba la puerta principal.

Clare salió al encuentro de la noche.

-Cierra la puerta, Eadgar. ¡Rápido!

La puerta se cerró tras ella y oyó cómo la barra era colocada en su sitio.

Nunca en su vida se había sentido tan sola.

-¿Tienes el libro? -preguntó Lucretius.

-Sí. -Clare se lo levantó para que pudiera verlo-. Y una bolsa para llevado -dijo levantando la solapa de la bolsa y depositando el libro en el interior, sobre la mezcla de artemisa-. Ahora, deja a Dallan.

-Acércate, Clare -ordenó Lucretius.

-¡No! -imploró Dallan.

Clare empezó a bajar las escaleras.

En aquel instante, una lluvia de flechas cayó en el patio. Los caballeros de capas negras gritaron advirtiéndose unos a otros en plena confusión.

-¿Qué diablos es esto? -la capa de Lucretius osciló al volverse para ver lo que ocurría.

Gareth y sus hombres aparecieron en el tejado de los talleres de Clare. Tres de ellos llevaban arcos.

-Gareth -susurró Clare.

-¡Maldito Lobo Sanguinario! -masculló Lucretius apartando a Dallan-. ¡Atrapadlos! No tienen nada que hacer contra los caballeros de la Piedra Estelar. ¡Atrapadlos, ahora, os lo ordeno! -gritó.

Con las espadas desenvainadas, los caballeros negros empezaron a acercarse con cautela al taller.

Antes de que hubiesen recorrido más de tres pasos, las flechas de fuego que habían caído en el patio estallaron en una ráfaga de truenos.

-¿Qué tipo de magia es ésta? -vociferó uno de los hombres.

Una oleada de humo espeso se levantó y cubrió la noche iluminada con antorchas. Quedaron a oscuras.

Un hombre gritó.

Dallan corrió escaleras arriba para situarse junto a Clare. Miraba la escena maravillado.

-Ésta es la receta de azufre y carbón de lord Gareth, milady. Ya le dijimos que funcionaba.

-Sí -dijo Clare-, me lo dijisteis, pero no me comentasteis que le habíais encontrado una utilidad.

Otra descarga de truenos sacudió el patio y el pánico se apoderó de los caballeros negros. Los gritos resonaban sobre el estrépito de las flechas explosivas.

-¡El verdadero mago es el maldito Maligno! -gruñó uno de los caballeros-. ¡Sálvese quien pueda!

El patio quedó inundado en otra nube de humo. De repente, Lucretius apareció entre el espesor y se abalanzó hacia las escaleras de la mansión con la mano tendida para agarrar a Clare.

-No te atrevas a tocada. -Dallan cogió la mano de Clare y tiró de ella para que Lucretius no pudiera alcanzada.

-Hazle caso, mago. -La voz de Gareth tronó en una orden siniestra y sobrenatural que podría haber salido del mismísimo infierno-. ¡Ni te atrevas a poner tus manos sobre mi esposa!

A la luz de las antorchas, Clare vio cómo se arremolinaban y se separaban las nubes de humo. Gareth se acercaba a las escaleras a grandes zancadas entre la niebla infernal como si fuera realmente un lobo sanguinario.

Lucretius se lo quedó mirando.

-¿Qué tipo de alquimia es ésta? ¿Qué secretos has aprendido del libro, bastardo? ¿Qué truco has empleado?

La sonrisa de Gareth brilló con una intensidad infernal digna del propio diablo.

-¿Qué ocurre, mago? ¿Acaso creías ser el único caballero que sabe leer?

CAPÍTULO 18

Todo hubiese ido bien si William no hubiera salido en aquel momento a las escaleras de la casa. Joanna estaba justo detrás de él.

-¡William, ven aquí! -gritó Joanna.

-¡Clare, Clare! ¿Estás bien? -preguntó William.

Antes de que Gareth pudiese intervenir, el muchacho se inclinó hacia Lucretius.

El mago no tardó en demostrar por qué había conseguido parte de la reputación que tenía, ya que lo agarró en un hábil movimiento.

-Un escudo es tan bueno como otro. -Con una mano, Lucretius arrastró a su víctima hacia sí. Con la otra, desenvainó la espada.

-¡Atrás, Lobo Sanguinario! .

Joanna gritó y se desmayó en el umbral de la puerta, aun que nadie le prestó atención. Por el rabillo del ojo, Gareth vio que, impulsivamente, Clare se abalanzaba hacia Lucretius.

-Haced lo que dice -dijo Gareth-. No os acerquéis. Clare se detuvo y lo miró con una expresión de desespero. -Gareth...

Gareth miró a Lucretius.

-Lo máximo que puedes esperar en este momento es escapar de la isla con el libro, Lucretius.

-Eso es lo que pretendía desde el primer momento -respondió Lucretius con una sonrisa forzada-. ¡Vamos Dallan, canalla estúpido, lánzame la bolsa!

Dallan miró a Gareth.

-¡Hazlo!

Dallan recogió la bolsa de cuero y se la lanzó a Lucretius, que consiguió hacerse con ella sin soltar a William.

Lucretius se pasó la tira por el otro hombro para ponerse la bolsa en bandolera.

-Perfecto, ya tengo todo lo que necesito. Sólo me queda desaparecer.

-¿A través de la puerta oculta que hay tras el viejo muro y que uno de los albañiles construyó para ti? -preguntó Gareth en voz baja.

-¿Lo has deducido? -dijo Lucretius riendo entre dientes-. Aquel hombre me debía un favor. Su vida, para ser más preciso. La entrada secreta en vuestra pared fue el precio que le hice pagar por su existencia.

-Muy hábil, mago. Será mejor que te des prisa, porque mis hombres casi han vencido al último de tus caballeros. Sólo te quedan el humo y la niebla para cubrir tu retirada.

Lucretius valoró la situación echando un vistazo al patio inundado de humo. Era casi imposible ver lo que estaba ocurriendo, pero era evidente que el batir de espadas disminuía con celeridad. Podía oírse la voz de Ulrich por encima del estrépito pidiendo la rendición de los invasores.

Lucretius miró a Clare.

-Preferiría tener mejor escudo. Ven aquí, Clare. Cambiaré al joven William por ti.

-¡No! -se opuso Gareth-. No la necesitas. Tienes mi palabra de que no te impediré que abandones el patio.

-Perdona si no confío en que tus sentimientos hacia este joven sean profundos -dijo Lucretius-. En cambio, sé que lo pensarás dos veces antes de arriesgar el cuello de

tu dama. Después de todo, Clare es el miembro más valioso de tu hogar, ¿no es cierto? Sin ella, las flores de Deseo no tienen ningún valor. ¡Clare, ven aquí inmediatamente!

-No, Clare -insistió Gareth con brusquedad. Sentía su estómago encogido por el temor.

-Es mejor así, mi señor -respondió Clare-. Por favor, confía en mí.

Bajó las escaleras con calma.

Lucretius no dudó. Soltó a William, agarró a Clare y dobló el brazo alrededor de su cuello.

Después, se retiró con rapidez hacia la bruma que llenaba el patio.

-¡Maldigo tu alma endiablada, mago! -La furia se apoderó de Gareth en un arrebato de ira fiera e infernal. Se dispuso a seguidos.

-¡Esperad, mi señor! -exclamó William agarrándole del brazo.

-Vuelve a entrar en la casa. -Gareth se dio cuenta de que el maldito mago ya estaba desapareciendo entre el humo.

-Pero debo decide algo antes de que persiga al mago -siseó William en voz baja-. Clare puso artemisa dentro de la bolsa. Sir Lucretius pronto sufrirá un ataque de estornudas. Le empezarán a llorar los ojos y se quedará indefenso.

Gareth miró a William. -¿Estás seguro de eso? -Sí, mi señor. Tiene una terrible alergia a la artemisa. Yo vi lo que sucedió una vez que milady.le dio un recipiente lleno de esa planta. La acusó de tratar de envenenado.

-¡Ve adentro y espera a que sir Ulrich te diga que abras la puerta!

-Sí, señor -vaciló William-. ¿Nos traerá a milady de vuelta, verdad?

-Claro -respondió mirando a Dallan-. ¡Ven conmigo, juglar!

Dallan lo miró muy serio.

-La matará, señor.

-No. La rescataremos. El mago es quien no va a pasar de esta noche.

Se dirigió hacia la puerta y ordenó a uno de los hombres de armas que la abriera.

Ulrich le hizo una señal a través del humo.

-¡Tenemos a los caballeros del mago, mi señor! -Vigiladlos hasta que regrese.

-Pero ¿adónde vas?

-En busca del mago.

En cuanto estuvieron fuera de la fortaleza, Gareth descubrió que un silencio sobrecogedor se había apoderado de la isla. El frío del amanecer había espesado aún más la niebla.

La bruma gris brillaba con la tenue luz de la mañana. Por desgracia, aquella luminiscencia perlada sólo servía para difuminar más aún el paisaje. Intentar ver a través de aquella niebla era como mirar a través del cristal ahumado que decoraba el pomo de su espada, pensó Gareth. Había luz, pero engañaba a la vista y oscurecía las profundidades.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Dallan en un susurro. -Creo que nos dirigiremos a la primera de las pequeñas calas. Irá en busca del bote que escondió.

Dallan miró sorprendido a Gareth.

-¿Encontrasteis un bote en una de las calas?

-Sí. Di órdenes de que las registraran cada pocas horas. Uno de los hombres descubrió allí una embarcación oculta no hace mucho.

-¿El bote del mago?

-Seguro. Los arqueros fueron sólo una distracción. Nunca tuvo intención de reunirse con ellos ni de marcharse por el puerto. -Gareth miró a su alrededor buscando

puntos de referencia conocidos entre la niebla y divisó la forma de uno de los cobertizos-. ¡Por allí! De ahora en adelante, no digas nada y camina haciendo el menor ruido posible.

Dallan hizo un gesto afirmativo.

Gareth abría el paso a través del campo cubierto de niebla. Cuando el cobertizo desapareció de su vista, se guió por el ruido de las olas del mar.

Él y Dallan no habían dado más de veinte pasos cuando oyeron el primer estornudo. Sonó un poco más adelante, hacia arriba y a la izquierda.

Dallan miró a Gareth indicándole con la mirada que había comprendido.

Gareth sonrió. «Mi dulce Clare, ¡qué lista eres! Le has tendido una trampa al mago. Ahora, todo lo que tengo que hacer es esperar el momento adecuado para matarle», pensó.

Tras el siguiente estornudo resonó una maldición rabiosa.

-¡Maldita esta isla y todos tus odiosos perfumes, Clare!

Debe de haber artemisa cerca de aquí.

-¡Libérame, señor! -ordenó Clare-. ¡Ya no me necesitas!

-¡Calla, no vuelvas a hablar! Seguro que el maldito Lobo Sanguinario nos sigue... -sus palabras quedaron interrumpidas a causa de un estornudo.

Gareth agudizó el oído para guiarse hasta su presa. Le indicó a Dallan que se quedara detrás de él.

Estaban cerca del borde del acantilado y Gareth podía oír el eco de las olas en la cala. Oyó a Clare quejarse levemente al tropezar con algo.

-El bote está escondido en la caleta que hay ahí abajo -murmuró Lucretius-. Bajarás por el camino delante de mí. No puedes huir a ninguna parte, así que ni lo intentes. Estaré justo detrás...

Las palabras del mago quedaron nuevamente interrumpidas por un ataque de estornudas sonoros y convulsivos. Volvió a renegar con rudeza. Y luego, otro estornudo.

A continuación se oyó el ruido de una pequeña refriega.

-¡No! ¡No pienso ir contigo! -exclamó Clare.

-¡Vuelve aquí, mujer estúpida! Te mataré con la magia si no vuelves aquí ahora mismo. -Lucretius sufrió otro ataque de estornudas-. Pero ¿qué es esto? -jadeó-. ¿Qué me has hecho? ¡Maldita seas, es el libro!

Se oyó caer algo pesado al suelo. Gareth supo que era la bolsa de cuero que Lucretius se había colgado al hombro. El mago la había tirado al suelo de la rabia.

-¡Has intentado envenenarme! -gritó Lucretius-. ¡Te mataré por esto! ¡Igual que maté a tu padre!

-¡Déjame! -gritó Clare-. ¡Huye mientras puedas, mago! Si mi marido te encuentra, te hará pedazos.

Gareth vio momentáneamente el vestido de Clare en medio de la niebla. Lo asaltó un nuevo temor. Se dio cuenta de que Clare no podía ver mucho más de lo que él veía. Si por casualidad se desorientaba, podía caer al mar.

-¡Clare, por aquí! -gritó-. ¡No corras hacia los acantilados, corre hacia mí!

Se oyó el ruido sordo de unos pasos ligeros sobre el suelo húmedo. Clare apareció entre la niebla corriendo a ciegas hacia la voz de Gareth. Entonces, lo vio.

-¡Gareth!

-¡Quédate con Dallan! -indicó levantando la espada y marchándose.

Casi tropezó con la bolsa de cuero, que estaba en el suelo. El libro había caído de la bolsa, y había flores secas esparcidas alrededor. El olor familiar de la artemisa era intenso.

Otro fuerte estornudo hizo volverse a Gareth hacia la izquierda. Lucretius estaba de pie en medio de la niebla gris. Llevaba la capa negra echada hacia atrás sobre los hombros dejando al descubierto la cota de malla.

-¿Así que crees que eres un mago más ingenioso que yo, Lobo Sangulllano?

Gareth no respondió. Se precipitó hacia Lucretius.

-¡Atrás! -Lucretius tenía la espada lista para la lucha en una mano y, con la otra, buscó entre los pliegues de su capa y sacó un objeto del tamaño de una taza-. Puedo lanzarte el contenido de este frasco antes de que me puedas alcanzar con la espada, Lobo Sanguinario.

Gareth estudió el frasco. Contenía una poción verdosa que no reconoció.

-¿Crees que me da miedo lo que lleves en esa ampolla?

-Pues debería -afirmó Lucretius con una sonrisa despiadada-. Es un líquido corrosivo que quema todo lo que toca, incluso la piel y los ojos.

-Tiene razón, mi señor -Dallan dio un paso hacia delante mirando fijamente el frasco que Lucretius sostenía en la mano-. Es una mezcla que inventó cuando intentaba crear oro a partir de metales básicos. Quema como el fuego.

Lucretius sonrió con malicia.

-Hazle caso al muchacho, Lobo Sanguinario, o arriésgate a perder los ojos. ¿Qué podría hacer un lobo ciego?

-Gareth, creo que dice la verdad -dijo Clare-. No te acerques más a él.

-Sí, dice la verdad -insistió Dallan-. Cuidado, señor.

Clare no apartaba la vista de Lucretius.

-¿Por qué mataste a la anacoreta?

Lucretius se encogió de hombros.

-Aquella estúpida mujer me vio y creyó que era el fantasma del hermano Bartholomew que había ido a buscar a su hermana perdida Maud. Y, por algún motivo, creyó que tenía que demostrado.

-Te siguió hasta la biblioteca del convento y la mataste -susurró Clare.

-Quería ver si habías guardado los libros de tu padre en la biblioteca antes de molestarme en buscados en la mansión. Hubiera sido todo mucho más sencillo si se lo hubieses dado a las monjas, Clare.

-No les interesaba -argumentó Clare-, así que me lo quedé.

-¡Qué bobas! -Lucretius fijó la vista en el volumen que yacía cerca de la bolsa-. En ese libro están los mayores secretos de los antiguos. Tu padre los encontró en los tratados árabes que tradujo. Es posible que incluso el secreto de la inmortalidad esté ahí.

-¿Tienes intención de abandonar la isla sin tu valioso libro, mago? -Gareth empujó el libro con la punta de la bota.

-Al parecer hoy tendré que marcharme con las manos vacías, pero podéis estar seguros de que volveré a por él. -Lucretius volvió a mostrar su más fría y deslumbrante sonrisa-. Y nunca sabréis ni cuándo ni cómo volveré a aparecer. Y sabiéndolo, no podrás dormir por las noches, ¿verdad Lobo Sanguinario?

-Esta vez te he parado los pies, ¿no es así? Puedo volver a haced o si es necesario.

-¡Bah! Esta vez has tenido suerte, eso es todo. La próxima vez será diferente.

-Márchate, pues, si es ésa tu intención. Llévate tu repugnante elixir y sal de esta isla.

-Como quieras, Lobo Sanguinario, pero antes te dejaré un recuerdo para que no me olvides nunca. -Lucretius lanzó el frasco directamente a la cara de Gareth.

-¡Nooo! -gritó Dallan. Dio un salto para interceptar la botella y atrapada con las manos.

-¡Dallan! -exclamó Clare.

Gareth ni pensó en su reacción. Fue instantánea, una respuesta física rápida que le había salvado la vida en más de una ocasión.

Con una mano agarró a Dallan y lo apartó y, con la otra, levantó su espada describiendo un arco veloz y corto. El frasco se posó sobre la hoja plana de su espada.

Gareth aprovechó el impulso de la oscilación para lanzar la ampolla hacia un lado. Chocó contra una roca y se hizo añicos. Se oyó como un chirrido.

-¡Santo Dios! -suspiró Clare-. ¡La roca se está desintegranda!

-Tienes la suerte del mismo diablo, Lobo Sanguinario -sentenció Lucretius dirigiéndose hacia el camino del acantilado-. Pero no te durará para siempre.

-No hay ningún bote esperándote en la cala, mago -dijo

Gareth complacido-. Mis hombres lo descubrieron hace un rato.

-¡No puede ser! -La capa de Lucretius se batió al detenerse en lo alto del camino-. Estás mintiendo. Yo las descubrí. Nadie conoce las calas del acantilado.

Gareth sonrió.

-No conoces bien a los jóvenes. Son curiosos por naturaleza. William las encontró hace mucho tiempo.

-¡Maldito seas, Lobo Sanguinario! -Lucretius se abalanzó sobre él con la espada en alto.

Gareth paró la carga fácilmente. Los aceros chocaron.

Lucretius saltó hacia atrás, hizo un amago y volvió a la carga.

El mago era bueno, reconoció Gareth mentalmente mientras ambos describían un círculo. Era rápido y astuto. Puede que hubiese despreciado las artes de la lucha frente al poder de la magia, pero era obvio que tenía talento para manejar la espada.

Consciente de la caída que había al borde del acantilado, Gareth se colocó en una posición que le asegurara que fuera Lucretius quien estuviese de espaldas al precipicio. Por el rabillo del ojo, vio a Clare apartando a Dallan.

Lucretius inició un nuevo ataque rápido, pero Gareth lo esquivó.

El mago giró y esta vez Gareth se encontró justo en la posición que había querido evitar. Estaba de espaldas al acantilado.

Lucretius se acercó otra vez. Su espada lanzaba leves destellos en la luz gris. Gareth notó que el terreno cedía bajo el talón de su bota izquierda. El borde del acantilado empezaba a desmoronarse. Las olas sonaban muy fuertes.

Con toda su fuerza, se lanzó hacia delante inclinándose con la intención de pasar por debajo de la estocada de Lucretius.

Lucretius ya estaba inmerso en el golpe y tenía el rostro retorcido de ira cuando Gareth se deslizó por debajo de la hoja, golpeó el suelo con el hombro y rodó.

-¡Muere, Lobo Sanguinario! -Lucretius se volvió mientras Gareth se levantaba-. ¡Muere, maldito!

Gareth vio la posibilidad y se lanzó blandiendo la espada. Lucretius no pudo levantar su espada con la suficiente rapidez como para desviar el golpe.

Justo cuando Gareth entraba a matar, Lucretius gritó y arrojó su espada. Agitó los brazos con desespero mientras el suelo cedía bajo sus pies.

-¡No! -gritó-. No puede ser así. Soy mago.

Gareth se contuvo y se apartó rápidamente del borde del acantilado.

Lucretius cayó hacia atrás en el vacío gris.

Su alarido rasgó el aire durante unos segundos interminables y luego cesó bruscamente.

En el profundo silencio que reinó después, los ojos de Gareth se encontraron con los de Clare.

-¡Gareth! -Corrió hacia él y se lanzó a sus brazos abrazándolo con fuerza-. ¡Estás a salvo!

-Sí -dijo él levantando la vista por encima de su cabeza para mirar a Dallan, que observaba el lugar donde habían visto a Lucretius por última vez.

-¿Cree que está realmente muerto, señor? -preguntó Dallan con un tono extraño.

-Sí. Tú y yo bajaremos juntos a la cala. Ten por seguro que encontraremos su cuerpo sobre las rocas. Después de todo, sólo era un hombre.

-Un hombre terrible -puntualizó Clare desde el círculo del brazo de Gareth-. La peor fórmula para un marido.

Clare no se había recuperado todavía de la conmoción por todo lo acontecido durante el día cuando ella y Gareth se retiraron al dormitorio por la noche.

Aparentemente, todo había vuelto a la normalidad. Habían encontrado a Ranulf vivo, aunque inconsciente, en la torre de vigilancia. Se había recuperado enseguida del golpe recibido en la cabeza, pero Clare sospechaba que su orgullo tardaría más en sanar.

El cuerpo de Lucretius había sido retirado de la cala. Los cuatro caballeros de capas negras que habían sobrevivido y los tres desventurados arqueros estaban encerrados en un sótano de la casa.

Joanna se había recuperado del desmayo, había abrazado a William hasta que el muchacho le rogó que cesara y después se había lanzado a los brazos de Ulrich.

El pueblo bullía de excitación a medida que la historia recorría las calles y las casas. Y cada vez que alguien volvía a contada, las proezas del Lobo Sanguinario eran más impresionantes. Clare sabía que su gente estaba orgullosa de que su señor feudal hubiese demostrado ser más poderoso que un mago.

A la hora de la cena, había habido un gran regocijo y júbilo entre los hombres de Gareth. Cook había elaborado una colección de platos para celebrado. Los sirvientes habían hablado y bromeado con los hombres de armas.

Dallan había contribuido al ambiente de celebración cantando una apasionante balada en la que narraba el rescate de Deseo. La había compuesto en menos de dos horas y todos admiraban su talento.

Clare había logrado mantener su presencia de ánimo mientras se limpiaba el patio y todo volvía a su sitio. Sin embargo, era todo fachada. No fue capaz de probar bocado en toda la cena.

-¿Estás bien, Clare? -preguntó Gareth en voz baja. Estaba delante de la chimenea quitándose la túnica y las botas.

-Sí, sólo tengo un poco de frío. -Cerró las manos sobre el borde del edredón y se quedó mirando a Gareth mientras se desnudaba.

Gareth se enrolló el cinturón de cuero en la muñeca. -Esta noche has tenido un comportamiento muy extraño. -Bueno, es que ha sido un día un tanto extraño. Arqueó una ceja mientras dejaba el cinturón enrollado dentro de un arca grabada.

-Lo comprendo

-¿De veras, Gareth?

-Sí. Aquí en Deseo no estáis acostumbrados a la violencia.

-Es cierto.

-Bueno, tranquilízate -dijo Gareth bostezando-. No hay muchas probabilidades de que tengamos que enfrentamos a una situación similar en un futuro próximo. La hacienda está a salvo. Nuestra gente está a salvo.

-Gracias a ti.

Sus anchos hombros se encogieron mientras cruzaba la habitación en dirección a la cama.

-El mago no era más que un ladrón con apariencia de caballero. Y sé muy bien cómo tratar a los ladrones, señora. Tengo mucha práctica, no sé si lo recuerdas.

Su despreocupación ante los tremendos acontecimientos del día fue demasiado. Clare se sentó muy erguida en la cama y levantó el edredón hasta taparse el cuello con dedos trémulos.

-¡Santo cielo! ¿Cómo puedes hablar con tal despreocupación sobre esto?

Él se detuvo, obviamente sorprendido por el arranque de ira. La preocupación surcó su frente.

-Clare, ¿estás bien? ¿Quieres beber algo caliente que te ayude a dormir? Hoy has sufrido mucho.

-Está claro que hoy he sufrido mucho. -Clare se levantó "f se quedó de pie en medio de la cama. Puso los brazos en jarras y lo miró con el ceño fruncido-. Casi te matan, Lobo Sanguinano.

Él la miró con expresión socarrona.

-Había muy pocas posibilidades de que eso ocurriera. -¡Había muchas posibilidades! Fui testigo de la última lucha con el mago. Podrías haber acabado tú en el fondo del acantilado.

Gareth volvió a bostezar.

-Pero no fue así.

-No te atrevas a menospreciar este asunto. ¿Qué habría hecho yo si hubiese sido tu cuerpo el que han subido de la cala?

-Clare...

Sus ojos se llenaron de lágrimas de angustia y furia.

-¡Maldito seas! ¡No hubiese podido soportado! -Clare, todo va bien. Te lo aseguro. Tranquilízate. -¡No me trates como si fuera una yegua inquieta! ¡Hoy casi te pierdo!

Gareth le dedicó una sonrisa.

-Sí, pero podrías haberme buscado un sustituto fácilmente. En Inglaterra no faltan caballeros sin hogar. Quizás hubieses encontrado a alguien más acorde con tus expectativas que yo.

-No te burles de mí, que no estoy de humor. Te he dicho que te quiero. ¿No puedes entender lo que eso significa?

-Creo que sí -dijo Gareth lentamente.

-¡Bah! No tienes ni idea de lo que es el amor, ¿verdad? Si hoy te hubiesen matado, mi corazón se hubiese roto para siempre. ¿No significa eso nada para ti?

-Significa todo para mí -respondió con toda sencillez.

-¡Oh, Gareth! -Clare se arrojó a sus brazos-. Eres el único hombre que he conocido que me hace sentir algo más que útil.

Gareth la rodeó con sus brazos.

-A mí me ocurre lo mismo contigo. Estoy empezando a creer que mi lugar es isla Deseo.

-Y es así. Éste es tu hogar, Gareth. No debes olvidado ni por un instante. No debes correr más riesgos estúpidos.

-No sufras, mujer. Ambos estamos a salvo y yo me en cargaré de que así siga siendo.

-Tenía tanto miedo de perderte... -murmuró apoyada en su hombro.

Él le acarició el cabello.

-¿Cómo crees que me sentí al regresar a la mansión y verte en las escaleras conversando con Lucretius de Valemont?

Clare contuvo un sollozo.

-No estaba conversando con él. Estábamos negociando. Yo soy buena negociando.

-Sí, sí lo eres. -Gareth le acarició delicadamente la nuca con el pulgar y el índice-. El truco que planeaste para el mago fue muy hábil.

-Sabía que la artemisa le haría estornudar sin remedio. Pensé que su reacción le brindaría a Dallan la oportunidad de escapar.

-Fuiste tú quien tuviste la oportunidad. -Gareth hizo una pausa cargada de sentido-. Una oportunidad que no hubieses necesitado si te hubieses quedado a salvo en el interior de la casa como te ordené.

-¡Tenía que hacer algo! Estaba amenazando la vida de Dallan.

-Así que tú fuiste al rescate -refunfuñó Gareth resignado-. Supongo que no tiene sentido regañarte por haber cometido semejante estupidez.

-No tenía elección.

Gareth cogió su rostro entre las manos.

-No discutiremos este punto. Lo hecho, hecho está. Ahora estás a salvo yeso es todo lo que importa.

Ella sonrió y dejó caer una última lágrima.

-¡Oh, Gareth! -suspiró, rodeándole el cuello con los brazos y apretándolo fuerte.

Él lanzó una exclamación profunda y ronca, la levantó y la depositó entre las sábanas aromatizadas. El fuego desprendía luz suficiente como para que Clare pudiese ver el intenso brillo en sus ojos. La calidez que vio en aquellas profundidades cristalinas le dio más calor que todo lo que había intentado a lo largo del día para aplacar el frío.

-Mi dulce Clare -Gareth se tumbó sobre ella apretándola contra la ropa de la cama-. No eres la única que se ha llevado un susto de muerte hoy. No me vuelvas a hacer esto.

-No, mi señor -Clare abrió los labios y lo besó con una urgencia desesperada que no intentó disimular.

La respuesta de él la sobrecogió, como siempre.

Un buen rato después, Clare yacía junto a Gareth. Ninguno de los dos se había molestado en correr las cortinas de la cama. Los rescoldos del fuego proyectaban una luz plácida sobre las sábanas revueltas.

Clare se acurrucó contra su marido y respiró el olor de su cuerpo relajado y saciado. Al cerrar los ojos, un pensamiento soñoliento revoloteó por su mente.

-¿Gareth?

-¿Mmm? -La voz de Gareth fue poco más que un ronroneo entre las sombras.

-¡Casi me olvido! Eadgar quiere saber durante cuánto tiempo tendremos que alimentar a los prisioneros. Dice que habrá que comprar provisiones si vamos a retenerlos mucho más en el trastero.

-Sólo tendrá que preocuparse por ellos uno o dos días más. Pronto ya no estarán.

-Bien. Se alegrará de oírlo. -Clare dio un pequeño bostezo y se arrimó un poco más a Gareth-. Es que para él es un problema, ¿sabes? No estamos acostumbrados a tener prisioneros en Deseo.

-¡Claaaro! -Gareth parecía ya medio dormido.

Clare dirigió la mirada hacia las brasas de la chimenea.

-¿Adónde crees que irán esos hombres ahora que su señor está muerto?

-¿Mmm?

-Me pregunto qué será de esos cuatro caballeros que servían a sir Lucretius. Y de esos tres arqueros a los que tienes presos. Pobres hombres. Debe de ser muy duro no tener ni hogar ni amo al que servir...

-Clare, te aseguro que no tendrán ningún problema para encontrar un nuevo hogar.

-¿Por qué no? -preguntó, al tiempo que volvía la cabeza sobre la almohada.

-Porque los vaya ahorcar a todos, por eso.

-¿Cómo? -saltó poniéndose en pie- ¡No puedes hacer eso, Gareth!

Él abrió un ojo y la miró como si se hubiese vuelto loca.

-Es lo que suele hacerse con hombres de su calaña.

-¡Imposible! Totalmente imposible. No vas a ahorcar a siete hombres aquí en Deseo. ¡Ni hablar! -En la imaginación de Clare se formó la imagen de siete cuerpos colgando de la horca-. ¡Te lo prohíbo terminantemente!

Gareth abrió el otro ojo y la escrutó con una mirada vaga.

-¿ Que me lo prohíbes?

-Sí, así es. Nunca ha habido un ahorcamiento en Deseo. Mi padre nunca consideró necesario ahorcar a nadie y yo no tengo intención de cambiar la tradición.

-Clare -dijo Gareth con una paciencia inquietante-, esos hombres de ahí abajo son hombres sin amo, ladrones, caballeros renegados. Es posible que sean asesinos, o peor.

-Aquí no han matado a nadie.

-Ya, por casualidad.

-Estaban a las órdenes de un hombre diabólico, pero ahora está muerto.

-Sí, y si los dejo libres, pronto .encontrarán a otro señor de la misma ralea al que servir. Lo llevan en la sangre.

Clare se lo quedó mirando, desconcertada por la expresión implacable de su rostro.

-No puedo soportar la idea de tantas muertes terribles en esta isla. No puedes hacerla.

Gareth vaciló.

-Supongo que podría mandarlos a Seabern. Seguro que a sir Nicholas no le importará ocuparse.

Clare aporreó la cama con los puños.

-¡No es ésa la cuestión! La cuestión es que no quiero que todos mueran colgados.

Gareth se contuvo para no perder la paciencia.

-Estuvimos de acuerdo en que cada uno tenía sus responsabilidades corno señor y señora de este feudo.

-Ya, pero...

-Debes dejar que me ocupe de mis asuntos.

-Pero está claro que no hay necesidad de ahorcados. Existen otras posibilidades.

-¿Qué posibilidades?

-Puedes desterrados -sugirió rápidamente-. Hacer que juren que renuncian al territorio. No se atreverán a volver.

-Clare...

-Te temen. Creen que eres más poderoso que Lucretius de Valemont.

-Quizá no nos molesten en el futuro -concedió Gareth-, pero declarados proscritos y mandados lejos sólo servirá para que causen problemas a otros.

-Gareth, no aceptaré que siete hombres se balanceen colgados en la brisa de Deseo, y ésta es mi decisión final.

-Nada de eso, en este asunto yo tomo la decisión final.

-Eso ya lo veremos. -Clare recogió el edredón y se arrebujó en él. Se apartó hasta el borde de la cama y bajó al suelo.

-¿Adónde diablos te crees que vas?

-Me voy a dormir al vestidor hasta que me concedas el favor que te he pedido, señor.

Con el edredón puesto a modo de capa, Clare giró sobre los talones y cruzó el dormitorio con paso airado hasta el vestidor.

CAPÍTULO 19

-¡Diablos! Son todos tan jóvenes -murmuró Gareth-. Ninguno tiene más de diecinueve años.

Investigaba las caras de los cuatro caballeros supervivientes de Lucretius mientras los llevaban a la casa para ser interrogados.

-¿Por qué elegiría ese maldito mago a unos pobres muchachos para llevar a cabo sus planes?

-No son muchachos, son hombres -apuntó Ulrich-. Y tanto tú como yo sabemos cuál es la respuesta.

-Cierto -Gareth apoyó el codo en el brazo de la silla de roble y la barbilla en la palma de la mano. Nunca le había gustado esta parte de su responsabilidad-. Los jóvenes de esta edad son más fáciles de controlar e impresionar que los mayores. No cuestionan las órdenes, ni los trucos de magia.

-No cabe duda de que De Valemont se sirvió del terror y de que les prometió un título de caballeros y una buena suma de dinero para reclutarlos.

-Mi esposa quiere que muestre clemencia -comentó Gareth con tono malhumorado mirando a los prisioneros-. Me pide que los libere.

-Eso me han dicho. En realidad, señor, toda la casa está al corriente de la petición de lady Clare.

-Sabía que sería imposible resolver la cuestión en privado.

-Me parece que los rumores empezaron cuando una doncella de servicio encontró a lady Clare dormida en el vestidor esta mañana.

Gareth se dio unos golpecito s en la mandíbula con el índice y no dijo nada.

Ulrich carraspeó educadamente.

-Quizá tu gentil señora siente pena por estos hombres por que no son mucho mayores que Dallan. No obstante, me sorprende que se muestre igual de caritativa con los ladrones que atrapamos en el puerto. No se puede negar que están más curtidos.

-Quiere que los destierre a todos y que les desee suerte en sus próximas empresas.

-Las mujeres tienden a ser compasivas, especialmente las que no han tenido mucha experiencia con la violencia.

-Dice que no quiere que la abadesa Helen llegue a nuestra isla y se encuentre siete cadáveres balanceándose en las brisas aromáticas de Deseo.

-Tengo la impresión de que nuestra señora abadesa ha visto cosas peores en su vida -murmuró Ulrich.

-Cierto. En cualquier caso, si seguimos adelante, podemos deshacemos de los cuerpos antes de que llegue la abadesa. -Gareth vio a los cuatro caballeros detenerse frente a su silla.

No sólo eran jóvenes, estaban asustados y se esforzaban por ocultar el miedo detrás de una máscara de desafío estoico. Gareth asintió con la cabeza haciéndole una señal al guarda, que se retiró. A continuación, miró directamente al de más edad.

-¡Tú! ¿Cómo te llamas?

-Sir Robert.

-¿Dónde está tu feudo?

Robert dudó y luego se encogió de hombros.

-No tengo feudo ahora que lord Lucretius está muerto.

-¿No tienes familia?

-No, señor.

-¿Y tus padres?

Robert parecía confuso por la línea de interrogatorio.

-No conocí a mi padre y mi madre murió al nacer yo.

Gareth miró al siguiente joven.

-¿Y tú? ¿Cómo te llamas? ¿Dónde está el hogar de tu familia?

-Me llamo John. -se percibía un ligero temblor en su voz, pero inspiró con fuerza y logró controlado-. Yo le había jurado lealtad al mago. Ahora que está muerto, no tengo hogar.

-Vaya, me parece detectar ciertas similitudes -espetó Ulrich con voz queda.

-Sí -dijo Gareth observando a los otros dos caballeros-. ¿Alguno de vosotros tiene familia? ¿Un hogar?

Ambos negaron con la cabeza.

-Si quiere..., mi señor -Robert dio un paso al frente.

-¿Qué? -Gareth lo miró.

-Ninguno tenemos parientes ni amigos que nos rescaten. Todo lo que poseemos nos lo dio el mago. Nuestra armadura y nuestras espadas son los únicos objetos de valor que tenemos. -Robert hablaba con los labios tensos y una expresión adusta. Sus ojos mostraban un fiero orgullo a la par que un gran temor-. Usted ya nos las ha arrebatado. También puede proseguir con el ahorcamiento.

-A su debido tiempo, sir Robert, a su debido tiempo. La muerte siempre llega demasiado pronto para la mayoría. -Gareth hizo un gesto para que los guardias se llevaran a los caballeros a su prisión improvisada.

Ulrich se agarró las manos detrás de la espalda y esperó a que la sala estuviese vacía. Entonces, miró a Gareth.

-¿Quieres interrogar a los arqueros que capturamos en el puerto, señor?

-No. No nos contarán nada nuevo. Son el más claro ejemplo de su condición. Bandidos que se pusieron al servicio del mago bajo la promesa de un pillaje fácil.

-Hombres sin amo.

-Sí -afirmó Gareth levantándose-. Hombres sin pueblo ni familia.

-Este tipo de hombres siempre son peligrosos. Es mejor ahorcarlos rápidamente y zanjar el tema.

-Sí. -Gareth se acercó a una mesa donde había desplegado una colección de objetos que él y Dallan habían encontrado en la capa de Lucretius de Valemont-. ¿Ya has visto esto, Ulrich?

-No. -Ulrich se acercó a la mesa. Observó unos diminutos trozos de metal flotando en un cuenco lleno de agua-. ¿Qué son?

-Dallan me ha dicho que Valemont los llamaba peces de hierro. Mira. -Gareth introdujo un dedo en el agua e hizo girar las pequeñas esquirlas de hierro. Cuando el agua dejó de moverse, también lo hicieron los peces de hierro-. Observa, todos apuntan en la dirección en la que apuntaban antes de remover el agua.

Ulrich estaba atónito.

-¿Y qué?

-Señalan al norte, amigo. Siempre al norte. Éste es el misterioso método que el mago utilizó para guiar a los ladrones hasta la isla en plena niebla. Y hubiera vuelto a utilizarlo para huir.

-¿Peces de hierro?

-Oí hablar de esto hace unos años -dijo Gareth-. Lo leí en el libro de sir Humphrey, pero es la primera vez que los veo en funcionamiento. ¿Es sorprendente, no?

-Sí. -Ulrich metió un dedo en el agua y removió la superficie. Comprobó, fascinado, cómo las esquirlas se realineaban-. ¡Muy interesante!

-El libro de sir Humphrey dice que el invento viene de China, al igual que la receta del polvo de azufre y carbón que utilicé para desconcertar a los hombres de De Valemont.

-¿Y estos otros objetos? -Ulrich levantó una esfera pulida.

-Un espejo. Dallan dice que Valemont lo utilizaba a veces para hacer señales a sus hombres y enviarles mensajes. -Gareth cogió un llavero con llaves de formas extrañas-. Y éstas las usaba para abrir cerraduras de todo tipo.

-De modo que así entró en el convento y la biblioteca.

-Así es -confirmó Gareth tirando las llaves sobre la mesa-. Y también así pudo cerrar la puerta de la celda de la anacoreta después de llevar el cuerpo hasta allí.

-Es todo muy interesante, señor, y conociéndote, estoy seguro de que estarás ocupado durante días jugando con los trucos del mago. Pero ¿qué debo hacer con los prisioneros entretanto? ¿Me ocupo de que desaparezcan de inmediato?

-No. Espera un poco más. Quizá se me ocurran otras preguntas.

Gareth fue plenamente consciente de la mirada burlona que le lanzó Ulrich mientras salía de la sala. Como de costumbre, no comprendió cuál era la gracia.

Por fin se había despejado la niebla que había cubierto la isla durante los dos últimos días. El patio bullía de actividad.

William y Dallan corrían de acá para allá siguiendo las instrucciones de Eadgar y ayudando a los sirvientes. Al bajar las escaleras, Gareth vio entrar por la puerta abierta a dos de sus hombres de armas. Iban cargados con brazadas de flores frescas. La visión de aquellos recios guerreros colmados de flores le hizo sonreír momentáneamente.

La diversión se desvaneció cuando cruzó el patio hacia los talleres de Clare.

La noche anterior podría haberla obligado a regresar al lecho, obviamente. Era mucho más grande y más fuerte que ella.

No le hubiese costado nada sacada del vestidor, pero estaba demasiado molesto. Pensó que una noche durmiendo sobre el suelo duro y tapada con el edredón serviría para darle una lección. Era una lástima que la doncella hubiese entrado en el vestidor más temprano de lo habitual. Clare seguía profundamente dormida.

Gareth estaba despierto, no obstante. Para su indignación, había dormido muy poco y se había levantado tres veces a tapar a Clare.

Una cosa era dejada dormir en el duro suelo de piedra, y otra muy distinta dejar que cogiera frío. No tenía la menor intención de dejar que sus batallas con él afectaran su salud. Como marido, tenía el deber de ocuparse de que no cayera enferma como consecuencia de sus actos irreflexivos.

Aquella mañana, no obstante, ella estaba increíblemente tranquila á pesar de la guerra abierta que más o menos había declarado. Actuaba como si ya hubiese ganado y sólo estuviese esperando a que él aceptara la derrota.

Gareth se preguntaba si sería consciente de que él nunca se había rendido ante nadie en toda su vida.

Llegó al primer taller del complejo de dependencias y se plantó en la puerta abierta. El olor a flores, a vainilla y menta le dio en la cara como una suave ráfaga.

-¿Clare?

-Estoy aquí -respondió Clare desde la estancia contigua. Gareth cruzó la sala de mezclas hacia el secadero. La vio de pie junto a una de las grandes mesas y algo se removió en su interior.

El día anterior había estado a punto de perderla. Lo último que quería era pelearse hoy con ella. Suspiró, puesto que sabía demasiado bien que no le convenía mostrar debilidad.

Clare estaba oliendo un puñado de flores secas. Tenía los ojos cerrados para concentrarse en la fragancia. La luz del sol penetraba por la ventana que había detrás y creaba un halo dorado alrededor de su grácil figura.

Gareth pensó que ella era la cosa más hermosa que había en su vida. Le había dado un hogar.

Alejó de su pensamiento aquella extraña mezcla de emociones que no terminaba de comprender y se acercó a ella.

-¿Qué haces? -preguntó, más por no quedarse callado que por curiosidad.

-Estoy preparando una mezcla especial para la abadesa -respondió abriendo los ojos-. Es una receta muy compleja que sólo será para ella. ¿Crees que le gustará?

-Estoy seguro de que sí. -Gareth vaciló-. Toda la here dad anda alborotada.

-Llegará en cualquier momento. Puede que esta misma tarde.

-Sé que estás entusiasmada con esta visita.

-Sí, mucho. La abadesa Helen ha sido muy amable con migo en sus cartas y tengo ganas de devolvede su cortesía.

-Quizá debería decirte que...

-¿Has liberado a los prisioneros, mi señor?

-No.

-Sé que habrás hecho lo correcto antes de que termine el día.

-¡Por todos los diablos, mujer, lo correcto es ahorcados!

-No en este caso. ¿Has visto a los caballeros de Lucretius? No son mucho mayores que Dallan.

-Bueno, ¿y qué me dices de los ladrones profesionales que Ulrich capturó en el puerto? -espetó Gareth-. No se les puede excusar por jóvenes. Uno de ellos tiene cuarenta años como mínimo. Lleva toda la vida robando a la gente.

-Sí, pero si liberamos a los otros, también podemos dejade libre. No quiero ni un solo cadáver colgando sobre mis flores.

-Clare, eres una mujer y has crecido protegida aquí en Deseo. Si... -Gareth se detuvo al oír gritos en el exterior.

-¡Lady Clare, lady Clare, sus invitados han llegado! -llamó un sirviente-. Lady Joanna dice que vaya enseguida.

-¡La abadesa está aquí! -Clare extendió los dedos y dejó caer las flores secas en el cuenco.

-¡Clare, espera! -Gareth intentó alcanzada mientras salía, pero falló.

Clare salió corriendo hacia el patio.

-Joanna, ¿dónde está la abadesa? Quizá se detenga primero en el convento para ver a la priora. ¡Santo cielo, no estamos preparados! Quería que todo estuviese en perfecto orden cuando ella llegara.

Gareth salió despacio del secadero y encontró a Ulrich de pie a un lado. Juntos contemplaron el bullicio.

-¿Ha llegado la abadesa? -preguntó Gareth.

-Sí. Acaba de llegar de Seabem con una escolta. Uno de los hombres vino a caballo desde el pueblo para comunicamos la noticia.

-¿Escolta? -Gareth levantó una ceja con aire inquisitivo. -Parece ser que Thurston de Landry y tres de sus caballeros viajaban por casualidad en la misma dirección que la abadesa y se ofrecieron a protegerla, a ella y a sus criados. Deberían llegar de un momento a otro.

-¡Lo que me faltaba!

Un grito de consternación se elevó sobre la conmoción del patio. Gareth miró a Clare, que gesticulaba como loca con las manos.

-¿Cómo, que Thurston de Landry viene hacia aquí? -le gritó a Joanna-. ¡Eso es imposible!

-Tranquila, Clare -le respondió Joanna-. Ya nos las arreglaremos.

Clare puso una expresión furiosa.

-¿Cómo se atreve lord Thurston a hacerme esto? ¿No tiene la menor consideración? Esta noche tengo la visita de una abadesa... No quiero que un estúpido barón me moleste.

-Ya nos las arreglaremos -dijo Joanna con intención de tranquilizada.

-No, no puede ser verdad. Lo ha fastidiado todo. ¿Cómo debo ocuparme de mi suegro si estoy intentando atender a una abadesa?

-Excelente pregunta en estas circunstancias -le comentó Gareth a Ulrich.

-Estás sonriendo, señor. Sabes que me inquietas cuando sonríes. -Ulrich vaciló-. ¿Qué pasa con los prisioneros?

-Será mejor que los retengas en el sótano uno o dos días más. Ahora ya hay demasiado lío. Si ahorcáramos a un grupo de ladrones se armaría aún más jaleo.

-Sí -afirmó Ulrich-. Parece que va a ser una noche interesante.

Los gritos de la torre y la polvareda del camino anunciaron la llegada de la compañía y una multitud de criados.

-¡Están aquí! -gritó alguien-. La abadesa y Thurston de Landry están a las puertas.

Clare miró con enojo a Gareth.

-¡Es el colmo! Lo mínimo que podría haber hecho tu padre es mandamos un aviso de que t_nía intención de visitamos.

-Sospecho que tomó la decisión de repente al enterarse de que la abadesa venía de camino a Deseo.

-Pero ¿por qué? No tiene sentido -Clare calló al oír el estrépito de los jinetes atravesando las puertas.

Se produjo un ambiente general de confusión al acercarse los sirvientes a los caballos.

-Acompáñame, Clare, debemos dar la bienvenida a nuestros invitados. -Gareth la tomó del brazo y empezó a andar.

-La señora que va en el palafrén es la abadesa. -La expresión contrariada de Clare se iluminó con renovado entusiasmo-. Parece que está perfectamente bien.

-Lo está.

-¿Qué quieres decir?

-No importa. -Gareth observó cómo desmontaba Thurston y acudía a ayudada. La pareja se volvió para saludar a los anfitriones.

-Señora abadesa -dijo Clare mientras se inclinaba para besar el anillo de aquella dama alta y guapa vestida con hábitos benedictinos-. Bienvenida a Deseo. Nos sentimos muy honrados.

-Me alegro de volver a veda, lady Clare -sonrió la abadesa Helen-. Siempre es un placer visitada. Sigo disfrutando de su correspondencia más de lo que podría expresar.

-Es muy amable. -Clare se volvió con notoria reticencia hacia Thurston-. Señor, nos honra con su presencia.

Su gélido tono de voz pareció divertir a Thurston.

-Esperaba con ansias volver a veda después de todo este tiempo, lady Clare.

-¡Qué lástima que no nos avisara de su visita para que le preparáramos una recepción adecuada! -murmuró Clare.

Thurston besó su mano con la cortesía que siempre mostraban con las damas.

-Mis disculpas. Tomé la decisión de forma repentina. Déjeme que le diga que me complace saber que mi hijo cumplió sus requisitos para un marido.

-Sí, bueno, al principio no estaba muy segura de que los cumpliera, pero resulta que es muy apto para el puesto.

-Tenía la esperanza de que así fuera.

Gareth miró con satisfacción cómo Clare se soltaba de la mano de su padre. Muy pocas mujeres eran inmunes a los encantos de Thurston de Landry, pero Clare parecía totalmente ajena a ellos.

-Señor, no pretendo ser grosera, pero debo advertide que, si ha venido para llevarse a lord Gareth lejos de Deseo por algún motivo, está perdiendo el tiempo -dijo ceñuda.

-¿De veras?

-Sí, no puede llevárselo. Se le necesita aquí en nuestro hogar. Usted me lo envió y debo insistir en quedármelo. Hay mucho que hacer por aquí. La isla lleva muchos años sin un verdadero señor.

-Ya veo -respondió Thurston mirando de reojo a Gareth con cara divertida.

-Si desea que este señorío siga siendo rentable... -Clare hizo una pausa expresamente-, o incluso que aumenten los beneficios, tendrá que dejar que sir Gareth se quede con nosotros.

Una sonrisa asomó a los labios de Thurston.

-Se lo aseguro, señora, no tengo ninguna intención de interferir en el aumento de las ganancias.

-Bien, ya está resuelto, pues. -Clare parecía aliviada-. Supongo que tendremos espacio para usted y sus hombres.

-Gracias. Es muy amable, señora.

Gareth recordó algo que Nicholas de Seabern le había dicho durante la feria de primavera. «Te estará agradecida cuando te vayas, ¿sabes? No necesita un marido.»

Nicholas estaba equivocado, pensó Gareth. Clare quería que se quedara en Deseo. Y no sólo porque le considerase útil, sino porque le quería. Sintió un alegre entusiasmo.

Clare se volvió ilusionada hacia la abadesa Helen. -Señora, seguro que querrá refrescarse después del largo viaje. Sus aposentos están listos.

-Gracias. -La voz de la abadesa sonó floja y ronca.

Resonó con una fuerza suave.

Clare miró disgustada a Gareth.

-No has saludado adecuadamente a la señora abadesa, milord.

-Cierto -dijo Gareth tomando la mano que le brindaba la abadesa y mirando en aquellos ojos grises que eran un reflejo de los suyos.

-Bienvenida a Deseo, madre.

Clare andaba arriba y abajo por la habitación lanzando improperios mientras Eunice intentaba vestida.

-Su «madre». No puedo creerlo, Joanna. La abadesa Helen es su madre. Es una situación tan violenta. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

-Sospecho que lord Gareth no quería que conocieras su relación con la abadesa todavía. -Joanna observaba mientras Eunice se lanzaba hacia Clare y le ponía un vestido de color azafrán por la cabeza.

-¿Y por qué no? -Clare se revolvía para sacar la cara de entre los pliegues del vestido. Finalmente quedó colocado y Eunice aprovechó la ocasión para agarrar las cintas y empezar a atadas.

-Quizá porque sabía que la tenías en gran estima. Sin duda prefería ganarse tu afecto por méritos propios.

Clare la miró fijamente.

-No se me había ocurrido. ¿Crees que será por eso?

-Es posible. -Joanna se levantó del taburete y fue hacia la puerta-. No te preocupes por la cena. Todo está listo. –Se detuvo con una mano en el pomo-. Por cierto, Dallan ha compuesto unos versos más de su nueva balada para la ocasión. Clare sonrió a pesar de su mal humor.

-¿Más versos protagonizados por el valeroso y audaz lord Gareth?

-Creo que sí. Está deseoso de interpretar su poema para todos.

Eunice tiró del cabello de Clare justo con la fuerza necesaria para que se quedara quieta. Sin dejar de quejarse, dejó que su anciana sirvienta replegara sus trenzas en una redecilla tejida con hilos de oro.

-¿Ha dicho algo sir Ulrich sobre cuándo van a ser liberados los presos? -preguntó Clare.

Joanna suspiró.

-No. No esperes que lord Gareth libere a esos hombres, Clare. Sabes perfectamente que no es la manera en que suelen resolverse estos asuntos. Si quieres mi opinión, todos merecen la horca.

-Sí, eso no hay quien lo discuta-murmuró Eunice.

-Cada vez que pienso en lo que os podría haber ocurrido a ti y a William -explicó Joanna-, estoy por desmayarme otra vez.

Salió por la puerta y la cerró suavemente.

-Lady Joanna tiene razón. -Eunice ajustó la faja naranja y azul a las caderas de Clare-. Lord Gareth tiene fama de tratar con firmeza a los bandidos. No se mostrará clemente con esos miserables. Y, en mi opinión, no debería hacerlo.

-Nadie te ha pedido tu opinión.

-Crees que lo hará por ti, ¿verdad, milady? Crees que le importas lo suficiente como para que te conceda este favor. -Eunice le dedicó una mirada compasiva mientras ajustaba la red brillante con una diadema de plata-. Te lo advierto, es esperar demasiado de un hombre, y en especial del Lobo Sanguinario.

-Quizá pueda convencer a su padre para que le haga entrar en razón.

-¡Ésta sí que es buena! -Eunice se carcajeó-. Lo más probable es que Thurston de Landry se ofrezca a ayudar a su hijo a construir la horca.

-Entonces, puede que la abadesa Helen tenga más influencia -sugirió Clare esperanzada.

-No, señora. No servirá. No es asunto suyo y probablemente estará de acuerdo con los hombres en que el ahorcamiento es la solución adecuada para el problema.

Clare cerró los ojos en una breve oración silenciosa. Parecía ser la única persona de la isla que consideraba que colgar a unos hombres estaba mal.

¿Acaso nadie más veía que ya había habido demasiada violencia? ¿Nadie comprendía que los hombres del mago eran sólo muchachos sin hogar que se habían puesto al servicio del único caballero que se lo había propuesto?

Y los pobres arqueros... Eran sólo desafortunados hombres sin señor al que servir que habían acabado en el mal camino porque no tenían otra forma de ganar se la vida.

Imaginó la horripilante escena de siete hombres ahorcados sobre un lecho de rosas y su estómago se retorció.

Un poco más tarde, Clare hacía pasar a la abadesa Helen a su estudio.

-Me resulta tan emocionante, señora abadesa. Disfruto mucho con sus esporádicas visitas. Sin embargo, debo confesar la vergüenza que siento por no haber sabido que era la madre de mi esposo. Le aseguro que no me lo había dicho.

-Mi hijo es un hombre bastante peculiar, poco comunicativo. -Helen se deslizó con elegancia hacia las estanterías. Su hábito estaba cortado y confeccionado con la misma pulcritud que el vestido más caro. El griñón estaba colocado de forma exquisita formando un marco perfecto para su rostro elegante y sus ojos claros-. No suele contar mucho de sí mismo.

Clare hizo una mueca.

-Sí, es cierto.

Helen sonrió.

-Me gustaría que supiera que estoy muy contenta con este matrimonio, Clare.

-Yo también -Clare se acercó a la ventana-. Usted sabe mejor que nadie que yo no tenía un deseo especial de casarme.

-Cierto, pero ambas sabíamos que debía cumplir con su obligación. No tenía elección.

-Fue usted quién eligió a su hijo para mí, ¿verdad? Fue todo idea suya, ¿no?

-Sí. Escribí a lord Thurston y le sugerí que podría ser una buena unión.

-Me honra que pensara que yo sería adecuada para su hijo -susurró Clare.

-Es la única mujer que he conocido que podía darle a Gareth lo que más busca.

Clare la miró

-¿Qué es?

-Una casa propia.

-¡Ah!

Helen le lanzó una mirada pensativa.

-Me han dicho que ha aprendido a reír.

-Su hijo tiene una idea curiosa de la diversión, señora, pero la tiene.

-¿Está enamorada de él, verdad?

-Sí. .

-¿Se lo ha dicho?

-Sí.

-¿Y qué ha dicho él?

Clare se encogió de hombros.

-Nada. Pareció contento de saberlo.

-Pero ¿no le dijo que él también la ama?

-No.

Helen suspiró.

-Para mi hijo no ha sido nunca fácil revelar sus sentimientos a otros. No sé si pronto será capaz de hacerlo. Si desea conocerle bien, debe aprender a ver lo que hay bajo la superficie.

-Creo que lo conozco muy bien, señora. Pero hay cosas que hay que expresarlas con palabras. -Clare giró en redondo para situarse frente a Helen-. También sabrá que Gareth y yo estamos enzarzados en lo que algunos llamarían una pelea.

Helen parecía divertida.

-Eso me han dicho. Será interesante asistir al desenlace. Mi hijo no tiene mucha práctica perdiendo batallas.

-Tu madre está tan guapa como siempre -confesó Thurston mientras contemplaba los juguetes del mago que Gareth tenía en la mesa de la habitación.

-Ya veo. -Gareth miraba fijamente una página del libro de sir Humphrey-. ¿Qué entiendes de esta referencia a una máquina que funciona con el mismo mecanismo que hace funcionar un reloj de agua?

-Ni idea -respondió Thurston mirando la página sin excesivo interés-. Fue todo idea suya, ¿sabes?

-¿El qué?

-Que te casaras con lady Clare.

-Me lo supuse cuando supe que madre y lady Clare llevaban mucho tiempo manteniendo correspondencia. -Pareces satisfecho con el matrimonio.

-Sí -respondió pasando la página.

-Está decidida a mantenerte cerca de la casa y del hogar. -Sí.

-Mmm, aquellos rumores que decían que había perdido la virginidad con sir Nicholas fueron muy desafortunados...

-Eso no es asunto tuyo, señor, pero te diré que los rumores eran infundados.

-¡Ah! ¡Ya veo! No me preocupaba la reputación de la dama, ni mucho menos.

-Sé lo que te preocupaba -Gareth se acercó al libro para estudiar un pequeño dibujo-. Temías que me sintiera obligado a matar a sir Nicholas y, por lo tanto, a privarte de sus servicios.

-Sí. Me alegro de que no ocurriera. Puede que Nicholas no sea el ideal de caballería de toda dama, pero es un buen hombre y es leal. Este tipo de hombres andan escasos.

-Sí.

-He oído otros rumores -prosiguió Thurston.

-¿En serio?

-Me han informado de que tú y tu dama estáis enfrascados en una pelea relacionada con el ahorcamiento de esos hombres que capturaste al recuperar la heredad.

-Quiere que los libere. Es muy compasiva. No está acostumbrada a la violencia y sus consecuencias.

-¡Mujeres! -suspiró Thurston-. Simplemente no entienden estas cosas.

Gareth se encontró con la mirada divertida de su padre.

-Ahí estamos de acuerdo, señor.

Así fue como se abrió la puerta infernal
y al abismo cayó el mago tramposo
Si otros malhechores no quieren morir igual
Que huyan de sir Gareth el valeroso.

Gareth hizo una mueca. Se inclinó hacia Clare que, como el resto de los presentes, estaba ocupada aclamando los versos finales de la última canción de Dallan.

-¿Sir Gareth el valeroso?

-Suena muy bien. -Clare sonrió orgullosa a Dallan-.

Por lo que a mí respecta, lo único malo de la canción es del segundo al último verso. No me gusta la parte que habla de siete hombres ahorcados.

La abadesa Helen mordió un higo relleno con una almendra.

-¿Qué final preferirías, Clare?

Clare le lanzó a Gareth una mirada muy elocuente.

-Yo creo que el valeroso sir Gareth debería mostrarse clemente con los hombres capturados. ¿No favorece la Iglesia ese tipo de actos?

-Depende bastante de la situación -murmuró Helen-. La Iglesia puede ser muy práctica con respecto a estas cuestiones. Además, se enseña la necesidad de hacer justicia.

-Sí, pero...

-¡Es suficiente! -Gareth dio tal golpe en la mesa que se movieron las copas.

Todas las cabezas se volvieron al instante hacia la mesa presidencial.

Clare dio un brinco. Su cuchara cayó con estrépito dentro del cuenco que tenía delante.

-Gareth, en serio, no es el lugar ni el momento...

-No estoy de acuerdo. -Gareth se puso en pie con un ademán amenazador-. Decididamente, es el lugar y el momento, señora. Vamos a resolver este asunto aquí y esta noche. No vaya tolerar más regañinas.

Clare alzó la vista y lo miró indignada. Gareth nunca parecía pequeño ni de complexión mediana, pero de pie a su lado le pareció enorme.

-No te estoy regañando, mi señor. Nunca lo hago.

-¡No, qué va! Te has convertido en una verdadera pesadilla con este asunto y no lo toleraré por más tiempo.

Clare apenas podía contener el deseo de lanzarle los restos de su potaje. Miró rápidamente las caras de los invitados y se horrorizó al ver que lord Thurston y lady Helen parecían complacidos.

-Mi señor, me estás avergonzando delante de todos -dijo Clare entre dientes-. ¡Siéntate cortésmente y compórtate!

Gareth cruzó los brazos sobre su ancho pecho.

-No, hasta que hayamos terminado con esta idiotez. Todos los presentes saben que liberar a esos siete hombres es una idea absurda. Dame una sola razón convincente para hacerla.

Clare estaba empezando a perder los estribos.

-Sería un acto de clemencia y compasión.

-No es razón suficiente.

-Sería el tipo de gesto de cortesía que haría honor al día de santa Hermione.

-Señora, hasta que llegué a esta isla, en mi vida había oído hablar de santa Hermione. Sin duda no voy a liberar a esos hombres en su nombre. Otra razón.

-¿Para celebrar la visita de tus padres? -probó a la desesperada.

-No, no es motivo suficiente.

Clare no podía soportado más. Se puso en pie.

-Te diré una cosa, señor. Lobo Sanguinario, si en tu corazón sientes la menor pizca de afecto por mí, mostrarás clemencia con esos hombres.

Los ojos de Gareth eran inescrutables.

-¿Has dicho la menor pizca de afecto?

-Sí -dijo echándose hacia atrás, en el límite de su aguante-. Si me profesaras siquiera un poco del amor que yo te tengo, mi señor, no te costaría concederme este favor.

Tras pronunciar aquellas palabras, Clare hubiese querido fundirse. No podía creer que hubiese sido tan estúpida.

Nadie se movió. Hasta los criados estaban paralizados.

-Déjame asegurarme de que lo he entendido bien –dijo Gareth lentamente-. ¿Lo que estás diciendo es que, si te quisiera, liberaría a esos hombres?

«Estúpida, estúpida, estúpida.» Clare se preguntaba si podría vivir después de aquella humillación.. Pero no podía volver atrás. Levantó la barbilla y miró fijamente a las profundidades brumosas de los ojos de Gareth.

-Sí, señor. Es exactamente lo que estoy diciendo.

-Que así sea.

Clare se quedó boquiabierta. Lo miró, sin acabar de entender.

-¿Cómo, señor?

Gareth sonrió.

-He dicho que así sea. Los hombres que están en el sótano serán escoltados fuera de Deseo por la mañana. Deberán abandonar la isla y desaparecer de las cercanías de Seabern.

Clare no podía creer lo que estaba oyendo.

-¿De verdad lo vas a hacer? ¿Por mí?

-Como prueba de mi amor.

-¡Oh, Gareth! -Clare se arrojó a sus brazos-. Es una ocasión maravillosa para realizar un gesto de magnificencia y cortesía. Gracias, mi señor.

Gareth la apretó contra su cuerpo y empezó a reír. El estruendo llenó la sala y rebotó en el techo. Los invitados se sonneron.

-¿De verdad me amas? -La voz de Clare quedaba amortiguada contra el pecho de Gareth.

Gareth cesó de reír. La miró con sus ojos claros. De repente, se habían vuelto tan nítidos que Clare pudo verle hasta el alma. La verdad resplandecía en el fondo.

-¿Cómo podría no amarte, Clare? Tienes mi corazón y mi futuro en tus manos.

Toda la casa explotó en aplausos atronadores y festivos mientras el Lobo Sanguinario se inclinaba para besar a su esposa.

Por el rabillo del ojo, Clare vio a Helen inclinarse ligeramente hacia Thurston. La abadesa le susurró algo y Thurston asintió y sonrió satisfecho.

En aquel momento maravilloso, Clare sintió la más absoluta felicidad. Inundó sus sentidos una fragancia única y embriagadora, que reconoció de inmediato como el perfume del amor.

FIN